

ENVER HOXHA

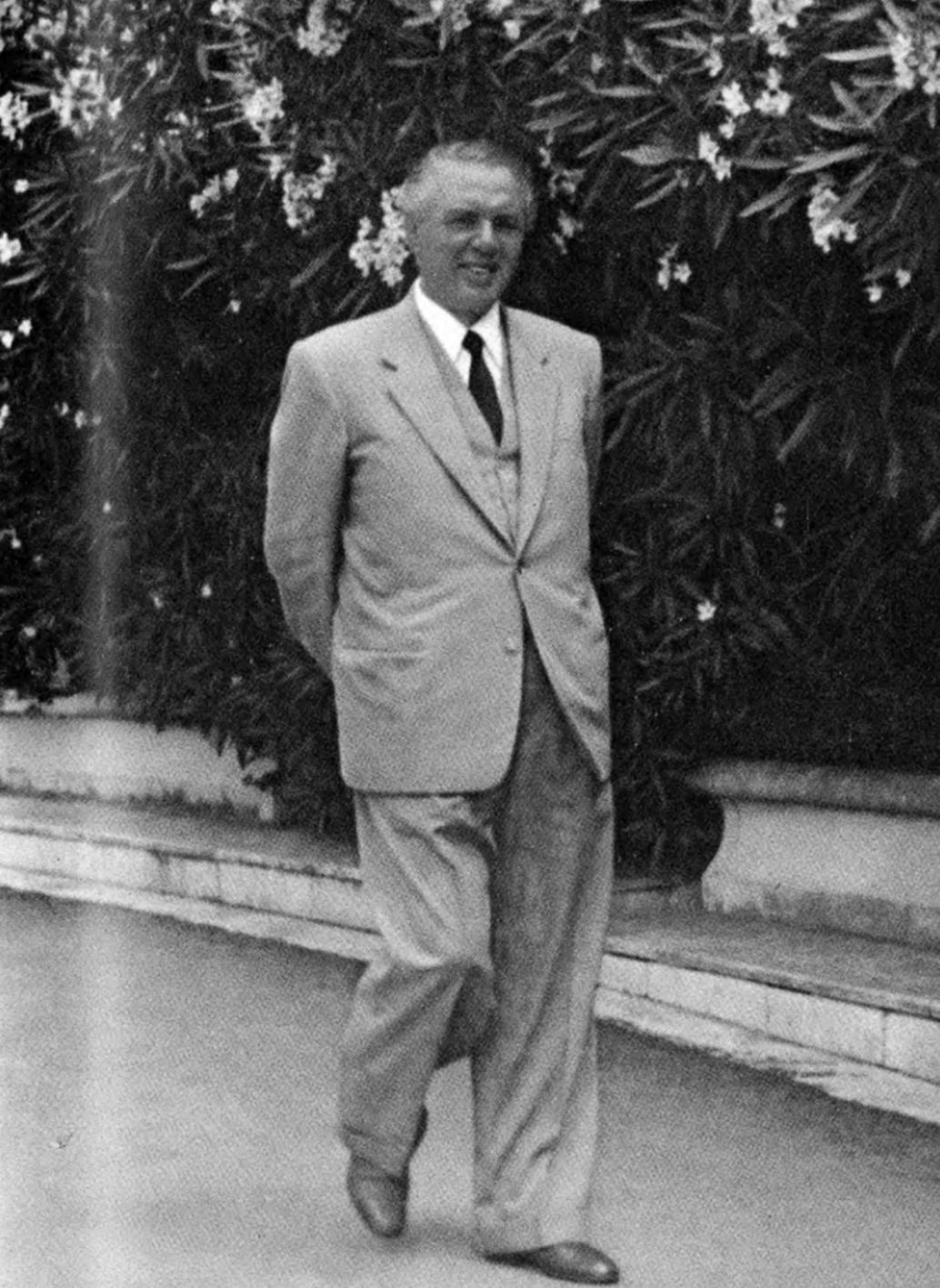
**Los
iruschovistas**

Memorias

INSTITUTO DE ESTUDIOS MARXISTA-LENINISTAS
ADJUNTO AL CC DEL PTA

(Segunda edición)

CASA EDITORA «8 NËNTORI»
TIRANA, 1984



Han transcurrido dos décadas desde la época en que tuvo lugar la Conferencia de los 81 partidos comunistas y obreros del mundo, que entró y permanecerá en la historia como uno de los acontecimientos de mayor importancia en la lucha que se libra entre el marxismo-leninismo y el oportunismo. En esta conferencia, nuestro Partido abrió fuego contra el grupo revisionista de Jruschov, que dominaba en la Unión Soviética y luchaba por todos los medios para someter e introducir en su camino de traición a todo el movimiento comunista internacional, a todos los partidos comunistas y obreros del mundo.

Nuestro abierto ataque de principios contra el revisionismo moderno jruschovista en la Conferencia de noviembre del año 1960, no era una acción inesperada. Por el contrario, era la continuación lógica de las actitudes marxista-leninistas que había mantenido siempre el Partido del Trabajo de Albania, era el paso a una nueva fase, superior, de la lucha que nuestro Partido libraba desde hacía tiempo por la defensa y aplicación consecuente del marxismo-leninismo.

Las relaciones del Partido del Trabajo de Albania con el Partido Comunista de la Unión

Soviética, desde que los jruschovistas tomaron el Poder hasta el momento en que salimos frente a frente contra ellos, han pasado por un proceso complejo, que ha tenido sus zigzags, sus períodos de exacerbación y sus normalizaciones temporales. Era el proceso del conocimiento recíproco a través de luchas, esfuerzos, a través de continuas confrontaciones de puntos de vista. Después de la llegada al Poder de los putschistas revisionistas jruschovistas, nuestro Partido, basándose en los acontecimientos que se desarrollaban en aquel país, en algunas actitudes y actos, que en un principio eran imprecisos pero que poco a poco se iban concretando, comenzó a notar la tremenda peligrosidad de esta camarilla de renegados que se ocultaba tras una ensordecedora demagogia seudomarxista y a comprender la gran amenaza que iba a suponer tanto para la causa de la revolución y del socialismo en su conjunto, como para nuestro país.

Ibamos observando cada vez mejor cómo los puntos de vista y las actitudes de Nikita Jruschov hacia importantes cuestiones del movimiento comunista internacional y del campo socialista variaban de nuestros puntos de vista y nuestras actitudes. Fue el XX Congreso del PCUS el que de un modo particular nos hizo adoptar una actitud de oposición hacia Jruschov y los jruschovistas. En tanto que marxista-leninistas y siguiendo el camino marxista-leninista, en varias ocasiones

habíamos hecho observar a los dirigentes soviéticos nuestras reservas y divergencias hacia sus posiciones conciliadoras respecto a los revisionistas yugoslavos, hacia muchos de los aspectos de su política exterior sin principios, hacia bastantes de sus actitudes y actos erróneos y ajenos al marxismo en grandes cuestiones internacionales, etc. Ellos, aunque alguna vez hacían simulacros de retirada, persistían en su camino, pero nosotros no aceptábamos tragar lo que nos servían, por el contrario, defendíamos nuestros puntos de vista y aplicábamos nuestra política exterior e interior.

Esto hizo que, con el transcurso del tiempo, cada uno llegase a conocer mejor las posiciones del otro y ninguna de las partes tuviera confianza en la otra. En lo que a nosotros respecta, continuábamos preservando la amistad con la Unión Soviética, con su pueblo, continuábamos la construcción del socialismo según las enseñanzas de Lenin y de Stalin, continuábamos defendiendo, al igual que antes, al gran Stalin y su obra, a la vez que combatíamos sin vacilar el revisionismo yugoslavo. La sospecha que existía entre nosotros hacia los revisionistas soviéticos iba aumentando y profundizándose de día en día, ya que Jruschov y compinches iban de día en día actuando en oposición al marxismo-leninismo.

Jruschov sabía nuestras reservas hacia el XX Congreso y hacia la política que seguía con los titistas, el imperialismo, etc., pero su táctica

era la de no apresurarse en agravar la situación con nosotros, los albaneses. Esperaba sacar provecho de la amistad que mostrábamos por la Unión Soviética, para tomar la fortaleza albanesa desde dentro y atraparnos con sonrisas y amenazas, con la concesión de algunos menguados créditos, así como con presiones y bloqueos. Jruschov y los jruschovistas pensaban: «Conocemos a los albaneses, por más testarudos, por más irascibles que sean, no tienen a dónde ir; los tenemos bien cogidos y, si se hacen rogar, si no nos obedecen, entonces recurriremos a las amenazas, los bloquearemos, los boicotearemos, y a todos los que opongán resistencia, los derrocaremos».

El grupo de Jruschov preparó esta vía de acción, la desarrolló y la profundizó, pensando que lograría su objetivo «dulcemente» y «sin ruido». Pero la realidad pudo convencerle de que esta táctica no daba ningún resultado, por eso mostraba su impaciencia y su arrogancia. La situación se agravaba, luego se «relajaba» para volver a agravarse. Eramos conscientes de a dónde le conduciría este camino. Por eso redoblábamos nuestra vigilancia y, a la vez que respondíamos a sus manifestaciones de prepotencia, tratábamos de prolongar el clima de «paz», preservando los principios.

Pero llegó el momento en que la gota colmó el vaso. La «paz» que aparentemente existía hasta entonces, ya no podía continuar. Jruschov se lanzó al abierto ataque para someternos y

obligarnos a seguir su línea completamente oportunista. Entonces nosotros, alto y claro, le soltamos a Jruschov un tajante «¡no!», le dijimos «¡alto!» a su actividad traidora. Esto marcó el comienzo de una lucha prolongada y muy difícil, en la que nuestro Partido, para gloria suya y del pueblo en que nació y creció, ha defendido siempre los intereses de su Patria socialista, ha defendido continuamente el marxismo-leninismo, el verdadero movimiento comunista internacional.

Muchas personas no comprendieron en aquel momento la actitud del Partido del Trabajo de Albania; hubo también simpatizantes de nuestro Partido y de nuestro país que consideraban precipitada esta actuación, algunos no se habían dado cuenta todavía de la traición de los jruschovistas, otros creyeron que rompíamos con la Unión Soviética para acercarnos a China, etc. Hoy no sólo los amigos, sino también los enemigos de Albania socialista han comprendido el carácter de principios de la lucha ininterrumpida que ha librado y sigue librando nuestro Partido contra los oportunistas de todo pelaje.

El tiempo confirmó por entero la razón que le asistía al Partido del Trabajo de Albania al combatir a los jruschovistas y no seguir su línea. A esta lucha, que exigió y exige grandes sacrificios, le debe nuestra pequeña Patria su libertad e independencia tan preciadas, su desarrollo victorioso en la vía del socialismo. Sólo gracias a la

línea marxista-leninista de nuestro Partido, Albania no se convirtió ni se convertirá jamás en un protectorado ruso ni de ningún otro.

Desde 1961 nuestro Partido del Trabajo no mantiene ningún lazo ni contacto con los jruschovistas. Tampoco en el futuro entrará jamás en relaciones de partido con ellos, mientras que con los socialimperialistas soviéticos no tenemos y nunca tendremos ni siquiera relaciones estatales. Al igual que hasta hoy, nuestro Partido proseguirá consecuentemente la lucha ideológica y política por el desenmascaramiento de estos enemigos del marxismo-leninismo. Del mismo modo que actuamos cuando Jruschov estaba en el Poder, lo hicimos también cuando aquél fue derrocado y reemplazado por el equipo de Brezhnev. Nuestro Partido no alimentó ninguna ilusión, por el contrario estaba convencido y tenía la certeza de que Brezhnev, Kosiguin, Suslov, Mikoyan, etc., que habían sido íntimos colaboradores de Jruschov, copartícipes en la organización y puesta en práctica de la contrarrevolución revisionista en la Unión Soviética, seguirían consecuentemente su línea anterior.¹

Estos eliminaron a Jruschov² con el fin de

1 Véase el artículo: *Con la caída de Jruschov no ha desaparecido el revisionismo jruschovista* — Enver Hoxha. *Obras Escogidas III*, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1980, ed. en español, págs. 691-699.

2 Jruschov fue destituido de las funciones que desempeñaba el 14 de octubre de 1964.

preservar el jruschovismo del descrédito que el propio maestro le imprimía con sus bufonadas sin fin, eliminaron al «padre» con el fin de aplicar con más intensidad y eficacia la total restauración del capitalismo en la Unión Soviética.

En este sentido Brezhnev y consortes se mostraron «dignos alumnos» de su nefasto maestro. A nivel interno de la Unión Soviética instauraron y reforzaron el régimen dictatorial fascista, mientras que la política exterior de su Estado fue transformada en política de gran chovinismo, de expansión y hegemonía. La Unión Soviética se ha convertido, bajo la dirección de los jruschovistas brezhnevianos, en una potencia imperialista mundial que, al igual que los Estados Unidos de América, pretende dominar el mundo. Amargos testimonios de la política enteramente reaccionaria del socialimperialismo soviético son entre otros los trágicos acontecimientos de Checoslovaquia,¹ el afianzamiento de la dominación del Kremlin sobre los países del Tratado de Varsovia, la agravación de la dependencia multilateral de estos países hacia Moscú, el rapaz expansionismo del socialimperialismo soviético en Asia, Africa y todas partes.

Las justas valoraciones y pronósticos de

¹ En agosto de 1968, las fuerzas militares de los revisionistas soviéticos y de sus satélites ocuparon Checoslovaquia.

nuestro Partido acerca de la reaccionaria política interior y exterior de Brezhnev se han confirmado y se confirman continuamente. El ejemplo más reciente es Afganistán, donde los jruschovistas brezhnevianos han emprendido una abierta agresión fascista¹ y tratan de apagar a sangre y fuego las llamas de la lucha popular para prolongar la vida a su ocupación socialimperialista.

El hecho de que nuestra Patria y nuestro pequeño pueblo no hayan corrido la trágica suerte de todos los que hoy sufren bajo la esclavitud de los imperialistas o socialimperialistas, es el mejor testimonio de la justa línea de principios, audaz y consecuente que ha seguido y sigue nuestro Partido del Trabajo.

El mérito de este justo camino le corresponde a todo el Partido y, de manera especial a su dirección, el Comité Central, el cual, imbuido por las enseñanzas del marxismo-leninismo, fiel a nuestra teoría guía, ha dirigido y dirige siempre con justeza al Partido y al pueblo. En los grandes embates que hemos debido enfrentar, brilló y se templó aún más la unidad del Partido con su dirección y la del pueblo en torno al Partido. Esta férrea unidad le dio fuerza y ánimo al Partido también en la lucha difícil, pero gloriosa, contra los revisionistas jruschovistas, esta unidad ha sido y es la base de la firmeza y de la seguridad

1 A fines de diciembre de 1979.

con las que Albania ha marchado y marcha, haciendo frente a las presiones y chantajes, a las sonrisas y demagogias de los enemigos de todo color.

Como comunista y dirigente del Partido me ha tocado participar activamente y dar mi contribución en toda esta lucha heroica de nuestro Partido. Designado por el Partido y por su dirección, muchas veces, desde la liberación de Albania y particularmente durante los años 1950-1960, he encabezado delegaciones del Partido y del Estado en encuentros oficiales con los dirigentes soviéticos y con los principales dirigentes de los otros partidos comunistas y obreros. Igualmente, en muchas ocasiones hemos intercambiado visitas recíprocas con unos y otros, he participado en reuniones consultivas y encuentros internacionales de los partidos comunistas, donde he expresado y defendido la justa línea del Partido, sus decisiones y recomendaciones. En todos estos encuentros y visitas he conocido de cerca a gloriosos dirigentes, inolvidables, como Stalin, Dimitrov, Gottwald, Bierut, Pieck, etc.; asimismo me ha tocado entrar en contacto y conocer también a los traidores jruschovistas, los cuales en el curso de un largo y complicado proceso, usurparon gradualmente el Poder tanto en la Unión Soviética como en los países de ex democracia popular.

Las relaciones con ellos y las actitudes de nuestro Partido durante este período están reflejadas en los documentos del Partido, en mis es-

critos que se publican por decisión del Comité Central, así como también en otros documentos que están depositados en los Archivos Centrales del Partido. Ahora entrego para su publicación también estas notas, como recuerdos e impresiones de los numerosos contactos y confrontaciones con los jruschovistas, que abarcan el período que transcurre desde 1953, después de la muerte de Stalin, hasta finales de 1961, cuando el grupo de Jruschov rompió las relaciones diplomáticas con la República Popular de Albania. Dentro del conjunto de los documentos y demás materiales publicados sobre aquel período, pienso que estas notas servirán a los comunistas y a las masas trabajadoras para conocer mejor tanto la actividad contrarrevolucionaria de los revisionistas soviéticos dentro y fuera de la Unión Soviética, como la lucha siempre justa y consecuente de nuestro Partido en defensa del marxismo-leninismo, de nuestro pueblo y de nuestra Patria socialista.

1980

1. LUCHA DE CODOS EN LA ALTA DIRECCION SOVIETICA

La muerte de Stalin. Reparto de carteras en la alta dirección soviética en el día de duelo. Jruschov asciende las gradas del Poder. Desilusión del primer encuentro con los «nuevos» dirigentes soviéticos en junio de 1953. Las observaciones malévolas de Mikoyan y Bulganin. El fin del poder efímero de Beria. El encuentro con Jruschov en junio de 1954: «ustedes nos han ayudado a descubrir a Beria». Lección «teórica» de Jruschov sobre el papel del primer secretario y del primer ministro. La mafia revisionista teje su tela de araña dentro y fuera de la Unión Soviética.

La forma en que fue notificada la muerte de Stalin y el modo cómo se procedió a organizar la ceremonia de su entierro, crearon en nosotros, los comunistas y el pueblo albanés, y en otros como nosotros, la impresión de que esta muerte había sido esperada con impaciencia por muchos de los

miembros del Presidium del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Al día siguiente de la muerte de Stalin, el 6 de marzo de 1953, el Comité Central del Partido, el Consejo de Ministros y el Presidium del Soviet Supremo de la URSS celebraron súbitamente una reunión conjunta. En casos de grandes pérdidas, como era la de Stalin, tales reuniones urgentes son necesarias e indispensables. Pero los numerosos e importantes cambios que fueron comunicados por la prensa un día después, mostraban que esa reunión urgente no había sido convocada con otro fin que el de... ¡distribuir los puestos! Stalin acababa de morir, sus restos mortales aún no habían sido trasladados a la sala donde se le rendirían los últimos honores, no había sido elaborado siquiera el programa de la organización de las honras y la ceremonia fúnebre, los comunistas y el pueblo soviético lloraban esta gran pérdida, ¡mientras que la alta dirección soviética encontraba el momento para repartirse las carteras! Malenkov fue designado primer ministro; Beria primer viceprimer ministro y ministro del interior, y en este orden fueron repartidos los demás puestos entre Bulganin, Kaganovich, Mikoyan, Molotov. En ese día se realizaron importantes cambios en todos los órganos supremos del partido y del Poder. El Presidium y el Buró del Presidium del Comité Central del Partido se fusionaron en un organismo único, fueron elegidos

nuevos secretarios del Comité Central del Partido, se disolvieron algunos ministerios y pasaron a fusionarse otros, hubo cambios en el Presidium del Soviet Supremo, etc.

Estos hechos no podían dejar de causarnos una profunda y nada buena impresión. Nos surgían preguntas espontáneas y conmovedoras: ¿Cómo estos importantes cambios se han hecho tan inesperadamente, en un solo día, y no en un día cualquiera, sino en el primer día de luto?! Toda lógica te lleva a pensar y creer que todo había sido preparado de antemano. La lista de dichos cambios había sido elaborada con tiempo, silenciosa y furtivamente, y sólo se esperaba el momento de poder hacer públicos aquellos para satisfacer a uno y a otro, a éste y a aquél. . .

En el espacio de unas horas, aunque fuese un día de trabajo totalmente normal, es del todo imposible poder tomar decisiones de tal importancia.

Si en un comienzo eran únicamente interrogantes que nos inquietaban y nos sorprendían, la evolución de los acontecimientos, los sucesos y los hechos que más tarde íbamos a conocer, nos convencerían aún más de que manos secretas habían preparado con tiempo el complot y esperaban el momento para dar curso al proceso de destrucción del Partido Bolchevique y del socialismo en la Unión Soviética.

También en las exequias de Stalin se observó claramente la falta de unidad en el Presidium

del Comité Central, en donde cada uno de sus miembros trataba de tomar la delantera, de ser el primero en hablar. En vez de mostrar a los pueblos de la Unión Soviética, a todos los comunistas del mundo, profundamente conmovidos e inmensamente consternados por el inesperado fallecimiento de Stalin, su unidad en la desgracia, los «camaradas» competían por ver quién se hacía notar más. Jruschov abrió la ceremonia fúnebre, Malenkov, Beria y Molotov hicieron uso de la palabra ante el mausoleo de Lenin. Jruschov y sus cómplices en el complot se comportaron hipócritamente ante los restos mortales de Stalin, esperando que terminase la ceremonia para correr a encerrarse nuevamente en el Kremlin, y continuar el proceso de distribución y redistribución de cargos.

Nosotros, y muchos como nosotros, pensábamos que la elección de Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética recaería sobre Molotov, el más íntimo colaborador de Stalin, el bolchevique más antiguo, más maduro, con mayor experiencia y más conocido dentro y fuera de la Unión Soviética. Pero nada de esto sucedió. Malenkov fue colocado a la cabeza y Beria subía después de él. Tras ellos, esos días, un poco más a la sombra, permanecía una «pantera», que se preparaba a devorar y liquidar a los dos primeros. Era Nikita Jruschov.

La forma de su ascenso era verdaderamente sorprendente y sospechosa: había sido designado

únicamente presidente de la comisión central para la organización de los funerales de Stalin y, cuando el 7 de marzo se dio a conocer la distribución de los cargos, a él no le correspondió ninguno, sólo fue dispensado de su tarea como primer secretario del comité del partido de Moscú dado que ahora «sus funciones se concentrarían en el Comité Central del Partido». Apenas transcurrieron unos días cuando el 14 de marzo de 1953 Malenkov fue exonerado «a instancia propia» de su cargo de secretario del Comité Central del Partido(!) y en la composición del nuevo Secretariado, elegido ese mismo día, Nikita Jruschov pasó a ocupar el lugar principal.

Estos actos, aunque no eran de nuestra incumbencia, no nos agradaban en absoluto. Sufrimos una desilusión en la idea que nos habíamos forjado sobre la estabilidad de la alta dirección soviética, aunque admitíamos no estar en absoluto al corriente de las situaciones en el interior del partido y en la dirección de la Unión Soviética. En los contactos que había tenido con el propio Stalin, con Malenkov, Molotov, Jruschov, Beria, Mikoyan, Suslov, Vorochilov, Kaganovich y otros dirigentes principales, no había observado entre ellos la más mínima fisura o discordia.

Stalin ha luchado de manera consecuente por la unidad marxista-leninista del Partido Comunista de la Unión Soviética y era uno de los factores determinantes de la misma. Esta unidad

del partido, por la que Stalin trabajaba, no se había conseguido a través del terror, como más tarde pretendieron Jruschov y los jruschovistas, avanzando las calumnias de los imperialistas y la burguesía capitalista mundial en su afán de derrocar y destruir la dictadura del proletariado en la Unión Soviética, sino sobre la base de las victorias del socialismo, de la línea y la ideología marxista-leninista del Partido Bolchevique, de la eminente e indiscutible personalidad de Stalin. La confianza que todos tenían en Stalin, era basada en la justeza y capacidad que demostró por defender la Unión Soviética y el leninismo. Stalin desarrolló correctamente la lucha de clases, golpeó inexorablemente (e hizo muy bien) a los enemigos del socialismo. Esto lo prueba con creces la lucha concreta y diaria de Stalin, del Partido Bolchevique, de todo el pueblo soviético; lo prueban los escritos políticos e ideológicos de Stalin, los documentos y las decisiones del Partido Comunista de la Unión Soviética; lo prueban la prensa y la propaganda masivas de aquel entonces en contra de los trotskistas, los bujarinistas, los zinovievistas, los tukachevski y todos los demás traidores. Se trataba de una encarnizada lucha de clases política e ideológica en defensa del socialismo, de la dictadura del proletariado, del partido y de los principios del marxismo-leninismo. Grandes son aquí los méritos de Stalin.

Stalin se mostró un marxista-leninista emi-

nente, de principios claros, de gran audacia y serenidad, dotado de madurez y perspicacia propias de revolucionario marxista. Sólo si tenemos en cuenta la fuerza del enemigo externo e interno de la Unión Soviética, sus astucias y la desenfadada propaganda que desplegaba, las tácticas diabólicas que utilizaba, podremos valorar debidamente los principios y acciones correctas de Stalin a la cabeza del Partido Comunista de la Unión Soviética. Y si en toda esta justa lucha, en esta lucha de titanes, hubo algunos excesos, no fue Stalin quien los hizo, sino Jruschov, Beria y compañía, quienes, persiguiendo negros y ocultos designios, cuando todavía no eran tan poderosos, fueron entre los que más celo mostraron en las depuraciones. Esto lo hicieron para sentar crédito como «ardientes defensores» de la dictadura del proletariado, como «implacables con los enemigos», a fin de escalar peldaños para usurpar más tarde el Poder. Los hechos demuestran que cuando Stalin descubrió la actividad hostil de un tal Yagoda y Yezhov, el tribunal de la revolución los condenó sin vacilación. Estos elementos, así como Jruschov, Mikoyan, Beria y sus *aparatchiks** ocultaban la verdad a Stalin. De una u otra manera recurrían a blufs, a engaños. Stalin no confiaba en ellos, por eso les había dicho a la cara: «...cuando yo no esté, ustedes van a vender la

* Ruso en el original — funcionario burócrata.

Unión Soviética». Esto lo ha admitido el propio Jruschov. Y como preveía Stalin, así sucedió. Mientras Stalin estuvo en vida, hasta estos enemigos hablaban de unidad, mas una vez muerto, fueron ellos quienes promovieron la escisión. Este proceso fue continuamente en aumento.

Durante las visitas que periódicamente fui haciendo a la Unión Soviética a partir de 1953, para realizar consultas acerca de los problemas relacionados con la situación política y económica o por alguna cuestión de política internacional que planteaban los soviéticos, quienes supuestamente pedían también nuestra opinión, veía cada vez mejor cómo se iban exacerbando las contradicciones entre los miembros del Presidium del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Unos meses después de la muerte de Stalin, en junio de 1953, fui a Moscú al frente de una delegación de partido y de gobierno a solicitar un crédito económico y militar.

Era el tiempo en que Malenkov parecía el dirigente principal. Era Presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética. Jruschov, aunque desde marzo de 1953 figuraba el primero en la lista de los secretarios del Comité Central del Partido, como parece aún no había tomado plenamente el Poder, no había preparado todavía el golpe.

En general nuestras demandas eran presen-

tadas primero por escrito, de tal forma que los miembros del Presidium del Comité Central del Partido y del Gobierno soviético ya las conocían de antemano e incluso, como así se dio, también habían decidido qué nos iban a conceder y qué no. Nos recibieron en el Kremlin. Cuando entramos, los dirigentes soviéticos se pusieron en pie, nos fuimos dando la mano e intercambiamos los saludos de ocasión.

Les conocía a todos desde tiempos de Stalin. Malenkov era el de siempre, gordo, de tez amarilla como lampiño. Le había conocido años antes en Moscú, durante los encuentros que mantuve con Stalin, y me había causado una buena impresión. Adoraba a Stalin, y, como se podía ver, también Stalin lo apreciaba. En el XIX Congreso, fue Malenkov quien presentó el informe en nombre del Comité Central del Partido. Era de los cuadros relativamente jóvenes que habían llegado a la dirección y que más tarde el enmascarado revisionista Jruschov y sus compinches se encargaron de liquidarlo. Mas, en aquel momento era él quien estaba al frente del país; ocupaba el puesto de Presidente del Consejo de Ministros de la URSS. A su lado, en la mesa se encontraba Beria, con sus ojillos brillantes detrás de sus gafas y sus manos siempre en movimiento. Después de Beria venía Molotov, tranquilo, simpático, uno de los más serios y respetables para nosotros, pues era viejo bolchevique, desde los tiempos de Lenin, e

íntimo compañero de Stalin. Así considerábamos a Molotov también después de la muerte de Stalin.

Siguiendo a Molotov venía Mikoyan, de cara morena y ceñuda, negra como la noche. Este mercader tenía entre sus dedos uno de esos lápices gruesos, rojo y azul, (cosa que no faltaba en todas las oficinas de la Unión Soviética) y hacía «cálculos». Ahora se había arrogado mayores competencias. El 6 de marzo, día en que fueron distribuidos los cargos, se había decidido que los ministerios de Comercio Exterior y de Comercio Interior pasaran a fusionarse, y la cartera de ministro mercachifle la había arrebatado el armenio.

Al final, en un extremo de la mesa permanecía como atolondrado el barbudo de pelo blanco y ojos azul claro, el mariscal Bulganin.

—¡ Les escuchamos! —dijo Malenkov circunspecto. Un comienzo en absoluto camaraderil. Esta habría de ser una costumbre en las conversaciones con los nuevos dirigentes soviéticos y no hay duda que este modo de comportarse venía a reflejar la altanería de gran Estado—. «Vamos, dinos lo que tengas que decirnos, nosotros te escucharemos y te diremos nuestra opinión definitiva».

No conocía bien el ruso, y mucho menos lo hablaba, aunque sí, podía comprenderlo. La conversación se desarrollaba con la ayuda de un traductor.

Comencé a hablar de los problemas que nos

inquietaban, sobre todo de los concernientes a lo militar y lo económico. Hice una introducción sobre nuestra situación política interna y en el plano internacional, que igualmente nos preocupaba. Era indispensable argumentar nuestras necesidades y los pedidos para el sector económico y también para el militar. En cuanto a este último, las ayudas que los soviéticos nos concedían para nuestro ejército han sido siempre insuficientes y mínimas, no obstante, lo poco que nos daban lo valorábamos mucho y públicamente. Además de argumentarles nuestras modestas demandas, les hablé también de la situación de nuestro país en relación con nuestros vecinos yugoslavos, griegos e italianos. A lo largo y ancho del país los enemigos, que se infiltraban por mar, aire y tierra, desarrollaban una intensa actividad subversiva, de espionaje y sabotaje. Nos enfrentábamos continuamente con las bandas de elementos subversivos y precisábamos de ayudas en material militar.

Cuidaba de ser lo más conciso y concreto en mi exposición, hacía esfuerzos por no prolongarme, pero apenas llevaba unos veinte minutos hablando, cuando ví que Beria, con esos ojos de víbora, se acercaba a Malenkov, que había quedado escuchándome como si fuera una momia, y le decía:

—¿Les decimos lo que tengamos que decirles y terminamos?

Con aspecto impasible y sin quitarme la mirada de encima (¡naturalmente tenía que mantener su autoridad ante sus subordinados!), Malenkov dijo a Beria:

—¡Espera!

Me sentí tan vejado que me hervía la sangre, mas conservé la serenidad y, para darles a entender que había escuchado y comprendido lo que dijeron, abrevié mi conversación y dije a Malenkov:

—He terminado.

—*¡Pravilno!** —dijo Malenkov, quien pasó a dar la palabra a Mikoyan.

Beria, satisfecho de que hubiese acabado, se metió las manos en los bolsillos y me miraba tratando de adivinar la impresión que me hacían sus respuestas. Naturalmente, no quedé satisfecho de lo que habían decidido darnos frente a las demandas tan modestas que les habíamos presentado. Tomé de nuevo la palabra y les dije que habían recortado mucho nuestras demandas. Entonces saltó Mikoyan, tratando de dar «explicaciones», de que la Unión Soviética era pobre, que acababa de salir de la guerra, que era preciso ayudar también a otros, etc.

—Al formular estas demandas —repliqué a Mikoyan—, tuvimos en cuenta las razones que aquí nos han expuesto e incluso hemos sido muy

* Ruso en el original — perfecto.

parcos en nuestros cálculos, de ello son testigos sus especialistas que trabajan con nosotros.

—Nuestros especialistas desconocen las posibilidades que tiene la Unión Soviética. Estas las conocemos nosotros, y ya les hemos dado nuestra opinión —dijo Mikoyan.

Molotov había bajado la cabeza. Mencionó algo de las relaciones de Albania con sus vecinos, pero jamás levantó la mirada. Malenkov y Beria eran los dos «gallos del gallinero», en tanto que Mikoyan, frío y amargo, hablaba un poco menos, pero cuando lo hacía, de su boca sólo salía veneno. Por la manera de hablar, de interrumpirse mutuamente, de pavonearse cuando daban «consejos», se dejaban notar los signos de la discordia que existía entre ellos.

—Siendo que así lo han decidido —les dije—, está de más que siga hablando.

—*¡Pravilno!* —repitió Malenkov y preguntó levantando la voz—. ¿Tiene alguien alguna observación?

—Yo —dijo Bulganin desde el otro extremo de la mesa.

—Habla, —le dijo Malenkov.

Bulganin abrió una carpeta y vino a decir en substancia:

—Usted, camarada Enver, solicitó una ayuda para el ejército. Estamos de acuerdo en concedérsela en la medida que habíamos fijado, mas tengo que hacer algunas observaciones críticas. El ejér-

cito debe ser una arma sana de la dictadura del proletariado, sus cuadros deben ser elementos fieles al Partido y de origen proletario, el Partido debe dirigir al ejército con mano firme...

Bulgánin soltó de una tirada una letanía de «consejos» y de normas «morales». Le escuché con atención esperando ver llegar las críticas, que no aparecían. Al fin las lanzó:

—Camarada Enver, estamos informados de que muchos cuadros de su ejército son hijos de beyes, de agas, de origen y actividad dudosos. Debemos estar seguros a que manos van a ir a parar estas armas que les suministramos —prosiguió—, por eso les aconsejamos que estudien a fondo este problema y procedan a depuraciones...

Se me subió la sangre a la cabeza, porque se trataba de una acusación calumniosa, y una ofensa que se hacía a los cuadros de nuestro ejército. Levantando la voz pregunté al mariscal:

—¿Dónde han recogido estas informaciones que nos dan con tanta seguridad? ¿Por qué ofenden a nuestro ejército?

Esto cayó como una ducha de agua helada. Todos levantaron la cabeza y me miraban, mientras yo quedé a la espera de que Bulgánin me diese la respuesta. Este quedó confundido ante esta punzante pregunta y clavó su mirada en Beria.

Beria tomó la palabra y, moviendo ojos y manos, presa de preocupación y de nerviosismo, comenzó a decir que, según sus informaciones

tendríamos elementos inadecuados y sospechosos, no sólo en el ejército sino también en la administración del Estado y en la economía(!), incluso dio algunos porcentajes. Bulganin respiró aliviado y miró a su alrededor sin ocultar su satisfacción, pero Beria le heló la sonrisa en los labios. Se opuso abiertamente al «consejo» de Bulganin acerca de las depuraciones y recalcó: «los elementos de dudoso pasado, si posteriormente se han encauzado por un buen camino, no deben ser eliminados, sino perdonados». El rencor y las profundas contradicciones que entre ambos existían, se manifestaban abiertamente. Como resultó más tarde, las divergencias entre Bulganin y Beria no eran divergencias puramente personales, sino reflejo de las profundas contradicciones, riñas y oposiciones que existían entre el arma de la Seguridad del Estado y los órganos de información del ejército soviético. Pero esto lo sabríamos posteriormente. Mas en este caso, se trataba de una grave acusación que se lanzaba hacia nosotros. Esta acusación no podíamos tolerarla, bajo ningún concepto, por eso me levanté y les dije:

—Los que les han dado estas informaciones son calumniadores, y por tanto son enemigos. No hay nada de cierto en lo que ustedes han dicho. La inmensa mayoría de los cuadros de nuestro ejército han sido campesinos pobres, pastores, obreros, artesanos e intelectuales revolucionarios. En nuestro ejército no hay hijos de beyes ni de

agas. Y si por un caso existen 10 ó 20, éstos han abandonado su clase y han derramado sangre en la lucha, y cuando digo que han derramado sangre, quiero decir que en esta lucha no sólo han combatido con las armas en la mano a los enemigos del exterior, sino que también han renegado de su clase de origen, incluso de sus padres y parientes cuando éstos se han opuesto al Partido y al pueblo. Todos los cuadros de nuestro ejército han hecho la guerra, han surgido al calor de la batalla, así que no sólo rechazo sus acusaciones, sino también les digo que sus informadores les mienten, calumnian. Les aseguro que las armas que hemos recibido y seguiremos recibiendo de ustedes, han estado y estarán en manos seguras, que nuestro Ejército Popular siempre ha sido y es dirigido por el Partido del Trabajo y por nadie más. ¡Esto es todo lo que quería decirles! —y me senté.

Cuando terminé, tomó la palabra Malenkov para cerrar el debate. Tras afirmar que estaba de acuerdo con los que habían intervenido y soltarnos toda una retahilla de «consejos y directrices», se detuvo también en el debate que sostuvimos con Bulganin y Beria acerca de los «enemigos» en las filas de nuestro ejército.

—En lo concerniente a las depuraciones a emprender en el ejército, estimo que el problema no debe plantearse en esta forma —dijo Malenkov contraponiéndose así al «consejo» que Bul-

ganin me había dado en este sentido—. La gente no nace ya formada, e incluso en su vida puede cometer errores. No debemos tener miedo a perdonar a los que han cometido errores en el pasado. Hay gente que nos ha combatido con las armas, y ahora estamos promulgando leyes especiales para perdonarles su pasado y darles así la posibilidad de trabajar en el ejército, e incluso de militar en el Partido. El término «depuración» en el ejército —repitió Malenkov—, no es adecuado. Y con estas palabras puso fin a la discusión.

Era imposible entender algo: uno decía gratuitamente «ustedes tienen enemigos», «depúrenlos», y el otro declaraba ¡«nosotros estamos promulgando leyes para perdonarles el pasado»!

Como quiera que sea éstas eran sus opiniones. Por nuestra parte les escuchamos con atención y les expresamos abiertamente nuestra oposición sobre lo que no estábamos de acuerdo. Finalmente les agradecí su acogida y, de paso, les hice saber que el Comité Central de nuestro Partido había decidido exonerarme de muchas funciones y que sólo conservase la principal, la de Secretario General del Partido. (En aquel entonces era Secretario General, Primer Ministro, ministro de Defensa y ministro de Asuntos Exteriores. Estas funciones las ejercía desde la Liberación del país, en unos momentos en que era necesario remontar muchas dificultades, suscitadas por nuestros enemigos externos e internos.)

Malenkov consideró juiciosa esta decisión y repitió dos veces su preferido *pravilno*. No nos quedaba más que decir y nos separamos estrechándonos la mano.

De este encuentro saqué amargas conclusiones. Observé que en la dirección soviética no había una buena predisposición hacia nuestro país. La arrogancia que mostraron en el curso del encuentro, el no habernos concedido lo poco que les pedíamos y el calumniador ataque contra los cuadros de nuestro ejército no eran buenas señales.

Este encuentro me permitió igualmente constatar que en el Presidium del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética no había unidad: Malenkov y Beria dominaban, Molotov apenas hablaba, Mikoyan que se mantenía como a la sombra, vertía su veneno, en tanto que de la boca de Bulgánin sólo salieron inmundicias.

Parecía que entre los cabecillas del Presidium del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética había estallado una lucha de codos. Pese a sus esfuerzos por que puertas afuera no se notara que en el Kremlin se estaba procediendo a un «relevo de la guardia», no todo podían ocultarlo. En el partido y en el gobierno se habían hecho y se continuaban haciendo cambios. Jruschov, después de desbancar a Malenkov reservándole sólo el cargo de primer ministro, se convirtió a sí mismo, en septiembre de 1953, en Primer Secretario del Comité Central. Está claro

que Jruschov y su grupo secuaz habían tramado cuidadosamente la intriga en el Presidium, atizando las querellas entre sus adversarios, eliminando a Beria y, según parece, «metiendo» a los demás «en razón».

En cuanto al arresto y la ejecución de Beria existen muchas versiones. Se dice entre otras, que Beria había sido detenido por gente del ejército, conducida por el general Moskalenko, en el curso mismo de una reunión del Presidium del Comité Central del Partido. Al parecer, Jruschov y consortes habían encomendado esta «misión especial» al ejército, porque no tenían confianza en la Seguridad del Estado, que había estado por largos años en manos de Beria. El plan había sido trazado de antemano: Mientras se desarrollaba la reunión del Presidium del CC del PCUS, Moskalenko y sus hombres habían penetrado, sin ser vistos, en una habitación contigua. En un momento dado, Malenkov pulsó un timbre y al poco rato Moskalenko entró en la sala donde se celebraba la reunión y se aproximó a Beria para detenerlo. Se dice que éste extendió la mano hacia su maletín que tenía cerca, pero Jruschov, «vigilante» a su lado, se mostró más «ágil» y se lo arrebató. El «pájaro» no tenía por dónde escapar, la acción se había coronado con éxito. Exactamente como en las películas de detectives, y no como en una película cualquiera: ¡sus actores eran miembros del Presidium del CC del PCUS!

Así se dice que ocurrió y así lo ha confirmado el propio Jruschov. Posteriormente un general, agregado militar soviético, cuyo nombre me parece era Sergatskov, cuando vino a Tirana, también nos contó algo acerca del proceso Beria. Nos dijo que había sido citado como testigo para declarar ante el tribunal que Beria habría mostrado un trato arrogante hacia él. En esta ocasión Sergatskov dijo confidencialmente a nuestros camaradas: «Beria se defendió muy bien ante el tribunal, no reconoció nada y rechazó todas las acusaciones formuladas contra él».

En junio de 1954, algunos meses después de la subida de Jruschov al puesto de Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, el camarada Hysni Kapo y yo tuvimos que partir hacia Moscú, donde solicitamos una entrevista con los dirigentes soviéticos para hablar sobre los problemas económicos que nos habían dejado pendientes. Nos recibieron Jruschov y Malenkov —éste era aún primer ministro—, en presencia de Vorochilov, Mikoyan, Suslov y uno o dos más de rango subalterno.

Había tenido la ocasión de encontrarme con Jruschov una o dos veces en Ucrania antes de la muerte de Stalin. Acabábamos de salir de la guerra y era natural que en aquella época no sólo tuviésemos una gran confianza en Stalin, en la Unión Soviética, en el Partido Comunista de la Unión Soviética, cosa que era indiscutible, sino

también en todos los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética. Desde el primer encuentro, Jruschov me había dado la impresión de un «bonachón, lleno de vida y muy locuaz», que no dejó de elogiar nuestra lucha, aunque se veía que no sabía nada al respecto.

Me hizo una exposición sobre Ucrania justo para cubrir el expediente, me ofreció un almuerzo del cual me ha quedado en la memoria aquella sopa que llamaban «borsh» y aquella taza de un yogur espeso como para cortarlo con cuchillo, tanto que en un principio no comprendí si era yogur o queso blanco, me regaló una camisa ucraniana bordada y me pidió excusas porque debía partir para Moscú, donde habría de asistir a una reunión del Buró. Este encuentro tenía lugar en Kiev, y durante las horas que permaneció conmigo no dejó elogio sin dirigir a Stalin. Naturalmente, viendo todos esos viajes en avión, de Moscú o hacia Moscú, de los dirigentes que con tanta capacidad conducían ese gran país al que nosotros tanto queríamos, escuchando todos esos encomios que dirigían a Stalin, me sentía muy satisfecho de ellos y me entusiasmaban los éxitos que habían obtenido.

Pero el tan inopinado y rápido ascenso de Jruschov no nos produjo una buena impresión. Y ello no porque tuviéramos nada en contra suya, sino porque pensábamos que su papel y su figura, tanto en la Unión Soviética como en el mundo, no eran tan conocidos como para que ocupara con

tanta celeridad el lugar del gran Stalin, en su puesto de Primer Secretario del Comité Central del Partido. Jruschov no había aparecido en ninguno de los encuentros que habíamos tenido durante años con Stalin, a pesar de que en la mayoría de ellos participaban casi todos los dirigentes de más elevado rango del Partido y del Estado soviético. No obstante, jamás expresamos ni pusimos en evidencia la impresión que nos causó esta promoción de Jruschov a tan alto rango. Tal hecho lo consideramos como un asunto interno del Partido Comunista de la Unión Soviética, pensamos que sabían lo que hacían y de todo corazón deseábamos que las cosas en la Unión Soviética marcharan siempre bien, tal como en los tiempos de Stalin.

Y llegó el día en que íbamos a estar, frente a frente con Jruschov, en el primer encuentro oficial.

Fui el primero en hacer uso de la palabra. Expuse brevemente la situación económica, política y organizativa de nuestro país, así como la situación de nuestro Partido y de nuestro Poder popular. Sabiendo, por mi encuentro del año anterior con Malenkov, que a los nuevos dirigentes del Partido y del Estado soviético no les agradaba quedarse escuchando durante mucho tiempo, traté de ser lo más escueto posible en mi exposición y puse énfasis más en los problemas económicos, acerca de los cuales habíamos dirigido dos meses antes una carta detallada a la dirección soviética.

Recuerdo que Jruschov no me interrumpió más que una sola vez a lo largo de mi exposición. Estaba hablando de los excelentes resultados obtenidos en nuestro país en las últimas elecciones de diputados a la Asamblea Popular y de la inquebrantable unidad Partido-pueblo-Poder que se había manifestado en el curso de esta consulta.

—Estos resultados no deben adormecerles —intervino Jruschov en ese momento, llamándonos la atención acerca de lo que teníamos siempre presente, y que, por lo demás, había señalado en mi exposición al poner énfasis precisamente en el trabajo que realizábamos para forjar la unidad, para aumentar el cariño del pueblo por el Partido y el Poder, para afilar la vigilancia, etc. De todas formas estaba en su derecho de dar cuantos consejos quisiera, nosotros no teníamos por qué disgustarnos.

Tan pronto como acabé, Jruschov tomó la palabra manifestando desde un comienzo su naturaleza de saltimbanqui en el tratamiento de los problemas.

—Estamos informados de su situación y de sus problemas a través de los materiales que hemos estudiado —comenzó—. El informe que nos ha presentado aquí el camarada Enver, nos ha aclarado más los asuntos y, por mi parte, calificaría este informe de «informe conjunto», suyo y nuestro. Pero yo soy todavía —prosiguió— un mal albanés y no hablaré por el momento ni de los problemas

económicos ni de los políticos que ha planteado el camarada Enver, ya que en lo que a nosotros se refiere aún no hemos precedido a un intercambio de opiniones para llegar a un criterio común. Así que hablaré de otra cosa.

Y se puso a tratar extensamente la importancia del papel del partido.

Hablaba en un tono elevado, acompañando su discurso de un movimiento de manos y cabeza, hacía vagar su mirada sin detenerla en ninguna parte, interrumpíase por momentos, hacía una pregunta, luego, a menudo sin esperar la respuesta, continuaba su exposición andándose por las ramas.

—El partido —dijo en un tono teorizante— dirige, organiza, controla. Es el iniciador, el inspirador. Pero Beria buscaba liquidar el papel del partido —y, después de hacer una pausa me preguntó: —¿Han recibido la resolución en la que dábamos a conocer la condena pronunciada contra Beria?

—Sí —le respondí.

Dejó de sermonear sobre el partido y comenzó a hablar de la actividad de Beria; no hubo acusación que no lanzara contra él, lo calificó de responsable de muchos males. Eran los primeros pasos que se daban para golpear a Stalin. Jruschov sabía bien que por el momento no podía dirigirse contra Stalin, contra su obra y su figura, por eso comenzó con Beria para preparar el

terreno. Incluso en este encuentro, para sorpresa nuestra, Jruschov nos dijo:

—Ustedes nos han ayudado cuando estuvieron aquí, el año pasado, a descubrir y desenmascarar a Beria.

Sorprendido, fijé los ojos en él para ver adónde quería llegar. La explicación que dio fue ésta:

—Ustedes recordarán la discusión que tuvieron el año pasado con Bulganin y Beria acerca de la acusación que les lanzaron contra su ejército. Tales informaciones nos las había dado Beria, y la enérgica oposición de ustedes en presencia de los camaradas del Presidium, hizo que fundamentáramos mejor nuestras sospechas y los datos que teníamos sobre la actividad hostil de Beria. Pocos días después de su partida para Albania lo hemos condenado.

Pero en este primer encuentro que tenía con nosotros, Jruschov no pensaba simplemente en Beria. El dossier «Beria» había quedado cerrado, a éste, Jruschov ya le había ajustado las cuentas. Ahora debía ir más lejos. Se detuvo a hablar de la importancia y del papel del primer secretario o secretario general del partido.

—Para mí, poco importa —dijo en substancia— si se deberá llamar «primero» o «general». Lo importante es que a este cargo sea designado el hombre más capaz, el más apto, el que goce de mayor autoridad en el país. En esto tenemos nuestra experiencia —prosiguió—. Después de la

muerte de Stalin éramos cuatro los secretarios del Comité Central, mas no teníamos un responsable; de tal forma que ¡no sabíamos quién debía firmar las actas de las reuniones!

Después de hilvanar esta cuestión desde el punto de vista de los «principios», Jruschov no evitó de soltar algunas pullas de fácil comprensión, naturalmente contra Malenkov, sin mencionarle jamás por su nombre.

—Imagínense lo que ocurriría, —dijo con astucia— si el camarada más apto y con mayor autoridad fuese elegido Presidente del Consejo de Ministros. A él acudiría todo el mundo, lo que comportaría el riesgo de que no se tomaran en cuenta las observaciones presentadas a través del Partido, y así, éste pasaría a ocupar un segundo plano, a convertirse en órgano del Consejo de Ministros.

Mientras Jruschov hablaba, yo había observado repetidas veces a Malenkov, cuyo rostro había cobrado un color terroso, no movía ni la cabeza, ni el cuerpo, ni las manos.

Vorochilov, que se había puesto rojo como un tomate, me miraba, esperando que Jruschov acabase sus «peroratas». Después tomó él la palabra. Me hizo hincapié (como si no lo supiera) en que, también el cargo de primer ministro era importantísimo, por tal y tal razón, etc.

—Pienso que el camarada Jruschov —dijo Vorochilov en un tono inseguro, no teniendo muy claro qué partido tomar— no ha querido decir

que el Consejo de Ministros no tenga también su importancia. El primer ministro también...

Ahora Malenkov se había puesto lívido. Con estas palabras, Vorochilov, queriendo atenuar en cierta forma la mala impresión que había suscitado Jruschov, particularmente respecto a Malenkov, puso aún más en evidencia la situación tensa que existía en el Presidium del CC del partido. ¡Durante varios minutos también Klim Vorochilov nos dio su lección acerca del papel y la importancia del cargo de primer ministro!

Malenkov era la «cabeza de turco» que me la servían en bandeja para que la «degustara». Y con estas dos lecciones pude comprender claramente que en el Presidium del CC del PCUS la escisión se iba profundizando, que Malenkov y sus hombres estaban camino de la pendiente. Más tarde íbamos a ver a dónde conduciría este proceso.

En este mismo encuentro Jruschov nos dijo que la «experiencia» soviética acerca de quién debía ser nombrado primer secretario del partido y quién primer ministro, había sido igualmente comunicada a los otros partidos hermanos a fin de que pudieran aplicarla en los países de democracia popular.

—Hemos tratado estas cuestiones también con los camaradas polacos, antes del congreso de su partido —nos dijo Jruschov—. Las hemos debatido ampliamente y hemos llegado a la conclusión de que el camarada Bierut continuara

como presidente del Consejo de Ministros y el camarada Ochab fuera designado primer secretario del partido...

Así, pues, desde un comienzo Jruschov había estado por que Bierut fuese alejado de la dirección del partido (y más tarde eliminado), ya que había insistido en hacer nombrar primer secretario a Ochab, «un excelente camarada polaco» —como él mismo nos había dicho. Por consiguiente, se había dado luz verde a todos los elementos revisionistas que hasta ayer se ocultaban, se agazapaban, esperando los momentos propicios. Estos momentos, ahora era Jruschov que los creaba y, con sus actos, sus posturas y sus «ideas nuevas» se convertía en inspirador y organizador de los «cambios» y las «reorganizaciones».

Pero el Congreso del Partido Obrero Unificado Polaco no satisfizo los deseos de Jruschov. Bierut, camarada marxista-leninista resuelto, de quien guardo los mejores recuerdos, fue elegido primer secretario del partido, en tanto que primer ministro era elegido Cyrankiewicz.

Jruschov «se suscribió» a esta decisión, ya que no podía hacer otra cosa. Pero la mafia revisionista, que había comenzado a reanimarse, estudiaba todas las vías y medios posibles. La araña tejía su tela. Y si Bierut no fue depuesto de la dirección del partido en Varsovia, como había deseado y dictado Jruschov, ¡más tarde sería totalmente eliminado en Moscú por un «catarro» inesperado!

2. LA ESTRATEGIA Y LA TACTICA DE JRUSCHOV A NIVEL INTERNO DE LA UNION SOVIETICA

Las raíces de la tragedia de la Unión Soviética. Las etapas que atravesó Jruschov para usurpar el poder político e ideológico. La casta jruschovista enmoheció la espada de la revolución. ¿Qué se ocultaba detrás de la «dirección colectiva» de Jruschov? Jruschov y Mikoyan, cabezas del complot contrarrevolucionario. El viento del liberalismo sopla en la Unión Soviética. Jruschov y Vorochilov se expresan abiertamente contra Stalin. Jruschov erige su propio culto. Los enemigos de la revolución son proclamados «héroes» y «víctimas».

Una de las orientaciones principales de la estrategia y de la táctica de Jruschov a nivel interno de la Unión Soviética, consistía en tomar totalmente en sus manos el poder político e ideológico y poner a su servicio el ejército soviético y la seguridad del Estado.

Para realizar este objetivo el grupo de Jruschov debía actuar por etapas. En un principio no atacaría frontalmente el marxismo-leninismo, la edificación del socialismo en la Unión Soviética y a Stalin. Por el contrario, este grupo se apoyaría en las realizaciones alcanzadas, incluso las exaltaría lo más posible, para sentar el crédito y suscitar una situación de euforia, con el fin de poder más tarde llegar a minar la base y la superestructura socialistas.

En primer lugar, este grupo renegado tenía que apoderarse del partido, a fin de aniquilar la posible resistencia de aquellos cuadros que no habían perdido la vigilancia revolucionaria de clase, neutralizar a los vacilantes y atraerlos a sus filas por medio de la convicción o de las amenazas y al mismo tiempo promover a los puestos clave de dirección a los elementos nocivos, antimarxistas, arribistas, oportunistas, elementos que, naturalmente, no faltaban en el Partido Comunista de la Unión Soviética y en los aparatos del Estado soviético.

En el Partido Comunista de la Unión Soviética, al salir de la Gran Guerra Patria aparecieron ciertos fenómenos negativos. La situación económica difícil, las devastaciones, las destrucciones, las grandes pérdidas humanas que tuvieron lugar en la Unión Soviética, exigían una movilización total de los cuadros y las masas para asegurar la consolidación y el progreso del país. Pero en lugar

de esto se vio un envilecimiento del carácter y de la moralidad de muchos cuadros. Por otra parte, con su presunción ostentosa por las gloriosas batallas ganadas, con sus condecoraciones y privilegios y muchos otros vicios y concepciones erróneas, los elementos megalómanos despojaban al partido de su vigilancia, lo carcomían desde dentro. En el ejército se creó la casta que extendió su dominación brutal y arrogante también al partido, desnaturalizando su carácter proletario. La casta enmohecó la espada de la revolución que debería ser el partido.

Pienso que en el Partido Comunista de la Unión Soviética, ya antes de la guerra, pero de modo particular después de ésta, se debieron observar signos de una apatía condenable. Este partido gozaba de gran renombre, había logrado también grandes éxitos en su camino, pero al mismo tiempo había comenzado a perder su espíritu revolucionario, y el burocratismo y la rutina lo estaban contaminando. Las normas leninistas, las enseñanzas de Lenin y de Stalin habían sido convertidas por los *aparatchiks* en fórmulas y slogans resobados y sin valor para la acción. Gran país era la Unión Soviética, el pueblo trabajaba, producía, creaba. Se decía que la industria se desarrollaba con los ritmos requeridos, que la agricultura socialista progresaba, pero este desarrollo no era del nivel deseado.

No era la línea «errónea» de Stalin la que frenaba el progreso, al contrario, esta línea era correcta, marxista-leninista, pero a menudo era mal aplicada, incluso deformada y sabotada por elementos hostiles. La justa línea de Stalin era deformada también por los enemigos camuflados en las filas del Partido y en los organismos del Estado, por los oportunistas, liberales, trotskistas, revisionistas, como eran, y salieron abiertamente más tarde, los Jruschov, los Mikoyan, los Suslov, los Kosiguin, etc.

Jruschov y sus íntimos colaboradores en el putsch, ya con anterioridad a la muerte de Stalin, se contaban entre los más altos dirigentes que actuaban bajo cuerda preparando y esperando el momento propicio para una acción abierta y a gran escala. De hecho, todos estos traidores eran conspiradores avezados en la experiencia de los diversos contrarrevolucionarios rusos, en la experiencia de los anarquistas, trotskistas, bujarinistas. Conocían también la experiencia de la revolución y del Partido Bolchevique, mas de la revolución nada de bueno habían aprendido, sólo aprendieron aquello que necesitaban para minarla y minar el socialismo, escapando a los golpes de la revolución y la dictadura del proletariado. En una palabra, eran contrarrevolucionarios y elementos de doble cara en sus acciones. Por un lado dedicaban alabanzas al socialismo, a la

revolución, al Partido Comunista Bolchevique, a Lenin y Stalin y, por el otro, preparaban la contrarrevolución.

Toda esta zupia acumulada saboteara, pues, valiéndose de los métodos más sutiles, los cuales enmascaraba con elogios a Stalin y al régimen socialista. Estos elementos desorganizaban la revolución organizando la contrarrevolución, se mostraban «severos» contra los enemigos internos para difundir el miedo y el terror en el partido, en el Poder y en el pueblo. Eran siempre ellos los que rendían cuentas a Stalin de una situación de euforia que creaban artificialmente, mas en realidad socavaban la base del partido, la base del Estado, degeneraban los espíritus y elevaban por las nubes el culto a Stalin, a fin de poder derrocarlo más fácilmente mañana.

Esta era toda una actividad hostil y diabólica que había agarrado por el cuello a la Unión Soviética, al Partido Comunista de la Unión Soviética y a Stalin, que, tal como vendrían a mostrar los hechos históricos, estaba rodeado de enemigos. Casi ninguno de los miembros del Presidium y del Comité Central levantó su voz en defensa del socialismo y de Stalin.

Si se procede a un minucioso análisis de las directrices políticas, ideológicas y organizativas de Stalin en la dirección y la organización del partido, de la lucha y del trabajo, no se encontrará en general ningún error de principios, mas si tenemos en

cuenta cómo estas directrices eran deformadas por los enemigos, y cómo eran puestas en práctica, veremos las funestas consecuencias de estas deformaciones y aparecerá por qué el partido comenzó a burocratizarse, a dejarse invadir por un trabajo de rutina, por un formalismo nefasto que lo paralizaban, que sofocaban su espíritu y su ímpetu revolucionario. El partido se iba cubriendo de un espeso moho, caía en la apatía política, pensando erróneamente que sólo la cabeza, la dirección, actúa y resuelve todo. Una concepción semejante creó una situación en que por todas partes y ante cualquier problema se decía «esto concierne a la dirección», «el Comité Central es infalible», «esto lo ha dicho Stalin y se acabó», etc. Puede ser que muchas cosas que Stalin no dijera, eran encubiertas con su nombre. Los aparatos y los funcionarios se hicieron «todopoderosos», «infalibles», actuaban en la vía burocrática bajo las fórmulas del centralismo democrático, de la crítica y la autocrítica bolcheviques, que en realidad ya no eran bolcheviques. Así, pues, no hay duda de que el Partido Bolchevique había perdido su vitalidad de antaño. Este partido vivía con fórmulas correctas, pero sólo eran fórmulas; aplicaba, pero había perdido toda iniciativa; los métodos y las formas de trabajo que se utilizaban en la dirección del partido arrojaban un balance opuesto a los resultados esperados.

En estas condiciones, las medidas adminis-

trativas burocráticas empezaron a predominar sobre las medidas revolucionarias. La vigilancia ya no era operante, porque tampoco era ya revolucionaria, a pesar de que a son de trompeta se la declarase como tal. De una vigilancia de partido y de masas, se convertía en una vigilancia de los aparatos burocráticos y se transformaba de hecho, aunque no enteramente desde el punto de vista de las formas, en una vigilancia de la seguridad del Estado, de los tribunales.

Es comprensible que en este orden de cosas existente en el Partido Comunista de la Unión Soviética, echaran raíces y empezaran a cultivarse sentimientos y puntos de vista no proletarios, ajenos a la clase, en las filas de los comunistas y en la conciencia de muchos de ellos. Poco a poco comenzó a extenderse el arribismo, el servilismo, la charlatanería, el nepotismo mórbido, la moral anti-proletaria, etc. Todo esto corroía el partido desde dentro, sofocaba el espíritu de lucha de clases y de sacrificio y empujaba a la búsqueda de una vida «agradable», tranquila, de privilegios, de ventajas personales, de menor trabajo y esfuerzos. Así se creó la mentalidad burguesa y pequeñoburguesa que se observaba o se expresaba a través de fórmulas y de juicios tales como: «Nosotros hemos trabajado, combatido y vencido por este Estado socialista, ahora gocemos y aprovechemos. Nosotros somos invulnerables, el pasado nos cubre todo». El mal peor era que esta mentalidad estaba to-

mando cuerpo también en los viejos cuadros del partido, con un buen pasado y de origen proletario, e igualmente en los miembros del Presidium del Comité Central, los cuales debían ser un ejemplo de pureza para los demás. Muchos de estos cuadros se encontraban en la dirección, en los aparatos y utilizaban bellamente las palabras, las frases revolucionarias, las fórmulas teóricas de Lenin y Stalin, cosechaban los laureles del trabajo ajeno y estimulaban el mal ejemplo. Así, en el Partido Comunista de la Unión Soviética se iba creando una aristocracia obrera de cuadros burócratas.

Este proceso de degeneración se desarrollaba, desgraciadamente, bajo las consignas «alegres» y «prometedoras» de «todo marcha bien, normalmente, de acuerdo a las normas y leyes del partido», que de hecho eran violadas, «la lucha de clases sigue desarrollándose», «el centralismo democrático es preservado», «la crítica y la autocrítica continúan como antes», «existe la férrea unidad en el partido», «ya no hay elementos fraccionalistas y antipartido», «pasó el tiempo de los grupos trotskistas, bujarinistas», etc., etc. Este deformado concepto de la situación, que es donde reside la esencia del drama y del error fatal, era considerado en general, incluso por los elementos revolucionarios, como una realidad normal, por eso se pensaba que no existía ningún motivo de alarma, que los enemigos, los ladrones, los que infringían la moral eran condenados por los tribunales, que

los miembros indignos del partido eran expulsados como de costumbre y, como de costumbre, se admitían otros nuevos, que los planes se realizaban, aunque en algunos casos no lo fueran, que la gente era criticada, condenada, elogiada, etc. De este modo, la vida, según ellos, seguía normalmente su curso y así se le informaba a Stalin de que «todo marcha normalmente». Estamos convencidos de que si Stalin, como gran revolucionario que era, hubiera conocido la situación real en el partido, habría asestado un golpe demoledor a este espíritu malsano y el partido y el pueblo soviético se habrían levantado, porque, con razón, ellos tenían gran confianza en Stalin.

Los aparatos no sólo no informaban correctamente a Stalin y deformaban burocráticamente sus justas directrices, sino que habían creado una tal situación en el partido y en el pueblo, que cuando el mismo Stalin, en la medida en que le permitían su edad y su salud, se reunía con las masas del partido y del pueblo, éstas no le informaban de las deficiencias y los errores que sucedían, ya que los aparatos habían inculcado a los comunistas y a las masas la idea de que «no debemos inquietar a Stalin».

El gran ruido que levantaron los jruschovistas sobre el pretendido culto a Stalin era en realidad un bluf. Este culto no había sido cultivado por Stalin, que era un hombre sencillo, sino por toda la bazofia revisionista acumulada a la cabeza

del Partido y del Estado, que, entre otras cosas se valía del gran cariño que los pueblos soviéticos mostraban por Stalin, particularmente después de la victoria sobre el fascismo. Si se lee los discursos de Jruschov, Mikoyan y de todos los otros miembros del Presidium, se verá los elogios desenfundados e hipócritas que estos enemigos prodigaban a Stalin mientras éste estuvo en vida. Esta lectura provoca nauseas cuando piensas que detrás de estos elogios, dichos elementos ocultaban su trabajo hostil a los ojos de los comunistas y de las masas, los cuales estaban engañados al pensar que tenían ante sí dirigentes fieles al marxismo-leninismo y camaradas leales a Stalin.

Incluso después de la muerte de Stalin los «nuevos» dirigentes soviéticos y sobre todo Jruschov se abstuvieron todavía por un tiempo de hablar mal de Stalin, hasta lo valoraban y lo trataban de «gran hombre», de «líder con una autoridad indiscutible», etc. Jruschov tenía que hablar así para ganar crédito dentro y fuera de la Unión Soviética, para hacer creer que era «fiel» al socialismo y a la revolución, «continuador» de la obra de Lenin y de Stalin.

Jruschov y Mikoyan eran los más encarnizados enemigos del marxismo-leninismo y de Stalin. Uno y otro eran la cabeza del complot y del putsch, que habían preparado desde hacía tiempo con arribistas y antimarxistas del Comité Central, del ejército y dirigentes de la base. Estos putschis-

tas no descubrieron su juego inmediatamente después de la muerte de Stalin, sino, cuando debían, y a medida que les era necesario continuaban vertiendo su veneno, mezclándolo con alabanzas a Stalin. Debo decir que Mikoyan en particular, en los numerosos encuentros que me ha tocado tener con él, jamás ha pronunciado un elogio a Stalin, por más que en discursos y peroratas, viniera y no viniera a cuento, los putschistas entonaran diti-rambos y glorias a Stalin. Alimentaban el culto a Stalin a fin de aislarlo lo más posible de las masas, y, enmascarándose tras este culto, preparaban la catástrofe.

Jruschov y Mikoyan actuaron de acuerdo a un plan preestablecido y, con la muerte de Stalin, encontraron libre campo de acción, debido asimismo a que los otros, desde Malenkov a Vorochilov, pasando por Beria y Bulganin, se mostraron no sólo ciegos, sino también ambiciosos y cada uno pugnaba por el Poder.

Estos y otros, viejos revolucionarios y comunistas honrados, se habían convertido ya en representantes típicos de esa rutina burocrática, de esa «legalidad» burocrática que había sido instituida y, cuando tímidamente quisieron recurrir a esta «legalidad» contra el complot manifiesto de los jruschovistas, la acción había sido consumada desde hacía tiempo.

Jruschov y Mikoyan, en perfecta unidad, supieron maniobrar entre aquéllos, oponer unos

a otros. En pocas palabras, pusieron en acción la táctica siguiente: crear rencillas y escindir el Presidium, organizar las fuerzas putschistas fuera de éste, continuar hablando bien de Stalin para tener las masas de decenas de millones consigo y aproximar así el día de la toma del Poder, liquidar a los adversarios y toda una época gloriosa de la construcción del socialismo, las victorias de la Guerra Patria, etc. Toda esta actividad febril (y esto nosotros lo notábamos) tendía a crear la popularidad de Jruschov dentro y fuera de la Unión Soviética.

Jruschov, bajo el paraguas de las victorias que la Unión Soviética y el Partido Comunista de la Unión Soviética habían logrado con Lenin y Stalin a su cabeza, hacía todo lo posible por que los pueblos y los comunistas soviéticos pensaran que nada había cambiado, que un gran dirigente había muerto, pero que un dirigente «todavía más grande» subía, y ¡qué dirigente!, «¡todo igual de fiel a los principios y leninista, e incluso más que su predecesor, pero liberal, popular, sonriente, lleno de humor y jovialidad!».

Mientras tanto, la víbora revisionista, que iba tomando sus impulsos, empezó a verter su veneno sobre la figura y la obra de Stalin, al comienzo no atacando a Stalin por su nombre, sino lanzándole golpes indirectos.

En uno de los encuentros que tuve con Jruschov, en junio de 1954, en un plano supuesta-

mente de principios y teórico empezó a explicarme la gran importancia de la «dirección colectiva», los grandes daños que entrañaba la substitución de aquélla por el culto a una persona, me llegó a mencionar también unos pasajes aislados de Marx y de Lenin para darme a entender que sus afirmaciones tenían un «fondo marxista-leninista».

De Stalin no dijo nada malo, en cambio descargó todas sus baterías contra Beria, acusándolo de faltas reales e imaginarias. Lo cierto es que en esta etapa inicial de su ofensiva revisionista, Jruschov no tenía mejor carta que Beria si quería poner en práctica sus planes secretos. Como he escrito más arriba, Jruschov presentó a Beria como el responsable de muchos de los males; éste habría subestimado el papel del primer secretario, habría perjudicado la «dirección colectiva», habría intentado poner el Partido bajo la dirección de la Seguridad del Estado. Bajo la máscara de la lucha contra los daños causados por Beria, Jruschov, por una parte, se afianzaba en la dirección del Partido y del Estado y echaba mano del Ministerio del Interior, y, por otra parte, preparaba a la opinión para el ataque abierto que poco más tarde emprendería contra José Visarionovich Stalin, contra la verdadera obra del Partido Comunista Bolchevique de Lenin y Stalin.

Muchas de estas acciones y cambios inopinados nos causaban impresión, pero era demasiado pronto para que pudiéramos captar las verdade-

ras proporciones del complot que estaba siendo puesto en práctica. Sin embargo, desde entonces, no podíamos dejar de observar la naturaleza contradictoria de los actos y las ideas de este «nuevo dirigente» que tomaba las riendas de la Unión Soviética. Este mismo Jruschov que ahora se presentaba como un «adepto de la dirección colectiva», algunos días antes, en un encuentro que habíamos tenido con él, se nos presentó, al hablar nos del papel del primer secretario del partido y del primer ministro, como un ardiente partidario del «papel del individuo», y de la «mano dura».

Después de la muerte de Stalin, se tuvo la impresión de que estas «personas de principios» habían establecido una dirección colectiva. Esto era propagado con gran bombo para señalar que «Stalin había violado el principio de la dirección colectiva», que «había bastardeado esta importante norma de dirección leninista» y que «la dirección del partido y del Estado, de colegiada que era se había convertido en una dirección personal». Esto era una gran mentira y los jruschovistas la difundían para preparar su propio terreno. Si la colegialidad había sido violada, la falta debía buscarse no en las correctas ideas formuladas por Stalin en lo que se refiere a diversos problemas, sino en las adulaciones rastreras de estos otros y en sus decisiones arbitrarias que tomaban deformando la línea en los diversos sectores que dirigían. Y ¿cómo se podían controlar

los actos de estos elementos antipartido que habían rodeado a Stalin, en un momento en que ellos mismos propagaban la idea de que el «*Ce-Ka znayet vsio*»*?! Actuando de este modo, estos individuos querían convencer al partido y al pueblo de que «Stalin sabe todo lo que pasa» y «él aprueba todo». En otros términos, en nombre de Stalin y por medio de los *aparatchiks* reprimían la crítica y buscaban convertir el Partido Bolchevique en un partido sin espíritu, en un organismo desprovisto de voluntad y energía, que vegetara de día en día, aprobando todo lo que decidía, urdía y deformaba la burocracia.

En la campaña por la pretendida instauración de una dirección colectiva, Jruschov trató de maniobrar hábilmente, levantando un ruido ensordecedor sobre la lucha en contra del culto a la personalidad. Ya no habría fotos de Jruschov en la prensa diaria, no habría grandes titulares colmándole de elogios, ahora se recurría a otra táctica, resobada: todos los periódicos estaban plagados de declaraciones públicas, de discursos de Jruschov, todo eran noticias que daban a conocer sus encuentros con embajadores extranjeros, su presencia cada noche en las recepciones de los diplomáticos, sus entrevistas con delegaciones de partidos comunistas, sus encuentros

* Ruso en el original — «CC (el Comité Central) lo sabe todo».

con periodistas, hombres de negocios, senadores norteamericanos y millonarios occidentales, amigos suyos. Toda esta táctica pretendía contraponerse al método del «trabajo cerrado de Stalin», a «su labor sectaria», que, según los jruschovistas, había sido muy nefasta para la apertura de la Unión Soviética al mundo exterior.

Esta propaganda jruschovista tenía por objeto mostrar al pueblo soviético que ya había encontrado a su «auténtico dirigente leninista, que sabe todo, que todo lo resuelve correctamente, que posee una vitalidad extraordinaria, que da la debida respuesta a quienquiera que sea», y cuya actividad desbordante «hace que en la Unión Soviética se corrija todo, se borren los crímenes del pasado y se vaya adelante».

Me encontraba en Moscú, con motivo de una reunión de los partidos de todos los países socialistas. Fue en enero de 1956 si mal no recuerdo, cuando tuvo lugar una reunión consultiva sobre los problemas del desarrollo económico de los países miembros del COMECON. Era el tiempo en que Jruschov y los jruschovistas llevaban adelante su actividad hostil. Nos encontrábamos con Jruschov y Vorochilov en una villa a las afueras de Moscú, donde habían sido invitados a un almuerzo todos los representantes de los partidos hermanos. Los otros todavía no habían llegado. Nunca había escuchado de boca de los dirigentes soviéticos hablar abiertamente mal de Stalin, y

yo, por mi parte, continuaba hablando con cariño y mucho respeto del gran Stalin. Al parecer, mis palabras no sonaban bien en los oídos de Jruschov. Mientras se esperaba la llegada de los otros camaradas, Jruschov y Vorochilov me dijeron:

—¿Podríamos ir fuera a dar un paseo?

Salimos y nos adentramos en el parque. Jruschov le dice a Klim Vorochilov:

—Hable, hágale un poco a Enver de los errores de Stalin.

Puse mis oídos bien atentos, a pesar de tener desde hace tiempo mis sospechas acerca de sus fechorías. Y Vorochilov empezó a hablarme de que «Stalin se ha equivocado en la línea del partido, que ha sido brutal, violento de tal manera que era imposible discutir con él».

—Stalin —continuó Vorochilov— ha permitido crímenes, cuya responsabilidad es totalmente suya. Se ha equivocado igualmente en el terreno del desarrollo de la economía, por consiguiente el epíteto de «arquitecto de la construcción del socialismo» con el cual se le ha calificado, es injustificado. Con los demás partidos, Stalin no ha mantenido relaciones correctas...

Vorochilov permaneció un largo tiempo lanzando toda una sarta de cosas de este género en contra de Stalin. Algunas las captaba, otras se me escapaban, pues como he dicho antes no dominaba bien el ruso, mas con todo logré comprender la esencia de la plática y el objetivo que estos

dos perseguían, y me sentí indignado. Jruschov caminaba delante de nosotros y con su bastón iba tocando las coles que habían plantado en el parque. (Jruschov había hecho plantar legumbres hasta en los parques, para hacerse pasar también como un gran maestro en agricultura.)

Cuando Vorochilov acabó con sus habladurías y calumnias, le dije:

—¿Cómo es posible que Stalin haya cometido tales errores?

Jruschov, contrariado, se volvió y me respondió:

—Es posible, es posible, camarada Enver, Stalin ha hecho todas esas cosas.

—Ustedes habían observado todo esto cuando Stalin estaba en vida. Entonces, ¿cómo no le ayudaron a evitar esos errores que, según dicen, habría cometido? —pregunté a Jruschov.

—Es natural, camarada Enver, que nos hagas esta pregunta, ahora ¿ves esta *capusta**? Stalin te cortaba la cabeza con tanta facilidad como el jardinero puede cortar esto, y Jruschov golpeó una col con el bastón.

—¡Todo está claro! —le dije a Jruschov y ya no volví a hablar.

Entramos en la casa. Los demás camaradas habían llegado. Yo hervía de ira. Aquella noche se nos serviría sonrisas y promesas para un

* Ruso en el original — col.

«mayor» y más «impetuoso desarrollo» del socialismo, de «más ayuda» y «más amplia colaboración en todos los terrenos». Era el momento en que se preparaba el tristemente célebre XX Congreso, el tiempo en que Jruschov estaba caminando más rápidamente hacia la toma del Poder. Se estaba creando una imagen de dirigente mujik, «popular», que abría las cárceles y los campos de concentración, que no sólo no temía a los reaccionarios y los enemigos condenados y encarcelados de la Unión Soviética, sino que, al ponerlos en libertad, quería mostrar que entre éstos habían también «inocentes».

Ya se sabe lo trotskistas, complotadores, contrarrevolucionarios que eran Zinóviev y Kámenev, Rikov y Piatakov, lo traidores que eran Tukachevski y demás generales agentes del Intelligence Service o de los alemanes. Pero para Jruschov y Mikoyan todos ellos eran buena gente y poco tiempo después, en febrero de 1956, serían presentados como víctimas inocentes del «terror stalinista». Esta ola se iba moviendo poco a poco, se iba preparando cuidadosamente a la opinión. Los «nuevos» dirigentes que no eran otros que los viejos, a excepción de Stalin, se hacían pasar por liberales queriendo decir al pueblo: «Respira libremente, eres libre, estás en la verdadera democracia, porque el tirano y la tiranía han sido liquidados. Ahora todo anda por el camino de Lenin, está surgiendo la abundancia,

los mercados van a llenarse, no vamos a saber qué hacer con tantos productos».

Jruschov, este repugnante charlatán, encubría sus supercherías y astucias con pamplinas y palabrerías. Sin embargo, recurriendo a estas prácticas creó una situación favorable a su grupo. No pasaba día en que Jruschov no desplegara una desenfrenada demagogia en cuanto al desarrollo de la agricultura, no cambiara hombres y métodos de trabajo para convertirse él en único «patrón competente» de la agricultura, que emprendía tales «reformas» personales.

Jruschov «había inaugurado» su escalada al puesto del Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética con un largo informe sobre los problemas de la agricultura que presentó en el curso de un pleno del Comité Central, en septiembre de 1953. Este informe, que fue calificado de «muy importante», contenía aquellas ideas y reformas jruschovistas que en realidad ocasionaron a la agricultura soviética tan graves perjuicios que aún hoy se dejan sentir sus catastróficos efectos. El bullicio y el ruido montados sobre las «nuevas tierras» eran un bluf. La Unión Soviética ha comprado y sigue comprando millones de toneladas de cereales de los Estados Unidos de América.

En cuanto a la «dirección colectiva» y a la desaparición de las fotos de Jruschov de los periódicos, serían fenómenos de corta duración. El

culto a Jruschov comenzaba a ser movido por los intrigantes los liberales, los arribistas, los lameplatos y los aduladores. La gran autoridad de Stalin, fundada sobre su obra imborrable, fue sabotada dentro y fuera de la Unión Soviética. Su autoridad cedió el lugar a la de un charlatán, de un payaso, de un chantajista.

3. ¿MARXISTA-LENINISTAS? NO, MERCACHIFLES

Mikoyan, traficante cosmopolita y antialbanés de siempre. Conversaciones arduas en junio de 1953 sobre cuestiones económicas: los dirigentes soviéticos regatean las ayudas a Albania. Los «consejos» de Jruschov un año después: «no tienen necesidad de industria pesada», «petróleo y metales les damos nosotros», «por cereales de panificación no se preocupen, les daremos cuanto quieran». Disputas con Mikoyan. Cabecillas revisionistas manifiestan su descontento ante el COMECON. Ochab, Dej, Ulbricht. La Reunión Consultiva del COMECON en junio de 1956 en Moscú, Jruschov: «... debemos proceder tal como lo hizo Hitler». Una nueva entrevista con Jruschov. Sus «consejos»: «Que Albania marche adelante con algodón, ovejas, pesca y cítricos».

Estábamos decididos a proseguir y desarrollar ulteriormente la práctica iniciada desde la época en que vivía Stalin, a intercambiar opiniones y solicitar la ayuda de la dirección sovié-

tica en lo que respecta a nuestros problemas económicos. En los primeros ocho o nueve años de Poder popular habíamos obtenido una serie de éxitos en el desarrollo económico del país, habíamos dado los primeros pasos en el terreno de la industrialización y de la colectivización de la agricultura, habíamos creado una cierta base en este sentido y ganado una cierta experiencia, que debía servirnos para hacer avanzar constantemente nuestra economía socialista. Sin embargo, ni nos envanecíamos de los éxitos que habíamos logrado, ni ocultábamos los grandes problemas, debilidades y dificultades que teníamos. Por eso sentíamos la necesidad de consultar continuamente a nuestros amigos y en primer lugar a los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética; asimismo teníamos necesidad de sus ayudas materiales y créditos. Ahora bien, estas ayudas y créditos jamás los considerábamos como limosna y nunca los solicitamos como tal.

Pero, también en este terreno de nuestras relaciones y contactos con la dirección soviética posterior a Stalin detectamos muy pronto signos de que las cosas ya no iban como antes. Algo cojeaba, algo se había roto en aquella atmósfera anterior, en que íbamos a Stalin y sin ningún temor le hacíamos saber nuestros problemas, y él nos escuchaba y nos hablaba de igual modo, con el corazón en la mano, con su corazón de comunista internacionalista. En sus sucesores, íbamos

viendo cada día, en lugar de comunistas, a unos mercaderes.

Mikoyan en particular era el elemento más negativo, el más sospechoso, el más intrigante de los miembros del Presidium del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Este mercader, que masticaba continuamente haciendo sonar sus dientes postizos, rumiaba también, como se confirmó más tarde, diabólicos planes antimarxistas, complotadores y putschistas. Esta persona desagradable también por su fisonomía, duro de corazón, se mostraba particularmente con nosotros, los albaneses, como un pájaro de mal agüero. Nuestras relaciones con este traficante y avaro tenían carácter económico y comercial. En lo que estaba relacionado con Albania, como la concesión de créditos o los intercambios comerciales, este individuo todo lo veía a través de un prisma exclusivamente comercial. Para él no existían los sentimientos internaciona- listas, socialistas, de amistad.

Para Mikoyan Albania era una «noción geográfica», un país con un pueblo sin valor. Jamás había escuchado de su boca una palabra sobre nuestra lucha, sobre nuestro pueblo, sobre los esfuerzos que hacíamos en nuestra lucha frente a las grandes dificultades que suponía la reconstrucción de nuestro país y de nuestra economía arruinados por la guerra. El, que había viajado a todos los países, jamás expresó el más mínimo

deseo de venir a Albania. Era notorio que la dirección soviética se basaba en la «gran experiencia económica» de este traficante cosmopolita, que, como lo ha demostrado la historia, complotaba, en colusión con Nikita Jruschov, contra Stalin, al que habían decidido asesinar, como él mismo nos señaló, en febrero de 1960. Después del putsch se ligaron con el imperialismo norteamericano y se pusieron a destruir desde sus cimientos la gran obra de Lenin y de Stalin, del socialismo en la Unión Soviética. Tanto en lo que respecta a Albania, como a los demás países, Mikoyan era quien decidía las ayudas que concedía la Unión Soviética.

En nuestras relaciones con los soviéticos, Mikoyan no sólo ha sido el hombre más cicatero, sino también el más insolente. Esta línea antialbanesa era permanente en él, la practicaba incluso en vida de Stalin. En mi libro de recuerdos *Con Stalin*¹ he evocado el momento en que Stalin, hablándome de las ayudas internacionalistas que iban a concedernos, me preguntó sonriendo:

—¿Y los albaneses, trabajarán?!

Inmediatamente capté por qué me dijo esto Stalin. Dos o tres días antes habíamos tenido un largo debate con Mikoyan sobre nuestra situación económica y las demandas de ayuda que le había-

1 Véase: Enver Hoxha. *Con Stalin* (Memorias), Casa Editora «8 Nëntori», segunda edición en albanés, Tirana, 1984.

mos presentado a la dirección soviética. Mikoyan había proferido palabras ofensivas sobre nuestra situación y nuestros asuntos, había llegado al extremo de decirnos: «¡Ustedes apoyan su desarrollo únicamente en la ayuda exterior!»

—No, —le repliqué—. Esto no es así. Trabajamos día y noche, apenas dormimos, pero tales son nuestras condiciones y dificultades. Y continué hablándole del infatigable y abnegado trabajo que realizaban en Albania los obreros, el campesinado trabajador, la juventud, las mujeres, todo el pueblo entero, viejos y jóvenes.

—Pero bueno —dijo el traficante tratando de moderar su tono—, ustedes quieren levantar la industria. Les va a ser difícil crear una industria y no podrán encontrar los equipos necesarios si no los solicitan del exterior, de nosotros. Empeñen sus fuerzas en la agricultura, mejoren la vida del campo, no esperen a realizar su desarrollo únicamente a través de la industria.

Continuamos largo tiempo nuestras querellas con el comerciante armenio y, como siempre, puso fin a la discusión diciéndonos: «Bueno, se lo plantearé a la dirección». De hecho, Stalin aprobó todas nuestras demandas y ni en este caso ni en ningún otro nos hizo observaciones del tipo de las de Mikoyan. Sin embargo, éste había vertido su bilis contra nosotros incluso ante Stalin.

Con todas nuestras delegaciones económicas Mikoyan se ha mostrado como un traficante.

—No podemos satisfacer sus demandas, los créditos que nos piden son excesivos. No podemos ayudarles a construir la fábrica de arroz, la fábrica de cemento, etc., —nos decía, a pesar de que los créditos que solicitábamos eran mínimos.

Nuestra modestia y timidez al hacer una demanda eran actitudes típicas de un pobre que ha conocido la miseria, que sabe lo que son la fatiga y las penalidades, que también conocía las enormes necesidades de la Unión Soviética devastada por la guerra, sus obligaciones internacionales. Ahora bien, para la mayoría de las fábricas y otras instalaciones que estábamos construyendo con sus créditos, el camino había sido abierto desde que Stalin estaba en vida. En vano explicábamos a Mikoyan la desastrosa situación de nuestro país, que no había heredado de la burguesía ni la menor fábrica, que había sido calcinado y devastado por la guerra, que no poseía un tractor para realizar las labores de la tierra, y que, por tanto, no era justo que se nos pusiera en un mismo plano con Alemania del Este, Checoslovaquia, etc. En una ocasión tuve una disputa violenta con Mikoyan, que se puso a reprocharme el que nuestras vacas no daban más de 500 ó 600 litros de leche al año.

—Para qué las quieren —dijo—, ¡mátenlas! Muy indignado, le repliqué:

—Nuestro camino no será nunca el de matar el ganado, sino el de alimentarlo mejor y mejorar

la raza. Deben saber que nuestro pueblo sufre todavía escasez de pan y con mayor motivo no tiene qué darles a los animales.

—En nuestro país —dijo vanidosamente— una vaca da tantos y tantos miles de litros de leche.

—Perdone un momento —le dije—, usted es un viejo cuadro del Estado soviético y lo debe saber: ¿sus vacas producían tanta leche como hoy al día siguiente de la Revolución de Octubre, en 1920 o en 1924?

—No —dijo—, entonces las cosas eran diferentes.

—Esto mismo pasa ahora con nosotros —le dije—, no podemos alcanzar su nivel en sólo 4 ó 5 años de liberación. Lo esencial es que hemos puesto manos a la obra y estamos sedientos de desarrollo y de progreso. El deseo, la voluntad no nos faltan. Pero midamos bien las cosas.

A la muerte de Stalin, lo que no había aparecido más que en forma de matices en la actitud hostil del ministro mercachifle de la Unión Soviética respecto a Albania, se convirtió en una línea permanente. Con la diferencia de que ahora aquél no estaba solo. Su lápiz que había adquirido el hábito de marcar más bien cruces y «noes» sobre nuestras modestas demandas, en el presente encontraba apoyo y respaldo también en los demás. He evocado más arriba el encuentro de junio de 1953 con Malenkov, Beria, Mikoyan y

otros en Moscú. Por la manera de comportarse con nosotros, de tratar los problemas económicos que les planteamos, además de otras consideraciones, sentí que ya en el Kremlin faltaba no sólo el inolvidable Stalin en persona, sino también su espíritu generoso y humano, su comportamiento atento, cordial, su pensamiento de eminente marxista-leninista.

Llevaba hablando apenas unos minutos sobre la situación socio-económica de Albania, sobre la movilización sin precedentes de las masas trabajadoras, los comunistas y los cuadros en el trabajo, cuando Malenkov me interrumpió:

—*Nu, tavarish** Enver —dijo—, usted nos está presentando la situación en Albania como si fuera buena. Esto no corresponde a la realidad. Así que escuche nuestras consideraciones.

Y nos vaciaron un saco de observaciones sobre nuestra situación y nuestros asuntos. No sabemos de dónde habían sacado estos «datos», pero era tal su manera de exagerar y abultar las cosas que nos dejaron totalmente asombrados. Dos de sus «observaciones» han quedado sobre todo grabadas en mi memoria.

La primera concernía a nuestros aparatos de Estado.

—¡Su aparato —habría constatado la dirección soviética— es amplio y está tan inflado que

* Ruso en el original — Pero, camarada.

ni siquiera Rockefeller y Morgan se atreverían a mantenerlo!

E inmediatamente después que habían hecho de nosotros Rockefellers y Morgans, con su segunda observación nos llevaron al otro extremo:

—Sus campesinos no tienen un pan que llevarse a la boca, no tienen bueyes, no tienen ganado, no tienen ni una gallina (ellos sabrían cómo habían contado las gallinas de Albania), y no hablemos ya de otros artículos de primera necesidad.

¡A la vez Rockefellers y muertos de hambre!
¡¿Cómo entender esta lógica?!

Pero la voz de Mikoyan no me dejó pensar mucho...

Como ducho en materia de cifras, Mikoyan me habló citándome porcentajes, sumas, comparaciones, tablas. Luego prosiguió:

—Su situación económica es mala, su agricultura está en un estado lamentable, su ganado es numéricamente inferior al de antes de la guerra, un 20 por ciento del pan deben importarlo, la colectivización progresa lentamente, el campesinado no está convencido de la necesidad de ésta. Ustedes explotan a los campesinos. En el plano financiero sus asuntos marchan mal. No saben hacer comercio —farfullaba el armenio.

Con todo el respeto que tenía por los dirigentes soviéticos, no me pude callar:

—No nos pasamos el día ni en bailes ni en

festines —le respondí—. Estamos trabajando, su-
dando, pero es imposible arreglarlo todo de inme-
diato. No olvide que también ustedes han pasa-
do por esta fase.

—No —dijo—, no lo olvido, pero hemos
sido nosotros quienes hemos trabajado.

—También somos nosotros quienes estamos
trabajando —proseguió—, en nuestro país no hay
colonos. No pedimos limosnas, sólo les pedimos
una ayuda internacionalista.

Mis réplicas le llevaron a suavizar en cierto
modo el tono. No obstante, prosiguió:

—Sus planes no se realizan. Tomemos el sec-
tor de construcciones. Ustedes han emprendido
obras colosales si se tienen en cuenta las posibi-
lidades de su país, pero estas obras no se realizan,
en primer lugar, porque les falta mano de obra y
no han creado las condiciones apropiadas a tal
fin; segundo, porque se han empeñado en levan-
tar muchas fábricas que no son necesarias. Han
comenzado estas obras sin tener en cuenta las
condiciones reales de Albania. Están construyen-
do una central hidroeléctrica en Mat.¹ Y bien,
preguntamos: ¿dónde piensan utilizar la energía
eléctrica? No vemos dónde pueden emplearla,
ustedes no tienen necesidad de tanta energía.

1 Se trata de la central hidroeléctrica «Carlos Marx»
sobre el río Mat, en Albania Septentrional. Terminó de cons-
truirse en enero de 1958.

Me pareció muy extraño este razonamiento y le hice esta objeción:

—La central sobre el río Mat, cuando esté acabada, producirá unos 25 000 kilovatios. ¡¿Cómo pueden pensar que es una cantidad grande y superflua?! Debe tener presente, camarada Mikoyan, que no solamente tenemos necesidad de energía eléctrica ya desde ahora, sino que el futuro desarrollo planificado de nuestra economía no podrá garantizarse sin tomar a tiempo las medidas requeridas para producir la energía eléctrica que precisaremos.

—No son exactos en sus planificaciones. La central les resulta extraordinariamente cara y no tienen dónde utilizar la corriente —insistió Mikoyan—. Han proyectado, igualmente, construir fábricas innecesarias, como de acero, de elaboración de madera, de papel, de vidrio, de cáñamo, de pan, etc. ¿Para qué querrá Albania todas estas fábricas? ¿Por qué construyen la refinería¹? ¿Tienen suficientes reservas de petróleo, o bien van a levantar esta planta para que luego quede parada? Examinen bien todo esto y supriman lo superfluo. La cuestión de la agricultura es muy crítica, ¡reduzcan pues las inversiones en la industria y refuercen su agricultura!

Le oía hablar de esta manera y por un mo-

¹ Se trata de la planta de elaboración del petróleo, que se construía en aquel entonces en Cërrik.

mento me pareció tener ante mí no al miembro del Presidium del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética y viceprimer ministro, sino a Kidrich, el enviado de Tito a Albania que, hacía siete u ocho años, junto con sus compañeros, habían tratado a toda costa de hacernos desistir de la industria, de levantar cualquier obra industrial. «La agricultura, la agricultura», insistían los hombres de Belgrado.¹ «La agricultura, sólo la agricultura», escuchaba ahora, en 1953, que se me aconsejara también en Moscú...

Todo este encuentro, que tenía como fin examinar nuestros problemas económicos, prosiguió en este espíritu hasta el final.

Al cabo de unos días, nos sentamos de nuevo a la mesa de conversaciones con Mikoyan y otros dos o tres funcionarios soviéticos y otra vez «debatimos» las cuestiones económicas. Viendo la mala predisposición de nuestros anfitriones, tachamos muchas de nuestras demandas. Nos limitamos a lo que era indispensable, y, a pesar de sus «consejos», hice hincapié en un pequeño crédito para la industria, que conseguí, especialmente para el sector del petróleo y de minas.

No puedo olvidar aquel momento, cuando

1 Véase: Enver Hoxha. *Los titistas* (Apuntes históricos), Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1982, ed. en español, págs. 273-381, 427-435.

nos entrevistamos con Malenkov y Mikoyan para las conversaciones finales.

—Siguiendo sus consejos —les dije—, he consultado con mis camaradas y hemos decidido aplazar hasta el próximo quinquenio la construcción de las fábricas de papel, de vidrio, de acero, de pan, que solicitábamos anteriormente.

—*¡Pravilno!* —dijo Malenkov, al tiempo que Mikoyan se apresuraba en trazar sobre la lista varias cruces con su grueso lápiz.

¡Aplacemos la construcción de la hidroeléctrica de Mat hasta 1957!

—*¡Pravilno!* —repitió Malenkov, y Mikoyan «¡zas!» añadió una nueva cruz.

—Suprimamos del plan la construcción del ferrocarril, la planta del asfalto...

—*¡Pravilno! Pravilno...*

Y así terminó este encuentro.

—¡Vuelvan de nuevo! —nos dijeron cuando nos despedimos—. ¡Estudien bien las cosas y escribannos!

Les dimos las gracias a nuestros amigos por lo que nos concedieron y emprendimos el viaje de regreso a Albania.

Aunque es poco decir que las impresiones que sacamos de este viaje a la Unión Soviética no fueron buenas, seguimos conservando nuestros sentimientos de amistad y de cariño por el gran país de los soviets, por la patria de Lenin y Stalin. Esos actos y gestos que nos habían chocado, los

guardábamos en lo más profundo de nuestro ser, conversábamos preocupados entre nosotros, pero no podíamos admitir en nuestro corazón que las cosas hubieran tomado en aquel país una dirección errónea. Nos decíamos uno a otro que los camaradas soviéticos tenían grandes dificultades económicas, que en algún modo la pérdida de Stalin los había desorientado, que no les resultaba tan fácil tomar totalmente en sus manos las riendas de la dirección, y esperábamos y deseábamos que se tratara de manifestaciones pasajeras, que con el tiempo pudieran ser remediadas.

Sin embargo, pocos meses después pudimos constatar de nuevo una actitud desagradable e incorrecta por su parte.

El 22 de diciembre de 1953 dirigimos al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética una larga carta en la que después de señalar las medidas que habíamos tomado para el reforzamiento del Poder popular, para nuestro desarrollo económico, la elevación del nivel de vida en el campo y el progreso de la agricultura, le planteábamos una serie de problemas sometién-dolos a su opinión, y algunas demandas modestas de ayudas y créditos para nuestro próximo plan quinquenal. Habíamos redactado esta carta siguiendo sus recomendaciones, sobre la base de un amplio estudio que veníamos realizando durante meses y a nuestro parecer era una carta con peticiones totalmente fundadas y exactas.

De esta opinión eran también los especialistas y consejeros soviéticos que habían venido a nuestro país en el marco de la asistencia y la colaboración entre los dos países.

Apenas 5 ó 6 días después de haber enviado nuestra carta a Moscú, nos llegó a Tirana la respuesta del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Una carta de 15 a 20 renglones. «No reflejan bien la situación», «han considerado el problema a la ligera», «no han profundizado en las cuestiones», «no han tomado las medidas que se imponen», «prepárense mejor y escríbanos otra vez». Este era todo el contenido de aquellos pocos renglones firmados por el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. No podíamos dejar de sentirnos heridos por el tono despectivo y ofensivo de la nueva dirección soviética ni dejar de preguntarnos con sorpresa: «¿Cómo saben en Moscú si hemos reflejado correcta o erróneamente nuestros problemas, cuando somos nosotros, y no ellos, los que vivimos y trabajamos en Albania?!»

Pero nuestros encuentros anteriores, especialmente con Mikoyan, nos habían enseñado qué debíamos hacer para que nuestra carta recibiera el beneplácito de los soviéticos: metimos la tijera a muchas de las demandas que planteábamos, quitamos del proyecto del próximo plan una parte de nuestras previsiones y propuestas, particularmente en el terreno de la industria y envia-

mos la segunda carta «corregida» o, mejor dicho, mutilada. No nos equivocábamos: nos avisaron que nos esperaban en Moscú «para realizar consultas y para ayudarnos».

Nos entrevistamos pues con los dirigentes soviéticos el 8 de junio de 1954. Fue precisamente la entrevista en la que Jruschov, dado que todavía era tal como nos dijo, «un mal albanés», no quiso hablar sobre nuestros problemas económicos, sino que nos espetó toda una perorata sobre el papel del primer secretario del partido y del primer ministro.

Sin embargo, antes de terminar su discurso Jruschov nos habló, supuestamente en términos generales, supuestamente en forma de orientaciones y consejos, también de los problemas económicos, especialmente de la línea que debíamos seguir en nuestra política económica.

—En el desarrollo de su economía —nos dijo—, pongan cuidado en los cálculos. Veamos el petróleo, por ejemplo. ¿Acaso les interesa hacer tan grandes inversiones en esta rama?! —preguntó.

Comprendí al instante adónde quería llegar. No obstante todas las «recomendaciones» que nos habían dado anteriormente a fin de que desistieramos de las prospecciones y la extracción del petróleo en Albania, en la segunda carta que les enviábamos, volvíamos a insistir en nuestras opiniones y solicitábamos que nos ayudaran en

este sector. Y ahora, puesto que nos había preguntado, aproveché la ocasión para exponer una vez más nuestra opinión.

—Como deben saber por nuestra carta —les dije—, nuestro Gobierno y el Comité Central de nuestro Partido, viéndose ante un gran problema económico y político, han determinado que es necesario a toda costa proseguir la extracción del petróleo y las prospecciones en este terreno, por más que esto pueda significar una pesada carga para nuestra economía, la cual, de no aumentar la extracción del petróleo, se resentirá todavía durante algún tiempo. Debemos continuar nuestras prospecciones y la extracción del petróleo —proseguí—, porque es una materia de gran importancia estratégica y económica para nuestro país y nuestro campo. Pero las perforaciones actuales de prospección y explotación son de hecho totalmente insuficientes. La cantidad extraída de los pozos existentes disminuye continuamente y esto, además de causar considerable déficit en la producción y ser una carga gravosa para nuestra economía, ocasiona grandes desajustes en la balanza de nuestras exportaciones.

—¿Están seguros que su subsuelo contiene petróleo? —preguntó Jruschov.

—Permítanme decirles que la expedición de estudios geológicos dirigida por especialistas soviéticos, que prosigue sus trabajos desde el año 1950, es optimista en cuanto a la existencia de nuevos

yacimientos de petróleo en numerosos puntos de nuestro país. Mas para certificar nuestras reservas, tanto en las nuevas fuentes como en las ya existentes, es preciso hacer inversiones. Hemos tenido fuertes gastos en este sector, estamos construyendo una refinería, donde trabaja la parte más combativa de la clase obrera, hemos formado cuadros del petróleo. En todo este proceso, proseguí, no podemos por menos de reconocer honestamente muchas lagunas y deficiencias por nuestra parte en la organización del trabajo. Estamos luchando con todas nuestras fuerzas por eliminarlas. Pero con las reservas que tenemos en este sector nuestra marcha adelante se hace insegura. Las reservas conocidas hasta hoy son mínimas y, de no intensificar nuestras prospecciones, podrían agotarse en un período de 2 ó 3 años.

—Esto no debe preocuparles —intervino Jruschov—. Nosotros poseemos cantidades abundantes de petróleo, y les vamos a abastecer.

—Pero —le respondí—, en el curso de los años 1948-1953 nos hemos visto obligados a importar petróleo elaborado y aceites lubricantes que ascienden a millones de rublos. Ustedes deben comprender que esto representa para nosotros un esfuerzo muy grande y piensen el desembolso que podríamos evitar si descubrimos el petróleo que encierra nuestro subsuelo.

—Además de estas razones tan importantes —proseguí—, es igualmente imperioso para noso-

tros reactivar el sector del petróleo por otra razón: en caso de un eventual peligro para nuestro país y en la imposibilidad práctica de que nuestros amigos pudieran suministrarnos carburantes, nos veríamos sin una gota de petróleo y toda la actividad en nuestro país quedaría paralizada.

—Teniendo en cuenta todas estas circunstancias —le dije a Jruschov—, hemos decidido proseguir nuestros trabajos de prospección y de extracción de petróleo. Pero para esto necesitamos su ayuda. En base a los datos de los especialistas soviéticos y albaneses, si continuamos explotando y haciendo prospecciones con los medios de que disponemos actualmente y en los lugares donde tenemos pocas reservas, no podremos aguantar más de dos o tres años. Después de este período nos encontraremos de nuevo ante gravísimas dificultades.

Por eso, dada esta situación, rogamos al gobierno soviético que estudie nuestra petición sobre la concesión de un crédito destinado al sector del petróleo para los tres años venideros. Deseo añadir que la maquinaria que tenemos y la que recibamos, la pondremos en marcha con nuestros propios cuadros de este sector, así como también con un número muy reducido de ingenieros soviéticos.

— Bueno, bueno —intervino de nuevo Jruschov—, pero el asunto es que hay que hacer bien

los cálculos, con lápiz en la mano, y considerar la rentabilidad. Sé que su petróleo no es de los preferidos, contiene muchas otras sustancias, sobre todo betún y altos porcentajes de azufre, y si se elabora su rentabilidad es aún menor. Voy a citarle un ejemplo que se refiere a nuestro petróleo de Bakú. Allí hemos invertido miles de millones de rublos. Para impulsar el sector del petróleo en Bakú, Beria solicitaba continuamente a José Visarionovich sumas considerables, ya que Stalin, habiendo él mismo trabajado en otro tiempo en Bakú, sabía que en este lugar existía petróleo. Pero por los descubrimientos que hoy hemos realizado en otras regiones de nuestra patria y los análisis que hemos llevado a cabo, resulta que la explotación del petróleo en Bakú no es rentable.

Después de haberme dado una larga conferencia, en la que no faltaron cifras, sobre la «rentabilidad» y la «no rentabilidad» de la extracción del petróleo a fin de que «no me equivocara» como Stalin(!), Jruschov dejó ver sus verdaderas intenciones:

—Así, pues, en lo que atañe a las cuestiones económicas debemos calcular con lápiz tanto nosotros como ustedes y, si en su país existen provechosas fuentes de petróleo, bien, les otorgaremos créditos. Pero aun haciendo las cuentas de esta manera, resulta más ventajoso que les suministremos petróleo del nuestro. . .

—En todo hay que ver la rentabilidad —pro-

siguió Jruschov—. Tomemos la industria. Comparto su opinión de que Albania debe tener su propia industria. Pero ¿qué tipo de industria? Estimo que en su país debe desarrollarse la industria alimenticia, por ejemplo la de conservas, de elaboración de pescado, frutas, aceite, etc. Ustedes quieren desarrollar también la industria pesada. Esto hay que verlo bien —dijo, y tras señalar que podían concedernos alguna planta mecánica de reparación de las piezas de recambio, añadió:

—Por lo que respecta a la industria de tratamiento de los minerales, a la producción de metales, estas ramas para ustedes no resultan rentables. Nosotros tenemos metales y podemos darles cuanto quieran. Con un día de nuestra producción, podemos satisfacer todas sus necesidades del año.

Lo mismo dijo refiriéndose a la agricultura. —Su país —prosiguió— debe desarrollar los cultivos que crecen mejor y que son más ventajosos. También nosotros hemos cometido errores en este sentido, por ejemplo en Georgia. Habíamos decidido sembrar allí cereales de panificación, cultivar algodón en Ucrania, etc. Sin embargo hemos hecho cuentas y vemos que en Georgia nos interesa más cultivar los cítricos, los viñedos, los frutales, etc., y en Ucrania los cereales. Ahora hemos adoptado nuevas decisiones y hemos suprimido aquellos cultivos que no se desarrollan bien, tanto en Georgia como en otras repúblicas. Así que, ustedes deben propagar también en Albania

aquellos cultivos que se desarrollan mejor y dan una mayor producción, como el algodón, los cítricos, el olivo, etc. De esta forma Albania se transformará en un hermoso jardín y satisfharemos nuestras necesidades recíprocas.

—En lo que a nuestro país se refiere —le señalé—, una de las direcciones fundamentales del desarrollo de la agricultura es el incremento de la producción de cereales de panificación. El pan siempre ha sido y sigue siendo un gran problema para nosotros.

—No se preocupen por el cultivo de los cereales de panificación —intervino en seguida Jruschov—. En esto podemos abastecerles nosotros y en las cantidades que quieran; un día que se supere el plan de producción de cereales en la Unión Soviética es suficiente para que Albania viva tres años. Nosotros —prosiguió— estamos marchando a grandes pasos en nuestra agricultura. Les voy a leer algunas estadísticas sobre la realización de nuestro plan de siembras de primavera: Las siembras se han cumplido en tanto por cien, las superficies sembradas superan en tantos millones de hectáreas a las del año pasado; tantos millones por encima del plan..., y continuó atiborrándonos de cifras, que leía rápidamente y una tras otra para darnos a entender que no tratábamos con un dirigente cualquiera, sino con un dirigente que conocía la situación al dedillo.

En cuanto a las cifras, no teníamos por qué

poner en duda su exactitud, nos alegrábamos y deseábamos que la Unión Soviética progresara lo más posible. Pero en lo que se refiere a las opiniones y «orientaciones» que nos dio para nuestra economía, no podíamos de ningún modo estar de acuerdo con Jruschov. No quiero decir que desde este primer encuentro oficial, en junio de 1954, hayamos llegado a comprender que teníamos ante sí al futuro cabecilla del revisionismo moderno. No, de esto nos daríamos cuenta más tarde, pero en esta entrevista constatamos que sus opiniones acerca del petróleo, así como la orientación que nos dio respecto a nuestra industria y agricultura, no eran correctas, no correspondían a las necesidades de nuestro país ni estaban en conformidad con los principios básicos de la edificación del socialismo en cualquier país, ni tampoco con las enseñanzas y la experiencia de Lenin y de Stalin. Por eso decidimos rebatir sus opiniones y defender nuestros puntos de vista.

Pero en esta entrevista Jruschov no dejó lugar para debates.

—Expuse estas opiniones —concluyó— para que las tengan presentes. En cuanto a las cuestiones concretas que nos han planteado aquí, concernientes al desarrollo de su economía, por nuestra parte hemos designado un grupo de camaradas con Mikoyan al frente para que las discutan con ustedes. Al final tendremos un nuevo encuentro y decidiremos conjuntamente.

Durante varios días consecutivos estuvimos batallando con Mikoyan, que ya había echado mano de las grandes tijeras. Para rechazar nuestras modestas, pero resueltas demandas, que las presentábamos para impulsar nuestra industria, él y sus compañeros repetían la misma cantinela:

—¡Para qué necesitan la industria! —nos decían—. ¿No se dan cuenta cómo tienen el campo?

Naturalmente conocíamos mucho mejor que ellos la situación de nuestro campo, conocíamos el atraso que nuestra agricultura había heredado del pasado y, precisamente porque los conocíamos bien, veníamos dedicando una atención y un cuidado especiales al progreso de la agricultura, a la elevación del nivel de vida en el campo. Veníamos realizando enormes inversiones, si se tiene en cuenta nuestras posibilidades, en trabajos de bonificación, de irrigación, de roturación de tierras, etc.; habíamos suministrado al campesinado semillas seleccionadas y maquinaria agrícola, habíamos creado una serie de empresas agrícolas estatales, habíamos realizado avances positivos en la colectivización, no habíamos cesado de tomar medidas con vistas a facilitar y estimular el incremento de la producción agrícola y la elevación del nivel de vida en el campo, etc. Pero no se podía conseguir todo de un golpe. Además conocíamos bien la verdad marxista-leninista, que experimentábamos en la práctica diaria, según la

cual el progreso de la agricultura debe ser acompañado necesariamente del desarrollo de la industria, de la creación y potenciamiento de las ramas fundamentales que favorecerían el desarrollo armónico de toda nuestra economía popular. Por eso, en estos encuentros con los dirigentes soviéticos insistimos en nuestras opiniones y en nuestras demandas.

—La industria —les dijimos entre otras cosas—, independientemente de los progresos que ha realizado, no produce hoy más que un número limitado de artículos y no está en condiciones de satisfacer las necesidades de nuestros trabajadores. Por otra parte, nuestra producción es tributaria de muchos productos venidos del exterior como combustibles, aceros, laminados, neumáticos, productos químicos, fertilizantes químicos, piezas de recambio, instrumentos y muchos otros productos.

Así, pues, nuestro país depende en gran medida de las importaciones. Todavía nuestra industria produce muy poco y, estando lejos de los países amigos, frecuentemente ramas enteras de la industria existente suspenden su producción por falta de alguna materia prima, material auxiliar o instrumento. Nuestro Estado jamás ha contado con ninguna reserva, por pequeña que sea, en ninguna clase de productos, desde los cereales hasta los lápices. Estamos en la necesidad de importar no sólo artículos básicos, como ce-

reales de panificación, carburantes, etc., sino también todo tipo de maquinaria y de equipos, instrumentos, piezas de recambio, telas, zapatos, hilos y agujas de coser, clavos, vidrio, cuerdas, cordeles, sacos, lapiceros, papel, hojas de afeitar, fósforos, medicamentos, etc.

Esta grave situación, camaradas, —señalamos más adelante—, no puede llevarnos a sentirnos pesimistas, pero es la pura realidad. Debemos empeñarnos con todas nuestras fuerzas para superar las dificultades y remediar esta situación. Mas ¿cómo lo conseguiremos?

El Comité Central de nuestro Partido y nuestro Gobierno estiman que la situación existente no puede cambiar —les dijimos—, si no desarrollamos paralelamente la agricultura y la industria, a sabiendas de que esta última nos liberará paso a paso de la gravosa carga de las importaciones que nos vemos obligados a sostener actualmente.

Finalmente Mikoyan y su grupo cedieron:

—Bueno —dijo—, informaremos a la dirección sobre los puntos en que no hemos llegado a un acuerdo y decidiremos conjuntamente en el encuentro definitivo.

En la última entrevista de este viaje, que fue organizada dos o tres días antes de que partiéramos hacia Albania, Jruschov tuvo un comportamiento más caluroso, más abierto. Después de insistirle en nuestras demandas (seguramente Mikoyan le había informado sobre los debates que

habíamos tenido), Jruschov se mostró «más generoso», repitió varias veces: «nosotros ayudaremos a la pequeña Albania», y quedó en que nos satisfacerían una parte de nuestras demandas de créditos y ayudas.

En el curso de esta entrevista dedicó elogios a nuestro Partido, a su Comité Central y a mí personalmente, y, como de costumbre, no ahorró las «promesas sonoras». Pronto íbamos a comprender las razones de este comportamiento: era todavía el inicio de su ascensión y la de su grupo, y por eso tenía necesidad de popularidad, de procurar una buena opinión sobre su persona, de acreditar la idea, dentro y fuera de la Unión Soviética, de que se estaba ante un dirigente bondadoso y complaciente, hábil e inteligente que sabe contradecir, pero también ceder, que no es avaro, sino ponderado, un calculador perfecto.

Era pues la época en que Jruschov «invertía» en favor de su acción secreta y a tal efecto tenía que hacerse pasar, según el caso, por «generoso», «cordial» y «cortés» a la vez. Pero tras esta bonita fachada falsamente amistosa, actuaba intensamente la guardia de los Mikoyan y de los otros funcionarios del comercio que, en las discusiones sobre los problemas económicos, se comportaban con nosotros y con otros como verdaderos traficantes. Esta era la gente de Jruschov, la cual a conocimiento de éste y siguiendo sus instrucciones utilizaba todo tipo de presiones y de

subterfugios, en los «encuentros de trabajo», «en el examen concreto de las cuestiones», para reducir nuestras demandas y «allanar» las cuestiones de modo que, cuando finalmente nos entrevistáramos con Jruschov, éste sólo tuviera que hacer uso de sus habituales sonrisas, lisonjas y brindis.

Una vez hemos tenido una violenta discusión con Mikoyan acerca de la concesión de un crédito para adquirir artículos de amplio consumo. No voy a hablar de la grave situación que atravesábamos en aquellos años debido a la escasez de estos artículos y a las necesidades muy urgentes que tenía nuestro país en este sentido. La dirección soviética conocía esta situación, pero nosotros, en apoyo de nuestra demanda de créditos que mencioné, le habíamos escrito una carta donde les hacíamos una breve exposición de cómo estábamos procediendo para satisfacer las necesidades de la población. Ahora bien, Mikoyan sin examinar todavía nuestra demanda nos lanzó una acusación:

— Ustedes —dijo— están empleando en otros sectores los créditos que les hemos concedido para el desarrollo de su economía. Compran con ellos artículos de amplio consumo.

—Hemos tenido y tenemos —le señalé— grandes necesidades en bienes de consumo, pero no tengo conocimiento de lo que usted afirma. Jamás hemos permitido que los créditos otorgados

para el desarrollo de la industria o la agricultura sean empleados para adquirir tales artículos.

—¡Sí, sí! —insistió Mikoyan—. Han gastado tantos millones de rublos, —y mencionó una cifra, que no recuerdo con exactitud, pero que superaba los 10 millones.

—Es la primera vez que oigo hablar de esto —le dije—, sin embargo vamos a verificarlo.

—¡De esto le convengo yo! —dijo Mikoyan en un tono duro e irritado, y ordenó a uno de los funcionarios que tenía a su lado que le trajera los documentos.

Un momento después, éste volvió, todo pálido, y puso los recibos delante de Mikoyan.

—No hay violación, —le dijo—. La parte albanesa ha adquirido los artículos que usted ha mencionado con el crédito que nosotros le hemos concedido precisamente para este fin.

Mikoyan, visto en un aprieto, murmuró algo entre dientes y a continuación nos dio esta respuesta referente a nuestra demanda de un nuevo crédito para comprar artículos de consumo:

—No podemos concederles más créditos de este género, pues para esos productos tenemos establecido el comercio: Deben dar para que les demos.

—Siento —le respondí— que planteen las cosas de este modo, cuando saben muy bien que nuestro país se encuentra en dificultades y los enemigos italianos, yugoslavos y griegos nos tie-

nen cercados y complotan contra nosotros. ¿Qué más quieren de nosotros? Les hemos dado, a ustedes y a los países de democracia popular, el cromo, el petróleo y el cobre que extraemos. ¿Quieren acaso que les demos también el pan que nuestro pueblo no tiene todavía en cantidades suficientes? No encuentro correcto su razonamiento —le dije al armenio—, y pido que reconsideren esta cuestión.

Revisaron la cuestión, pero antes de aceptar nuestras demandas suprimieron muchas cosas. Nos dieron algunos créditos recortados, pero sobre todo nos empaparon de críticas, en un espíritu de prepotencia y de «consejos».

Todas estas actitudes y otras análogas que se observaban en el marco de nuestras relaciones se prolongarían hasta la Conferencia de los 81 partidos que se celebró en Moscú en noviembre de 1960.

Durante este período mantuvimos muchos encuentros bilaterales con los dirigentes soviéticos, en los que discutíamos acerca de problemas económicos y solicitábamos alguna ayuda y crédito. Tuvimos asimismo numerosos contactos en reuniones, encuentros y consultas que se organizaban en el marco del Consejo de Ayuda Mutua Económica.

La manera cómo eran organizados estos encuentros y el comportamiento que mostraban los amigos hacia nosotros, hacia los problemas que

planteábamos, hacia las preocupaciones que teníamos, nos inducía cada vez más a preguntarnos: ¿estamos tratando con marxista-leninistas o con mercachifles? Ulbricht, Novotny, Ochab, Dej, Kardar, Gomulka, Cyrankiewicz, Yivkov, y otros se peleaban entre sí; cada uno se quejaba de pasar apuros y reclamaba «más ayudas» de sus amigos, invocando «las presiones que le venían de abajo»; codeaban para salir adelante, presentaban toda suerte de «argumentos» y cifras; trataban de liberarse de sus obligaciones y arrancar cuanto más a costa de los demás. Entre tanto se levantaba Jruschov o sus enviados, daban lecciones sobre la «división socialista del trabajo», respaldaban a uno o a otro, conforme a los intereses que estaban en juego y a determinadas situaciones, y exigían la «unidad», la «buena comprensión» en la «familia socialista». Y en todo esto, Albania casi no se mencionaba, como si ésta no existiera para ellos.

Estos encuentros y consultas, duraban dos, tres o cuatro días, se llenaban dossiers enteros con discursos, demandas, decisiones, balances, pero Albania socialista era tratada por los otros con desprecio, como si les abrumáramos con nuestras demandas. Conocíamos bien nuestra situación, éramos conscientes de que nuestro potencial económico no podía de ningún modo aproximarse al de los otros países; sabíamos asimismo que estos países tenían sus preocupaciones y sus gran-

des problemas, pero esto no debía ser nunca un motivo para despreciarnos e ignorarnos. A costa de muchos esfuerzos, de encuentros y conversaciones sucesivos lográbamos en ciertas ocasiones arrancarles algún crédito o ayuda. Les hemos agradecido de todo corazón todo lo que nos daban, y en primer lugar se lo hemos agradecido a los pueblos hermanos, mas por nuestra parte, no sólo hemos pagado los créditos puntualmente y hasta el último centavo, sino que en la medida de lo posible, hemos cumplido honestamente con cualquier otra obligación hacia nuestros amigos. Esta sinceridad, este verdadero espíritu internacionalista eran precisamente lo que no se veía en ellos. En cuanto llegaba el momento de cumplir los compromisos de ayuda a nuestro país, cada uno de ellos trataba de eludirlos:

—Tenemos nuestras propias carencias y necesidades —decía Ulbricht—. Alemania Federal ejerce presiones sobre nosotros, por eso no podemos ayudar a Albania.

—La contrarrevolución nos ha ocasionado daños —se justificaba Kadar—. No podemos por tanto cumplir nuestros compromisos relativos a ayudas.

Es así como se iba excusando cada uno según su turno. Y finalmente se encontraba la «solución»:

—El Consejo de Ayuda Mutua Económica recomienda a los camaradas albaneses que resuel-

van con el gobierno soviético, a través de encuentros bilaterales, los problemas que aquí han planteado.

De los muchos encuentros, de este género entre los países del COMECON me ha quedado grabado en la memoria aquel que tuvo lugar en junio de 1956 en Moscú. Ya en aquel momento Jruschov iba a galope tendido por su camino de traición, pero esta misma carrera habían tomado también los demás. El XX Congreso del PCUS, del cual hablaré más adelante, hacía su trabajo. Ahora bien, el revisionismo tiene como compañero de viaje a su engendro natural: la falta de unidad, la escisión, las contradicciones.

Esto se anunciaba ya desde este encuentro, 3 ó 4 meses después del XX Congreso.

Se levantó Ochab, que en aquel entonces había pasado a ser Primer Secretario del Partido Obrero Unificado Polaco, y declaró:

—No hemos realizado ni realizaremos las tareas que nos han sido fijadas en lo que se refiere a los carbones. No hemos logrado cumplir el plan, es un plan muy recargado, debemos reducirlo. Los obreros de este sector viven mal, realizan un trabajo agotador.

Apenas éste hubo terminado su intervención, se levantaron, uno tras otro, Gerö, Ulbricht y Dej y se pusieron a despotricar contra los polacos. Los ánimos se enardecieron.

—Si quieren coque, inviertan en Polonia —replicaba Ochab—. Debemos mejorar el nivel de vida. La situación ha llegado a tal extremo que los obreros polacos están a punto de declararse en huelga o de abandonar las minas...

—¿Dónde vamos a invertir primero?! —respondían los demás—. ¿En las fábricas de acero de la Unión Soviética, o en sus carbones?!

—Debemos estudiar estos problemas —decía Jruschov tratando de aplacar los ánimos—. En cuanto a la cuestión de la mano de obra, si a ustedes los polacos no les basta o sus trabajadores abandonan el puesto de trabajo, podemos enviarles obreros de otros países.

Esto hizo saltar a Ochab.

—No es justo —gritaba—. Deben ayudarnos, no nos vamos a Polonia sin haber arreglado antes este asunto. O reducen el plan, o aumentan las inversiones...

—Que se cumplan las decisiones tomadas —intervenía bruscamente Dej.

—Las decisiones no son ejecutadas —esta vez fue Gerö quien echó leña al fuego—. Tenemos algunas fábricas en las que se nos ha dicho que produzcamos armas y equipos especiales, pero nadie compra nuestra producción.

—Tampoco a nosotros nos la compra —saltó de nuevo Ochab—. ¿Qué vamos a hacer con ella?!

—No hablemos aquí como lo haría un director de empresa —reprendió Jruschov a Ochab—. No se discute así. Deben ver la rentabilidad. Nosotros por nuestra parte hemos cambiado de orientación a muchas de nuestras fábricas. Algunas fábricas de armas, por ejemplo —prosiguió Jruschov—, las hemos transformado en fábricas de producción de bombas hidráulicas. Tengo algunas ideas a propósito de estos problemas —prosiguió Jruschov y se puso a sacar de esas «perlas» que siempre tenía en la punta de la lengua:

«En lo que se refiere a algunas determinadas producciones de la industria —dijo entre otras cosas—, debemos proceder tal como hizo Hitler. Entonces Alemania estaba sola y aquél produjo tantas y tantas cosas. Debemos estudiar esta experiencia y crear nosotros también empresas conjuntas para determinadas producciones, por ejemplo, para las armas».

¡No podíamos dar fe a lo que estábamos oyendo! ¡¿Era cierto que el Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética quisiera aprender de la experiencia de Hitler y que esto se lo recomendase también a los demás?! Mas, éste era el rumbo que tomaban las cosas. Los demás escuchaban y movían la cabeza con gestos de asentimiento.

—Deben suministrarnos los proyectos —le replicó Ochab.

—No merecen recibirlos —gritó enfurecido Jruschov—, luego se los arrebató Occidente. Les dimos la patente de un avión y se la robaron los capitalistas.

—Sí, es verdad —reconoció Ochab, bajando ligeramente la cabeza.

—Les enviamos el informe secreto del XX Congreso, y ustedes lo imprimen y lo venden a 20 zloty el ejemplar. No saben guardar los secretos.

—¡Es verdad! —murmuró Ochab, bajando la cabeza todavía más.

—Les hemos dado otros cuatro documentos muy secretos, les han volado, —añadió Bulganin numerándoselos a la cara.

—Sí —dijo Ochab apenas con un hilo de voz—. Alguien los robó y huyó a Occidente.

—Su situación en Polonia no es nada buena —prosiguió Jruschov—. Ustedes siguen una política oportunista hacia la Unión Soviética y los países de democracia popular, y no hablemos ya de la política interna de su país.

— En el marco de la cooperación —intervino Ulbricht—, debemos colaborar con todos, especialmente con los socialdemócratas.

Por un momento Jruschov sintió su saliva secársele en la boca. La «colaboración con todos», las rehabilitaciones, la política blanda hacia los enemigos, eran sus propias ideas, la continuación de la misma política oportunista y pacifista que estaba siguiendo en la Unión Soviética. Y los

demás no se quedaban rezagados, incluso algunos de ellos trataban de tomarle la delantera.

—De acuerdo, a colaborar —exclamó Jruschov—, pero nada de levantarse contra la Unión Soviética y nuestro campo, como está sucediendo en Polonia. Ustedes —dijo, dirigiéndose a Ochab y a Cyrankiewicz, que fumaba sus gauloises constantemente sin decir una palabra—, deben mejorar la situación, reforzar la confianza entre su pueblo.

—Hemos liberado a todos los socialdemócratas encarcelados —le dijo Ochab.

—Habrían podido guardar a unos cuantos —repuso irónicamente Saburov—, pues ¡¿a la salud de quién beberemos hoy?! ¡¿De los socialdemócratas?!

La respuesta se la dio Jruschov.

—¡Bebamos por la colaboración!

Se veía a las claras que los asuntos del campo estaban tomando un camino erróneo. Los «demonios» que Jruschov había dejado escapar de la botella, estaban reanimándose y le sacaban la lengua a su propio salvador. Este trataba de maniobrar, los tomaba por las buenas, azuzaba a todos contra uno (esta vez era Ochab el blanco de los ataques), y luego, cuando veía que la disputa no terminaba, soltaba amenazas y advertencias contra todos ellos. Y como era un hábil maniobrero sabía encontrar el medio más idóneo de presión. En esta ocasión empleó el arma del pan.

Uno de los *chinovniks** soviéticos del COMECON¹ informó brevemente sobre la situación de la agricultura en el campo y dio el alarma ante los déficits en cereales de panificación.

Aprovechando la ocasión Jruschov se levantó enseguida:

—El pan es un problema vital —dijo en un tono grave, donde se notaba claramente la presión y la amenaza—. El que teníamos que dar, lo hemos dado. Ahora no tenemos de dónde sacar más. Por eso tomen las medidas para que no les falte el pan, no hay otra alternativa. . .

Después de continuar varios minutos blandiendo el látigo del pan, inesperadamente se le iluminó la cara y beatíficamente pasó de lleno a su tema predilecto, ¡el maíz! No recuerdo una entrevista con él, ya fuera para tratar problemas exclusivamente políticos e ideológicos, donde Jruschov no entonara ditirambos a la planta de su corazón.

—Estos últimos años —señaló entre otras

* Ruso en el original — funcionarios burócratas en la Rusia zarista. Este género de funcionarios fueron cultivados en la Unión Soviética bajo el revisionismo.

1 Consejo de Ayuda Mutua Económica. Fue creado en enero de 1949. Albania se hizo miembro de él en febrero de ese mismo año. De una institución de ayuda mutua, con el advenimiento al poder de los revisionistas jruschovistas, en la Unión Soviética, el COMECON degeneró y se transformó en un instrumento suyo para la realización de sus objetivos neocolonialistas.

cosas— nos hemos dedicado al maíz y hemos obtenido excelentes resultados. Con el maíz —prosiguió— resolvemos el problema de la carne, la leche y la mantequilla.

—Sin carne, leche ni mantequilla no hay socialismo —dijo Mikoyan endulzando a su «jefe».

—¡No, no lo hay! —repuso Jruschov volviendo a la carga—. ¡Cada dirigente debe dedicar importancia al maíz! Miren, yo he tomado bajo mi patrocinio mi aldea natal y permítanme que les informe de los resultados que ahí hemos logrado: 60 cerdos encontré al primer año, hace dos años aumentó su número a 250, y ahora ya son 600.

Y después de darnos esta información «colosal», que es de imaginar lo bien que sentaba en boca del dirigente número uno de la Unión Soviética, se lanzó en críticas contra Ulbricht, Hegedus, Cyrankiewicz y todos los demás.

—Por lo que a Albania se refiere —agregó—, poco puedo decir porque no la conozco.

Entonces aproveché la ocasión para intervenir:

—Le invitamos a que venga a conocerla —le dije.

—No puedo responder ahora, nos entrevistaremos por separado —me dijo, y sin perder tiempo volvió a seguir el hilo de su discurso, por temor a perder la inspiración.

Hilvanó largamente el problema, citó ejemplos, formuló críticas, y finalmente añadió:

—Por lo que se refiere a Bulgaria y Albania, que son países fundamentalmente campesinos, pero sobre todo en el caso de Albania, debemos pensar un poco más detenidamente y ayudarles.

Como de costumbre, el Consejo determinó que los problemas que habíamos planteado en su seno los solucionásemos con los soviéticos. Al cabo de unos días nos entrevistamos con Jruschov y estuvimos conversando alrededor de una hora.

—Desearíamos, ante todo —le dije—, que usted visitara a Albania. Su visita tendría una gran importancia para acrecentar la autoridad y el prestigio de nuestro país.

—Yo también desearía visitarla —me dijo—, pero existen algunas dificultades. ¿Qué distancia separa Moscú de Albania?

Merecía que le hubiese respondido «unos 20 minutos más que de Belgrado», ya que esta línea la conocía bien desde hacía tiempo, sin embargo me contuve. Sólo le señalé que el Tu-104 cubre la distancia en unas tres horas, y añadí:

—Podríamos abrir esta línea entre nuestros países.

—Pero el Tu-104 tiene muchos asientos. ¿Hay suficientes pasajeros para él?! —me interrogó, sacando a colación la cuestión de la «rentabilidad».

—Sus camaradas y los nuestros hacen constantemente la línea Moscú-Tirana-Moscú, —le

dije—, así no hay razón para que el avión vuele vacío.

—Me gustaría mucho —repitió como para excusarse— poder visitar Albania, y esto incluso se lo he dicho a Tito, pero necesito tomarme antes un período de descanso.

—Puede usted descansar en Albania —le dije—. Tenemos un mar y unas montañas maravillosos.

—¡Ah, no, si voy a su país no llegaré a descansar! —dijo dando por terminada esta cuestión.

Yo no podía insistir más:

—Haga como mejor le parezca, —le dije y pasé a las cuestiones económicas. Le hice una breve exposición sobre nuestra situación y sobre algunos de los problemas que más nos preocupaban.

—Se trata —dijo Jruschov tomando la palabra— de ir pensando de ahora en adelante en encontrar fuentes de ingresos, de modo que Albania pueda progresar. Así deben abordar este asunto también nuestros amigos. Es de gran importancia la cuestión de Albania —siguió diciendo—, porque a través de su país queremos atraer la atención de Turquía, Grecia e Italia, es decir, hacer que ustedes les sirvan de ejemplo. Ahora, es necesario reflexionar bien esta cuestión y encontrar los caminos más apropiados para solucionarla.

Se detuvo un momento, como para encontrar

alguno de estos caminos, y yo pensé que le iba a dar otra vez con el maíz. Pero me equivoqué.

—¿Siembran ustedes algodón? —me preguntó—. ¿Qué superficie reservan a este cultivo? ¿Qué rendimiento obtienen?

Fui respondiendo a sus preguntas.

—Esto no es nada —me dijo y continuó—. Creemos que deben desarrollar el cultivo de algodón de manera que llegue a convertirse en un importante renglón para ustedes, pueda proporcionarles buenos ingresos y sea de utilidad para las democracias populares que carecen de este producto. Así, pues, cultivando el algodón pueden obtener muchos beneficios. Esta es una cuestión —dijo y levantó un dedo.

—Otra cuestión —prosiguió— que a ustedes debe interesarles es la cría de ovejas —y me preguntó sobre el número de cabezas que teníamos, su rendimiento en lana, leche, carne, etc. Después de escuchar mi respuesta prosiguió:

—La cría de ovejas debe convertirse en otro importante renglón para ustedes. Deben crear razas de lana fina. Ustedes tienen pastos —dijo— y esto favorece la cría de la oveja. Pero lo que deben hacer es encontrar la raza más apropiada, emprender la inseminación artificial en vasta escala e ir aumentando el número de cabezas.

Después que nos trazó el «segundo camino» de desarrollo, Jruschov abordó el «tercer cami-

no», el que estaba llamado a salvarnos. Se trataba de la pesca.

—La pesca —dijo— es otro importante renglón para ustedes. En los países escandinavos, como por ejemplo en Noruega, han creado una riqueza muy grande con la pesca. No sólo el pueblo come pescado en abundancia, sino que se exporta también grandes cantidades. Ellos pescan no sólo en aguas territoriales, sino también en alta mar. Así deben actuar también ustedes —nos orientó Jruschov— para que la pesca se convierta en un importante renglón para Albania. Esto deben hacerlo necesariamente y nosotros les ayudaremos enviándoles especialistas, flota, etc.

Dado que los primeros «camino» me habían dejado perplejo, estaba esperando todo impaciente el cuarto «camino». En seguida Jruschov satisfizo mi curiosidad.

—Es asimismo importante para ustedes —dijo— el cultivo de los cítricos. Estos deben convertirse también en otro importante renglón de su economía, pues existe una gran demanda de limones, toronjas, naranjas, etc.

¡Estas eran sus orientaciones para la «edificación del socialismo» en Albania! Por último añadió:

—Se ha de pensar también en las otras riquezas, como por ejemplo en los minerales, pero lo principal es lo que antes he mencionado.

Vamos a prestarles toda nuestra ayuda en

la explotación del algodón, la pesca, los cítricos y las ovejas. Estas cosas —concluyó— debemos estudiarlas tanto ustedes como nosotros, y estamos convencidos de que de este modo Albania se convertirá rápidamente en ejemplo para Grecia, Turquía e Italia.

Era inútil que entrara en discusión acerca de estas «perlas» que soltó. Le agradecí los «consejos» y nos despedimos.

Todo ahora se hacía más claro para nosotros. El Consejo de Ayuda Mutua Económica nos recomendaba solucionar los problemas económicos con Jruschov; Jruschov a su vez nos recomendaba resolverlos con algodones, ovejas y... por obra y gracia del «santo pez».

Todas estas actitudes y estos actos, vistos en la complejidad de los otros problemas políticos, ideológicos, militares, etc., nos convencían aún más de que los asuntos en nuestro campo, y en primer lugar en la Unión Soviética, iban de mal en peor. Otros acontecimientos se iban a producir después y nosotros, viviéndolos intensamente, aprenderíamos y nos prepararíamos más para las futuras batallas.

4. LA PIEDRA DE TOQUE

Jruschov pone la mira en Yugoslavia. La primera señal del flirteo: carta soviética de junio de 1954; Jruschov atribuye al Kominform la responsabilidad en la traición de la dirección yugoslava. Cordial y nutrida correspondencia Jruschov-Tito. Jruschov decide rehabilitar a los renegados. Nuestra oposición categórica: las cartas de mayo y junio de 1955. Conversación con el embajador Levichkin: «¿cómo se pueden tomar con tanta facilidad y de forma unilateral semejantes decisiones?» ¡Una invitación insistente para «descansar» en la Unión Soviética! Entrevista con Suslov. Mikoyan telefona a medianoche: «Entrevístese con Tempo, allanen los desacuerdos». La entrevista con S. V. Tempo.

Nuestro Partido y su dirección estaban preocupados por todos aquellos acontecimientos que estaban sucediendo en la Unión Soviética después de la muerte de Stalin. Cierto es que en aquel

período, sobre todo antes del XX Congreso, nuestras dudas estaban fundadas en hechos aislados, que los dirigentes soviéticos cubrían con ríos de demagogia. Pero como quiera que fuera, las actitudes que mantenían en los encuentros con nosotros, sus actos dentro y fuera de su país, nos llamaban la atención. Encontrábamos particularmente desagradables los flirteos de Jruschov con Tito. Por nuestra parte, seguíamos combatiendo con la mayor crudeza al revisionismo titista yugoslavo y defendíamos las correctas posiciones marxista-leninistas de Stalin y del Kominform hacia los dirigentes revisionistas yugoslavos. Así actuamos no sólo en vida de Stalin, sino también durante el período de transición que atravesó la Unión Soviética después de la muerte de Stalin, tanto cuando venció el putsch de Jruschov y éste hacía la ley, como después de su destitución. Y esta actitud frente al revisionismo yugoslavo observaremos siempre hasta su completa destrucción ideológica y política.

Hemos seguido cada acción de Jruschov con vigilancia y gran atención. Observábamos, por una parte, que en general no se hablaba mal de Stalin, se evocaba la unidad del campo socialista con la Unión Soviética a la cabeza, Jruschov tenía palabras rimbombantes contra el imperialismo norteamericano, lanzaba de paso alguna crítica en dirección al titismo, mas por otra parte también veíamos que aquél agitaba ante ellos la ban-

dera blanca de la conciliación y de la sumisión. En esta situación nos hemos atendido a la vía de la amistad con la Unión Soviética, hemos luchado por conservar y fortalecer esta amistad, y esto para nosotros, no era una táctica, sino una cuestión de principios. A pesar de todo, no dejábamos de responder a los actos erróneos y a las desviaciones en la línea, cuando éstas se manifestaron.

La lucha contra el imperialismo norteamericano y el titismo yugoslavo, era a nuestro juicio la piedra de toque para valorar, bajo la óptica marxista, las actitudes de Jruschov y de los jruschovistas. Es cierto que Jruschov soltaba peroratas contra el capitalismo y el imperialismo norteamericano, mas sus tres o cinco encuentros y *prioms** diarios con todo tipo de senadores, millonarios, hombres de negocios norteamericanos, no nos agradaban en absoluto. Jruschov se convirtió en un payaso que nos ofrecía su espectáculo diario, a lo largo de toda la jornada, rebajando así la dignidad de la Unión Soviética.

«Al enemigo externo —chillaba en sus discursos que sostenía desde la mañana hasta altas horas de la noche— lo tenemos sometido, lo tenemos dominado, podemos reducirlo a cenizas con nuestras bombas atómicas». Su táctica era la siguiente: crear euforia en el interior, aumentar el prestigio de su camarilla en los países de demo-

* Ruso en el original — recepciones.

cracia popular y, dejando aparte sus palabras rimbombantes, darles a entender a los norteamericanos y a la reacción mundial: «Nosotros ya no estamos por la revolución proletaria mundial, queremos colaborar estrechamente con ustedes, les necesitamos y ustedes deben comprender que nosotros estamos dispuestos a cambiar de color, que estamos operando un gran viraje. En este viraje vamos a encontrar dificultades, por eso es necesario que de un modo u otro ustedes nos ayuden».

Si la cuestión yugoslava para nosotros estaba clara, lo que explica nuestra firme actitud, para los jruschovistas, por el contrario, no era así, y esto explica sus fluctuaciones, sus altos y bajos. Los jruschovistas y los dirigentes yugoslavos alternaban las injurias y los abrazos. Cuando se insultaban con los titistas, los revisionistas soviéticos nos daban la razón, cuando se reconciliaban trataban de que también nosotros suavizáramos nuestra actitud frente a los revisionistas titistas.

Jruschov había concentrado toda su atención en la dirección yugoslava y buscaba a toda costa, si no someterla, al menos tenerla de su lado. Ciertamente aquél buscaba en Tito a la vez que al aliado ideológico, también al dirigente que pudiera tener bajo su ala, dada su condición de «hermano mayor». En otros términos, Tito le era muy querido, ya que era el primero en haber atacado a Stalin y rechazado el marxismo-leninismo. En este plano ambos concordaban ente-

ramente, pero mientras el cabecilla de Belgrado actuaba sin máscara, Jruschov, trataba de seguir enmascarado. En la arena internacional, Tito se había hecho el «comunista» querido del imperialismo norteamericano y del capitalismo mundial, que le colmaban de ayudas y créditos, a fin de que ladrara al Estado y al régimen soviéticos y a la vez vendiese Yugoslavia a los capitales extranjeros.

Jruschov quería manipular a Tito en su favor, hacerle bajar un poco de tono en contra del régimen soviético, frenar el ardor que este agente norteamericano de Belgrado estaba poniendo para minar la influencia soviética en los países de democracia popular, difundir en Yugoslavia la influencia de las ideas revisionistas jruschovistas y contener la orientación manifiesta de la dirección de Belgrado hacia el modo de vida occidental, hacia los capitales norteamericanos.

Tito, por su parte, soñaba desde hacía tiempo con ver trasladarse el epicentro del supuesto comunismo, de Moscú a Belgrado, y que éste sustituyese a Moscú en la Europa del Este y del Sudeste. El plan de Tito quedó estancado desde su ruptura con Stalin, quien había descubierto y golpeado severamente la acción diabólica de ese renegado. Con la ayuda de los norteamericanos, Tito, ahora que veía que Nikita Jruschov y su grupo estaban socavando la obra de Lenin y Stalin, pondría nuevamente su plan en acción.

Entre estos dos cabecillas del revisionismo moderno, Jruschov y Tito, se vendría a librar un enfrentamiento largo y complejo, ora reñido ora atenuado, unas veces con ataques e insultos y otras con caricias y sonrisas. Pero tanto cuando peleaban, como cuando se abrazaban, ni el uno, ni el otro actuaban sobre la base y en interés del marxismo-leninismo, por más palabras y consignas supuestamente marxistas que derrochasen, por más juramentos que Jruschov hiciese de que supuestamente trataban de hacer volver a Tito a las posiciones del marxismo-leninismo. En la base de sus relaciones residía el anticomunismo; y partiendo de estas posiciones del anticomunismo, estos dos compadres harían todo lo posible por someterse mutuamente, cada uno en su propio interés.

Nuestro Partido seguiría este proceso paso a paso, mostrando una gran vigilancia. En el desarrollo del mismo se convencería todavía más de la verdadera naturaleza de Jruschov y los jruschovistas, de lo que éstos representaban en la Unión Soviética y en el movimiento comunista y obrero internacional.

La primera señal de que la nueva dirección soviética estaba cambiando el curso que anteriormente había mantenido frente al revisionismo yugoslavo, la recibimos ya en junio de 1954.

Estando nosotros en Moscú, la dirección soviética nos entregó una extensa carta, firmada por Jruschov, y dirigida a los comités centrales de los partidos hermanos, en la que nos ponía al corriente de las conclusiones a las que había llegado la dirección soviética acerca de la cuestión yugoslava. Aunque la carta estaba fechada el 4 de junio y nosotros nos encontrábamos desde hacía días en Moscú, donde el 8 de junio habíamos realizado incluso conversaciones oficiales con los principales dirigentes soviéticos, éstos no mencionaron en absoluto el trascendental problema que planteaban en esta carta. Al parecer, Jruschov, que conocía bien nuestra actitud resuelta e inquebrantable respecto a los traidores de Belgrado, trataba de actuar hacia nosotros con cuidado y paulatinamente.

Deformando la verdad histórica, Jruschov y sus compinches habían llegado a la conclusión de que la separación de Yugoslavia del campo del socialismo y el «aislamiento de la clase obrera yugoslava del seno del movimiento obrero internacional» eran únicamente imputables a la «ruptura de las relaciones entre el PCY y el movimiento comunista internacional» que se había producido en 1948. Según ellos, la actitud que se había observado en 1948 y 1949 hacia el partido yugoslavo, era errónea, porque esta actitud habría movido a «los círculos dirigentes yugoslavos a acercarse a los EE.UU. y a la Inglaterra»(!), a

concluir el «acuerdo militar y político con Grecia y Turquía» (El Pacto de los Balcanes)¹, a «hacer una serie de graves concesiones al capitalismo», a «marchar hacia la restauración del capitalismo», etc. En pocas palabras, según Jruschov, puesto que el Kominform había mantenido una actitud severa hacia Yugoslavia, esta última, a despecho o por gusto, se vendió al imperialismo, al igual que aquella nuera que para hacer rabiar a su suegra se acostó con el molinero.

Según la lógica de Jruschov, también nuestro Partido del Trabajo, desde el momento en que hizo frente al revisionismo jruschovista y cortó los puentes con él, ¡debía venderse y vender el país al imperialismo, ya que de lo contrario no podría existir! Y este mismo razonamiento fue el que más tarde pudimos escuchar de boca de Jruschov cuando nos acusó de ¡vendernos «al imperialismo por 30 monedas»!

Mas esta lógica no era sino una lógica anti-marxista y capitalista. Nuestro Partido se opuso con heroísmo al revisionismo jruschovista, como se había opuesto antes al revisionismo yugoslavo, tal y como resueltamente combatía toda otra variante del revisionismo, pero ni se vendió ni ja-

1 Se trata del tratado tripartito de «colaboración y amistad» concluido en 1953, entre Yugoslavia, Grecia y Turquía. Este tratado se transformó en un pacto militar en agosto de 1954, ligó a Yugoslavia con la Alianza del Atlántico Norte, miembros de la cual fueron y son Turquía y Grecia.

más se venderá al imperialismo ni a nadie, porque un auténtico partido marxista-leninista, mientras se considere tal y a ello se atenga, jamás puede, sea cuales fueran las condiciones y situaciones en que se encuentre, venderse ni dejarse comprar, sino que sigue resueltamente su camino, el camino de la lucha sin compromisos contra el imperialismo, el revisionismo y la reacción.

Por eso, incluso si la dirección yugoslava hubiera sido condenada injustamente en 1949, como pretendía Jruschov, no le era permitido bajo ningún concepto pasarse al regazo del imperialismo. Esto era injustificable. El hecho de que aquélla hubiese reforzado los puentes que la ligaban al imperialismo y la reacción mundial, mostraba por el contrario, a más y mejor, la gran razón que asistía a Stalin, al Partido Comunista de la Unión Soviética, al Kominform, a nuestro Partido y a los demás partidos cuando la desenmascararon y la condenaron.

Pero Nikita Jruschov, consecuente en su decisión de rehabilitar a los revisionistas de Belgrado, acusaba en su carta al Kominform, naturalmente sin citar su nombre, de que en 1948 y 1949 «no había aprovechado por completo todas las posibilidades... no se había esforzado en arreglar las cuestiones que habían quedado pendientes y los desacuerdos», cosa que, según él, «habría evitado el paso de Yugoslavia al campo enemigo». Nikita Jruschov, en la carta que nos

entregó, llegaba a acentuar abiertamente que «muchas de las cuestiones que sirvieron como fuente de desacuerdos, entre el Partido Comunista de la Unión Soviética y el Partido Comunista de Yugoslavia. . . , no constituían razones serias de discusión, o bien, que incluso los malentendidos que habían aparecido, podían haberse allanado». ¡Tito y la dirección Yugoslava no habrían podido esperar nada mejor! Jruschov borraba de un plumazo los grandes problemas de principio que habían estado en la base de la lucha contra el revisionismo yugoslavo, los calificaba de «motivos poco serios» y de «malentendidos», y pedía, así, perdón a los traidores, que ¡habían sido atacados por simples menudencias!

Pero ¿quiénes eran los responsables de estos «malentendidos»? Jruschov en su carta no atacaba por su nombre ni al Kominform ni a Stalin, ni al Partido Comunista de la Unión Soviética, ni a los demás partidos que se mostraron solidarios con las decisiones que en 1949 había tomado el Kominform. Al parecer, juzgaba que era demasiado pronto para lanzarse a estos ataques. Entonces se descubrió a los «culpables»: ¡por parte soviética, Beria, quien había provocado con sus actos «un descontento justificado en la dirección yugoslava», mientras por parte de los yugoslavos, Gilas (al que Tito había condenado entre tanto), que «propagaba abiertamente concepciones liquidacionistas», y era «un batallador activo de la

orientación de Yugoslavia hacia los países occidentales», etc.!

Así, pues, el problema, según Jruschov, se revelaba muy sencillo: en la base de la ruptura con Yugoslavia no existían verdaderos motivos, sólo pretextos: «les hemos molestado sin razón, los culpables ya han sido descubiertos: Beria entre nosotros, Gilas por su parte. Ahora las dos partes hemos condenado a estos enemigos, así que no nos queda más que abrazarnos, reconciliarnos y olvidarnos el pasado».

Este saltimbanqui ataba y desataba las cuestiones con la mayor facilidad. Pero nosotros, comunistas albaneses, que llevábamos más de diez años luchando golpe por golpe contra la camarilla traidora de Belgrado, que habíamos experimentado y enfrentado audazmente sus infamias, no estábamos ni podíamos jamás estar de acuerdo con esta manera de arreglar el problema yugoslavo. Pero era todavía el año 1954. El ataque contra Stalin aún no se había desencadenado abiertamente, ninguna crítica le era formulada todavía abiertamente, Jruschov continuaba haciendo uso de una demagogia muy refinada y hábilmente enmascarada, la Unión Soviética todavía conservaba ante nuestros ojos los colores, aunque macilentos, de la época de Stalin. Por otra parte, en esta carta, que nos impresionó profundamente, Jruschov juraba que hacía todo esto «por el bien del marxismo-leninismo y del so-

cialismo», que la dirección soviética y los otros partidos hermanos, en este nuevo enfoque de la cuestión yugoslava, no tenían otro fin que «frustrar los planes de los imperialistas norteamericanos e ingleses y aprovechar todas las posibilidades para fortalecer su influencia sobre el pueblo yugoslavo», «ejercer una influencia positiva sobre la clase obrera yugoslava», etc. Añadía asimismo que los esfuerzos de la parte soviética y de los demás partidos y países de democracia popular iban a significar un nuevo paso para verificar «en qué medida los dirigentes yugoslavos están dispuestos y decididos a seguir la vía del socialismo».

Todo esto nos llevó a mostrarnos lo más atentos y ponderados posible en nuestra respuesta. Durante nuestra estancia en Moscú, discutimos ampliamente este problema con Hysni y los otros camaradas de nuestra delegación y entregamos finalmente nuestra respuesta por escrito a la dirección soviética.

Sin oponernos abiertamente a Jruschov, señalábamos nuestra actitud constante hacia la dirección revisionista de Belgrado, apreciábamos la importancia de las decisiones del Kominform en 1948 y 1949¹ y no hacíamos la menor alusión

¹ Estas decisiones han sido publicadas en el órgano de la Oficina de Información de los partidos comunistas y obreros: *¡Por una paz duradera, por una democracia popular!*, 1 de julio 1948, Nr. 16 y 29 de noviembre 1949, Nr. 55.

a una revisión eventual de la actitud que habíamos mantenido anteriormente respecto a las desviaciones de línea de la dirección yugoslava.

A la idea de Jruschov de que «la ruptura de las relaciones ha conducido a los dirigentes yugoslavos al seno del imperialismo», oponíamos en nuestra carta de respuesta la tesis de que eran los propios dirigentes yugoslavos quienes habían traicionado el marxismo-leninismo y metido a su pueblo y a su patria por el camino de la esclavización y el sometimiento al dictado de los imperialistas norteamericanos e ingleses, que era su línea antimarxista el factor que había dañado gravemente los intereses vitales de los pueblos de Yugoslavia, que eran ellos mismos quienes habían separado Yugoslavia del seno del campo socialista, que habían transformado el partido yugoslavo en un partido burgués y lo habían separado del movimiento internacional del proletariado.

Después de poner bien de relieve todas estas verdades, señalábamos más adelante que aprobábamos que los partidos comunistas desplegaran esfuerzos para ayudar a salvar a los pueblos de Yugoslavia de la esclavitud y de la miseria, pero acentuábamos una vez más que a nuestro entender los dirigentes yugoslavos se habían metido profundamente en el camino antimarxista, en el camino de la sumisión a los imperialistas norteamericanos e ingleses.

Con esto decíamos indirectamente a Jrus-

chov que no compartíamos sus esperanzas e ilusiones acerca de los dirigentes yugoslavos y del «camarada Tito» en particular, como él había empezado a llamarlo. Estas opiniones las expuse igualmente a Jruschov en el curso de otro encuentro que, el 23 de junio de 1954, tuve con él. Mas, él fingía no observar la diferencia de nuestras posiciones respectivas en torno a la cuestión yugoslava. Tal vez quisiera suscitar el conflicto con nosotros desde nuestros primeros encuentros oficiales. Puede ser también que nos subestimara y no quisiera saber nada de nuestras objeciones. Me acuerdo de verle en plena euforia, hablando con la seguridad de quien todo le va viento en popa. Acababa de regresar de una visita relámpago a Checoslovaquia (era maestro de todo tipo de visitas: relámpago, de incógnito, oficiales, amistosas, sensacionales, silenciosas, diurnas, nocturnas, declaradas, no declaradas, breves, largas, acompañado de comitiva, estrictamente personales, etc.).

—En Praga —me dijo— he hablado de nuevo del problema yugoslavo con representantes de algunos partidos hermanos que se encontraban allí. Todos estaban plenamente de acuerdo conmigo y han considerado los esfuerzos de nuestro partido como muy importantes.

Luego, mirándome fijo a los ojos, añadió:

—Nosotros, los húngaros, los búlgaros, los rumanos, algunos otros más hemos dado en estos

últimos tiempos pasos positivos hacia la normalización de las relaciones con Yugoslavia...

Adiviné por qué subrayaba esto. Quería decirme: lo vé, todos nosotros estamos de acuerdo, por eso también ustedes, los albaneses, deben unirse a nosotros.

Le expliqué brevemente que nuestras relaciones con el partido y el Estado yugoslavos tenían una larga historia, que la dirección yugoslava era la única responsable del deterioro de nuestras relaciones, y si todavía las relaciones estatales albanas-yugoslavas estaban a un nivel tan bajo, no era de los albaneses de quienes dependía, sino de las propias posiciones y actos ininterrumpidos, antimarxistas y antialbaneses de los dirigentes de Belgrado.

—*¡Kañechno, kañechno!** —exclamó Jruschov, y comprendí con esto que no quería que me extendiese más en la discusión de este problema.

—Nosotros —dijo él— hemos tomado todas las medidas. Mañana nuestro embajador en Yugoslavia se reunirá con Tito. Este se encuentra ahora en Brioni. Opinamos que es muy posible alcanzar nuestro objetivo. Si no se llega a nada —concluyó—, entonces deberemos recurrir a otros métodos.

Así comenzó el romance de amor Jruschov-Tito. Algunos días después Jruschov entregó por

* Ruso en el original — naturalmente.

escrito a Tito sus ideas o sus «conclusiones» sobre el «nuevo análisis» de la cuestión yugoslava. Este último, naturalmente, sonrió complacido al ver que Jruschov trataba las cosas tal como él lo había previsto, mas como viejo zorro que era no se mostró tan ingenuo como para lanzarse a los brazos de Jruschov. Al contrario, Tito pensaba y actuaba para que Jruschov, del mismo modo que había sido el primero en inclinar la cabeza, fuese también el primero en ir a pedirle abiertamente perdón a Belgrado. Mas por otra parte, Tito se había metido hasta el cuello en el lodazal del imperialismo, estaba atado de pies y manos, por eso si osaba hacer alguna referencia al «socialismo» o al «marxismo», debía hacerlo según las dosis autorizadas por sus patrones occidentales y en primer lugar los imperialistas norteamericanos. Después de prolongar por cierto tiempo la angustia de Jruschov, para desafinar sus cuerdas por completo, finalmente, hacia la mitad de agosto de 1954, Tito respondió por escrito a Jruschov.

La carta del revisionista de Belgrado se reducía en esencia más o menos a esto: Me alegro mucho, Nikita Sergueyevich, de que te muestres un hombre razonable y abierto, pero debes abrirte más, meterte más de lleno en el nuevo camino de la reconciliación y de los abrazos. Nosotros, los yugoslavos, decía Tito a Jruschov, aceptamos reconciliarnos con ustedes, pero, como ya saben, hemos contraído nuevas amistades, a las que nos

unen fuertes y profundos lazos, por lo tanto nuestra reconciliación «debe hacerse en el sentido que responda a nuestra política de colaboración internacional», es decir, lejos de romperse, deben reforzarse todavía más los lazos de los yugoslavos con el imperialismo.

Asimismo Tito, con un tono de diktat, no dejaba de imponer a Jruschov toda una serie de otras condiciones en lo referente a las futuras relaciones:

Primero, Tito exigía que la parte soviética se esforzase más en liquidar los «elementos negativos» y eliminar los «obstáculos» que habían influido en la ruptura de 1948, y está claro que con esto el «maestro» de Belgrado reclamaba abiertamente una revisión de toda la justa línea de principios seguida por el Kominform, Stalin y todos los demás partidos comunistas en 1948.

Segundo, la futura reconciliación, dictaba Tito, no se debe entender como «una unanimidad completa en la apreciación de los hechos y en la actitud a tomar frente a éstos», debemos reconciliarnos, sí, pero que cada uno actúe como juzgue conveniente y de acuerdo a sus intereses.

Tercero, la vía que cada uno siga para la construcción del «socialismo», es su propio problema, lo cual no debe influir en absoluto en la normalización de las relaciones; así, yo construiré mi «socialismo específico» y tú lo admitirás sin rechistar.

Cuarto, los responsables del conflicto, estimaba Tito, no son ni Beria ni Gilas; este conflicto tiene causas más profundas, por eso, ustedes, soviéticos y con ustedes también los demás, deben renunciar completamente a la línea de la época de Stalin, deben renunciar a los principios anteriores, pues, de este modo, las verdaderas razones del conflicto caerán por su peso.

Por último, Tito rechazó la proposición de Jruschov de organizar un encuentro bilateral de alto nivel, imponiéndole como condición «el logro de éxitos previos en dirección a la normalización». Está claro que esto significaba: Si quieres reunirse y reconciliarte conmigo, debes dar nuevos pasos en la vía que has emprendido, actuar más rápidamente y con más valentía en el interior de la Unión Soviética y en los otros países y partidos, a fin de propagar y extender esta «nueva» vía, que ha sido y es mi vía de siempre.

Y Jruschov, unas veces enojado y otras entusiasta en sus acciones, comenzó a someterse a las condiciones y recomendaciones de Tito y a aplicarlas con celo.

Nosotros, que seguíamos con atención e inquietud este proceso, veíamos aumentar nuestras sospechas de que estas actitudes estaban conduciendo a la Unión Soviética por un camino anti-marxista. Nos convencíamos cada día más de que Jruschov con sus payasadas estaba ocultando un juego diabólico. Veíamos que estaba rebajando el

prestigio del Partido Comunista y del Estado soviéticos, al ponerse de rodillas ante Tito.¹ Esto nos contrariaba, pero, en el fondo, el mejoramiento de las relaciones soviético-yugoslavas era un problema interno suyo y nosotros no teníamos por qué oponernos. Ahora bien, tampoco aprobábamos ni podíamos aprobar jamás estos intentos de Jruschov de hacer tabla rasa del pasado y de tratar las causas y las razones de la condena de los revisionistas yugoslavos completamente al revés de lo que habían sido en realidad. Y no podíamos admitir hacernos partenaires de Jruschov en este juego ideológico y político peligroso y dudoso. En cuanto a lo que hacían los rumanos, los húngaros, los búlgaros, esto era asunto suyo. Por nuestra parte no habría abrazos ni reconciliación con los titistas.

Dejando aparte sus convicciones revisionistas, Jruschov sin duda alguna fue instigado también por Tito a dar este paso antimarxista. Tito, no queriendo inclinarse ante Jruschov, insistió para que este último fuera a inclinarse ante él, y a hacer su autocrítica a Canossa-Belgrado. Y así ocurrió. Después de año y pico de contactos secretos y abiertos a través de enviados especiales,

1 Véase el artículo: *Jruschov de rodillas ante Tito* — Enver Hoxha. *Obras Escogidas III*, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1980, ed. en español, págs. 505-525.

tras una nutrida correspondencia muy íntima entre el «camarada Jruschov» y el «camarada Tito», éste, al final, envió a decir a su nuevo amante, en abril de 1955, que aceptaba contraer justas nupcias y lo invitaba a hacer la «boda», o bien «en un barco sobre el Danubio, o bien, si usted acepta, en Belgrado. En nuestra opinión —continuaba el *kraïl** de Belgrado—, el encuentro debe ser abierto y hacerse público». Jruschov que esperaba con impaciencia, se dirigió a Belgrado, se abrazó con Tito, se hizo su autocritica, borró «resueltamente las superposiciones del pasado» e inauguró la «época de amistad entre los dos pueblos y los dos partidos».

Nuestro Partido condenó la visita de Jruschov a Belgrado, y particularmente su decisión de blanquear al mugriento Tito. Sólo dos o tres días antes de partir «a Canossa», Jruschov nos anunció el nuevo paso que iba a dar, algo que nosotros ya esperábamos, pues las aguas donde Jruschov se había metido debían conducirlo a ese molino. El ir o no a Belgrado, eso era asunto suyo, podía actuar como mejor le pareciera. Lo que nos indignó y nos sublevó profundamente fue que en la misma carta nos anunciaba que había decidido anular, tachándola de injusta, la decisión del Kominform de noviembre de 1949 en

* Servio en el original — gran príncipe.

relación con la condena de la dirección yugoslava, comunicar su nueva decisión a Tito y publicar a este efecto un comunicado en el órgano *¡Por una paz duradera, por una democracia popular!* En este comunicado Jruschov recalca que los partidos comunistas y obreros, miembros del Kominform, habían supuestamente examinado una vez más la cuestión de la tercera resolución de la reunión del Kominform, aprobada en noviembre de 1949, sobre el problema yugoslavo, y habrían decidido considerar las acusaciones dirigidas a la dirección del Partido Comunista Yugoslavo, que contenía esta resolución, como carentes de fundamento y anular la resolución del Kominform sobre la cuestión yugoslava.

Nosotros escribimos una carta al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética sobre este asunto y protestamos energicamente.¹ Una decisión semejante hacia un ene-

1 «La experiencia diaria de nuestro Partido en las relaciones con los yugoslavos — se decía entre otras cosas en la carta — tanto antes de la ruptura con ellos en 1948, como después y hasta hoy, confirma de manera clara y completa, con hechos numerosos y evidentes, que la esencia de principios de todas las resoluciones del Kominform en relación con la cuestión yugoslava ha sido plenamente justa... Según nuestra opinión, una decisión tan rápida (y precipitada) sobre una cuestión de gran importancia de principios, sin realizar antes un análisis profundo junto con todos los partidos interesados en esta cuestión y aún más su publicación en la prensa y su legalización en las conversaciones de Belgrado

migo del comunismo internacional, que había sido condenado en común por todos los partidos, no podía tomarse unilateralmente por el Partido Comunista de la Unión Soviética sin consultar a los otros partidos, y entre ellos al nuestro. Los demás partidos se sometieron a la decisión de Jruschov y al deseo de Tito de que, detrás de Jruschov, los dirigentes de los partidos del campo socialista fueran a Belgrado a besar la mano y pedir perdón a Tito. Allí fueron los Dej y compañía, nosotros no. Nosotros continuamos la lucha contra los revisionistas. Fue vana la visita de Levichkin, embajador soviético en Tirana, para convencernos de que debíamos renunciar a nuestra oposición.

Yo recibí a Levichkin y le expuse una vez más sobre el plano de principios lo que habíamos escrito en nuestra carta a la dirección soviética.

—El Partido Comunista de la Unión Soviética —le dije entre otras cosas— nos ha enseñado a expresar abierta y sinceramente, como internacionalistas, nuestra opinión sobre toda cuestión concerniente a la línea del Partido. El Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética nos ha informado con anterioridad y ha

no sólo serían prematuras, sino que ocasionarían serios daños a la orientación general... Nosotros estamos convencidos de que esta línea general de nuestro Partido en sus relaciones con Yugoslavia es justa...» *(De la carta del CC del PTA dirigida al CC del PCUS el 25 de mayo de 1955. ACP).*

pedido también nuestra opinión acerca de todas las cuestiones relacionadas con nuestra política común respecto a Yugoslavia. Hemos estudiado atentamente las opiniones de la dirección soviética, hemos expresado también nuestra opinión respecto a estas cuestiones y, como ustedes saben, hemos convenido dedicar nuestros esfuerzos en dirección a mejorar nuestras relaciones con Yugoslavia.

—Pero en su respuesta de ayer, ustedes se oponen al nuevo paso del camarada Jruschov —me dijo Levichkin.

—Sí —le dije— y tenemos razones para hacerlo. Opinamos que en relación a la cuestión yugoslava hay bastante diferencia entre el contenido de las cartas anteriores de la dirección soviética y su última carta.

—¿De qué diferencia se trata? —preguntó Levichkin—. Yo pienso que el punto de vista de nuestro partido no ha cambiado.

—Veámoslo —le dije, y tomé las cartas de la dirección soviética—. Mire, por ejemplo, en la carta del 4 de junio de 1954 su dirección escribe: «Reexaminando los documentos concernientes a la historia de la ruptura de relaciones entre el Partido Comunista Yugoslavo y los partidos comunistas y obreros, y la posterior salida de Yugoslavia del campo democrático, el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética considera que el núcleo dirigente de Partido Co-

comunista Yugoslavo ha cometido indudablemente una seria desviación del marxismo-leninismo, ha abocado hacia las posiciones del nacionalismo burgués y se ha lanzado en ataques contra el Estado soviético. Los dirigentes del Partido Comunista Yugoslavo han extendido su política hostil a la Unión Soviética también a los países de democracia popular, frente a los cuales habían observado, hasta la ruptura de las relaciones, una actitud jactanciosa y despectiva, exigiendo les fuesen reconocidos prioridades y méritos especiales que no les correspondían».

Asimismo —dije a Levichkin—, en esta carta se ha señalado: «La crítica hecha por los partidos comunistas y obreros a las desviaciones nacionalistas y a las demás desviaciones del marxismo-leninismo, imputables a los dirigentes del Partido Comunista Yugoslavo, era indispensable y totalmente justa. Esta crítica contribuyó a templar desde el punto de vista marxista a los partidos comunistas y obreros, a aumentar la vigilancia de los comunistas y a educarlos en el espíritu del internacionalismo proletario».

—Es verdad —murmuró Levichkin.

—Incluso después de los primeros esfuerzos de la dirección soviética por mejorar las relaciones con Yugoslavia —continué diciendo al embajador—, la dirección yugoslava no ha renunciado a su camino y a sus actitudes precedentes y, a este respecto, no hace más que unos meses, en

febrero del presente año, los camaradas soviéticos nos escribían que «la dirección del partido yugoslavo estaba seriamente ligada con el mundo capitalista en sus relaciones políticas y económicas».

—¡Así, así es! —repitió Levichkin a media voz.

—Entonces —le pregunté— ¿cómo es que la dirección soviética ha cambiado tan de prisa e inopinadamente de opinión y de actitud respecto a estos problemas de tanta importancia?! ¿Cómo se pueden tomar con tanta facilidad y de una forma unilateral decisiones tan importantes como la de anular la resolución adoptada en 1949 por el Kominform?!

Nuestro Buró Político ha discutido con mucha atención e inquietud los problemas planteados en su carta del 23 de mayo y, en nuestra respuesta, le hemos expresado de forma abierta y sincera una serie de observaciones al camarada Jruschov.

Primero, estimamos que la línea general, el contenido esencial, de principios, de la resolución adoptada en la reunión del Kominform de noviembre de 1949 es correcta y el contenido de esta resolución no puede disociarse de la resolución publicada en julio de 1948. Un testimonio de esto es, entre otros, la experiencia diaria de nuestro Partido en sus relaciones con los yugoslavos, tanto antes como después de la ruptura en 1948.

Segundo, el procedimiento propuesto para anular la resolución adoptada en la reunión del Kominform de noviembre de 1949, no nos parece correcto. El plazo tan breve que se ha dejado a los partidos comunistas y obreros, miembros del Kominform, para expresar sus puntos de vista sobre el contenido de su carta, es insuficiente a nuestros ojos para decidir una cuestión tan importante como la que plantea esta carta. En nuestra opinión, una decisión tomada tan de prisa sobre una cuestión de gran importancia de principios, sin antes proceder a un profundo análisis conjunto de todos los partidos interesados en esta cuestión y tanto más la publicación de esta decisión en la prensa y su inclusión en el orden del día de las conversaciones del Belgrado, serían no sólo prematuras, sino que causarían serios daños a la orientación general en relación con Yugoslavia.

Por lo que se refiere a nuestro Partido del Trabajo, hace 7 años que está luchando por la aplicación de su línea general concerniente a Yugoslavia, línea edificada conforme a las resoluciones del Kominform y aprobada por el I Congreso de nuestro Partido.¹ Estamos convencidos de que esta línea general de nuestro Partido, acerca de las relaciones con Yugoslavia, es una línea correcta. Pero incluso si por un momento

¹ Celebrado del 8 al 22 de noviembre de 1948.

pensáramos que en esta línea hay algo que cambiar, sería necesario a tal efecto reunir el congreso de nuestro Partido, o en todo caso la conferencia del Partido, y esto solamente después de haber analizado a fondo tanto la línea general de todos los partidos comunistas y obreros respecto a Yugoslavia, como las decisiones y conclusiones adoptadas por el Kominform.

—Por eso —dije a Levichkin para concluir—, nosotros proponemos que las cuestiones que se plantean en la última carta de la dirección soviética sean analizadas en una reunión de los partidos miembros del Kominform, en donde, de ser posible, participe también nuestro Partido para expresar su palabra a tal efecto. Sólo allí podía tomarse una decisión conjunta en lo que a este asunto respecta.

Levichkin que me escuchaba todo pálido, trató de convencerme para que cambiara de opinión, pero al ver mi persistencia desistió:

—Voy a informar —dijo— a la dirección del partido de todo lo que me ha comunicado.

—En nuestra carta dirigida al camarada Jruschov —finalicé—, hemos expuesto todo lo que le acabo de mencionar, mas se lo he repetido a usted para aclararle cuál es el móvil que nos ha llevado a mantener esta actitud.

Nuestra oposición era completamente justa y se atenía a las normas marxista-leninistas que rigen las relaciones entre partidos. Sabíamos

bien cuán justos, motivados y plenamente fundados eran los análisis y las decisiones del Kominform y del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética de los años 1948 y 1949, respecto a la cuestión yugoslava. Cuando fue tomada la decisión de condenar la actividad antimarxista de la dirección yugoslava, nosotros no éramos miembros del Kominform. Pero Stalin, el Partido Comunista de la Unión Soviética y los demás partidos, miembros del Kominform, nos consultaron repetidas veces en aquel período y también escucharon con mucha atención nuestra opinión acerca de nuestras relaciones con la dirección yugoslava. Stalin y los otros camaradas hicieron esto no sólo porque éramos partidos hermanos y según las normas leninistas había que proceder a un amplio intercambio de opiniones, sino también por el importante hecho de que nosotros, dados los particulares lazos que manteníamos desde los años de la guerra con la dirección yugoslava, teníamos mucho que decir en torno a ésta.

Entre los numerosos encuentros y consultas sobre este problema, recuerdo aquel encuentro incógnito que tuve con Vishinsky en Bucarest, al que también asistía Dej, y donde intercambiamos nuestras opiniones acerca de la actitud común que debíamos mantener frente a la actividad traidora de la dirección yugoslava. Los numerosos hechos y argumentos incontestables que expuse

en el curso de este encuentro fueron muy apreciados por Vishinsky y Dej, calificándolos de una valiosa contribución que aportaba nuestro Partido para el mejor conocimiento de la actividad hostil y antimarxista de los dirigentes de Belgrado. No es éste el lugar para extenderme acerca de este encuentro, del que guardo muchos recuerdos,¹ mas si lo he mencionado es para indicar solamente con qué cuidado y sensatez procedía Stalin y el Kominform en sus análisis y en las decisiones que adoptaban.

Era, de hecho, todo lo contrario a lo que estaba ocurriendo ahora con Jruschov y los otros dirigentes soviéticos. Los mismos que condenaban ahora al Kominform y a Stalin de haber actuado y juzgado en una vía incorrecta, violaban ostensiblemente las reglas más elementales que rigen las relaciones entre partidos, se hacían pasar por dueños indiscutibles que desoían totalmente las opiniones de los demás. Esto no podía dejar de desilusionarnos e inquietarnos.

Levichkin vino durante aquellos días a hacernos algunas otras visitas. Su centro, parece ser, le pedía con urgencia que nos persuadiera a renunciar a nuestras opiniones y a conciliarnos con las actitudes de Jruschov. Eran momentos delicados y difíciles. Por lo que veíamos, Jrus-

1 Véase: Enver Hoxha. *Los titistas* (Apuntes históricos), Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1982, ed. en español, págs. 518-552.

chov debía haberse entendido ya en aquel entonces con las direcciones de los otros partidos sobre lo que iba a hacer en Belgrado. Así que nuestra proposición de reunir el Kominform para tratar en detalle el problema, caería en saco roto. Después de un largo debate en el Buró Político, decidimos que yo convocara una vez más a Levichkin y le expusiera más claramente nuestra posición. Me entrevisté con él el 27 de mayo, día en que Jruschov se encontraba en Belgrado, y escribimos a la dirección soviética una segunda carta resumiendo lo que habíamos discutido con Levichkin. Más tarde, Jruschov utilizaría nuestra carta como «argumento» para mostrar que nosotros nos habíamos equivocado en la primera carta del 25 de mayo y que, dos días más tarde, habíamos hecho una «autocrítica», que «nos habíamos retractado» de nuestra opinión anterior. Pero la verdad, en su esencia, no es como pretendían Jruschov y consortes.

Tanto en el curso de nuestro encuentro con Levichkin, el 27 de mayo, como en la segunda carta que dirigimos a la dirección soviética, aclaramos una vez más, por qué en este caso estábamos en abierta oposición con ellos.

En esta carta señalamos de nuevo a la dirección soviética que, aunque habíamos estado y estábamos de acuerdo en que se desplegasen todos los esfuerzos para resolver por la vía marxista-leninista los desacuerdos de principio con Yugo-

slavia, no por eso estábamos menos convencidos de que los dirigentes yugoslavos no renunciarían a su camino ni reconocerían sus graves errores.

Hemos sido y somos particularmente sensibles respecto a la cuestión yugoslava y principalmente a la actividad antimarxista de la dirección del Partido Comunista Yugoslavo, escribíamos en esta carta, pues si esta dirección ha llevado a cabo una actividad hostil a la Unión Soviética, a los países de democracia popular y a todo el movimiento del proletariado, ha actuado todavía más salvajemente contra nuestro Partido y la soberanía de nuestra Patria.

Considerando el problema de esta manera, escribíamos más adelante, cuando leímos aquella parte de su carta donde se dice que eventualmente se podría comunicar a los yugoslavos que la resolución de la Oficina de Información del mes de noviembre de 1949 sería anulada y publicar a este respecto un comunicado en el órgano *¡Por una paz duradera, por una democracia popular!* quedamos profundamente impresionados y dijimos que eso sería un gravísimo error. Opinábamos que esta resolución no debería ser anulada, ya que allí se reflejaba el desarrollo lógico de la actividad hostil y antimarxista en la práctica de la dirección del Partido Comunista Yugoslavo.

Nuestro razonamiento era el siguiente: si se invalida la resolución, se invalida también todo lo

que en ella figura, es decir se invalida, por ejemplo, el proceso de Rajk en Hungría, el de Kostov en Bulgaria, etc. Por analogía el proceso de la banda de traidores encabezada por Koçi Xoxe y compinches debe de ser invalidado también.¹ La actividad hostil de esta banda de traidores tenía su fuente en la propia actividad anti-marxista, liquidacionista y nacionalista burguesa de la dirección del Partido Comunista Yugoslavo y a ella estaba ligada. La correcta lucha de prin-

1 Se trata de los procesos judiciales contra Lazlo Rajk, ex ministro del Interior y más tarde ministro de Asuntos Exteriores de Hungría, Trajko Kostov, ex vicepresidente del Consejo de Ministros de Bulgaria, y contra otros agentes provocadores en los países de ex democracia popular. Estos elementos habían sido reclutados por los servicios secretos imperialistas y más tarde entraron a formar parte del servicio secreto yugoslavo.

Los titistas desarrollaron también actividad subversiva contra Albania socialista reclutando, entre otros, a Koçi Xoxe y, como resultó más tarde, a Mehmet Shehu. Este último fue reclutado como agente de espionaje de los americanos por el director de la Escuela Técnica Americana en Albania, Harry Fultz, por orden de éste marchó a España y, después de permanecer tres años en los campos de refugiados de Cyprien, Gurs y Vernet en Francia, donde fue reclutado por el Intelligence Service inglés, regresó a Albania. Durante la Lucha de Liberación Nacional fue reclutado como agente de los trotskistas yugoslavos y posteriormente de los revisionistas soviéticos. (Véase: Enver Hoxha. *Los titistas* (Apuntes históricos), Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1982, ed. en español, págs. 577-645.

cipios en contra de esta actividad hostil constituía una de las orientaciones de la línea de nuestro Partido en su I Congreso. Jamás nos moveremos —acentuábamos en la carta— de esta justa línea. Así, pensábamos nosotros, si la mencionada resolución se anula por considerarse errónea, no solamente la verdad será deformada, sino que también se creará una grave situación para nuestro Partido, se creará confusión, los elementos anti-partido y enemigos serán instigados y puestos en acción contra nuestro Poder y nuestro Partido, y también contra la Unión Soviética. De ninguna manera podemos permitir que se cree una situación semejante.

Nos hemos visto —decíamos al final a la dirección soviética— en una grave situación y hemos lamentado y lamentamos que en este punto no podamos compartir sus opiniones.

Este era en esencia el contenido de nuestra segunda carta enviada a la dirección soviética.

Así, si en este caso se puede hablar de «retirada», entiéndase con ello, pues, que por nuestra parte no existía otra actitud que la de no volver a repetir la proposición de organizar previamente la reunión del Kominform. Esta proposición sería inútil a estas alturas, puesto que Jruschov nos había puesto ante un hecho consumado y ya había partido hacia Belgrado. Por otra parte, aunque nosotros nos habíamos pronunciado por la defensa de los principios, no podíamos

oponernos abiertamente a la dirección soviética y a los otros en un momento en que el problema estaba todavía en evolución. En cualquier caso, afilamos aún más la vigilancia y abrimos más los ojos. Para nosotros, ahora como en el pasado, la actitud hacia los revisionistas de Belgrado era y seguía siendo la piedra de toque para juzgar si un partido seguía una línea marxista sana o una línea errónea, antimarxista. Con esta orientación, íbamos a someter a prueba, en el futuro, a Jruschov y los jruschovistas.

Poco tiempo después de estos acontecimientos, en el verano de 1955, recibí una invitación para que fuera «sin falta por un período de vacaciones a la Unión Soviética».

En la época de Stalin yo iba allá en misión de trabajo y muy raras veces de descanso. En la época de Jruschov se nos empezó a presionar de tal manera para que fuésemos allá de vacaciones, que era difícil rehusar, pues los soviéticos planteaban la cuestión en un plano político. Pero a mí no me gustaba ir porque, de hecho, allí no se podía descansar y perdíamos mucho tiempo. Para llegar a Moscú debíamos hacer 8 días de viaje de Durrës a Odesa y esto en barcos de pequeño tonelaje (como el Kotovski, Chiaturi) que te sacudían bien. Eran necesarios otros dos días de tren de Odesa a Moscú, luego un día en avión de Moscú al Cáucaso, (a Kislovodks, etc.), es decir 11 días de viaje de ida y 11 días de regreso,

algunos días de reuniones, y éstas eran las vacaciones de que se trataba.

Nada más llegar a Moscú, comenzábamos los encuentros con los dirigentes soviéticos, pero estos encuentros, ya no eran agradables como los que manteníamos con Stalin. Ahora se desarrollaban en una atmósfera ora de irritación contenida, ora de fricciones manifiestas.

Así ocurrió también esta vez. Apenas llegué a Moscú, tuve dos entrevistas con Suslov.

Ya de entrada me indicó que íbamos a discutir el tema yugoslavo y en un tono imperioso me recaló:

—La dirección de su partido debe considerar bien esta cuestión, no deben mantener una visión rígida del problema yugoslavo.

Lo estaba escuchando sin quitarle los ojos de encima y él, advirtiéndome mi disgusto, operó una cierta retirada:

—Sus errores siguen siendo errores —dijo—, pero nuestro objetivo es reconciliarnos e ir adelante en nuestra amistad con Yugoslavia. Nuestro Comité Central —continuó— ha analizado una vez más en su última reunión, nuestras relaciones con Yugoslavia y vamos a entregarle directamente a usted el informe que allí se ha presentado, pues éste tiene un carácter muy secreto.

Se detuvo un momento, tratando de observar la impresión que me habían producido sus palabras y continuó:

—El problema esencial es que el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética ha examinado la cuestión yugoslava bajo una luz realista, considerando la actividad traidora de Beria, y a este respecto nos hemos autocriticado. Nuestro Comité Central ha llegado a la conclusión de que la ruptura de las relaciones con Yugoslavia ha sido un error, es decir, que hemos tomado una decisión prematura.

—¿Cómo, prematura?! —le dije—. Se ha procedido en su tiempo a unos profundos análisis y largas discusiones, y se han revelado las verdaderas causas ideológicas y políticas de los desacuerdos existentes.

—La causa principal de esta ruptura —continuó Suslov— no son las cuestiones ideológicas, a pesar de que los yugoslavos han cometido errores y éstos se les ha hecho saber abiertamente. La causa principal reside en las calumnias que se ha lanzado contra los dirigentes yugoslavos, en la falta de paciencia por nuestra parte. Era necesario discutir los errores de principio de los yugoslavos, probarlos y luego allanarlos. Esto no se ha hecho.

De todos los hechos que han sido examinados —continuó— resulta que no hemos sacado la menor prueba para afirmar que los camaradas yugoslavos se hayan desviado y hayan vendido a Yugoslavia, ni tampoco se desprende que la economía yugoslava esté bajo dependencia extranjera.

—Disculpe —le dije—, dejemos un momento de lado lo que hemos analizado y decidido en 1948 y 1949. Tomemos solamente su correspondencia de estos dos últimos años con la dirección yugoslava. No sólo ustedes mismos lo afirman en algunas de sus cartas, sino también los propios yugoslavos reconocen en las suyas que han establecido fuertes lazos con Occidente. ¿Cómo debemos entender ahora sus apreciaciones opuestas en esta cuestión?

—Se han cometido algunos errores, pero deben analizarse con cuidado —dijo Suslov, y se puso a enumerar una serie de «argumentos» para convencerme de que los dirigentes yugoslavos no estaban metidos en un camino erróneo. Naturalmente, también trató de achacar la falta a Beria y Gilas y a los intentos del imperialismo «por colocar a Yugoslavia a su remolque».

—También Molotov —prosiguió— ha mantenido una actitud bastante sectaria hacia este problema. El mismo ha cometido un error en nuestras relaciones estatales con Yugoslavia e insistió en que las faltas recaían sobre los camaradas yugoslavos. Pero el Comité Central le ha pedido a Molotov que argumentase los errores de los yugoslavos y hemos criticado severamente su actitud. Finalmente acabó por solidarizarse con el Comité Central.

Tomé la palabra y le hice una minuciosa exposición de nuestras relaciones con la dirección

yugoslava desde el tiempo de la Lucha de Liberación Nacional. Puse de relieve las principales actividades antialbanesas y de espionaje que habían emprendido y no cesaban de emprender contra nosotros¹ y al final le dije:

—Son estos hechos, a cada cual más graves, y muchos otros de este género que nos convencen de que la dirección yugoslava no ha estado ni está en una justa vía. De cualquier forma, por nuestra parte siempre estaremos por el desarrollo normal de las relaciones estatales con ellos.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —aprobó Suslov—. Debemos actuar con el corazón más abierto. Esto va en interés de nuestro campo; no permitamos que los imperialistas nos arrebaten Yugoslavia.

Al final de este encuentro, como si fuera de pasada, me dijo:

—Han condenado en estos años pasados a muchos enemigos, acusándolos de estar vinculados a los yugoslavos. Reconsideren esta cuestión y los que deban ser rehabilitados, rehabilítenlos.

—No hemos acusado ni condenado injusta-

1 Desde 1948 a 1955 la agencia yugoslava de espionaje introdujo u organizó en Albania 307 bandas de agentes subversivos y criminales, todos los cuales fueron capturados o liquidados. Durante este mismo período, fueron descubiertos y liquidados los grupos y organizaciones secretos de espionaje, organizados y dirigidos por los servicios secretos yugoslavos en colaboración con los occidentales.

mente a nadie —le dije secamente, y nos despedimos no sin antes haber recibido su recomendación de que fuéramos «más generosos».

La razón por la que se me había invitado a pasar unas vacaciones era evidente. Mas los jruschovistas no se conformaron con esto. Habían tramado planes diabólicos a fin de obligar a toda costa a nuestro Partido a que siguiese su línea de reconciliación con los revisionistas de Belgrado. Esta vez me habían instalado en una villa de los alrededores de Moscú que había estado, según me decían, reservada a Stalin. Era un edificio sencillo cuyas estancias principales, estaban ubicadas en el primer piso, incluyendo nuestro apartamento privado, que estaba separado del vestíbulo por una puerta de cristal. A la derecha quedaban el comedor, un estudio y el cuarto de estar o salón, cuyo mobiliario, bien recuerdo, era muy pobre. A la izquierda, a través de un corredor y una habitación con divanes adosados a las paredes, se accedía a una sala de proyección. El patio no estaba bien conservado, escaseaban las flores y había muy poco verdor. No había árboles que diesen sombra, sólo un *besedka** arqueado, y bancos de la misma forma pegados a unas columnas, lugar que los niños ocupaban en sus juegos. A un lado de la casa se extendía una parcela de tierra dedicada al cultivo de hortalizas. Es en esta casa donde

* Ruso en el original — glorieta.

precisamente una noche oímos unos fuertes golpes en la puerta de cristal de nuestro apartamento. Mi mujer, Nexhmije, se levantó rápidamente, pensando que nuestro hijo pudiera no estar bien, pues había sufrido una caída y tenía una contusión en el brazo. Al ver lo que ocurría, regresó de inmediato y me dijo:

—Es uno de los oficiales de guardia, Mikoyan te llama al teléfono.

Estaba algo adormecido y le pregunté qué hora era.

—Son las doce y media, —me dijo Nexhmije.

Me puse una ropa sobre los hombros y me dirigí al estudio, donde se encontraba el teléfono. Mikoyan al otro lado del aparato ni siquiera se disculpó por haberme despertado a medianoche, sólo me dice:

—Camarada Enver, el camarada Svetozar Vukmanovich Tempo¹ se encuentra actualmente en Moscú, acabo de estar con él hasta hace un

1 Fue miembro de la dirección yugoslava. En el curso de la Lucha de Liberación Nacional, hacía el papel de «embajador itinerante» de Tito en los países de los Balcanes para realizar los fines chovinistas paneslavistas de la camarilla titista y para dividir a los partidos comunistas y al movimiento de liberación nacional en estos países. Tanto durante la lucha como después de la liberación de los ocupantes nazifascistas, ha mantenido una furibunda actitud antimarxista y antialbanesa. (Véase: Enver Hoxha. *Los titistas* (Apuntes históricos), Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1982, ed. en español, págs. 43-76, 91-106, 371).

momento. Usted le conoce y sería conveniente que lo viera; él está de acuerdo en mantener mañana un encuentro con usted.

Permanecí un momento en silencio al teléfono, mientras que Mikoyan, que no le pasaba por la mente conocer mi opinión, me dijo: «Así, de acuerdo, mañana» en un tono como si ordenara a un secretario de partido de un *oblast**.

—¿Cómo que «de acuerdo», camarada Mikoyan? —le dije—. Pero yo he hablado con el camarada Suslov y le he expuesto el punto de vista de nuestro Partido respecto a la posición de Yugoslavia y de Tito.

Mikoyan se puso a pronunciar al teléfono un monólogo estereotipado sobre la «Yugoslavia socialista», sobre Tito que según él era una «buena persona», sobre los errores de Beria y sobre nuestras faltas (de la Unión Soviética y del Kominform), para acabar diciendo:

—Debe dar este paso, camarada Enver, usted conoce a Tempo, discuta con él y traten de allanar los desacuerdos, esto va en su interés y en interés de nuestro campo. También usted debe contribuir a que Yugoslavia no se pase al campo imperialista... Entonces, de acuerdo, mañana.

—De acuerdo, de acuerdo, mañana —le respondí apretando los dientes de cólera. Volví a la cama, pero el sueño me había abandonado a

* Ruso en el original — distrito.

causa de la repugnancia que me producían estos manejos y hechos consumados que urdían febrilmente los jruschovistas en su camino de traición. Dos veces me había reunido con Tempo en Albania durante la guerra, las dos veces salimos riñendo; era arrogante y estaba imbuido de una megalomanía mórbida. Formulaba acusaciones infundadas sobre nuestra guerra y la gente que la dirigía, o bien hacía proposiciones absurdas en el sentido de constituir un «Cuartel General Balcánico», del que váyase a saber cómo iba a funcionar dadas las condiciones en que apenas lográbamos comunicar de una zona a otra del país, por no hablar ya de los objetivos que disimulaba la organización de este «Cuartel General». Mas ahora ¿qué tenía que decir yo a Tempo, después de todo lo que nos habían hecho, desde Tito y Rancovich, hasta sus delegados Velimir Stojnich, Ñazi Dizdrevich, y sus agentes Koçi Xoxe y compañía?¹ ¡¿Cómo no llamar a un cerdo, cerdo?! No pegué ojo en toda la noche, pensando cómo debíamos actuar. No había llegado el momento de ajustarles las cuentas a los revisionistas jruschovistas.

Al día siguiente nos encontramos con Tempo. Comencé a hablarle de lo que había pasado entre nosotros.

1 Véase: Enver Hoxha. *Los titistas* (Apuntes históricos), Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1982, ed. en español.

—Dejemos el pasado —dijo y pasó a exponerme la situación de Yugoslavia. Me habló de sus progresos en el sector de la industria, aunque sin ocultarme su falta de materias primas.

—Nuestra agricultura anda muy mal —me dijo—, estamos muy atrasados, por eso, pensamos dedicar aquí más fuerzas. Dados los errores que hemos cometido en la agricultura —añadió— nos hemos visto y nos vemos en aprietos.

Continuó así hablándome también de las dificultades que habían tenido, las cuales, dijo, les habían obligado a aceptar ayudas de países occidentales con fuertes tasas de interés.

—Ahora —concluyó—, recibimos ayudas de la Unión Soviética y el acuerdo con los soviéticos está marchando bien.

Yo le hablé también de los progresos que había registrado nuestro país durante este período y de las dificultades que habíamos tenido y seguíamos teniendo. Le hablé de la comisión del Lago de Ohri, donde la parte yugoslava iba dando largas a las discusiones, pero me dijo que él no sabía nada, pues «esos eran planes de los macedonios».

—De todas formas, veamos mejor la de Shkodra, donde las ganancias serán más sustanciales para las dos partes, sobre todo para ustedes —añadió—. Así transcurrió mi entrevista con Tempo, que habían montado los soviéticos.

Después de este encuentro, cuando volví a

ver a Mikoyan y Suslov, estos me dijeron casi al unísono:

—Ha hecho bien de haberse reunido con Tempo, esto ha servido para romper el hielo.

Según ellos, la montaña de hielo que se levantaba entre los revisionistas titistas y nosotros podía romperse con una reunión o una entrevista ocasional, pero nosotros no pensábamos así. En nuestras relaciones con Yugoslavia no habría «primavera» ni deshielo en el dominio ideológico, y no nos pasaba por la mente ahogarnos en los estanques de aguas turbias de los jruschovistas y titistas.

5. EL «PARTIDO PADRE» PRETENDE DIRIGIR

Jruschov pretende la hegemonía en el movimiento comunista mundial. Su ataque contra el Komintern y el Kominform. Los jruschovistas extienden sus tentáculos sobre los otros partidos. Súbitas muertes de Gottwald y Bierut. Recuerdos inolvidables del encuentro con Dimitrov y Kolarov. Relaciones correctas, aunque puramente formales con Rumania. Los zigzags oportunistas de la dirección rumana. Agradables impresiones de Checoslovaquia; paseos y visitas informales a lugares históricos. Atmósfera asfixiante por todas partes en la Unión Soviética. Los *chinovniks* nos asedian por todas partes. Nuestras relaciones con los alemanes del Este.

He evocado más arriba la «lección» que me dio Jruschov sobre el papel del primer secretario del partido y la «opinión», que había manifestado a los camaradas polacos, concerniente a la sustitución de Bierut por Ochab en este cargo. Este

hecho no sólo me sorprendió, sino que me pareció enteramente inadmisibles, una gestión desprovista de tacto (por usar un eufemismo) hacia un partido hermano.

El curso ulterior de los acontecimientos nos iba a esclarecer y a convencernos de que tales «gestiones» eran formas de «trabajo» habituales de Jruschov para imponer su dominación al movimiento comunista internacional.

También esta actividad fue disimulada con un disfraz demagógico. Y la demagogia consistía en esto: «Stalin mantenía los partidos comunistas y obreros bajo su dominio mediante la fuerza y el terror, les dictaba acciones en interés de la Unión Soviética y en detrimento de la revolución mundial». Jruschov estaba por combatir al Komintern, exceptuando, supuestamente, el período en que Lenin estuvo en vida. Según Jruschov y los otros revisionistas modernos, el Komintern había actuado únicamente como una «agencia de los soviéticos en los países capitalistas». Este juicio, que no expresaban abiertamente, sino que dejaban sobreentender, coincidía plenamente con las monstruosas acusaciones del capitalismo y de la burguesía reaccionaria mundial, que combatían al proletariado y a los jóvenes partidos comunistas formados después de la traición de la socialdemocracia y de la II Internacional.

A través del Komintern, Lenin y después Stalin, consolidaron los partidos comunistas y

obreros, reforzaron la lucha del proletariado contra la burguesía, contra la dictadura fascista en ascenso. La actividad del Komintern era positiva, revolucionaria. No se excluye que se hayan cometido algunos errores, pero es preciso tener en cuenta las difíciles condiciones de clandestinidad, en las que se veían obligados a trabajar los partidos y la propia dirección del Komintern, así como la feroz lucha que el imperialismo, la burguesía y la reacción libraban contra los partidos comunistas. Los verdaderos revolucionarios no olvidan jamás que el Komintern fue el que contribuyó a la fundación y consolidación de los partidos comunistas después de la traición de la II Internacional, al igual que no olvidan que la Unión Soviética de Lenin y de Stalin fue el país donde encontraron refugio frente a las represalias de la burguesía y del fascismo, y desplegaron su actividad cientos de revolucionarios.

En su apreciación de la obra del Komintern y de Stalin, Jruschov fue respaldado también por los chinos, que prosiguen, aunque, no públicamente, sus críticas en este sentido. Nuestros puntos de vista en cuanto a estas apreciaciones incorrectas sobre la actividad general del Komintern y de Stalin, se los hemos manifestado a los dirigentes chinos en el momento oportuno. Cuando he tenido la ocasión de conversar con Mao Tse-tung durante mi única visita a China, en 1956, o en mis entrevistas con Chou En-lai y otros en

Tirana, he expresado el conocido punto de vista de nuestro Partido sobre la figura de Stalin¹ y el Komintern. No quiero extenderme, porque he tratado ampliamente sobre esta cuestión en mi diario político y en otros de mis escritos.

Las decisiones del Komintern y el discurso directivo de Dimitrov en julio de 1935, han entrado en la historia del movimiento comunista internacional en tanto que documentos capitales, que movilizaron a los pueblos y en primer lugar, a los comunistas con vistas a crear el frente antifascista y organizar la lucha armada contra el fascismo italiano, el nazismo alemán y el militarismo japonés. En esta lucha los comunistas y sus partidos siempre permanecieron al frente.

Por eso, es un crimen atacar la gran obra del Komintern y la autoridad marxista-leninista de Stalin, que jugaron un gran papel en la creación y la consolidación organizativa, política e ideológica de los partidos comunistas y obreros del mundo. Por su parte, el Partido Bolchevique fue para estos partidos una poderosa ayuda, y la Unión Soviética, con Stalin a la cabeza, un gran potencial de apoyo a la revolución en la arena internacional.

El imperialismo, la burguesía capitalista y su dictadura fascista combatían con todas sus fuer-

1 Véase: Enver Hoxha. *Obras Escogidas IV*, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1983, ed. en español, págs. 36-78.

zas y por todos los medios a la Unión Soviética, al Partido Bolchevique y a Stalin; combatían encarnizadamente al Komintern y a los partidos comunistas y obreros de todos los países, dominaban sobre la clase obrera mediante el terror, la sangre y la demagogia.

Cuando la Alemania nazi atacó a la Unión Soviética, los partidos comunistas y obreros de los diversos países empuñaron las armas, se unieron también con patriotas y demócratas de sus países y lucharon contra los ocupantes fascistas. De esta lucha natural, los enemigos del comunismo dijeron: «Los partidos comunistas y obreros se han puesto al servicio de Moscú». Era una calumnia. Los partidos comunistas y obreros combatieron por la liberación de sus pueblos, lucharon para que la clase obrera y el pueblo tomaran el Poder. En la gran alianza de la Lucha Antifascista, estos partidos sentían simpatía por la Unión Soviética, porque veían en ella la más segura garantía de la victoria.

Fue Stalin quien, en nombre del Comité Ejecutivo del Komintern, anunció la decisión de disolver el Komintern y la razón era que su existencia dejaba de ser necesaria. Se trataba de una postura enteramente justa, porque los partidos comunistas y obreros ya habían madurado, se habían hecho combativos, se habían templado en batallas de clase y en la gran guerra contra el fascismo, adquiriendo así una experiencia colosal.

Ahora cada Partido podía caminar sin otro apoyo que sus propios pies y tenía por brújula infalible en su ruta el marxismo-leninismo.

Después de la Segunda Guerra Mundial fue constituida la Oficina de Información de los partidos comunistas y obreros,¹ que era un organismo necesario dado que los partidos de los países socialistas y los de los Estados capitalistas, en particular de Europa, necesitaban intercambiar su tan valiosa experiencia. Precisamente en los primeros momentos de postguerra, en los momentos turbios en que el imperialismo norteamericano e inglés buscaban intervenir por todos los medios en los asuntos internos de los países que habían conquistado la libertad, un intercambio de experiencia entre nuestros partidos era necesario.

La reacción, y Tito con los titistas más tarde, desplegaban sus esfuerzos para que los países de Europa del Este se vieran en una encrucijada; en Checoslovaquia trataban de llevar al Poder la reacción con la ayuda de los ingleses, y conseguir que lo mismo ocurriera en Albania, Rumania, Polonia y otros países.

El «marxista» Tito, planteó con gran ruido el problema de la Venecia Julia, pretendiendo que la Unión Soviética no le ayudaba a recuperar esta región que consideraba enteramente yugoslava, mientras que la cuestión de Kosova, que

1 Septiembre de 1947.

era verdaderamente albanesa, lejos de plantearla para devolvérsela a Albania, a quien correspondía de derecho, esta especie de «marxista» recurrió a todos los medios para que no se hablara de ello. La camarilla de Belgrado masacró a los habitantes de Kosova, so pretexto de que eran *ballistas* e intentó más tarde anexionarse toda Albania y convertirla en séptima república de Yugoslavia.

El Kominform descubrió la traición de los revisionistas yugoslavos y esto fue uno de sus actos históricos y al mismo tiempo resultado de la vigilancia revolucionaria de Stalin. Con justa razón, Tito fue desenmascarado y condenado sobre la base de hechos irrefutables y, más tarde, el tiempo confirmó enteramente esta traición. En esta acción justa, que vino tras una actitud paciente, al principio como esclarecimiento en un espíritu de camaradería, luego de reproche y al final de condena, participaron todos los partidos comunistas y obreros, no porque ellos «se sometieran a la decisión arbitraria de Stalin», como se calumniaba, sino porque se convencieron de los auténticos hechos que se adujeron sobre la traición de los cabecillas yugoslavos. Más tarde, todos los partidos en cuestión, a excepción del Partido del Trabajo de Albania, se desdijeron de lo que habían dicho y aprobado contra Tito y el titismo. Los cabecillas de dichos partidos, uno tras otro, se autocriticaron, fueron en peregrinaje a besarle la mano a Tito, le pidieron perdón y le

declararon que era un «auténtico marxista-leninista», mientras que Stalin, según ellos, era «un antileninista, un criminal, un ignorante, un dictador».

Como lo mostró toda su actividad y sus sucesivos actos, Jruschov, viajando a Belgrado, se proponía rehabilitar a Tito y condenar a Stalin por la «culpa» y el «error» que supuestamente había cometido en este sentido. Para llegar hasta el fondo en este problema, Jruschov tomó la decisión unilateral de liquidar el Kominform sin preguntar a nadie. Todo esto nos fue presentado como *fait accompli** en una reunión que se organizó en el Kremlin en torno a una cuestión que no tenía nada que ver con el Kominform.

Jruschov anunció su decisión y, cantando el *De profundis* del Kominform, dijo: «Cuando le transmití esta noticia a Nehru, se mostró satisfecho y me expresó que era una decisión sensata y que iba a ser del agrado de todos». Así, el gran reaccionario hindú había sido informado de la disolución del Kominform antes que nuestros partidos comunistas(!). Entre otros aspectos, este hecho mostraba la verdadera catadura del renegado, del trotskista-revisionista que había llegado a la cabeza de la Unión Soviética y del Partido Comunista de la Unión Soviética.

A través de refinadas formas y métodos, de

* Francés en el original.

tipo trotskista, con zalamerías, chantajes, críticas, amenazas, Jruschov pretendía hacerse con todo el movimiento comunista mundial, dirigir con la «batuta de director» a todos los demás partidos, que debían, sin que él se lo dijera abiertamente, proclamar al Partido Comunista de la Unión Soviética «partido padre» e incluso pensar, como decía Liri Belishova,¹ agente camuflada de los revisionistas soviéticos, que descubrimos más tarde, que «Jruschov es nuestro padre»(!). En este sentido trabajaron Jruschov y los jruschovistas.

Los jruschovistas se habían entregado a esta actividad sin duda alguna ya en vida de Stalin, a espaldas de éste. Esto nos lo confirma, entre otras cosas, la experiencia de nuestras relaciones con los dirigentes soviéticos, la actitud arrogante propia de mercader, de Mikoyan y de algún otro.

Ahora bien, después de la muerte de Stalin, su ofensiva para destruir el socialismo en los otros países fue intensificándose. Al igual que en la Unión Soviética, Jruschov comenzó a instigar a los elementos antimarxistas, enmascarados o desenmascarados en Bulgaria, Checoslovaquia, Polonia, Rumania, Hungría, y también en Albania. Jruschov y compinches trataban de conseguir que estos elementos, ahí donde estuvieran en la dirección, se pusiesen bajo su control y, donde

1 Véase: Enver Hoxha. *Albania frente a los revisionistas jruschovistas*, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1977, ed. en español, págs. 136-158.

no lo estuviesen, se colocaran en ella, eliminando a los dirigentes sanos a través de intrigas, putschs o incluso con atentados, tal como querían hacer con Stalin (cosa que es muy probable que lo hayan hecho).

Inmediatamente después de la muerte de Stalin murió Gottwald. ¡Muerte extraña, inesperada! Los que conocían a Gottwald, jamás podían concebir que este hombre sano, robusto y dinámico muriera... de una gripe o de un resfriado que habría cogido el día de las exequias de Stalin.

He conocido personalmente a Gottwald. Cuando viajé a Checoslovaquia y tuve con él un encuentro en Praga, conversamos prolongadamente sobre nuestros problemas. Era un camarada sencillo, sincero, de pocas palabras. En la conversación me sentía sin embarazo, él me escuchaba con atención, llevando de vez en cuando su pipa a la boca, me hablaba con mucha simpatía de nuestro pueblo y de nuestra lucha y me prometió que nos ayudarían a levantar nuestra industria. No me prometió ni montañas, ni milagros, sino un crédito muy modesto que nos concedía Checoslovaquia.

—Estas son nuestras posibilidades —me dijo—. Más tarde, cuando hayamos enderezado nuestra economía, examinaremos de nuevo sus problemas.

Gottwald, viejo amigo y camarada de Stalin y de Dimitrov, murió inesperadamente. Este su-

ceso causó en nosotros un gran pesar, pero también nos dejó estupefactos.

Más tarde aconteció la muerte igual de sorpresiva del camarada Bierut, sin hablar ya de la muerte precedente del gran Jorge Dimitrov. Dimitrov, Gottwald y Bierut encontraron la muerte en Moscú. ¡Qué coincidencia! ¡Los tres eran camaradas del gran Stalin!

Bierut fue sustituido en su puesto de primer secretario del partido, por Eduard Ochab. Así se cumplía el viejo deseo de Jruschov. Pero más tarde Jruschov «rompió» con Ochab, pues al parecer éste no satisfacía en la medida requerida las exigencias y órdenes de Jruschov. Por tanto, más tarde, hemos asistido también a reuniones en donde Jruschov hacía a Ochab blanco de sus ataques. Me he encontrado varias veces con Ochab, en Moscú, en Varsovia y en Pekín, y pienso que era una persona que no sólo no podía ser comparada con Bierut, sino tampoco poseía las capacidades requeridas para dirigir su partido y su país. Ochab llegó como una sombra y como una sombra desapareció, sin cumplir un año en su puesto.

Más adelante hablaré del desarrollo posterior de los acontecimientos en Polonia.¹ Está claro que

1 Véase: Enver Hoxha. *Obras Escogidas II*, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1975, ed. en español, págs. 677-750.

con la muerte de Bierut se abría el camino para acceder al trono de Polonia el reaccionario Gomulka. Este «comunista», sacado de la cárcel después de algunas peripecias y convulsiones de una dirección abigarrada, donde no faltaban agentes del sionismo y de las potencias capitalistas, iba a ser llevado al Poder por su amigo, Nikita Jruschov.

Polonia era la «gran hermana» de la Unión Soviética jruschovista. Después se colocaba Bulgaria, con quien los jruschovistas han jugado y juegan de manera ignominiosa hasta el punto que han hecho de ella una «hija sumisa».

Los búlgaros estaban ligados estrechamente con Stalin y con el Partido Comunista (b) de la Unión Soviética dirigido por él, mucho más que los checos, polacos, rumanos, sin hablar ya de los alemanes. Incluso anteriormente, el pueblo búlgaro estaba tradicionalmente unido a Rusia. Precisamente debido a estos lazos, el rey Boris no osó meter oficialmente a Bulgaria en la guerra contra la Unión Soviética, y los ejércitos soviéticos entraron en Bulgaria sin disparar un solo tiro.

Jruschov debía, pues, reforzar esta influencia en pro de sus intereses chovinistas y para extender y consolidar sus puntos de vista revisionistas. Por eso aprovechó estas situaciones, la confianza del Partido Comunista Búlgaro en Stalin, la Unión Soviética y el Partido Comunista (b) de la Unión Soviética para llevar a la cabeza del

Partido Comunista Búlgaro a un hombre carente de valor, a un cuadro de tercera mano, aunque dispuesto a hacer todo lo que le dijera Jruschov, el embajador de éste y el KGB. Este era Todor Yivkov, que lo impulsaron y lo inflaron hasta convertirlo en primer secretario del CC del PCB.

Mi opinión es que después de Dimitrov el partido y el Estado búlgaros no tuvieron dirigentes no sólo de su talla, sino tampoco que se le asemejaran por su firmeza de principios, su horizonte ideológico y político y su capacidad de dirección. Aquí, por supuesto no me estoy refiriendo a Kolarov, que también murió muy pronto, pocos meses después de Dimitrov, y era viejo revolucionario y la segunda personalidad después de Dimitrov, con quien había trabajado en el Komintern.

Conocí a Kolarov durante mi visita oficial a Bulgaria en diciembre de 1947. Tenía aproximadamente la edad y la estatura de Dimitrov, era un buen conversador y no dejó, mientras estuvimos en su compañía, de hablarnos de las misiones que le había encargado realizar el Komintern, en Mongolia, Alemania y otros lugares. Kolarov, según parece, estaba encargado por su partido de ocuparse de las relaciones con el mundo exterior, ya que nos habló varias veces de las relaciones de Bulgaria especialmente con sus vecinos, que eran también nuestros vecinos: Yugoslavia y Grecia. Nos aclaró asimismo la situación

internacional en general. Esto fue para nosotros una gran ayuda.

Kolarov, como el inolvidable Jorge Dimitrov, era una persona sencilla. Ningún signo de suficiencia se notaba en él durante las conversaciones, a pesar de que nosotros éramos jóvenes. Estimaba y respetaba nuestras opiniones y, aunque era nuestro primer encuentro, todo el tiempo que permanecimos allí nos sentimos como en familia, como en íntima compañía, en la que reinaba el cariño, la unidad y los esfuerzos desplegados por un mismo objetivo, la construcción del socialismo.

Una sola vez he encontrado en mi vida a Dimitrov y Kolarov, estos destacados comunistas búlgaros, mas conservo de ellos un recuerdo imborrable. Después de Dimitrov, Kolarov fue designado primer ministro, siendo uno de los iniciadores de la condena del agente titista Kostov. Sin embargo apenas transcurrieron unos meses Kolarov murió. También su muerte me causó una gran consternación.

Después de la muerte de Dimitrov y de Kolarov, comenzaron a acceder a la dirección del Partido Comunista y del Estado Búlgaros personas sin autoridad, sin personalidad.

He ido varias veces a Bulgaria por cuestiones de trabajo, así como de descanso con mi mujer y con los niños. Digo con toda franqueza que en Bulgaria sentía un placer particular, y esto tal

vez porque nuestros dos pueblos, aunque de origen distinto, durante los siglos habían vivido uno al lado de otro, habían sufrido y luchado contra los mismos ocupantes, los otómanos, y sus caracteres en muchos aspectos son similares, sobre todo por la sencillez, la hospitalidad, la constancia, la conservación de las buenas tradiciones, del folklore, etc.

Hasta la muerte de Stalin, nuestra amistad con los búlgaros no tuvo ninguna sombra. Ambas partes estimábamos a la Unión Soviética con un cariño puro y sincero.

He conversado y he comido muchas veces con los dirigentes búlgaros, he viajado y he paseado con ellos en Bulgaria. Incluso después, hasta nuestra ruptura con Jruschov, no hemos tenido discrepancias ideológicas y políticas, me han recibido bien, calurosamente. Muchos de ellos, como Velko Chervenkov, Ganiev, Tsola Dragoicheva, Anton Yugov, etc., no eran jóvenes, sino que pertenecían a la vieja generación y habían trabajado fuera, en la emigración, con Dimitrov, o dentro en la clandestinidad, habían conocido también las prisiones del zar Boris. Finalmente emergió Todor Yivkov, prototipo de la mediocridad política.

A la muerte de Jorge Dimitrov, Velko Chervenkov se convirtió en secretario general del partido. Era un hombre corpulento y de cabellos medio canosos, con rasgos abultados y cada vez

que me encontraba con él en Bulgaria o en Moscú, me daba la impresión de un hombre bonachón, que caminaba con los brazos caídos como si quisiera decir: «¿Qué estoy haciendo en esta feria? Aquí estoy de más».

Parecía un hombre justo, pero sin voluntad. Al menos esta era mi impresión. Extremadamente avaro en palabras. En las conversaciones oficiales hablaba tan poco que si no se le conocía daba la impresión de suficiencia. Pero no tenía nada de presuntuoso. Era una persona sencilla. Fuera de las conversaciones oficiales, cuando comíamos juntos o nos reuníamos con otros camaradas búlgaros para intercambiar opiniones, Velko permanecía como «un bloque de hielo», sin abrir la boca, como si estuviera ausente. Los demás conversaban, reían, pero él no.

Chervenkov era cuñado de Dimitrov, tenía por esposa a la hermana del gran dirigente de Bulgaria. Es posible que parte de la gloria y la autoridad de Dimitrov hubiese recaído sobre Velko Chervenkov, pero Velko no podía ser un Dimitrov. Así, del mismo modo que había llegado a la cabeza de la dirección del Partido Comunista Búlgaro, en silencio, también cuando se le despidió, se fue sin hacer ruido. Su destitución no causó problema alguno, fue reemplazado sin más ni más, cediendo su puesto de dirigente del partido a Todor Yivkov.

Así pues, para Nikita tanto en Polonia, como

en Checoslovaquia y también en Bulgaria quedaron las cosas allanadas. Rumania, cuyo partido ha conocido algunas historias no muy gloriosas, tampoco quedaría fuera de sus objetivos y sus tentativas.

Durante la guerra, a diferencia de lo que había ocurrido con los yugoslavos, o incluso con los búlgaros, que habían enviado en una ocasión a nuestro país a Belgaranov que nos puso en conocimiento de su trabajo en Macedonia y solicitó que contribuyésemos a organizar la lucha de los albaneses en el territorio «macedonio» ocupado por los nazifascistas, con los rumanos no habíamos tenido ningún contacto. Después de la guerra habíamos escuchado, de parte de los soviéticos, buenas palabras del partido rumano y de Dej, considerado un viejo revolucionario que había sufrido mucho en las cárceles de Doftana. Pero a decir verdad, cuando le conocí por primera vez en un encuentro que tuvimos para discutir el problema de los revisionistas yugoslavos, el cual he mencionado más arriba, sufrí una desilusión.

No es el momento de hablar de mis recuerdos de este encuentro, pero sí quiero acentuar que por lo que vi y escuché en Rumania y por las conversaciones informales que sostuve con Dej, la impresión que me produjeron el partido rumano y el propio Dej no fue nada positiva.

Independientemente de lo que los dirigentes

rumanos pretendían, en Rumania no se veía la dictadura del proletariado y las posiciones del Partido Obrero Rumano no eran nada sólidas. Declaraban que estaban en el Poder, pero se veía claramente que quien *de facto* lo ocupaba era la burguesía. Esta tenía en sus manos la industria, la agricultura, el comercio, continuaba expoliando al pueblo rumano, viviendo en villas y palacios suntuosos. El propio Dej viajaba en automóvil blindado seguido de sus guardaespaldas, cosa que da una idea de lo «seguras» que estaban sus posiciones. La reacción en Rumania era poderosa y de no ser por el Ejército Rojo quién sabe cuál hubiera sido el destino de este país.

Durante las conversaciones que mantuve en aquellos pocos días en Bucarest, Dej me bombardeó con sus bravuconadas acerca de la «valentía» que habían demostrado obligando a abdicar al corrompido rey Mihael, al que no sólo no lo habían condenado por sus crímenes contra el pueblo, sino que lo habían dejado marchar al exterior, a Occidente, llevándose consigo sus riquezas y sus cortesanas.

Eran sorprendentes las vanaglorias que el propio Dej se dedicaba a sí mismo, sobre todo cuando me mostraba cómo «desafiaba» a los reaccionarios, yendo a las cafeterías, que éstos frecuentaban, con la pistola al cinto.

Desde este primer encuentro, pues, saqué

una impresión desfavorable no sólo de Dej, sino también del partido rumano, de su línea, que no era sino una línea oportunista. Por eso, lo que más tarde ocurrió con Dej y su partido no me sorprendieron. Los cabecillas revisionistas de este partido han sido de lo más vanidosos que pueda concebirse, eran los fanfarrones que se jactaban en grandes dosis de una guerra que ellos no habían hecho.

Cuando emprendimos la lucha contra el grupo renegado de Tito, Dej se convirtió en «luchador ardiente» contra este grupo. En las reuniones históricas del Kominform, fue el encargado de presentar el informe principal contra el grupo Tito-Rankovich.¹

Mientras la resolución del Kominform estuvo en vigor y Stalin vivió, Dej se mostraba un furibundo antititista. Pero cuando los traidores revisionistas con Jruschov a la cabeza usurparon el Poder en sus propios países y cometieron todas las traiciones que ya conocemos, entre otras hacer la corte a Tito, Dej fue uno de los primeros que cambió de casaca, que cambió de color como el camaleón. Todo lo que antes había sostenido lo borró de un plumazo, se autocriticó pública-

1 Informe titulado «El partido comunista yugoslavo en manos de asesinos y espías», publicado en el órgano de la Oficina de Información de los partidos comunistas y obreros, *¡Por una paz duradera, por una democracia popular!*, 2 de diciembre 1949, Nr. 56.

mente y al final marchó a Brioni para pedir públicamente perdón a Tito. Así, Dej recobró su verdadero molde, tal cual era en realidad, el de un oportunista con muchas banderas.

Naturalmente después de la Liberación, nosotros establecimos relaciones amistosas con Rumania, igual que con los otros países de democracia popular. Por nuestra parte, deseábamos desarrollar lo más posible las relaciones con este país, especialmente con el pueblo rumano, y no solamente porque éramos dos países socialistas, sino también porque conservábamos un sentimiento particular de amistad y de simpatía suscitado por la ayuda que les había sido prestada a los patriotas albaneses del Renacimiento que vivían en Rumania. Pero nuestros deseos y esfuerzos en este sentido no se concretaron en la medida que anhelábamos a causa del indiferentismo de la dirección rumana. Y esto tenía sus razones, que nada tenían que ver con nuestras posturas y deseos.

Sea como fuera, las relaciones entre nuestros dos países evolucionaron de manera correcta, mas fueron relaciones totalmente formales. Los dirigentes rumanos no mostraron el menor signo de afecto y de amistad por un pequeño país socialista, como el nuestro, que tanto había luchado y se había sacrificado en el combate contra los ocupantes fascistas. Rumania fue el país socialista que se mostró más indiferente hacia el desa-

rollo de Albania y el menos preocupado por vitalizar las relaciones entre nuestros partidos y nuestros Estados.

Cuando fui más tarde a Rumania con una delegación, vi en el curso de nuestras visitas muchas cosas interesantes; me mostraron los múltiples progresos registrados en la economía del país. Entre otros lugares visité Ploesti, que comparado con nuestra Kuçova era un centro colosal de la industria petrolera. El proceso de la explotación del petróleo se atenía a los procedimientos más modernos, y recuerdo que Dej, en el último encuentro que mantuvimos, me dijo todo orgulloso que habían comprado a los norteamericanos una refinería de petróleo muy grande, de las más modernas. (Me dijo que la habían comprado con dólares en mano, pero como se pudo ver más tarde, aquélla había sido adquirida a crédito. Ya en aquel tiempo Rumania «socialista» venía entablando sus tejemanejes con el imperialismo norteamericano.) Me hicieron visitar igualmente un centro siderúrgico que producía numerosos aceros, así como una serie de fábricas de todo tipo, granjas agrícolas modelo, un gran combinado de confecciones, etc.

Me mostraron después, el «campo rumano», gran museo al aire libre, donde había un conjunto de construcciones rurales, con los enseres y los trajes característicos del campo rumano, algo muy original y muy bonito.

Todo lo que vimos en el curso de nuestras visitas fue de nuestro agrado, había muchas construcciones nuevas, pero la herencia del pasado era igualmente muy considerable. Los rumanos habían creado, cierto es, cooperativas agrícolas, mas el trabajo en este medio no marchaba muy bien; faltaba la dirección, la organización y el trabajo político. Como quiera que fuese, el país en su conjunto había hecho progresos y era obvio, como ellos mismos nos decían, que la ayuda soviética había sido muy grande en todos los sentidos, y esto hasta para la construcción del gran palacio donde, en la época de nuestra visita, era editado el periódico *Scânteia* y tenían lugar diversas actividades culturales.

En cuanto a la ayuda a Albania, debo decir que hasta la ruptura de nuestras relaciones con los yugoslavos, ninguno de los países de democracia popular nos concedía el más pequeño crédito. Más tarde, también estos países, en diversos grados, nos prestaron una cierta ayuda. Hay quien, en un principio, lo hacía desinteresadamente, otro con fines premeditados y malicia y hay quien únicamente para cubrir el expediente, queriendo hacer ver su «solidaridad socialista» o incluso para decir a la Unión Soviética, de quien recibía grandes ayudas y créditos, «vea, también nosotros damos algo a Albania socialista. Cuando tengamos más le daremos más».

Más de una vez hemos pedido créditos tam-

bién a los rumanos, pero ellos o bien nos los han denegado o bien nos han dado algo irrisorio. En lo que se refiere a la experiencia, por ejemplo en el dominio del petróleo, de la industria y de la agricultura, la cosa quedaba en promesas, todo eran palabras, pues no nos dieron nada substancial. En materia de experiencia de partido o de construcción del Estado ni les hemos pedido ni hemos recibido de ellos ninguna ayuda.

Pero, ¿por qué en los rumanos se hacía más acentuada esta actitud, independientemente de que también con los otros chocábamos con muchas dificultades a la hora de conseguir ayudas?

En los otros partidos existía en un comienzo un espíritu más o menos sensible de unidad y de ayuda internacionalista entre nuestros partidos y esto se reflejaba respecto a nosotros también en la práctica, mientras que en el partido rumano este espíritu de unidad y de ayuda era muy débil.

De un modo general, los dirigentes rumanos se distinguían tanto por su megalomanía hacia los «pequeños» como por su servilismo hacia los «grandes». En sus conversaciones con nosotros eran muy breves, se limitaban, puede decirse, a mover la cabeza o a darnos la mano. En reuniones y congresos se mostraban tan «preocupados» que daban la impresión de llevar sobre sus hombros toda la carga. En estos casos se les podía ver siempre junto con los principales dirigentes de la Unión Soviética. Ciertamente eran unos ser-

viles, unos oportunistas, cosa que se hizo evidente cuando llegó el momento de luchar por la defensa de los principios.

Los checoslovacos, en mi opinión, eran distintos de los demás. Eran los más serios. He hablado de Gottwald, pero debo decir que nosotros, los albaneses, nos hemos llevado bien también con los que le han sucedido. Hemos sido francos con ellos, al igual que con los demás, y también la dirección checa mostraba con nosotros un buen comportamiento. Mostraban respeto por nuestro pueblo y por nuestro Partido. A decir verdad, no eran muy dinámicos, aunque si prudentes, correctos y bondadosos.

Tanto Novotny y Shiroky, como Dolansky y Kopeck, con quienes me he reunido muchas veces cuando iba a su país por cuestiones de trabajo o de vacaciones con mi familia, se comportaban conmigo y todos nuestros camaradas con sencillez y franqueza. No se observaba en ellos la vanidad y la arrogancia que eran tan manifiestas en los otros.

En el plano económico igualmente eran los checos, después de los soviéticos, los que más nos ayudaban. Cierto es que era gente que hacía sus cuentas, serena y comedida a la hora de conceder créditos. Mas cuando nos ofrecían algo, no lo hacían ni con muestras de subestimación, ni haciendo gala de su superioridad económica. Checoslovaquia era el país industrial más avanzado

de los países de democracia popular; contaba con un pueblo laborioso, experto, metódico, ordenado en el trabajo y en la vida. Por todas partes, en Checoslovaquia se veía un país desarrollado, habitado por un pueblo culto que conservaba las tradiciones de su antigua cultura. Para los soviéticos, este país era un *kurort** y han abusado de él hasta el punto de reducirlo a su estado actual. Los dirigentes de los otros países de democracia popular sentían envidia y en vano le lanzaban flechas a la dirección checa, que se mostraba mucho más digna que todas las demás. Asimismo en las reuniones del campo socialista, la palabra de la dirección checa tenía su peso, y dentro del país, a juzgar por lo que allí podía ver, aquélla gozaba de respeto y simpatía.

Cuando iba a Checoslovaquia no sentía ese clima pesado y de aislamiento que se nos había creado en Moscú desde que Jruschov tomó las riendas del Poder. Apenas llegábamos a Moscú nos designaban una *dacha*** en la periferia, donde permanecíamos aislados días enteros. Había funcionarios como Lesakov, Moshatov, Petrov y algún que otro subalterno del aparato del Comité Central del Partido que se quedaban allí, o que iban y venían, habitualmente para acompañarnos, pero también para comer y beber. Todos eran

* Ruso en el original — balneario.

** Ruso en el original — villa.

gente de la Seguridad, disfrazados de *chinovniks* del Comité Central, es decir de funcionarios de aparatos. Entre éstos, Lesakov era mi acompañante inseparable, mi pareja en el billar. Sentía afecto por mí y yo también le apreciaba, pues, aunque no brillaba por su inteligencia, era una buena persona, sincera. Moshatov venía más raramente, mostraba un porte más grave, organizaba los viajes y se ocupaba de resolvernos cualquier petición que le presentábamos, como por ejemplo comprar algún objeto, pues era difícil encontrar algo en el mercado (todo debía pedirse con antelación, y lo que encargábamos, era traído, no se sabe de dónde, a una pieza apartada del almacén GUM, al que teníamos acceso por una entrada especial reservada al Comité Central). Petrov era un *aparatchik* que se ocupaba desde hacía tiempo de los griegos y por este motivo le interesaba nuestra compañía. Era un camarada serio y nos apreciaba. Había venido algunas veces a Albania, sobre todo cuando respaldábamos al Ejército Democrático Griego en su justa lucha. Como si todos estos no fueran suficientes, más tarde se sumaron otros «acompañantes», como un tal Laptiev por ejemplo, un joven que sabía albanés y se daba grandes aires por el «puesto» que le habían designado, o aquel otro, cuyo nombre no retengo, que se ocupaba de Yugoslavia y que era el más inteligente de todos.

Jamás tenía un momento libre, siempre estaba acompañado. Toda esta gente de Jruschov eran informadores del Comité Central y de la seguridad soviética, sin incluir aquí los guardias oficiales y los aparatos de escucha que llenaban las diversas villas en donde residíamos. Mas esto es otra historia. Dejemos los aparatos y vayamos a las personas.

Estos soviéticos tanteaban nuestro *nastroie-nie** para saber qué íbamos a pedir, qué íbamos a plantear, a quién se lo íbamos a plantear, cómo era la situación en nuestro país, qué pensábamos de los yugoslavos, de los dirigentes del Partido Comunista Griego o de cualquier otra cuestión. Ellos sabían a qué venían, pero también nosotros sabíamos quién los enviaba y por qué los enviaban, por eso las dos partes hablábamos amigablemente, conversábamos de lo que nos interesaba y esperábamos a que llegase el aviso del Comité Central para nuestro encuentro. Los *chinovniks* no hacían ningún comentario político, ya que sin duda así lo tenían ordenado, pero aunque quisieran entablar cualquier conversación, no se atrevían, ya que sabían que todo quedaba registrado en los aparatos. Por nuestra parte, nos expresábamos sobre todo contra los revisionistas titistas. No se podía visitar ningún koljós, ningún sovjós,

* Ruso en el original — estado de ánimo, ideas, puntos de vista.

tener el menor contacto con camaradas o con el pueblo sin anunciarlo dos o tres días antes. Y cuando ibas a visitarlos, te conducían directamente a una mesa llena de bebidas y de frutas y nada podías ver, ningún establo, ninguna casa de koljosianos.

También en Bulgaria, hay que reconocerlo, las cosas eran distintas, dondequiera que fueras, veías un ambiente más sociable, menos formalidades y menos guardias.

Ahora bien, en Checoslovaquia la diferencia era todavía más notable. Ya fuese en Praga, en Bratislava, en Karlovy Vary, en Brno o en cualquiera de los muchos otros lugares que he visitado, a título oficial o privado, me he encontrado libre, iba a dónde quería y cuando quería, acompañado de una guardia bien visible y en todas partes nos acogían amistosamente, cordialmente. Durante los viajes, me han conducido de manera espontánea incluso a lugares estratégicos. A cualquier parte que me he dirigido en Checoslovaquia, mis encuentros oficiales o mis visitas a las familias de Novotny y de Shiroky en Praga y en Karlovy Vary, mis entrevistas con Bacilek en Eslovaquia y con una serie de secretarios del partido en diversas ciudades y fábricas, se han desarrollado en un clima de sinceridad, cordialidad, buen humor y sin protocolos. Aquí no nos abrumaba la atmósfera cargada que sentíamos en la Unión Soviética, a pesar del gran cariño que

experimentábamos por este país y por este pueblo.

Después de la ruptura con Tito, los viajes a la Unión Soviética los hacíamos por mar, ya que los yugoslavos no nos permitían atravesar su territorio en avión. Así, nos ha tocado pasar muchas veces por Odesa, donde hemos mantenido encuentros con el famoso Jepichev, primer secretario de la región de Odesa, y más tarde responsable político del ejército soviético. Nada digno de interés se nos ha llevado a visitar en este lugar. Ni las conocidas catacumbas de Odesa, ni incluso las históricas escaleras de Potiomkin, y esto porque debíamos bajarlas a pie. Sólo desde el automóvil pudimos ver estas famosas escaleras que partían de la estatua de Richelieu, gobernador de la ciudad a principios del siglo XIX.

—¿Cómo es posible —pregunté a Jepichev— que mantengan todavía a este aventurero aristócrata francés y además en lo alto de estas escaleras históricas?!

—Qué quiere que le diga, aquí ha quedado —me respondió el secretario del comité del partido de Odesa.

¿Y qué hacíamos nosotros en Odesa? Aburrirnos, fumar, salíamos a pasear al parque de la villa «Kirov», nos metíamos en una sala donde había un viejo billar. No fuimos a visitar ningún museo, ninguna escuela. Se nos condujo a visitar tan sólo un viñedo y esto con la única intención de que el propio Jepichev pudiera saborear los vinos

selectos que conservaban en bodegas próximas y vaciar unas cuantas botellas.

Esto era una práctica corriente en la Unión Soviética. Sólo en el curso de algún *prim* teníamos ocasión de saludar a alguna personalidad. Cuando íbamos a alguna fábrica o casa de cultura de Leningrado, Kiev o cualquier otro lugar, todo estaba organizado de antemano: los obreros esperaban en orden, algún Koslov, pavoneándose, pronunciaba el discurso de presentación, ahuecando la voz para mostrar su omnipotencia, después venían a saludarnos personas designadas de antemano, que estaban instruidas para lo que tenían que decir.

Algo totalmente opuesto se observaba en Checoslovaquia, aquí la gente de la calle, los dirigentes, los obreros de las fábricas hablaban con libertad, te preguntaban y les preguntabas, te respondían a todo. Allí se podía pasear libremente cuando querías, en automóvil o a pie.

Siempre he sentido gran inclinación por la historia de los pueblos y de los hombres. En Checoslovaquia hay muchos lugares históricos. Hice una visita al lugar donde se desarrolló la insurrección de los taboritas,¹ vi aquellas aldeas

1 Miembros del ala revolucionaria en el movimiento nacional antifeudal del pueblo checo durante el siglo XV. Tomó este nombre de la ciudad de Tabor, donde este movimiento tenía su centro político, dirigido por Juan Zizka. Los taboritas

características por donde había pasado y había combatido Zizka. Visité también Austerlitz y, desde lo alto de la colina donde se encuentra el museo, eché una mirada al campo de batalla, y recompuse la maniobra histórica de Bonaparte y el fulminante ataque por los flancos que sus tropas lanzaron contra los austriacos, precisamente a la salida del sol de Austerlitz. Me vinieron a la memoria los combates de Wallenstein y la célebre trilogía de Schiller. Pregunté a los camaradas checos:

—¿Existe algún museo para esta personalidad histórica?

—Claro —me dijeron, y me condujeron inmediatamente al palacio-museo de Wallenstein.

Iba a menudo a la caza del ciervo. ¡Había una ceremonia especial para rendir homenaje al ciervo abatido! Había que inclinarse ante el cuerpo del animal, luego cortar una ramita de pino, mojarla en su sangre, y finalmente fijarla a guisa de pluma sobre la cinta del sombrero.

Un día, que estaba de caza, pasé ante un gran *château**. Pregunté:

—¿Qué es este edificio?

—Es una de las residencias de Metternich —me dijeron—, hoy convertida en museo.

eran adversarios de la propiedad feudal, de la iglesia católica y de la opresión nacional.

* Francés en el original — castillo.

—¿Podríamos visitarlo? —les dije a los camaradas que nos acompañaban.

—Por supuesto —me respondieron.

Penetramos en él, y visitamos todas sus dependencias. El guía nos daba explicaciones detalladas y hablaba con competencia. Recuerdo haber visitado la biblioteca de Metternich, repleta de libros con una bella encuadernación. Cuando salimos de la biblioteca, pasamos ante una puerta cerrada y el guía nos dijo:

—Aquí se conserva una momia enviada de Egipto como regalo al canciller de Austria, al asesino del hijo de Napoleón, rey de Roma, que estaba deportado.

—Abra, —le dije— para que veamos la momia, estoy muy interesado por la egiptología y he leído muchos libros sobre esta materia, especialmente los datos del estudioso Carter, compañero de Karnarvon, quienes descubrieron la tumba intacta de Tutankamón.

—No —dijo el guía—, yo no abro esta puerta.

—¿Por qué? —le pregunté sorprendido.

—Porque puede ocurrirme una desgracia, incluso puedo encontrar la muerte.

Los camaradas checos echaron a reír y le dijeron:

—Abre, hombre, ¡¿qué es lo que dices!?

El guía se mantenía en sus trece y al final dijo:

—Tengan la llave, abran ustedes mismos y miren. Yo no entro, ni respondo de lo que pueda suceder.

Uno de los camaradas checos que me acompañaban abrió la puerta, encendió las luces y pudimos ver la momia ennegrecida colocada en un sarcófago de madera. Luego, después de haber cerrado la puerta, le devolvimos la llave al guía, le dimos la mano agradeciéndole sus servicios y salimos.

Cuando estuvimos fuera el camarada checo me dijo:

— Hay todavía personas supersticiosas, como este guía, que creen en poderes ocultos.

—No, —le dije—, el guía es una persona instruida y no supersticiosa. Los libros de egiptología nos revelan que casi todos los sabios que han descubierto las momias de los faraones han encontrado la muerte de una manera u otra. Hay muchas teorías que dicen que los antiguos sacerdotes egipcios, que vivieron unos tres mil años antes de la nueva era, eran grandes científicos y, para proteger las momias de los ladrones, recubrían los muros con piedras que contenían uranio. Se dice que en la cámara de la momia quemaban hierbas que despedían fuertes venenos. Se ha comprobado que la edificación de pirámides es una singular maravilla de la geometría; dándose el caso de la pirámide de Keops donde el vértice coincide con una determinada estrella, o el del

Valle de los Reyes, que en algunos años, a una hora determinada del día penetraban en profundidad por el corredor los rayos del sol e iluminaban la frente de la estatua del faraón.

Mi acompañante checo, llamado Pavl, una buena persona, amable, modesta, cambió de opinión sobre el guía y se interesó por conocer más cosas sobre el tema.

Los mismos checos me han mostrado en un pórtico de un monasterio de Eslovaquia, entre otras eminentes figuras históricas, un antiguo fresco representando a nuestro héroe Skanderbeg. Fui a la región de los Sudetes, y en la pequeña ciudad balnearia, antaño llamada Marienbad, visité la casa histórica de Goethe. Aquí, ya entrado en años, Goethe se enamoró de una *Gretchen* muy joven y escribió la célebre *Elegía de Marienbad*.

Si he evocado todo esto, es para dar una idea de la realidad de Checoslovaquia y la buena disposición que han mostrado los checos hacia nosotros. Aunque ellos se comportaban así con todo el mundo. Los mismos soviéticos se mostraban de otro modo cuando iban a Checoslovaquia.

Ha sido en un parque de Checoslovaquia donde he podido conversar por algunas horas con Rokossovsky y Koniev, ya que en el Kremlin sólo te daban la mano. Tenía que ir a una cacería en Checoslovaquia para poder encontrarme con el presidente del Presidium del Soviet Supremo de Ucrania y Nina Jruschova nos invitara a Nexh-

mije y a mí a tomar el té. Tenía que ir a Checoslovaquia para poder conversar con el general Antonov, y con otros.

Pero, como ya dije anteriormente, tras la muerte de Gottwald, los jruschovistas comenzaron a apretar los tornillos a Checoslovaquia. Novotny, en tanto que Primer Secretario del Partido Comunista Checoslovaco, parecía mantener justas posiciones, mas el tiempo iba a mostrar que era un elemento vacilante y oportunista y por eso que de una manera u otra, hacía el juego a Jruschov y consortes. Fue él quien jugó un gran papel en la realización de los planes que hicieron de Checoslovaquia una provincia ocupada por los tanques rusos.

Así, pues, la araña revisionista iba extendiendo su tela por los países de democracia popular. Los viejos dirigentes como Dimitrov, Gottwald, y más tarde Bierut y otros, fueron reemplazados por gente nueva, que los dirigentes soviéticos creían más idónea, por lo menos en aquella época.

El problema de la República Democrática Alemana lo consideraban resuelto, ya que Alemania del Este estaba fuertemente ocupada por las tropas soviéticas. Nosotros, por nuestra parte, juzgábamos necesario este estado de cosas, porque no se había concluido ningún tratado de paz y, además, el ejército soviético en Alemania no sólo servía para la defensa de este país socialista, sino también para la de todo el campo socialista.

Nuestras relaciones con los alemanes del Este, en vida de Pieck, viejo revolucionario y compañero de Stalin, al que profesaba un gran respeto, eran buenas. He tenido un encuentro con Pieck en 1959 cuando, al frente de una delegación, fui a la RDA. Entonces Pieck ya estaba viejo y enfermo. Me recibió cordialmente, y con la sonrisa en los labios me escuchaba cuando le hablaba de nuestra amistad y de los progresos de Albania (la parálisis le impedía hablar).

Por lo visto, en los últimos años de su vida, Pieck no dirigía, de hecho, el país y el partido. Le habían dejado el puesto honorífico de presidente de la república, y eran Ulbricht y Grotewohl con todos sus adláteres quienes dirigían.

Ulbricht no había dado ninguna señal abierta de hostilidad hacia nuestro Partido hasta que rompimos con los soviéticos y con él. Era un alemán prepotente y altivo, no sólo con los partidos pequeños como el nuestro, sino también con los demás. En cuanto a sus relaciones con los soviéticos tenía esta opinión: «ustedes nos han invadido, nos han despojado de nuestra industria, así que ahora deben darnos grandes créditos y abastecernos de víveres, hasta que Alemania Democrática se infle y se ponga al nivel de la República Federal Alemana». Exigía con arrogancia estos créditos y se hacía con ellos. En una reunión conjunta obligó a Jruschov a decir: «Debemos ayudar a Alemania de modo que llegue a conver-

tirse en nuestra vitrina ante Occidente». Y Ulbricht no reparó en decir a los soviéticos en nuestra presencia:

—Hay que apresurar las ayudas, pues existe burocracia.

—¿Dónde hay burocracia, en su país? —le preguntó Mikoyan.

—En nuestro país, no —le respondió Ulbricht—, en el suyo.

Pero, aunque recibía grandes ayudas, nunca estuvo dispuesto a ayudar a los demás, y a nosotros nos concedió un crédito irrisorio. Cuando en la Conferencia de Moscú atacamos a los jruschovistas se mostró, tanto en el curso de las sesiones como después, uno de nuestros adversarios más furibundos y fue el primero en atacar públicamente a nuestro Partido después de esta conferencia.

Los jruschovistas deseaban colocar bajo su tutela no sólo a los países de democracia popular, sino también a todo el movimiento comunista internacional.

Hablaré también en otro lugar de los puntos de vista y actitudes revisionistas y oportunistas de dirigentes como Togliatti, Thorez, etc.,¹ pero

¹ Véase: Enver Hoxha. *Eurocomunismo es anticomunismo*. Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1980, ed. en español.

quiero acentuar aquí que tanto Togliatti, como los otros, sintiendo que tenían en Jruschov y en su círculo a sus aliados ideológicos y políticos y viendo la línea oportunista de Jruschov hacia los titistas, los socialdemócratas, la burguesía, etc., comenzaron, tras la muerte de Stalin, a manifestar más abiertamente sus puntos de vista revisionistas. Esta línea, que elaboraba Jruschov, les venía de perillas a Togliatti y consortes, que desde hacía tiempo, en una u otra medida, venían siguiendo la línea de colaboración con los partidos burgueses y los gobiernos burgueses de sus países soñando y esforzándose por apadrinar estos gobiernos y asegurarse algún puesto en sus gabinetes. En un comienzo estos puntos de vista eran latentes, se manifestaban con timidez, pero después del XX Congreso se transformaron en «teorías» como el famoso «policentrismo» de Togliatti, o su «vía italiana al socialismo».

Ciertamente, también en el marco del movimiento comunista mundial, los jruschovistas no salieron abiertamente, desde un principio, con una plataforma revisionista. Al igual que a nivel interno de la Unión Soviética, trataron de adaptar una línea flexible, a fin de no despertar la reacción inmediata ni en su partido, ni en los demás partidos. Su «leninismo» de palabra, alguna que otra bella expresión lanzada acá o acullá en dirección a Stalin, la proclamación con gran pompa de los «principios leninistas en las relaciones entre

países socialistas», les servían como máscara para los complots que tramaban, para preparar paulatinamente la situación que más tarde les permitiera golpear frontalmente. Fue lo que hicieron en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Allí se pusieron las cartas boca arriba, ya que Jruschov y adláteres habían trabajado desde hacía tiempo para paralizar la posible reacción tanto dentro como fuera del país.

6. LA PROCLAMACION OFICIAL DEL REVISIONISMO

El XX Congreso del PCUS. Las tesis de Jruschov, carta del revisionismo moderno. El informe «secreto» contra Stalin. Togliatti exige que sean reconocidos sus «méritos». Tito en la Unión Soviética. Molotov es destituido de la función de ministro de Asuntos Exteriores. Tentativa fallida del «grupo antipartido». El fin de la carrera del mariscal Yukov. Otra víctima de los manejos jruschovistas entre bastidores: Kirichenko. Mayo de 1956: Suslov exige la rehabilitación de Koçi Xoxe y consortes. Junio de 1956: Tito y Jruschov están descontentos de nosotros. Julio de 1957: Jruschov monta una cena en Moscú para que nos veamos con Rancovich y Kardelj.

La traición en la cabeza del Partido Comunista de la Unión Soviética y en el país donde se llevó a cabo la Revolución Socialista de Octubre, golpeó por todos los flancos el nombre y las grandes enseñanzas de Lenin, particularmente el nombre y la obra de Stalin.

En el marco de su propia estrategia posterior a la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo, con el imperialismo norteamericano a la cabeza, apenas hubo constatado las primeras vacilaciones y retrocesos de la nueva dirección soviética, intensificó sus ataques y sus múltiples presiones para obligar a Jruschov y consortes a avanzar cada vez más de prisa por el camino de la capitulación y de la traición. Los «esfuerzos» y enormes gastos del imperialismo en este sentido contrarrevolucionario no fueron en vano. Metidos de lleno en el camino de las concesiones y de la traición, Jruschov y su gente no cesaban de justificar los esfuerzos y las viejas aspiraciones del imperialismo.

Cuando creyeron que habían reforzado sus posiciones, que se habían apoderado del ejército a través de los mariscales, que habían desviado la seguridad del Estado hacia su camino y se habían ganado a la mayor parte del Comité Central, Jruschov, Mikoyan y los otros jruschovistas prepararon y realizaron, en febrero de 1956, el tristemente célebre XX Congreso, donde presentaron el informe «secreto» contra Stalin.

Este congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética ha entrado en la historia como el congreso que legalizó oficialmente las tesis profundamente antimarxistas, antisocialistas de Nikita Jruschov y de sus cómplices, como el congreso que abrió de par en par las puertas a la

penetración de la ideología burgués-revisionista en una serie de partidos comunistas y obreros de los países ex socialistas y de los países capitalistas. Todas las deformaciones sobre los grandes problemas de principio, como los concernientes al carácter de nuestra época, a las vías de transición al socialismo, la coexistencia pacífica, la guerra y la paz, la actitud hacia el revisionismo moderno y hacia el imperialismo, etc., etc., en torno a los cuales giraría posteriormente la grande y abierta polémica con el revisionismo moderno, tienen su origen oficial en el informe de Jruschov al XX Congreso.

Desde la muerte de Stalin y hasta el XX Congreso, los conspiradores jruschovistas maniobraron astutamente en el marco de la «legalidad burocrática», de las «reglas del partido», de la «dirección colectiva» y el «centralismo democrático», derramaron sus lágrimas de cocodrilo por la pérdida de Stalin, preparándose así paso a paso para torpedear la obra de Stalin, su personalidad, destruir el marxismo-leninismo. Este es un período lleno de enseñanzas para los marxista-leninistas, pues pone en evidencia la bancarrota de la «legalidad burocrática», que representa un gran peligro para un partido marxista-leninista, revela los métodos que utilizan los revisionistas para aprovechar esta «legalidad burocrática», muestra cómo dirigentes honestos y experimentados, pero que han perdido su espíritu revolu-

cionario de clase, caen en las trampas de los intrigantes y ceden, ceden ante los chantajes y la demagogia de los revisionistas traidores disfrazados con fraseología revolucionaria. En este período transitorio de la consolidación de su Poder, hemos visto a los jruschovistas actuar con gran ruido y ostentación, supuestamente con «un gran espíritu de partido», «liberados del angustioso miedo a Stalin» y «bajo formas verdaderamente democráticas y leninistas», les hemos visto intensificar su actividad para urdir las más viles calumnias, calumnias que únicamente la burguesía ha podido proferir contra la Unión Soviética, Stalin y el orden socialista en su conjunto. Todo este enorme aparato de calumnias de los revisionistas jruschovistas, toda su actividad de zapa, apoyaba y trataba de «certificar», alegando supuestamente documentos legales, «argumentos» y «análisis hechos en un espíritu nuevo», las calumnias que desde hacía muchos años la burguesía reaccionaria venía lanzando contra el marxismo-leninismo, la revolución y el socialismo.

Se deformó todo lo que había de bueno en la experiencia del pasado, supuestamente a la luz de las «nuevas situaciones», de los «nuevos desarrollos», de las «nuevas vías y posibilidades» para marchar hacia adelante.

Muchos se dejaron engañar por esta demagogia de los traidores. Pero el Partido del Trabajo de Albania no incurrió en el error. Sometió, en

cambio, esta cuestión a un análisis detallado y de principios y desde hace mucho tiempo ha hecho escuchar su voz en defensa de la verdad marxista-leninista.

Con los miembros del Buró Político Mehmet Shehu y Gogo Nushi, había sido designado por nuestro Partido para participar en los trabajos del XX Congreso. El «espíritu nuevo», oportunista, que estaba despertando y reanimando Jruschov, se podía ya observar en la manera de organizar y de desarrollar los trabajos de este congreso. Este espíritu liberal, cual una nube negra, atravesaba toda la atmósfera, la prensa y la propaganda soviética de aquellos días, dominaba en los pasillos y en las salas del Congreso, aparecía en las caras, los gestos y las palabras de la gente.

La seriedad de antes, rasgo característico de los acontecimientos tan importantes en la vida de un partido y de un país, estaba ausente. Gentes sin-partido intervinieron igualmente en las labores del Congreso. En los intervalos entre sesiones, Jruschov y sus hombres iban y venían por salas y pasillos, reían, y emulaban por ver quién contaba más anécdotas, quién era más ingenioso en sus ocurrencias y se mostraba más popular, o incluso quién apuraba más copas de las mesas que, colocadas por todas partes, estaban a rebosar.

Jruschov quería reforzar la idea de que el «período duro», la «dictadura», el «sombrio aná-

lisis» de las cosas habían terminado de una vez por todas y que un «nuevo período» de «democracia», de «libertad», de «análisis creador» de los acontecimientos y fenómenos, dentro como fuera de la Unión Soviética, se inauguraba oficialmente.

El primer informe, presentado por él a este congreso, que fue pregonado a bombo y platillos como una «contribución colosal» al fondo del marxismo-leninismo, como un «desarrollo creador» de nuestra ciencia, constituye en realidad la carta oficial del revisionismo moderno. Desde aquellos días, la burguesía y la reacción hicieron un eco extraordinario a los «nuevos desarrollos» de Jruschov, hablaron abiertamente de los cambios radicales que se estaban operando en la Unión Soviética y en la línea política e ideológica del Partido Comunista de la Unión Soviética.

A la vez que saludaban con júbilo el gran viraje radical de Jruschov, la reacción y la burguesía no dejaban de calificarlo en algunos casos de «más peligroso» para sus propios intereses que la línea seguida en la época de Stalin. Jruschov y los jruschovistas utilizaron estas «críticas» de la burguesía como argumentos para convencer a los demás de que la «nueva línea» era «correcta», «marxista», pero de hecho el temor de la burguesía internacional obedecía a otros motivos: veía en Jruschov y su «nueva política» no sólo un nuevo aliado, sino también un nuevo y peligroso

rival en la extensión de sus zonas de influencia; en su política de saqueo, de guerra y de anexiones.

El último día, el Congreso desarrolló sus trabajos a puerta cerrada, pues debía procederse a las elecciones, así que a esas sesiones nosotros no asistimos. De hecho en ese día, además de las elecciones, se procedió a dar lectura ante los delegados de un segundo informe de Jruschov. Era el tristemente célebre informe contra Stalin, llamado secreto, pero que antes había sido enviado a los dirigentes yugoslavos y al cabo de algunos días fue puesto en manos de la burguesía y la reacción como un nuevo «regalo» de Jruschov y de los jruschovistas. Después que fue examinado por los delegados al Congreso, este informe nos fue remitido también a nosotros, igual que a todas las delegaciones extranjeras.

El informe fue leído solamente por los primeros secretarios de los partidos hermanos que participaban en este congreso. Yo, puedo decir que me pasé leyéndolo toda la noche y, muy conmovido se lo pasé también a los otros dos miembros de la delegación. Que Jruschov y compañía habían hecho una cruz sobre Stalin, sobre su figura y su gloriosa obra, esto lo sabíamos ya desde antes, y lo vimos también en el curso de este congreso, donde ni una sola vez se mencionó su nombre para nada positivo. Pero que los dirigentes soviéticos llegaran a poner sobre el papel toda esa infinidad de monstruosas acusaciones e

insultos contra el grande e inolvidable Stalin, no lo podíamos imaginar. Sin embargo, esto estaba escrito negro sobre blanco. El informe había sido leído a los comunistas soviéticos, delegados al congreso, también se lo habían dado a leer a los representantes de los otros partidos que participaban en el congreso. Nos sentíamos dura y profundamente golpeados en nuestros espíritus y en nuestros corazones. Nos dijimos entre nosotros que se trataba de una infamia sin límites, de consecuencias catastróficas para la Unión Soviética y el movimiento, y, en aquellas trágicas circunstancias, la tarea de nuestro Partido era mantenerse firme en sus posiciones marxista-leninistas.

Después de haber leído este odioso informe se lo devolvimos enseguida a sus autores. No podíamos quedarnos con esta piltrafa de acusaciones inmundas urdidas por Jruschov. Eran otros «comunistas» que lo llevaron consigo para ofrecérselo a la reacción y venderlo a kilos en los quioscos como un lucrativo negocio.

Regresamos a Albania con el corazón quebrado a causa de lo que habíamos visto y escuchado en la Patria de Lenin y Stalin, pero al mismo tiempo nos llevábamos una gran lección, la de saber ser más vigilantes y estar con los ojos abiertos ante los actos y las actitudes de Jruschov y los jruschovistas.

Sólo habían pasado unos pocos días cuando a las ideas del XX Congreso les salió el humo

negro, el cual comenzó a propagarse por todas partes.

Palmiro Togliatti, nuestro próximo vecino, aunque se nos hacía el más lejano y el más inaccesible, fue entre los primeros en presentarse ante su partido con una actitud ostentosa. No contento con poner por las nubes las nuevas «perspectivas» que abrió el congreso de los revisionistas soviéticos, Togliatti exigió que para un buen número de nuevas tesis de Jruschov le fuera reconocido el mérito de haber sido el precursor y un «viejo combatiente» de estas ideas. «En lo que respecta a nuestro partido —declaró Togliatti en marzo de 1956—, me parece que hemos obrado audazmente. Siempre hemos estado interesados por encontrar nuestra propia manera, la manera italiana de evolución hacia el socialismo».

Los revisionistas de Belgrado fueron invadidos por una alegría sin precedentes, mientras que en los otros partidos de los países de democracia popular no sólo empezó a proyectarse el futuro, sino también a revisarse el pasado en el espíritu de las tesis de Jruschov. Los elementos revisionistas, que hasta ayer permanecían agazapados y vertían su bilis en silencio, ahora salieron abiertamente para ajustar las cuentas a sus adversarios; empezó la rehabilitación en masa de los traidores y demás enemigos condenados, se abrieron las puertas de las cárceles y muchos de los ex

condenados fueron llevados directamente a la dirección de los partidos.

La misma camarilla de Jruschov fue la primera en dar ejemplo. Jruschov declaró orgullosamente en el XX Congreso que en la Unión Soviética habían sido excarcelados y rehabilitados más de 7000 condenados de la época de Stalin. En adelante este proceso continuaría profundizándose.

Jruschov y Mikoyan empezaron a liquidar uno tras otro, y al final todos en bloque, a los miembros del Presidium del CC del partido que calificarían de «grupo antipartido». Después de echar la zancadilla a Malenkov, reemplazándole provisionalmente por Bulganin, fue el turno de Molotov. Su destitución fue anunciada el 2 de junio de 1956. Ese día el diario *Pravda* traía en primera plana una gran foto de Tito, con la felicitación de *dobro pazhallovat** que se daba al cabecilla de la camarilla de Belgrado con motivo de su llegada a Moscú,¹ y en cuarta página, el espacio de las «crónicas» se cerraba con la noticia de la destitución de Molotov del puesto de ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética. La noticia señalaba que Molotov era liberado de este puesto «a petición suya», pero en

* Ruso en el original — Bienvenido.

1 Tito visitó la Unión Soviética del 2 al 23 de junio de 1956.

realidad se lo exoneraba según la condición que Tito había puesto para viajar a la Unión Soviética por vez primera desde la ruptura de relaciones en 1948-1949. Jruschov y consortes cumplieron de inmediato la condición puesta por Belgrado para dar satisfacción a Tito, ya que Molotov y Stalin habían sido los signatarios de las Cartas que la dirección soviética dirigió a la dirección yugoslava en 1948.

Las posiciones de los reaccionarios revisionistas se consolidaban y sus adversarios del Presidium, Malenkov, Molotov, Kaganovich, Vorochilov y otros ahora comenzaban a ver más claramente la intriga revisionista y los diabólicos planes que urdía Jruschov contra el Partido Comunista de la Unión Soviética y el Estado de dictadura del proletariado. En una reunión del Presidium del Comité Central del Partido celebrada en el Kremlin, en el verano de 1957, Jruschov, al ser objeto de numerosas críticas, quedó en minoría y, como hemos sabido por boca de Polianski, fue destituido de su función de primer secretario y designado ministro de Agricultura, pues como se sabe era un «especialista de *kukuruza**». Mas esta situación apenas duró unas horas. Jruschov y sus hombres dieron secretamente la alarma, los mariscales rodearon el Kremlin con sus tanques y sus tropas y dieron la orden de que no se moviera ni

* Ruso en el original — maíz.

una mosca. Al mismo tiempo fueron enviados aviones a todo lo largo y ancho del país para reunir a los miembros del pleno del CC del PCUS. «Luego —nos explicó Polianski, esta criatura de Jruschov—, irrumpimos en el Kremlin y exigimos entrar en la sala de la reunión. Salió Vorochilov y nos preguntó qué queríamos. Como le dijimos que queríamos entrar en la sala, se opuso categóricamente. Cuando le señalamos que haríamos uso de la fuerza, nos preguntó si nos dábamos cuenta de lo que hacíamos, pero nosotros le advertimos que si hablaba demasiado lo arrestaríamos. Entramos, pues, en la sala y dimos un giro a la situación». Jruschov volvió a hacerse con el Poder.

Es así como estos ex compañeros de armas de Stalin, que habían consentido las calumnias lanzadas contra su gloriosa obra, fueron calificados, tras este intento fallido, de «grupo antipartido» y recibieron el golpe definitivo por parte de los jruschovistas. Nadie lamentó su caso, nadie se apiadó de ellos. Habían perdido su espíritu revolucionario, eran cadáveres del bolchevismo, habían dejado de ser marxista-leninistas. Habían hecho causa común con Jruschov y permitieron que se cubriera de barro a Stalin y su obra; intentaron hacer algo, pero no por vía de partido, pues el partido no existía tampoco para ellos.

Esta misma suerte correrían todos aquellos que de una manera u otra se oponían a Jruschov

o ya no eran útiles a éste. Durante años consecutivos se infló los «grandes méritos» de Yukov, se utilizó su actividad durante la Gran Guerra Patria para denigrar a Stalin, se explotó su puesto de ministro de Defensa para hacer triunfar el putsch de Jruschov. Pero más tarde tuvimos la inesperada noticia que había sido destituido de sus funciones. Aquellos días, Yukov estaba de visita en nuestro país.¹ Le hicimos un buen recibimiento en su calidad de viejo cuadro y héroe del Ejército Rojo staliniano. Conversamos con él sobre problemas de nuestra defensa y del campo socialista, y no advertimos nada inquietante en sus ideas. Más aún, dado que venía procedente de Yugoslavia, donde había estado de visita, nos dijo: «Con todo lo que he visto en Yugoslavia, ¿no llego a comprender qué tipo de país socialista es éste!». Nos dimos cuenta de que no compartía la opinión de Jruschov. El mismo día que se fue, supimos que había sido despojado de su puesto de ministro de Defensa de la URSS por «errores» y «graves faltas» en la aplicación de la «línea del partido», por infracción «de las leyes en el ejército», etc., etc. No puedo decir si Yukov cometía o no errores y faltas de esta índole, pero es probable que los motivos sean más profundos.

En el curso de una recepción ofrecida por Jruschov me había impresionado la actitud que

1 Visitó Albania del 17 al 26 de octubre de 1957.

se observaba hacia Yukov. No recuerdo el año, pero era en verano y me encontraba de vacaciones en el Sur de la Unión Soviética. Jruschov me había invitado a un almuerzo. Entre los anfitriones estaban Mikoyan, Kirichenko, Nina Petrovna (esposa de Jruschov) y algunos otros. Como invitados estaban conmigo Ulbricht y Grotewohl. Estábamos sentados fuera, en la veranda. Yukov, al entrar fue invitado a tomar asiento por Jruschov. Parecía de mal humor. Mikoyan se levantó y le dijo:

—Soy *tamada**, ¡llena la copa!

—No puedo beber —le dijo Yukov—, no me siento bien.

—Llénala —insistió Mikoyan en un tono autoritario—, aquí soy yo y no tú quien manda.

Intervino Nina Jruschova:

—Anastas Ivanovich, —le dijo a Mikoyan—, no le obligues si no le sienta bien.

Yukov se calló y no llenó su copa. Jruschov, bromeando con Mikoyan cambió el curso de la conversación.

¿Quizá en aquel entonces tuvieran ya sus contradicciones con Yukov y hubieran comenzado a ofenderle y hacerle comprender que eran otros y no él los que «mandaban»? ¿O tal vez Jruschov y compinches empezaran a temer el poderío que ellos mismos habían conferido a Yukov a fin de tomar el Poder y esto fuese la razón de que más

* Ruso en el original — maestro de brindis.

tarde le acusasen de «bonapartismo»?! ¡¿No será que Jruschov habría recibido informaciones acerca de los puntos de vista de Yukov sobre Yugoslavia, antes de que éste regresara a la Unión Soviética?! En cualquier caso, Yukov desapareció de la escena política, no obstante sus cuatro estrellas de héroe de la Unión Soviética, una serie de Ordenes Lenin y una infinidad de condecoraciones.

Después del XX Congreso Jruschov promovió igualmente a Kirichenko, al que hizo una de las principales figuras de la dirección. Yo le había conocido en Kiev muchos años antes, cuando era primer secretario de Ucrania. Este hombre corpulento y coloradote que no me había producido una mala impresión, me recibió sin altivez y con una atención que no me pareció simplemente formal, me acompañó a diversos lugares, que conocía por primera vez, me condujo por la calle principal de Kiev, totalmente reconstruida, me llevó a un lugar denominado Babi Yar, conocido por la masacre de judíos que perpetraron los nazis. Fuimos juntos también a la ópera, donde asistimos a una pieza sobre Bogdan Hmjelnitzki,¹ que él, me acuerdo, comparó con nuestro Skanderbeg. Esto me produjo una grata impresión, aunque estaba seguro que de todas las informaciones que le ha-

¹ Bogdan Mijailovich Hmjelnitzki (1595-1657) — dirigente de la lucha de liberación del pueblo ucraniano contra el yugo polaco.

bían proporcionado los *chinovniks* sobre la historia de Albania no había retenido más que el nombre de Skanderbeg. A mi cariño por Stalin no dejaba de corresponderle con términos y expresiones de admiración y fidelidad. Aunque, al ser oriundo de Ucrania, Kirichenko tampoco dejaba de hablar de Jruschov, de «su inteligencia, su capacidad, su energía», etc. En estas expresiones, naturales para mí en aquel tiempo, no veía nada de malo.

En el Kremlin, muchas veces he tenido ocasión de sentarme al lado de Kirichenko y de conversar con él. Después de la muerte de Stalin se organizaban muchos banquetes y en este período, era aquí sobre todo donde se podía encontrar a los dirigentes de la Unión Soviética. Las mesas estaban surtidas de día y de noche, cargadas de comida y de bebidas de un modo repugnante. Cuando veía comer y beber a los camaradas soviéticos, me venía a la mente el Gargantúa de Rabelais. Todo esto se producía después de la muerte de Stalin, cuando la diplomacia soviética se desplegabá en *prioms* y el «comunismo» jruschovista se ilustraba, entre otras cosas, con banquetes, caviar y vinos de Crimea.

En el curso de uno de estos *prioms*, donde tenía a mi lado a Kirichenko, le dije en voz alta a Jruschov:

—Debe visitar también a Albania, pues ha viajado a todas partes.

—Iré —me contestó Jruschov.

Entonces intervino Kirichenko y le dijo a Jruschov:

—Albania está lejos, así que no te comprometas en cuanto a fecha y duración de la visita.

A mí, naturalmente, no me sentó bien esta intervención de Kirichenko, y le pregunté:

—¿Por qué te muestras, camarada, tan poco benévolo hacia nuestro país?

Hizo como que lamentaba lo ocurrido y, tratando de justificarse, me dijo:

—Nikita Jruschov no se siente muy bien actualmente, debemos cuidar por su salud.

Eran puras historias. Jruschov, rechoncho como un cerdo, gozaba de una buena salud, comía y bebía como cuatro.

En otra ocasión (naturalmente en un *priom*, como de costumbre), me encontré de nuevo al lado de Kirichenko. Esta vez asistía acompañado de Nexhmije. Era julio de 1957, época en que Jruschov había hecho las paces con los titistas y les hacía objeto tanto de lisonjas como de presiones. Los titistas parecían saborear sus lisonjas, mas las presiones y las puyas se las devolvían. Jruschov me había comunicado la noche anterior si «podría» invitarme a esta cena, donde también iban a estar presente Yivkov y su mujer, Rancovich y Kardelj y sus respectivas esposas. Jruschov, como de costumbre, hacía bromas con Mikoyan. Todo estaba combinado. Sus dardos, supercherías,

subterfugios, mentiras, amenazas eran acompañados de chanzas con «Anastas», que jugaba el papel de «loco del rey».

Después de haber terminado este preámbulo con el «loco del rey», Jruschov, con una copa en la mano, comenzó a darnos una lección sobre la amistad que debía existir entre el triángulo Albania-Yugoslavia-Bulgaria y el cuadrilátero Unión Soviética-Albania-Yugoslavia-Bulgaria.

—Las relaciones de la Unión Soviética con Yugoslavia —dijo— no se han desarrollado en línea recta. Al comienzo eran buenas, luego se enfriaron, posteriormente se malograron, para arreglarse en cierta medida después de nuestro viaje a Belgrado. Después estalló el cohete (se refería a los acontecimientos de octubre-noviembre de 1956 en Hungría) y se malograron de nuevo, pero en el presente se han creado condiciones objetivas y subjetivas para mejorarlas. Mientras las relaciones de Yugoslavia con Albania y Bulgaria todavía no han mejorado y, como ya les he dicho a Rancovich y Kardelj, los yugoslavos deben cesar su actividad subversiva contra estos países.

—Son los albaneses que no nos dejan tranquilos —replicó Rancovich.

Entonces intervine y le eché en cara a Rancovich las acciones hostiles, los sabotajes, los complots y los actos subversivos que organizaban contra nosotros. Jruschov, esa noche, «estaba de

nuestro lado», pero sus críticas en contra de los yugoslavos iban guateadas.

—No comprendo —les dijo Jruschov, siempre con la copa en la mano—, este nombre que le han dado a su partido: «Liga de los Comunistas de Yugoslavia». ¿Qué significa esto de «Liga»? Además ustedes, los yugoslavos, no quieren que se emplee el término «campo del socialismo». A ver, dígnanos cómo debemos llamarlo, ¿«campo neutral», «campo de los países neutrales»? Todos nuestros países son socialistas, ¿o tal vez el suyo no le es?

—¡Lo es, como no! —le respondió Kardelj.

—Entonces, vengan con nosotros, porque somos nosotros quienes formamos la mayoría, —repuso Jruschov.

Toda esta alocución, que pronunció de pie, llena de voces y gesticulaciones, llena de «críticas» a los yugoslavos, se inscribía en el marco de los esfuerzos de Jruschov para humillar a Tito, que no estaba dispuesto en absoluto a reconocer a Jruschov como el «primero» del clan.

Kirichenko, que estaba a mi lado, escuchaba silencioso. Un momento después, me preguntó en voz baja:

—¿Quién es esta camarada que está a mi lado?

—Es mi mujer, Nexhmije —le respondí.

—Podías habérmelo dicho antes, pues estaba callado creyendo que era esposa de algunos de

éstos —me dijo, indicando con una mirada a los yugoslavos. Saludó a Nexhmije y a partir de este momento comenzó a hablarme mal de los yugoslavos.

Entre tanto Jruschov proseguía sus «críticas» contra los yugoslavos tratando de convencerlos de que era él (encubriéndose, naturalmente, con el nombre de la Unión Soviética, del Partido Comunista Soviético), quien debía estar «a la cabeza» y no otro. Con esto aludía a Tito que, por su parte, trataba de colocarse y de colocar al partido yugoslavo por encima de todos.

—Sería ridículo —les dijo —que estuviéramos a la cabeza del campo si los demás partidos no nos apreciaban; del mismo modo que sería ridículo que otro partido se arrogara esta prerrogativa cuando los demás no se la reconociesen.

Kardelj y Rancovich le respondían con una actitud fría, haciendo grandes esfuerzos por mostrarse serenos, pero se adivinaba fácilmente que la procesión les iba por dentro. Tito les había encomendado defender bien sus posiciones y ellos no querían decepcionar a su virtuoso jefe.

El diálogo entre ellos se prolongaba, a menudo se interrumpía por las voces de Jruschov, aunque por mi parte, ya no les prestaba atención. A parte de la respuesta que di a Rancovich cuando nos acusó de intervenir en sus asuntos, no intercambié con ellos ninguna palabra. Todo el tiempo estuve conversando con Kirichenko y éste se des-

hizo en críticas contra los yugoslavos, estimando muy correctas las posiciones de nuestro Partido hacia la dirección revisionista de Yugoslavia.

Pero también este Kirichenko, más tarde iba a recibir un puntapié de Jruschov. Kirichenko, que durante cierto tiempo fue considerado por observadores extranjeros como el segundo, después de Jruschov, fue enviado a una pequeña ciudad perdida de Rusia, seguramente casi en estado de deportación. Uno de nuestros estudiantes que cursaba allí la carrera militar, a su regreso a Albania, ha contado este hecho:

— Viajaba un día en tren cuando un viajero vino a sentarse a mi lado, sacó un periódico y se puso a leer. Al cabo de un rato interrumpió su lectura y, como es habitual, me preguntó: —«¿A dónde va?» Yo le dí la respuesta. Habiendo notado mi acento extranjero, volvió a preguntarme: —«¿De qué nacionalidad es usted?» —«Soy albanés» —le dije. El viajero sorprendido, pero a la vez satisfecho, habiendo mirado a la puerta del compartimiento, se volvió hacia mí y estrechándome fuertemente la mano, me dijo: —«Admiro a los albaneses». Quedé muy asombrado ante su actitud, pues en aquel tiempo ya habíamos entrado en conflicto con los jruschovistas. Ya había tenido lugar la Conferencia de los 81 partidos. —«¿Y usted quién es?» —le pregunté. El me dijo: «Soy Kirichenko». Sólo oír su nombre, me di cuenta quién era y me dispuse a entablar con-

versación con él, pero en seguida me dijo: —«¿Jugamos una partida de dominó?» —«De acuerdo»— le respondí. Sacó de su bolsillo una cajita y comenzamos el juego. Comprendí al instante por qué me propuso esta partida de dominó. Tenía intención de decirme alguna cosa y quería velar su voz con el tableteo de las fichas sobre la mesa. En efecto me dijo: —«Su Partido ha hecho muy bien desenmascarando a Jruschov. ¡Viva Enver Hoxha! Viva Albania Socialista!». Y así entablamos una conversación en términos muy amistosos bajo el ruido de las fichas de dominó. Seguimos durante un tiempo la conversación, hasta que otras personas entraron en nuestro compartimiento. Kirichenko golpeó por última vez la ficha, diciéndome: «Manténganse firmes, mis saludos a Enver». Cogió su periódico y, enfrascándose en la lectura, se hizo pasar como si nunca me hubiera conocido —y así nuestro oficial concluyó su relato.

Jruschov y consortes hicieron todo lo que estaba a su alcance por propagar y cultivar en todos los demás partidos comunistas y obreros su línea abiertamente revisionista, sus manejos y sus métodos antimarxistas y putschistas. Y muy pronto pudimos ver que el jruschovismo florecía en Bulgaria y Hungría, en Alemania del Este, Polonia, Rumania y Checoslovaquia. El largo proceso de

rehabilitaciones, encubiertas tras la máscara de la «rectificación de los errores cometidos en el pasado», se transformó en una campaña sin precedentes en todos los países de ex democracia popular. Las puertas de las cárceles fueron abiertas por todas partes, y los cabecillas de los otros partidos se pusieron a competir por ver quién excarcelaba en el menor tiempo al mayor número de enemigos condenados, quién les confiaba el mayor número de cargos, y esto hasta a la cabeza del partido y del Estado. Los periódicos y revistas de estos partidos publicaban a diario comunicados e informaciones sobre esta primavera de la mafia revisionista; se llenaban las páginas de la prensa con discursos de Tito, Ulbricht y otros cabecillas revisionistas, en tanto que *Pravda* y *TASS* eran veloces en evidenciar estos acontecimientos y difundirlos ampliamente como un «ejemplo avanzado».

Veíamos lo que estaba ocurriendo, notábamos que por todos lados se ejercía una presión creciente sobre nosotros, pero no nos movíamos ni un ápice de nuestro camino, de nuestra línea.

Esto no podía por menos de irritar en primer lugar a Tito y compañía que, exaltados por las decisiones del XX Congreso y por los acontecimientos que se estaban sucediendo en los otros países, esperaban que también en Albania se produjera el gran vuelco. Los titistas, que trabajaban en la embajada yugoslava en Tirana intensifi-

caron todavía más su actividad en contra de nuestro Partido y nuestro país.

Aprovechándose de nuestro correcto comportamiento, así como de las facilidades que les habíamos creado en el cumplimiento de sus funciones, los diplomáticos yugoslavos en Tirana, siguiendo las órdenes e instrucciones de Belgrado, empezaron a reanimar y reactivar a sus viejos agentes en nuestro país, les orientaron y les dieron la señal de lanzar el ataque. El intento fallido en la Conferencia de Tirana de abril de 1956, para golpear la dirección de nuestro Partido, era obra de los revisionistas de Belgrado, pero al mismo tiempo era obra de Jruschov y de los jruschovistas.¹ Estos últimos, con sus tesis e ideas revisionistas, eran los inspiradores del complot, mientras que los titistas y sus agentes secretos fueron sus organizadores.

Pero cuando vieron que también en este complot habían fracasado, los dirigentes soviéticos, que se hacían pasar por nuestros incondicionales amigos y personas de principio, no dejaron incluso de hacernos abiertas presiones y plantearnos abiertas exigencias.

En vísperas del III Congreso de nuestro Partido, que desarrolló sus trabajos a finales de

1 Los elementos revisionistas, abusando de la democracia interna del partido y aprovechando la actitud pasiva del enemigo encubierto, Beqir Balluku, en ese entonces delegado del Comité Central, crearon una situación tensa en esta conferencia. Mediante los representantes suyos que habían logrado que

mayo y principios de junio de 1956,¹ Suslov exigió de una forma abierta que nuestra dirección «revisara» y «rectificara» la línea que había seguido en el pasado.

—Nuestro Partido no tiene nada que revisar en su línea —le dijimos tajantemente—. Jamás hemos tolerado graves errores de principio en nuestra línea.

—Deben revisar la actividad de Koçi Xoxe y de sus compañeros que han condenado anteriormente, —insistió Suslov.

—Ellos han sido y siguen siendo considerados como traidores y enemigos de nuestro Partido y nuestro pueblo, como enemigos de la Unión Soviética y del socialismo —le respondimos de una manera categórica—. Aún si cien veces revisáramos sus procesos, las cien veces sólo serían calificados de enemigos. Tal es su actividad.

fueran elegidos como delegados, plantearon su plataforma antimarxista en el espíritu del XX Congreso del PCUS, con el fin de golpear la línea y a la dirección marxista-leninista del PTA. Como se comprobó más tarde, su actividad estuvo preparada secretamente por la embajada yugoslava en Tirana en colaboración con la soviética, mediante sus agentes internos puestos al servicio del espionaje yugoslavo, encabezados por el poliagente M. Shehu, cuya actividad en esa época aún no había sido descubierta. (Véase: Enver Hoxha. *Obras Escogidas II* Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1975, ed. en español, págs. 473-500, y *Los titistas* (Apuntes históricos), Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1982, ed. en español, págs. 598-621.

1 El III Congreso del PTA se celebró del 25 de mayo al 3 de junio 1956.

Entonces Suslov empezó a hablar de lo que estaba ocurriendo en los otros partidos y en el propio partido soviético, de la necesidad de ver este problema con una óptica «más amplia», «más humana».

—Esto —señaló— ha causado una gran impresión y ha sido recibido positivamente por los pueblos. Así debe ocurrir también en su país.

—Nuestro pueblo nos apedrearía si rehabilitáramos a los enemigos y a los traidores, a los que quisieron echar a nuestro país las cadenas de una nueva esclavitud —le replicamos al ideólogo de Jruschov.

Cuando vio que esto no surtía efecto, Suslov echó mano a otra carta.

—Bueno —dijo—, si están convencidos de que son enemigos, que queden como tales. Ahora bien, no deben hablar de sus lazos con los yugoslavos, no deben calificarlos de agentes de Belgrado.

—Aquí está en juego la verdad —le dijimos—. Y la verdad es que Koçi Xoxe y sus cómplices en el complot eran de cabo a rabo agentes de los revisionistas yugoslavos. Hemos hecho público los lazos hostiles a nuestro Partido y a nuestro país que tenía Koçi Xoxe con los yugoslavos, así como un sinfín de hechos que confirman lo antedicho. Esto la dirección soviética lo sabe bien. Tal vez usted no ha tenido la ocasión de conocer los hechos. Y ya que insiste en su opinión, vamos a exponerle algunos de ellos.

Suslov apenas lograba contener su nerviosismo. Fuimos enumerándole con calma cierto número de los principales hechos y una vez hubimos terminado le recalcamos:

—Esta es la verdad sobre los lazos de Koçi Xoxe con los revisionistas yugoslavos.

—¡*Da, da!** — repitió con impaciencia.

—Entonces, ¿cómo podemos tergiversar esta verdad?! —le preguntamos—. ¿Es que se puede permitir a un partido que, para satisfacer a uno o a otro, oculte o tergiversar lo que ha sido probado con innumerables hechos?

—Pues bien, no hay otra manera de arreglar las relaciones con Yugoslavia, —se descargó Suslov.

Todo para nosotros se hacía más que claro. Detrás de la intervención «fraternal» de Suslov estaban los regateos Jruschov-Tito.

Ciertamente, el grupo de Tito, que ya había ganado terreno, buscaba cada vez más espacio, exigía mayores ventajas económicas, militares y políticas. Había pedido insistentemente a Jruschov la rehabilitación de los traidores titistas como Koçi Xoxe, Rajk, Kostov y otros. Pero Tito no pudo ver atendido su deseo en nuestro país, en tanto que en Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia logró alcanzar sus fines. En estos países fueron rehabilitados los traidores y se minaban las direc-

* Ruso en el original — ¡sí, sí!

ciones marxista-leninistas de los partidos. Era la obra común de Jruschov y Tito. Nosotros éramos para Tito una espina atravesada en la garganta, pues nuestra actitud hacia él era firme y decidida. Y si los enemigos osaban actuar contra nosotros, sabríamos contrarrestarles. Esto, Tito lo sabía desde hacía tiempo, pero lo sabía y de ello estaba convenciéndose también Jruschov, que, naturalmente, tenía tendencia a dejar cada vez menos margen a Tito y a no dejarle pacer en los «pastos» que consideraba como propios.

Quince o veinte días después del III Congreso de nuestro Partido, en junio de 1956, me encontraba en Moscú para asistir a la reunión consultiva, que he mencionado anteriormente, en la que participaban los dirigentes de los partidos de todos los países socialistas. Aunque esta reunión estaba destinada a discutir problemas económicos, Jruschov, como de costumbre, aprovechó la ocasión para abordar toda una serie de otros problemas.

Allí, en presencia de todos los representantes de los demás partidos, afirmó por su propia boca que había sido objeto de presiones por parte de Tito para conseguir la rehabilitación de Koçi Xoxe y de otros enemigos condenados en Albania.

—Hemos conversado con Tito —dijo entre otras cosas Jruschov —acerca de las relaciones de Yugoslavia con los otros Estados. Tito estaba satisfecho de los polacos, los húngaros, los checos, los búlgaros y otros, pero en cuanto a Albania me

habló con visible nerviosidad, gesticulando con todo su cuerpo. «Los albaneses —me ha dicho Tito— no están en regla, no siguen un camino correcto, no reconocen los errores que han cometido, no han comprendido nada de todo lo que está ocurriendo».

Y Jruschov, repitiendo las palabras y acusaciones de Tito, encontraba de hecho la ocasión para descargar su propio rencor y descontento sobre nosotros, porque no habíamos rehabilitado en el Congreso a Koçi Xoxe, al que, «Tito —sugirió Jruschov— calificó de gran patriota».

—Al hablarme de los camaradas albaneses, Tito temblaba de arriba a abajo, mas yo me opuse y le dije que «éstos son asuntos internos de los camaradas albaneses, y ellos sabrán remediarlos», —continuó su «información» Jruschov, tratando de persuadirnos de que había tenido una gran disputa con Tito. Pero, a esas alturas, conocíamos bien qué significaban los abrazos y las disputas ininterrumpidos entre estos dos heraldos del revisionismo moderno.

Tito, sumido hasta el cuello en la traición, urdió muchos complots contra los países socialistas. Pero cuando Jruschov traicionó a su vez, aquel se transformó en un «pavo» y se las dio de «maestro» de este último. Tito tenía razones para exigir mucho de él y en este sentido no titubeó. Quería que Jruschov le obedeciese y actuara siguiendo sus órdenes. Tito tenía detrás de sí al

imperialismo norteamericano y la reacción mundial, por eso Jruschov, por su parte, seguía la táctica de atraérselo, ganarlo, abrazarlo, para luego estrangularlo. Pero tenía que vérselas con éste quien, a su vez, tenía su propia táctica, que consistía en acercarse a Jruschov para imponérsele y no someterse a él, para dictarle su voluntad y no para recibir órdenes suyas, para obtener cuanto más ayudas incondicionales y obligar a Jruschov a someter a todos los adversarios de Belgrado y en primer lugar al Partido del Trabajo de Albania.

Precisamente por estas razones vemos muchos zigzags en la línea de Jruschov hacia Tito, los períodos de luna de miel alternaban con períodos de despecho, unas veces le atacaba e insultaba, otras retrocedía para criticarle de nuevo. Esto se debía a la ausencia de una actitud de principios en política. Tito y Jruschov eran dos revisionistas, dos agentes del capitalismo; los dos tenían cosas en común, pero también tenían sus contradicciones, las cuales se traducían en los zigzags de sus actitudes que, al igual que entonces, son hoy una constante en las relaciones entre Tito y los herederos de Jruschov.

Nada de marxista-leninista había en sus actos y en sus posiciones. Se guiaban por fines contrarrevolucionarios y habían asumido el leadership del revisionismo, que es el capitalismo en una nueva forma, el enemigo de la unidad de los pueblos, el instigador del nacionalismo reaccionario,

de la implantación y la promoción de la dictadura fascista más feroz, que no permite el menor atisbo de democracia formal, burguesa. El revisionismo es la idea y la acción que rige el viraje de un país del socialismo al capitalismo, el viraje de un partido comunista en partido fascista, el instigador del caos ideológico, de la confusión, la corrupción, la represión, la arbitrariedad, la falta de estabilidad, la puesta en subasta de la patria. Esta tragedia se produjo en la Unión Soviética y en los otros países revisionistas. Esta situación es obra de Jruschov y los jruschovistas, y ha sido estimulada y respaldada por el imperialismo norteamericano y el capitalismo mundial.

7. EL PROYECTO DE IMPERIO

Hacia la conversión de los países socialistas en provincias rusas. Cambios en la dirección búlgara dictados por Moscú. Al «reloj» de Yivkov se le da cuerda en Moscú. El complejo danubiano y la «ruptura» de los rumanos con los soviéticos. La supresión oficial del Kominform. Las ilusiones reformistas de los partidos italiano y francés. Togliatti, padre del «poli-centrismo». Encuentro inolvidable con dos queridos camaradas franceses, Marcel Cachin y Gaston Monmousseau. Las vacilaciones de Maurice Thorez. La ruptura de la unidad del movimiento comunista, servicio colosal al imperialismo mundial.

Las tesis del XX Congreso y particularmente el golpe lanzado contra Stalin en el informe «secreto» de Jruschov entusiasmaron a los elementos revisionistas, ya en los partidos de los países socialistas, ya en los demás partidos. El hecho de rehabilitar a los enemigos del socialismo en la

Unión Soviética sirvió de ejemplo para que empezaran a resurgir los «casos» Rajk, Kostov, Gomulka, Slansky y los de otros enemigos, condenados por la dictadura del proletariado.

La subversión contrarrevolucionaria en su conjunto que desplegó la camarilla jruschovista en la Unión Soviética servía igualmente a sus designios en política exterior. Al principio, sus principales objetivos en este sentido eran: consolidar su dominación sobre los partidos y los países de ex democracia popular que creía tener bajo su control y poner bajo su férula los partidos y países que todavía no se habían sometido; poner enteramente a su servicio los partidos comunistas y obreros de los países capitalistas; ganarse la confianza del imperialismo norteamericano y del imperialismo mundial golpeando al socialismo en la Unión Soviética y en todas partes, pregonando el «marxismo creador» a través de una serie de tesis oportunistas.

Jruschov pensaba que, calumniando a Stalin, haría «grata» la Unión Soviética y sobre todo su propia persona en el mundo entero. Así, contaba él, la reacción mundial estaría satisfecha, todos los demás partidos se arrimarían a él, Tito se ablandaría y se le acercaría, y todos juntos, cual una familia resucitada, se encontrarían y se abrazarían por este camino con el imperialismo y el capitalismo mundial. Jruschov y los jruschovistas les dirían: «No somos ya los comunistas de puñal.

entre los dientes como en la época de Lenin y Stalin. No estamos ya por la revolución mundial, sino por la colaboración, la coexistencia pacífica y la vía parlamentaria. Hemos abierto las puertas de los campos de concentración, creados por Stalin, hemos rehabilitado a los Tukachevski y los Zinóviev, e incluso podemos llegar hasta rehabilitar a Trotski. Hemos liberado a los Solzhenitsin y permitido la publicación de sus libros anti-soviéticos. Hemos arrojado a Stalin del mausoleo y hemos quemado su cuerpo.¹ Y a los que han considerado nuestra acción como un crimen contra Stalin les hemos dicho: «¿Acaso quieren este caballo muerto? Muy bien, ¡tómenlo!»».

Jruschov, como ya he señalado más arriba, necesitaba deshacerse de sus adversarios no solamente en la Unión Soviética, sino también en los países de democracia popular. Le hacía falta apartar de las direcciones de los partidos a aquellos que tenían confianza en la línea marxista-leninista de Stalin. Le hacía falta igualmente liquidar a los que estaban contra Tito, con el cual había llegado a un acuerdo, y hacer que aquellos que habían

1 Los revisionistas soviéticos tomaron la decisión de retirar el cuerpo de Stalin del Mausoleo en el XXII Congreso del PCUS, que tuvo lugar del 17 al 31 de octubre de 1961. En este mismo congreso, Jruschov propuso que en Moscú se erigiera asimismo un monumento a los contrarrevolucionarios, para perpetuar, como dijo, «la memoria de los camaradas que cayeron víctimas de la arbitrariedad».

condenado en sus países a los agentes de Tito, rehabilitaran a estos traidores y abandonarían la dirección. Jruschov recurrió a todos los medios: Gottwald murió, Bierut murió, Gomulka y Kadar volvieron a asumir el Poder. Dejé cambié de camisa, Rakosi y Chervenkov fueron liquidados. Nosotros fuimos los únicos que Jruschov no consiguió liquidar.

Ciertamente, buscando el acercamiento al imperialismo norteamericano, el revisionismo jruschovista buscaba salir a la palestra como un partenaire pujante, dotado de una industria y una agricultura desarrolladas, capaces de competir con las de Estados Unidos de América (como se pregonaba a bombo y platillos), y de un imperio colonial, que englobaría a los países del campo socialista.

Jruschov y consortes habían comenzado ya su trabajo para la creación de este «imperio» y ahora lo estaban desarrollando todavía más. En algunos lugares este trabajo resultó fácil, en otros suscitó fricciones, mientras que en Albania estos objetivos jamás fueron realizados.

Bulgaria, por ejemplo, no le causó jamás ninguna preocupación a los revisionistas soviéticos. Después de la muerte de Dimitrov y de Stalin, Velko Chervenkov no pudo ya, según parece, imponer su «autoridad» en el Partido Comunista Búlgaro. Se había convertido en obstáculo en el camino de Jruschov y sin duda

alguna las intrigas soviéticas, las intrigas de este último, que tomó el Poder e hizo lo que ya se sabe, no son ajenas a su liquidación.

Inmediatamente después del XX Congreso, Chervenkov, a la sazón primer ministro, fue atacado por «culto a la personalidad», por los «errores» que había cometido, etc. Pero Velko no parecía de aquellos que erigían un culto a su persona. Se sirvieron de él más bien como cabeza de turco, para justificar las «rectificaciones» a que se procedió con la rehabilitación de Kostov y compañía. Chervenkov dejó dulcemente su puesto de primer ministro a Anton Yugov, quien a su vez tampoco iba a durar mucho tiempo.

En la época de Dimitrov, Anton Yugov era ministro del Interior; con la llegada de Chervenkov llegó a viceprimer ministro y, más tarde, a primer ministro. Durante la guerra, Yugov ha combatido, y combatido fuerte, en la clandestinidad, fue sobre todo uno de los dirigentes principales y más dinámicos de la insurrección que condujo, el 9 de septiembre de 1944, a la liberación de Bulgaria. Cuando fui por primera vez a Bulgaria, noté que Dimitrov sentía un profundo respeto por Yugov, lo mantenía cerca de sí y, al parecer, tenía una gran confianza en él. Independientemente de algunas deficiencias de Yugov y en la medida que pude conocerlo, era, en mi opinión, de todos los dirigentes búlgaros, después de la muerte de Dimitrov, ideológica y política-

mente el más lúcido, hombre decidido en sus opiniones, audaz y buen organizador. Le he encontrado, en muchas ocasiones en Bulgaria, en Moscú y también en Albania, cuando vino a visitarnos, y siempre se mostró franco, cariñoso y comunicativo conmigo.

Yugov conocía bien la situación política, económica y organizativa de Bulgaria y este conocimiento, según mis impresiones, no lo adquiría únicamente a través de los informes, sino más bien a través de contactos directos. Iba sobre el propio terreno y era el hombre de las masas. No sólo sabía organizar, sino también adoptar decisiones y defenderlas. En otros términos, Yugov no era un dirigente fácil de conformar y de los del siempre «sí, sí, a tus órdenes».

Yugov también ha desempeñado su papel en la organización del Partido Comunista Búlgaro bajo la dirección de Dimitrov. Y lo mismo se puede decir en cuanto a la reconstrucción de la industria y la organización de las cooperativas agrícolas que fueron creadas según el modelo y en la vía de los koljoses soviéticos.

Cuando Chervenkov fue destituido de su puesto de secretario general del partido, al ser reemplazado por Yivko¹, Yugov quedó en su puesto de viceprimer ministro. Astuto como él solo, Jruschov prefirió a Todor Yivkov, quien iba

1 Abreviación irónica de T. Yivkov.

a hacerle mejor su trabajo. Con Yugov, Jruschov no podía maniobrar a su antojo. Yugov ¿vería a bien esta solución jruschoviana? Ciertamente que no, y lo manifestaba. Cuantas veces me he encontrado con él, he podido ver que Yugov hacía caso omiso de Yivkov.

Un buen día Yugov también fue eliminado como Chervenkov, sin el menor ruido. No nos enteramos de los motivos de esta eliminación, aunque podemos imaginarlos. Yugov se debió colocar en oposición a Yivko, es decir a Jruschov. En pocas palabras se habría declarado adversario de la colonización de Bulgaria por la Unión Soviética jruschovista, de la pérdida de la independencia y de la soberanía de Bulgaria. A diferencia de Yivkov, Yugov no sería, ni jamás llegaría a ser una marioneta en manos de los jruschovistas.

Junto a sus buenas cualidades de dirigente, Yugov también tenía, a mi parecer, sus defectos en el plano personal. El principal era su presunción, que se manifestaba en sus jactancias y en los términos que empleaba para glorificar su trabajo y su propia persona. He viajado con él a través de Bulgaria, me ha acompañado a ver ciudades, campos, cooperativas agrícolas, lugares históricos, fábricas, espectáculos, etc. He apreciado la belleza de su país, el cariño del pueblo y los comunistas búlgaros por nuestro pueblo y nuestro Partido. La compañía de Yugov siempre ha sido para mí agradable y muy instructiva.

Ahora bien, en todo resaltaba su manía de hacerse valer. Viajábamos en automóvil, atravesábamos muchas aldeas y Yugov no dejaba de decirme no sólo el nombre de cada cooperativa, sino también su superficie, el número de sus vacas, de sus caballos e incluso de sus cabras, sin hablar ya de las hectáreas de viñedo, la variedad de uva, el número de árboles frutales. ¡Todo con estadísticas! ¡Eh! Ahora, ¡también los estadistas pueden fallar! Pero Yugov no. Oportuno, siempre con una salida preparada, venía a decirme «vea, yo estoy al tanto de todo».

Cuando se organizaba algún espectáculo popular en nuestro honor, se ponía en pie al instante, entraba en el corro y bailaba y cantaba. Era un *bon vivant**.

Yugov, en cualquier caso, era una buena persona y guardo de él buenos recuerdos. No pienso que haya degenerado política e ideológicamente.

Después de su eliminación, Jruschov bautizó a Todor Yivkov dirigente de Bulgaria, o mejor dicho, «intendente» de los soviéticos en Bulgaria. Tanto como Dimitrov elevó el prestigio del Partido Comunista Búlgaro y de Bulgaria, T. Yivkov lo rebajó ahora. Este elemento sin personalidad, salió a la superficie con la ayuda de Jruschov, y se convirtió en su dócil lacayo. En

* Francés en el original — Hombre alegre, de buen humor.

mis encuentros con Dimitrov, jamás había visto a Yivkov. Más tarde, en la época de Chervenkov, me he encontrado con él un par de veces. La primera vez, me ha dado una supuesta explicación sobre la agricultura búlgara; la segunda, me acompañó a alguna parte, fuera de Sofía, a un campo cultivado de fresas.

Cuando me habló de la agricultura de su país, tuve la impresión que no era Yivkov quien hablaba, sino su bloque de notas. Estaba en las antípodas de Yugov. En una agenda había apuntado, alfabéticamente, cifras para todo, desde la población del país hasta el número de sargas de tabaco. En una palabra durante una hora me molió con una montaña de cifras, sin sacar ninguna conclusión. Otro camarada, que se encontraba allí, me hizo una exposición mucho mejor de la economía búlgara en general y de la industria en particular. Me había olvidado completamente de Yivko, pero he aquí que más tarde, a la destitución de Chervenkov, aquél se nos presenta como primer secretario(!). Nos quedamos sorprendidos, aunque no había de qué sorprenderse. ¡Le he conocido también en estas funciones! Nada había cambiado en él, aparte de las nuevas poses que tomaba para diferenciarse de lo que había sido antaño; ya no sacaba su bloque de notas, sonreía a menudo, llevaba una gorra y utilizaba un lenguaje «popular».

En adelante, tampoco he tenido nunca con

él una conversación seria. Muchas veces hemos asistido a algún almuerzo que nos han ofrecido los camaradas de la dirección búlgara. Yivkov nos llevaba por palacios del rey Boris, del de Sofía al de Eksinograd de Varna, pero no nos decía nada preciso, sacaba alguna conversación huera sólo para matar el tiempo.

Las metamorfosis de Yivkov se realizaron poco a poco conforme a la educación que recibió de Jruschov. «¡Con la Unión Soviética por los siglos!» llegó a ser el lema de Yivko. Su sumisión a Jruschov había llegado a ser completa. Yivko fue el que «concibió» y lanzó la idea de «sincronizamos nuestros relojes con el de Jruschov». Yivkov hizo suyas las tácticas de Jruschov hacia los partidos comunistas y obreros; hoy hablaba contra Tito, mañana se pronunciaba a su favor, otro día abría las fronteras para organizar ferias conjuntas con los yugoslavos, y al día siguiente las cerraba, un día reclamaba Macedonia, otro día la dejaba en el olvido. Al seguir el camino y los «consejos» de Jruschov, Yivkov se convirtió en una «personalidad», y, al mismo tiempo que elevaron su «personalidad», los revisionistas jruschovistas se apoderaron de toda Bulgaria. Esta, en cada rincón y en cada sector, es dirigida por los soviéticos. Formalmente existe un gobierno, un partido y una administración búlgaros, pero de hecho, todo está dirigido por los soviéticos. Los jruschovistas han transformado Bulgaria en

un peligroso arsenal. Bulgaria se ha convertido en una plaza de armas de los socialimperialistas rusos contra nuestro país y contra los demás países balcánicos. Esta es la obra de Yivkov y de su equipo, que viven a costa de Bulgaria y sirven al socialimperialismo soviético.

Como lo muestran los hechos históricos también Dej y consortes eran y siguen siendo satélites de Jruschov. Son elementos que han girado con el viento. La íntima amistad Tito-Jruschov, por ejemplo, tuvo también sus querellas, provocadas entre otras cosas, por la cuestión húngara, polaca, etc., es decir que había querellas y rencores aunque después viniesen las reconciliaciones y los abrazos de amigos. Dej, sin el menor escrúpulo político, se había dejado arrastrar totalmente por el torbellino de la actividad traidora antimarxista de Jruschov, que lo zarandeaba y lo estrellaba como y donde se le antojaba.

Más adelante hablaré de los acontecimientos de Bucarest y Moscú en 1960, mas quiero señalar aquí que Dej, en el curso de estos acontecimientos, demostró una vez más su esencia permanente de hombre que no repugnaba enarbolar o pisotear cualquier bandera. Son algunos momentos, los momentos clave en la vida y en la actividad de un hombre que, tomados en conexión, te dan su retrato. He ahí, pues, el de Dej: en 1948 y 1949 antirrevisionista, antititista resuelto y celoso; después de 1954 prorrevisionista y protitista activo

y entusiasta; en 1960 projruschovista de primera línea, más tarde pareció que también enarbolaba esta bandera con actitud vacilante y tendía a maniobrar con dos o tres banderas a la vez. En pocas palabras, era el político de las piruetas coyunturales, de la línea «de estar a bien con todos», con Tito, con Jruschov, con Mao Tse-tung; y sus sucesores llegarían a entenderse incluso con el imperialismo norteamericano. Dej y sus sucesores podían estar, y lo estuvieron de hecho, con no importa quién, mas no estuvieron ni podían estar con el marxismo-leninismo consecuente.

Hemos acabado de ver tanto el período de florecimiento de la amistad Dej-Jruschov como el período de fisuras en esta amistad.

Jruschov pensaba que tenía a Dej en el bolsillo de su chaleco, igual que el cortaplumas de marfil que sacaba para jugar en el curso de las reuniones. Es como su cortaplumas que pensaba manejar a Dej. Después de 1960, juzgando la situación madura, Jruschov planteó su plan anexionista, según el cual el territorio comprendido entre la región de Bucarest y la frontera con la Unión Soviética sería económicamente unida a la Ucrania soviética en un «complejo agro-industrial». Mas esta idea era demasiado torpe. Dej había aguantado muchas otras, pero esta vez lanzaba coces.

Sólo cuando Jruschov hirió en lo vivo a Ru-

mania, Dej puso sordina a sus ataques contra nosotros. Pero, jamás, ni siquiera después de esto, Dej tuvo el coraje civil, y mucho menos marxista-leninista, para hacerse la menor autocrítica ante nuestro Partido por todo lo que había dicho y había hecho. Este revisionista, que no reparó en besar la mano a Tito, no se excusó ante nuestro Partido.

Se dijo que Dej había muerto de cáncer. Enviamos una delegación a su entierro en señal de amistad por el pueblo rumano. Allí, Ceausescu, que sustituyó a Dej, se limitó a dar la mano a nuestra delegación. Y nosotros respondimos con la misma moneda a este nuevo revisionista, que desde que se hizo con el Poder adoptó como lema permanente la política de componendas con todos los cabecillas revisionistas e imperialistas: con Brezhnev, Tito, Mao, Nixon y toda la reacción mundial.

Este individuo, que había sido un pequeño lacayo de Dej, a la toma del Poder desenmascaró totalmente a éste y, reforzando sus propias posiciones, lucha por convertirse en una «personalidad mundial» como Tito, para ocupar el lugar de éste, gracias a una cierta resistencia frente a las supuestas presiones bajo cuerda de los soviéticos.

Incluso después de las contradicciones que surgieron entre los rumanos y los soviéticos, las relaciones estatales con nosotros permanecieron inalterables, frías e inconsistentes, insulsas. Nosc-

tros no tenemos ni tendremos relaciones con el partido rumano mientras éste no reconozca públicamente los errores que ha cometido hacia nuestro Partido.

Naturalmente, lamentamos que Rumania se haya convertido en un país capitalista como Yugoslavia, la Unión Soviética, etc., un país que de socialista no tiene más que el nombre.

Todos los Dej, Yivkov, Ceaucescu, etc., son engendros del revisionismo, a los que Jruschov y los jruschovistas han utilizado y utilizan para sus objetivos.

Los jruschovistas soviéticos sustituyeron la confianza y la amistad marxista-leninistas por la dominación de gran Estado «socialista», a fin de formar la «familia socialista», la «comunidad socialista», donde hoy hace la ley la mano de hierro de Brezhnev y de los mariscales soviéticos, que sueltan el garrote del Tratado de Varsovia sobre la cabeza de todo «hijo pródigo» de la familia.

Jruschov y sus compinches no podían soportar ninguna crítica u observación de los demás, ninguna disciplina ni control recíproco, ya fueran formales. Las reuniones, declaraciones, decisiones conjuntas eran para ellos puramente formales y sin ninguna validez si les obstaculizaban en sus planes.

Por qué eliminaron y, más aún, denigraron los jruschovistas al Kominform? Hicieron esto, porque el Kominform había condenado a Tito,

porque aquél era considerado engendro de Stalin y porque había cosechado una «mala fama» a los ojos de los imperialistas. Aquí se ve que no era cuestión de formas organizativas ya que, a fin de cuentas, ¿qué diferencia existiría en la forma entre la «oficina de contactos», que propuso Jruschov (y que nunca llegó a crearse) y el Kominform? El objetivo era rehabilitar a Tito y satisfacer al imperialismo.

Pero, más tarde, en una reunión consultiva de los partidos del campo socialista, la proposición para la constitución de esta «oficina» fue a parar a la basura, en parte porque los jruschovistas se arrepintieron, en parte porque hubo oposición, sobre todo por los polacos. Estos, (Ochab y Cyrankiewicz), se movieron bastante en contra de esta idea. Incluso al decidirse la publicación de un órgano conjunto, llegaron a manifestar:

—Bueno, entonces publíquemoslo eventualmente, pues, por lo que parece, debemos tenerlo.

De este encuentro estéril, me ha quedado en la memoria el entusiasmo con que Togliatti abrazó la idea de Jruschov y cómo, sin esperar más tiempo, se puso a desarrollarla sobre el terreno: ¡insistió en la creación de dos «oficinas de contacto», una para los partidos de los países socialistas y otra para los de los países capitalistas! El futuro padre del «policentrismo» «profundizó» aún más el asunto en cuestión y propuso que el Partido Comunista de la Unión Soviética

no estuviese representado en la segunda oficina, «aunque, añadió Togliatti para dorar la pildora, será nuestro dirigente».

El partido revisionista italiano ha estado a la vanguardia de la labor hostil contra el comunismo internacional y contra los países y los partidos comunistas y obreros del campo socialista.

Los «comunistas» italianos y franceses se hicieron grandes ilusiones con la democracia burguesa y la vía parlamentaria. Estos dos partidos, después de la Segunda Guerra Mundial, participaron en los gobiernos burgueses de los primeros tiempos. Esta era una táctica de la burguesía para evitar las huelgas y el caos, enderezar la economía y sobre todo reforzar sus posiciones no sólo económicas sino también militares y policiacas. Esta participación de los comunistas en los gobiernos burgueses, fue como un fuego de paja. La burguesía expulsó a los comunistas del Poder, los desarmó, los desplazó a la oposición y promulgó leyes electorales en virtud de las cuales, a pesar del gran número de votos obtenidos por los comunistas, el número de sus diputados en el parlamento fue reducido al mínimo.

Tito y Togliatti, como se hizo patente posteriormente, desde aquel tiempo comían en un mismo plato, por eso el partido italiano acudió en ayuda, aunque no abiertamente en un principio, del partido de Tito, Togliatti, que era un revisionista resuelto pero enmascarado, y toda la di-

rección del Partido Comunista Italiano, que formaba parte del Kominform, estaban contrariados por la condena de Tito. Votaron a favor de esta condena por conformismo, ya que no tenían el coraje de salir abiertamente, pero el tiempo mostró que los revisionistas italianos eran de los más celosos en ir a abrazarse con Tito.

El viaje de Jruschov a Belgrado y su reconciliación con Tito abrieron el camino de Belgrado también a Togliatti y compinches, para encontrarse y reconciliarse con los titistas, y también para desarrollar abiertamente sus puntos de vista revisionistas escisionistas contra Stalin y la Unión Soviética, no sólo como Estado, sino también como sistema. Togliatti y los togliattistas pasaron al lado de Tito de manera abierta y no adoptaron la táctica de zigzags que siguió Jruschov. Por su parte, Jruschov maniobraba también con Togliatti, lo ensalzaba y le hacía algún reproche guateado para mantenerlo bajo su férula.

Los dirigentes del partido italiano como Togliatti, Longo y compañía se mostraron particularmente sensibles a las tesis revisionistas del XX Congreso y, en especial, a las calumnias de Jruschov contra Stalin. Poco después de este congreso, en una entrevista que concedía a la revista *Nuovi Argomenti*, Togliatti desencadenó sus ataques contra el sistema socialista, contra la dictadura del proletariado y contra Stalin. Aquí fue donde lanzó también la idea del «policentrismo»,

que era la idea del resquebrajamiento y la escisión del movimiento comunista internacional.

En cuanto a los dirigentes del Partido Comunista Francés, como Thorez, Duclos y otros, es un hecho que, al principio, no acogieron bien y no aceptaron el informe «secreto» de Jruschov contra Stalin. Después de la publicación de este informe en la prensa occidental, el Buró Político del Partido Comunista Francés emitió una declaración, donde denunciaba este acto y expresaba sus reservas frente a los ataques contra Stalin. El propio Thorez me ha dicho acerca de este problema: «Pedimos explicaciones a los camaradas soviéticos; nos las dieron pero no estamos convencidos». Le hice saber a Thorez: «Ustedes no están convencidos, mientras que nosotros no estamos de acuerdo en absoluto». Así, pues, Thorez y el Partido Comunista Francés sabían desde hacía tiempo cuál era nuestra opinión del XX Congreso y de las calumnias de los jruschovistas contra Stalin.

Los franceses y los italianos se llevaban como el perro y el gato. Había conversado con Thorez y con Duclos en torno a las actitudes de los dirigentes del PC Italiano opuestas a la línea marxista-leninista, en defensa de los revisionistas títistas y en contra de nuestro Partido. Se podía ver que, en un principio, ellos y todos los franceses en su conjunto, se comportaban bien con nosotros. Por nuestra parte nos ateníamos a nuestros puntos de vista, ellos a los suyos. Nosotros

continuábamos los ataques ininterrumpidos contra los titistas, y se veía que ellos no tenían ninguna confianza en Tito. También en la actitud hacia los dirigentes italianos seguíamos el mismo camino.

Antes de los acontecimientos que trajeron la escisión, llegaron a nuestro país los camaradas Marcel Cachin y Gaston Monmousseau, dos eminentes veteranos del comunismo. Todo nuestro Partido y nuestro pueblo los recibió con alegría y con cariño. Tuve con ellos conversaciones muy abiertas y cordiales. Visitaron nuestro país, hablaron de él con mucha simpatía, escribieron muy bien de nuestro Partido y de nuestro pueblo en *L'Humanité*. Monmousseau publicó, por otra parte, un libro muy interesante sobre nuestro país. Sentado con él en torno al fuego, me habló de su visita a Korça, de su participación en la vendimia junto a los cooperativistas de la región. En el curso de la conversación, pregunté al autor de *Jean Becot*, que es oriundo de Champaña, famosa por sus vinos:

—Camarada Monmousseau, ¿cómo encuentra nuestro vino?

Me respondió en un tono *pince-sans-rire**:

—Vinagre.

Reí con ganas y le dije:

* Francés en el original — socarrón.

— Tiene razón, pero debe decirme qué podemos hacer.

Y Monmousseau, me habló una hora seguida acerca del vino, lo cual me ayudó mucho. Escuché con admiración al viejo, que tenía unas mejillas sonrosadas y unos ojillos brillantes como el fuego, con el color del vino de su tierra natal, Champaña.

Antes de que partiéramos a la Conferencia de los 81 partidos de Moscú, Maurice Thorez nos comunicó que deseaba venir a nuestro país por un período de vacaciones.¹ Le recibimos con gran satisfacción. Pero pensamos (y no nos equivocamos) que era enviado por los soviéticos para «suavizarnos».

En Durrës, donde pasaba sus vacaciones, le enumeré a Thorez todas las vilezas cometidas por los soviéticos contra nosotros.

Maurice escuchaba con atención. Quedó sorprendido, pues no sabía nada de esto. Todo se lo habían ocultado. Le hablé de la Reunión de Bucarest y de la postura que adoptamos en ella. Dijo que la delegación de su partido, que había asistido a esta reunión, le había informado de la actitud del Partido del Trabajo de Albania, y, como esta actitud le había impresionado, al venir a Albania pensaba hablar con nosotros de ello. Thorez manifestó que la Reunión de Bucarest era

1 Julio-agosto 1960.

útil y no se pronunció en lo más mínimo sobre si era o no correcta. No criticó nuestra actitud en Bucarest, y después de escuchar mis palabras se limitó a decir:

—Camarada Enver, esto que les han hecho, deben aclararlo con la dirección soviética.

Con respecto a la lucha contra el titismo, Maurice la aprobaba totalmente. Nos despedimos, y él partió en barco hacia Odesa.

Antes de que me hubiese pronunciado en la Conferencia de los 81 partidos, en Moscú, Maurice Thorez nos invitó a cenar. Esta vez se vio claro que había sido empujado por Jruschov a convencernos de que no hablásemos contra la traición revisionista en la Conferencia, pero fracasó en su misión. No admitimos los errados «consejos» que nos dio.

Maurice Thorez nos criticó en la Conferencia, aunque utilizando términos moderados. Mientras que Jeannette Vermeersch, esposa de Thorez, después que pronuncié mi discurso, me abordó y me dijo:

—Camarada Enver, ¿a dónde quieren ir por este camino que han emprendido? No les comprendemos.

—No nos comprenden hoy, pero mañana tal vez podrán comprendernos, —le dije.

Es sabido cuál fue el destino que corrió el Partido Comunista Francés. Este también se in-

rodujo de lleno en el camino revisionista. Traicionó el marxismo-leninismo, siguió y continúa siguiendo con algunos matices la línea de Jruschov y de Brezhnev.

Togliatti, por su parte, no tuvo las vacilaciones de los franceses y salió abiertamente, tal como Tito, con sus puntos de vista revisionistas, que legó a Longo y Berlinguer con su «testamento».¹ Togliatti es el padre del «policentrismo» en el movimiento comunista internacional. Naturalmente el «policentrismo» no le convenía a Jruschov, que pretendía conservar la «batuta de director», como tampoco les conviene a los jruschovistas que hoy dominan en la Unión Soviética. A las reuniones de Jruschov y de Brezhnev, los togliattistas les oponían y les oponen las «reuniones» de los partidos comunistas de los países capitalistas de Europa, América Latina, etc. Los franceses, que se inclinaban por Jruschov, desaprobaban y combatían las proposiciones de Togliatti. No me voy a extender en esto, pues ya he escrito acerca de esta teoría y de los actos antimarxistas de estos revisionistas.

1 El *Testamento de Yalta*, escrito por Togliatti antes de su muerte en la ciudad de Yalta, Unión Soviética. Este «testamento» constituye el código del revisionismo italiano para la llamada vía italiana al socialismo, el «policentrismo», el «pluripartidismo», la «libertad de credo», etc. Los puntos de vista expresados en él constituyen la base del «eurocomunismo».

Los revisionistas italianos nunca vieron con buenos ojos a Albania socialista ni al Partido del Trabajo de Albania. En los primeros años posteriores a la Liberación, circunstancialmente llegó de visita a Albania el viejo Terracini, acompañado de una joven actriz. Permaneció un par de días y tal como llegó se fue. Apenas se les ha ocurrido alguna vez a los revisionistas italianos escribir sobre Albania socialista en su órgano *l'Unità*. ¡Tal vez no querían herir a los neofascistas italianos que estaban en el Poder, y cuyos ejércitos habíamos derrotado durante la guerra, o quizá porque desenmascarábamos a su camarada Tito!

El Partido Comunista Italiano era un partido que seguía una vieja línea oportunista, era un frente abierto para conseguir votos. Las peleas en la dirección por puestos, pagas, por conseguir escaños de diputados o senadores eran permanentes. Venía un dirigente de este partido, destituido de su puesto por Togliatti, y se nos lamentaba, pero, al día siguiente, desde que le arrojaban un hueso y lo hacían senador, se volvía manso como un cordero.

Recuerdo un encuentro que tuve en Karlový Vary con uno de estos dirigentes, miembro en aquel entonces, de la dirección del Partido Comunista Italiano de Togliatti:

—Yo —me dijo— estoy contra Togliatti y sus puntos de vista.

—¿Y eso? —le pregunté.

Enumeró un par de «argumentos», y al final se le vieron las orejas:

—Togliatti no permite que se publiquen mis discursos que pronuncio en el parlamento. Tanto Togliatti como Pajetta no sólo no los publican en Italia, sino que también intervienen ante los soviéticos para que éstos no los publiquen en Moscú. Le ruego, camarada Enver, que intervenga ante Jruschov.

Realmente quedé sorprendido, y de inmediato le contesté:

—¿Cómo intervenir? Yo, digamos, puedo influir para que se publiquen o no en Albania, ¿pero en la Unión Soviética?! Usted debe dirigirse a los camaradas soviéticos. Ellos son dueños de su casa y son los que deciden.

Después de la ruptura con los jruschovistas, también éste tuvo «discrepancias» con la dirección revisionista italiana. Mas éstas no eran de principio; se trataba sólo de querellas por puestos y por dinero. Al día siguiente, si llegaba a ser senador, también este individuo se calmaba y cerraba la boca. Así eran y continúan siendo los revisionistas italianos, colaboradores de la burguesía italiana e internacional.

Toda esta actividad revisionista rompió, destrozó la colaboración y la armonía marxista-leninistas que existían en el movimiento comunista internacional. Jruschov y los jruschovistas pres-

taron un servicio inestimable al imperialismo mundial y se pusieron directamente a su servicio. La acción sabotadora que el imperialismo y sus lacayos no habían alcanzado en décadas enteras, fue consumada por Jruschov y los jruschovistas de todo pelaje, de donde quiera que fueran. Lanzando calumnias sobre Stalin, la Unión Soviética, el socialismo y el comunismo, todos ellos se colocaron al lado de los calumniadores capitalistas, debilitaron la Unión Soviética, lo que en el fondo era el sueño y el objetivo de los capitalistas. Rompieron aquella unidad monolítica que combatían los capitalistas, suscitaron dudas sobre la revolución y la sabotearon, cosa que los capitalistas habían perseguido continuamente. Sembraron la discordia y la división en el seno de los diversos partidos comunistas y obreros, derrocando e instalando a su cabeza camarillas capaces de servir mejor a sus intereses hegemónicos estremeidos por el gran terremoto. Estos enemigos atacaron el marxismo-leninismo en todas las direcciones, en cada una de sus manifestaciones, y lo sustituyeron por la ideología reformista socialdemócrata, abriendo de esta forma el camino al liberalismo, al burocratismo, al tecnocratismo, al intelectualismo decadente, al espionaje capitalista en los partidos, en una palabra, a la degeneración. Lo que no había conseguido hacer el capitalismo mundial, lo hizo por él la camarilla jruschovista.

Sin embargo, ni el imperialismo norteamericano, ni el capitalismo mundial juzgaban suficiente esta ayuda colosal, este gran sabotaje que Jruschov y los jruschovistas perpetraban contra el marxismo-leninismo y el socialismo. Por eso, la burguesía y la reacción desencadenaron el ataque contra los partidos revisionistas a fin de agravar lo más posible su crisis, para ya no sólo desacreditar el marxismo-leninismo y la revolución, acentuar la división entre los partidos comunistas y obreros y acelerar su rebelión hacia Moscú, sino también para debilitar, someter y esclavizar, con todos estos actos, a la Unión Soviética como gran potencia política, económica, ideológica, independientemente de que la ideología jruschovista no era el marxismo, sino el antimarxismo. El capitalismo mundial, encabezado por el imperialismo norteamericano, debía combatir para impedir que el hegemonismo jruschovista se mantuviese vivo y se consolidase sobre las ruinas que había provocado.

Por esta razón, el imperialismo norteamericano y el imperialismo mundial intensificaron su labor de sabotaje en los países del campo socialista, para minar el imperio colonial que proyectaba Jruschov. En este clima favorable que crearon las consignas de los jruschovistas se reactivaron no sólo cabecillas dóciles a Jruschov, tales como Yivkov, sino también los agentes de los norteamericanos, los ingleses y los franceses, de

los germanooccidentales y también de Tito. Ya fuese por el propio carácter del revisionismo, ya por la presión y la actividad de espionaje del imperialismo, en muchos partidos emergieron personas que no estaban satisfechas de la marcha que se llevaba en dirección a la «democratización» y la liberalización. Los enemigos del socialismo en Hungría, Polonia, Checoslovaquia y Rumania deseaban avanzar al galope por el camino de la restauración del capitalismo, arrojando los andrajos demagógicos que trataba de conservar el grupo de los dirigentes soviéticos. Los lazos tradicionales de la burguesía de estos países con el Occidente y el deseo de liberarse cuanto antes del horror a la dictadura del proletariado (a pesar de que los jruschovistas la habían destruido), les orientaban hacia Washington, Bonn, Londres y París.

Jruschov confiaba en meter de nuevo en la botella los demonios que había soltado. Pero éstos, liberados, deseaban pastar a su antojo en los prados que los jruschovistas consideraban como suyos. Los «demonios» no obedecieron a la «flauta mágica» de Jruschov y éste se vio obligado a someterlos a su control por la fuerza de los tanques.

8. MI PRIMERA Y ULTIMA VISITA A CHINA

Nuestras relaciones con el PCCh y la RPCh hasta 1956. Invitaciones de China, Corea y Mongolia. Un suceso extraño en Corea: ¡dos miembros del Buró Político huyen a... China! Ponomariov defiende a los fugitivos. Mikoyan y Ping Te-jua «templan» las cuerdas de Kim Il Sung. Encuentro con Mao Tse-tung: «ni los yugoslavos ni ustedes han cometido errores», «es Stalin que ha cometido errores», «los errores son útiles». Li Li-san en el VIII Congreso del PCCh: «les invito a que me ayuden, porque puedo cometer nuevos errores». Desilusión e inquietud tras el VIII Congreso del PCCh. Entrevistas en Pekín con Dej, Yugov, Chou En-lai y otros. Bodnaras se entremete para reconciliarnos con Tito.

Las relaciones que han existido entre nuestro Partido y el Partido Comunista de China desde 1949 hasta 1956, incluso durante algunos años después, podrían merecer muy bien el calificativo de «normales», teniendo en cuenta el sentido en

que más o menos se utiliza este término en el lenguaje de la diplomacia. De todos modos, por nuestra parte, desde los años de la Lucha de Liberación Nacional y sobre todo desde la liberación de nuestra Patria, habíamos seguido con simpatía la justa lucha del hermano pueblo chino contra los agresores fascistas japoneses, la reacción changkaishista y la intervención norteamericana, y la habíamos respaldado y apoyado con todas nuestras fuerzas. Con mayor razón, nos sentíamos gozosos de saber que a la cabeza de esta lucha, como se decía, estaba un partido comunista reconocido por el Komintern, y que gozaba del apoyo del Partido Comunista de la Unión Soviética dirigido por Stalin.

Sabíamos asimismo que a la cabeza del Partido Comunista de China estaba Mao Tse-tung, del cual, al igual que del partido que dirigía, no teníamos otros datos que los que nos proporcionaban los camaradas soviéticos. Durante este período, como después de 1949, no habíamos tenido la ocasión de leer ninguna de las obras o trabajos de Mao Tse-tung, del cual se decía que era también filósofo y había escrito toda una serie de obras. Saludamos con alegría y de todo corazón la victoria del 1.º de octubre de 1949 y fuimos uno de los primeros países en reconocer el nuevo Estado chino, y trabar con él relaciones fraternales. Aunque ahora las posibilidades y los caminos para llegar a lazos y contactos más estrechos

entre nuestros dos países, se habían acrecentado, estos lazos no se mantuvieron más que al nivel de intercambios amistosos, culturales y comerciales, se limitaron al envío de alguna delegación de segunda fila, al apoyo mutuo, por medio de discursos o declaraciones públicas según el caso, al intercambio de telegramas con ocasión de fiestas o aniversarios y apenas otra cosa.

Seguíamos apoyando con todas nuestras fuerzas los esfuerzos del pueblo chino y de su dirección por la edificación socialista del país, mas no sabíamos en concreto en qué medida y cómo se realizaba este gran proceso. Se decía que Mao aplicaba una línea «interesante» para construir el socialismo en China, colaborando con la burguesía local y con otros partidos llamados «democráticos», «de los industriales», etc.; que el Partido Comunista permitía y fomentaba las empresas mixtas con capital privado y estatal, que estimulaba y remuneraba a los elementos de las clases ricas, llevándolos incluso a puestos de dirección en las empresas y en las provincias, etc., etc. Todo esto para nosotros era incomprensible y, por más que lo pensásemos, no encontrábamos ningún argumento para considerarlo conforme al marxismo-leninismo. Como quiera que sea, opinábamos, China es un gran país poblado por cientos de millones de personas, que acaba de salir de un oscuro pasado feudo-burgués, tiene muchas preocupaciones y dificultades y, con el tiempo, in-

cluso las cosas que no van bien las encauzará por el justo camino del marxismo-leninismo.

Esto era más o menos lo que sabíamos del Partido Comunista de China y del Estado chino hasta 1956, cuando el Comité Central de nuestro Partido recibió la invitación de Mao Tse-tung de enviar una delegación de partido a participar en los trabajos del VIII Congreso del PC de China.¹ Recibimos con satisfacción y alegría esta invitación, pues íbamos a tener la ocasión de conocer directamente y más de cerca a este partido y este país socialista hermanos. En el mismo período nos habían llegado también invitaciones de la República Popular de Mongolia y de la República Democrática Popular de Corea para enviar en visita amistosa a estos países delegaciones gubernamentales y de partido de alto nivel.

Examinamos las invitaciones de nuestros amigos en el Buró Político y decidimos que, aprovechando su viaje a China con ocasión del VIII Congreso del PC de China, nuestra delegación de alto nivel pasaría también por Mongolia y Corea.

El Buró Político designó conmigo como miembros de nuestra delegación a Mehmet Shehu y Ramiz Alia, así como a Behar Shtylla, entonces ministro de Asuntos Exteriores.

¹ Este congreso desarrolló sus labores del 16 al 27 de septiembre de 1956.

Nos preparamos a este efecto y partimos hacia finales del mes de agosto de 1956.

Era el tiempo cuando el revisionismo moderno, impulsado por el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, no sólo se había difundido en la Unión Soviética y en los otros países de democracia popular, sino que también estaba sacando a la luz sus inmundicias orgánicas, la división, las riñas, los complots, la contrarrevolución. En Polonia la olla que hervía desde hacía tiempo, sacaba como producto preparado al tristemente célebre Gomulka; en Hungría la negra reacción se había desencadenado con más fuerza que nunca y preparaba febrilmente la contrarrevolución. En esos días Tito estaba como invitado pasando las «vacaciones» en Crimea y de concierto con Jruschov, Rancovich y otros estaban pelando a Gerö. Era notorio que los revisionistas de los diversos países rivalizaban vilmente en la puesta en práctica del jruschovismo. En Europa, a excepción de nuestro Partido y de nuestro país, el terremoto revisionista sacudía todo desde sus cimientos.

Los tres o cuatro días que duró nuestra visita a Mongolia pasaron sin darnos cuenta. Viajábamos durante horas antes de llegar a un centro habitado y en todas partes el mismo paisaje: raso, desolado, monótono, aburrido. Tsedenbal, que andaba alrededor nuestro, agitado y redondete como una pelota, sólo tocaba un tema, la ganadería.

Tantos millones de ganado, tantas yeguas, tantos caballos, tantos camellos, era la única riqueza, la única rama, en que se asentaba este país socialista. Probamos la leche de yegua, nos deseamos éxitos mutuos y nos despedimos.

El 7 de septiembre llegamos a Pyongyang. Fuimos bien recibidos por una gran multitud, al son de gongs, con flores y retratos de Kim Il Sung a cada paso. Hacía falta mirar buen rato para poder encontrar en algún rincón perdido algún retrato de Lenin.

Visitamos Pyongyang y algunas otras ciudades y pueblos de Corea donde, tanto el pueblo, como los dirigentes del partido y del Estado, nos recibieron calurosamente. Durante nuestra estancia, Kim Il Sung se mostró atento y obsequioso con nosotros. El pueblo coreano acababa de salir de una sangrienta guerra contra los agresores norteamericanos y ya había pasado al ataque para reconstruir y desarrollar el país. Era un pueblo trabajador, limpio y de talento, sediento de desarrollo y de progreso, y nosotros le deseamos de todo corazón éxitos continuos en el camino del socialismo.

Pero la avispa revisionista había comenzado a clavar también allí su aguijón envenenado.

Kim Il Sung, en las conversaciones oficiales que desarrollamos, nos habló de un acontecimiento que les había ocurrido en el pleno del Co-

mité Central de su Partido reunido después del XX Congreso.

—Después del informe que allí presenté —nos dijo Kim—, dos miembros de nuestro Buró Político y algunos miembros del Comité Central tomaron la palabra para decir que las enseñanzas del XX Congreso y la cuestión del culto a la personalidad entre nosotros, en Corea, no habían sido valoradas debidamente, que no se llevaba a cabo una lucha consecuente contra el culto a la personalidad, etc. «Nosotros —dijeron ante el pleno— no hemos alcanzado resultados políticos y económicos según la plataforma del XX Congreso y en torno a nuestro Comité Central se ha juntado gente incapaz».

— En una palabra —continuó Kim Il Sung— estaban atacando la línea de nuestra dirección, su unidad. Todo el Comité Central —concluyó— se levantó contra ellos.

—Y ¿qué actitud han adoptado a este respecto? —le pregunté.

—El pleno les criticó y eso es todo —me respondió Kim Il Sung—, y añadió: —Inmediatamente después de esto los dos huyeron a China.

¿A China?! ¿Y qué hacen allá?

—Nuestro Comité Central los ha calificado de elementos antipartido y hemos escrito a la dirección China pidiendo su extradición a toda costa. Aparte de otros errores, han cometido el grave acto de su huída. Pero los camaradas chinos no

nos los han entregado. Así, hoy todavía están allí.

Le hicimos saber abiertamente a Kim Il Sung que, «aunque no estamos al corriente de las cuestiones que han expuesto estos dos miembros del Buró Político y no nos corresponde entrar en sus asuntos, dado que nos han planteado este problema, podemos decirles que se trata de un hecho grave».

—También en nuestro país —le dijimos—, después del XX Congreso del partido soviético, elementos antipartido han intentado organizar un complot contra nuestro Partido y su Comité Central. Este complot era obra organizada de los revisionistas de Belgrado, y, apenas nos dimos cuenta, lo hemos desbaratado.

Le hablamos más adelante de la Conferencia del Partido de Tirana de abril de 1956, de las presiones que se nos hicieron y de la actitud resuelta y firme de nuestro Partido hacia todos los enemigos del exterior y del interior.

—¡Correcto, correcto! —decía Kim Il Sung, mientras yo le hablaba. Por su tono y su actitud he creído adivinar en él una cierta perplejidad e indecisión que lo atormentaban.

No me había equivocado en mis sospechas. Algunos días después, en el curso de un encuentro que tuve en China con Ponomariov, miembro de la delegación soviética al VIII Congreso del PC de China, entre otros problemas le saqué a colación el referente a los fugitivos coreanos.

—Sabemos todo esto —me respondió— y hemos dado a Kim Il Sung los consejos pertinentes.

—¿Consejos? ¿Y por qué? —le pregunté.

—Camarada Enver — me dijo—, los coreanos no marchan por buen camino. Han levantado mucho la cresta y deben bajarla.

—No me he referido a sus asuntos en general, pues tampoco los conozco —dije a Ponomariov—, sino a un problema concreto. Dos miembros del Buró Político se levantan contra el Comité Central de su Partido y luego huyen a otro país socialista. ¡¿En qué es culpable aquí Kim Il Sung?!

—Los camaradas coreanos se han equivocado —insistió Ponomariov—. No han tomado medidas ateniéndose a la línea del XX Congreso y de aquí que los dos miembros del Buró Político se les hayan opuesto. También los camaradas chinos se han indignado ante esta situación y le han dicho a Kim Il Sung que si no toma medidas para remediar este estado de cosas no les van a entregar los dos camaradas refugiados en China.

—¡Extraño! —le dije.

—No hay de qué extrañarse —replicó—, el mismo Kim Il Sung está dando marcha atrás. Estos últimos días se ha realizado un pleno del Comité Central del Partido de Corea y los coreanos han aceptado rectificar sus errores.

Y en verdad así ocurrió. Los dos fugitivos

volvieron a Corea y ocuparon los puestos que anteriormente ocupaban en el Buró Político. Kim Il Sung, habiéndosele apretado las clavijas, bajó no sólo la cresta, sino también sentó cabeza. Era ésta una acción coordinada de los soviéticos y los chinos, en que un «mérito» especial le correspondía a Mikoyan. Este último fue enviado a China en calidad de jefe de la delegación soviética al VIII Congreso del PCCh y, sin esperar a que éste terminara, el mafioso jruschovista, junto con Ping Te-juá, que Mao Tse-tung designó en representación de China, salió a toda prisa hacia Corea para templar a lo jruschovista las desafinadas cuerdas de Kim Il Sung. Más tarde, los soviéticos, los chinos y otros iban a hacer otros viajes para «atemperar» a Corea, pero esto lo veríamos más adelante. Ahora volvamos de nuevo a septiembre de 1956.

En Pekín, donde llegamos el 13 de septiembre, fuimos recibidos por una gran multitud, con música y con flores, sin olvidar tampoco la gran invasión de retratos de Mao Tse-tung. Habían acudido al aeropuerto Liu Shao-chi, Chou En-lai, Teng Siao-ping y otros cuyos nombres no recuerdo.

Nos saludamos, les deseamos éxitos en su congreso que iban a celebrar dos días después y nos armamos de valor frente a todo un conjunto de expresiones estereotipadas: «gran honor», «gran ayuda», «los hermanos del lejano frente

de Europa», «hágannos observaciones», etc., etc., las cuales al cabo de unos años, nos iban a llegar hasta la coronilla. (Mas en aquellos días estas expresiones estereotipadas que nos eran servidas por todas partes, no nos causaban una mala impresión, pues las teníamos por una manifestación de la sencillez y de la modestia chinas.)

Mao Tse-tung nos recibió en un intervalo entre las sesiones del Congreso, en una de las salas contiguas. Era la primera vez que nos encontrábamos junto a él. Cuando entramos en la sala se levantó, hizo una ligera reverencia, extendió su brazo, y, sin moverse de esta posición nos fue dando la mano y una sonrisa a cada uno de nosotros. Nos sentamos.

Mao tomó la palabra. Después de decirnos que estaban muy contentos de tener entre ellos amigos de la lejana Albania, expresó unas palabras acerca de nuestro pueblo, que calificó de pueblo valiente y heroico.

—Sentimos gran simpatía por su pueblo —nos dijo entre otras cosas—, porque ustedes se han liberado hace más tiempo que nosotros.

Y tras esto se fue directo a la pregunta:

—¿Cómo están sus relaciones con Yugoslavia?

—Frías —le dije—, y al momento pude ver su abierta expresión de sorpresa. «Al parecer, pensé, no conoce bien nuestra situación con los yugoslavos», por eso decidí decirle alguna cosa de la larga historia de las relaciones de nuestro

Partido y de nuestro país con el partido y el Estado yugoslavos. Fui breve, hice hincapié en algunos momentos cruciales de la actividad anti-albanesa y antimarxista de la dirección yugoslava, esperando alguna reacción por su parte. Mas observaba que Mao no salía de su cara de asombro y de vez en cuando lanzaba algunas miradas a los otros camaradas chinos.

—En esta cuestión —dijo Mao —ni ustedes los albaneses se han equivocado hacia los yugoslavos, ni tampoco los camaradas yugoslavos se han equivocado respecto a ustedes. En esta cuestión ha sido el Kominform quien ha cometido graves errores.

—Aunque no hemos sido miembros del Kominform —le dije—, siempre hemos apoyado y considerado correctos sus conocidos análisis y actitudes respecto a la actividad de la dirección yugoslava. Es nuestra larga historia de relaciones con ésta que nos ha convencido de que la línea y las actitudes de los yugoslavos no han sido ni son marxista-leninistas. Tito es un renegado incorregible.

Sin esperar a que el intérprete tradujera mis últimas palabras, Mao me preguntó:

—¿Qué piensan ustedes de Stalin?

Le dije que nuestro Partido había valorado y valoraba siempre altamente a Stalin como un dirigente con méritos muy grandes en todos los aspectos, como discípulo y fiel continuador de la obra de Lenin, como...

—¿Han publicado ustedes —me interrumpió— el informe pronunciado por el camarada Jruschov ante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética?

—No, —le respondí—. No hemos hecho tal cosa ni la haremos jamás.

—Ustedes, camaradas albaneses —dijo—, han actuado muy bien y la línea de su Partido es correcta. También nosotros hemos actuado como ustedes. Dado que la propia dirección soviética no ha publicado oficialmente este informe; no tenemos por qué actuar como han hecho otros.

Y después de un momento de silencio, prosiguió:

—Stalin ha cometido errores. Los ha cometido también hacia nosotros, por ejemplo en 1927.¹ Se ha equivocado igualmente hacia los camaradas yugoslavos.

Luego, con una voz calmada y suave, añadió:

1 Mao Tse-tung considera errores las correctas críticas de principio que el Komintern y Stalin le hicieron a él y al Partido Comunista de China tras el fracaso de la revolución china de los años 1925-1927. Estas críticas estaban relacionadas con el menosprecio del papel de la clase obrera y la sobreestimación de la lucha espontánea del campesinado, con la actitud liberal hacia el oportunismo de derecha y las vacilaciones en el terreno táctico como la sobreestimación de los putschs, la inclinación a los métodos terroristas de lucha y a la fraseología izquierdista, el menosprecio de los sindicatos y la labor insuficiente con las masas de obreros y campesinos.

—Sin equivocarse no se puede avanzar—. Y me preguntó: ¿Ha cometido errores su Partido?

—No podemos decir que no se hayan observado algunos errores —le dije—, pero lo esencial es que luchamos por cometer lo menos posible o ninguno, y, cuando éstos se descubren, luchamos por eliminarlos de inmediato.

Me había «apresurado». El gran filósofo esperaba otra respuesta.

—Es necesario equivocarse —me dijo—. El partido no se puede educar si no se acostumbra a los errores. Esto tiene un gran sentido.

Y por todas partes encontramos materializada esta forma de «educación» de Mao Tse-tung. Durante los días que nos encontrábamos en el congreso, un camarada chino nos dijo:

—Entre nosotros existía un miedo terrible. La gente se esforzaba en no cometer errores por temor a ser expulsados del partido. Pero gracias a la política correcta del presidente Mao, este miedo ya ha desaparecido y nuestros hombres del partido han ganado iniciativa e ímpetu en el trabajo creador.

—Por ejemplo —nos dijo—, ven al que está hablando ahora en la tribuna. Es Li Li-san, uno de los fundadores de nuestro Partido Comunista. A lo largo de su vida ha cometido graves errores, y no sólo una vez, sino tres veces consecutivas. Ha habido camaradas que querían expulsar del partido a este viejecito, pero el presidente Mao

ha insistido para que continúe siendo miembro del Comité Central, y actualmente trabaja en el aparato.

Entre tanto Li Li-san se hacía ante el VIII Congreso una nueva autocrítica.

—Yo —decía —he cometido errores, pero el partido ha venido en mi ayuda. Camaradas, les invito a que sigan ayudándome también en el futuro, porque puedo cometer nuevos errores...

Pero volvamos al encuentro con Mao Tse-tung. Después de haberle oído filosofar sobre «la gran significación de los errores cometidos», escogí la ocasión para hablarle, aparte de lo que ya le había dicho de los yugoslavos, de la actividad subversiva de los revisionistas de Belgrado para la organización del complot en la Conferencia del Partido de Tirana en abril de 1956.

—En nuestra opinión —le dije— estos elementos son irrecuperables.

Mao respondió con frases en el aire, al estilo chino:

—Ustedes tienen una correcta línea marxista-leninista.

Había llegado el momento de levantarnos. Le agradecí su invitación y su recepción, así como la ayuda que nos era concedida por la República Popular China.

—No hace falta que nos lo agradezca —intervino Mao—, primero porque la ayuda que les concedemos es algo muy insignificante, y dobló

uno de sus dedos. Segundo —continuó doblando otro dedo—, ambos somos miembros de la gran familia del campo socialista que tiene a la cabeza la Unión Soviética y es como si una mano le pasara algo a la otra, que forma parte del mismo cuerpo.

Le dimos las gracias una vez más y nos levantamos. Nos hicimos juntos unas fotos, le estrechamos la mano y nos despedimos.

A decir verdad, nuestras impresiones de este encuentro no eran las que habíamos imaginado y cuando ya estuvimos fuera conversamos entre nosotros acerca de lo que acabábamos de escuchar. De esta conversación con Mao no sacamos nada de constructivo, nada que nos pudiera ser de utilidad, y este encuentro nos pareció más bien un gesto de cortesía. Nos desilusionó sobre todo lo que oímos de boca de Mao acerca del Kominform, Stalin y la cuestión yugoslava.

Pero lo que nos sorprendió e inquietó todavía más fue el propio desarrollo de los trabajos de su VIII Congreso. Toda la plataforma de este congreso estaba basada en las tesis del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, e incluso en algunas direcciones, Mao Tse-tung, Liu Shao-chi y los otros altos dirigentes chinos habían llevado más lejos las tesis de Jruschov.

Sentimos que la epidemia del revisionismo moderno había afectado también a China. En

aquella época no podíamos determinar el grado de propagación de la enfermedad, pero a juzgar por lo que había ocurrido y está ocurriendo en China, se ve que, en aquel entonces, los dirigentes chinos se estaban apresurando para no quedarse atrás, incluso para arrebatarse y tomar en sus manos la abigarrada bandera de los jruschovistas.

Además, en los sucesivos informes, que Liu Shao-chi, Teng Siao-ping y Chou En-lai presentaron al VIII Congreso, defendieron y profundizaron aún más la línea permanente del Partido Comunista de China por una vasta colaboración con la burguesía y los kulaks, «argumentaron» las grandes ventajas que aporta al socialismo tratar bien y designar a elevados cargos de dirección a capitalistas, comerciantes e intelectuales burgueses, preconizaron con gran ruido la necesidad de una colaboración de la clase obrera con la burguesía local y del Partido Comunista con los demás partidos democráticos, nacionales, en las condiciones del socialismo, etc., etc. Las «100 flores» y las «100 escuelas» de Mao Tse-tung, que se abrieron y compitieron en el curso de las sesiones del Congreso, se abrían y competían de hecho en todo el partido y el Estado chinos. Esta teoría de las 100 banderas, formulada por Mao Tse-tung y proclamada ampliamente en mayo de 1956 por Lu Ting-yi, miembro suplente del Buró Político del CC del PC de China, constituía la variante china de la teoría y la práctica burgues-

revisionista de la «libre circulación de las ideas y de los hombres», de la coexistencia de toda suerte de ideologías, de corrientes, de escuelas y de subescuelas en el seno del socialismo¹.

Muchas veces, posteriormente, he repasado este período de la historia del Partido Comunista de China, buscando elucidar cómo y por qué la línea profundamente revisionista de 1956 pareció más tarde cambiar de rumbo durante un cierto tiempo, para hacerse «pura», «antirrevisionista», «marxista-leninista». Es un hecho, por ejemplo, que en 1960 el Partido Comunista de China pareció oponerse con fuerza a las tesis revisionistas de Nikita Jruschov, y afirmó que «defendía el marxismo-leninismo» de las tergiversaciones de que era objeto. Precisamente esta salida de China, en 1960, contra el revisionismo moderno, y la adopción por su parte (en apariencia) de las posiciones marxista-leninistas, hizo que nuestro Partido se encontrara hombro con hombro con el partido chino en el combate que nosotros habíamos iniciado contra los jruschovistas.

Pero el tiempo confirmó, y esto está reflejado extensamente en los documentos de nuestro Partido, que el Partido Comunista de China,

1 Más tarde, resultó que también el decálogo enteramente revisionista de Mao Tse-tung «Sobre las diez grandes relaciones» pertenecía precisamente a este período de «primavera» del revisionismo moderno. (Nota del autor).

tanto en 1956 como en los años 60, no partía en su acción de las posiciones del marxismo-leninismo.

En 1956 se apresuró a enarbolar la bandera del revisionismo para quitar de en medio a Jruschov y asumir él mismo el papel de líder del movimiento comunista y obrero. Mas cuando Mao Tse-tung y compinches vieron que en la competición revisionista no podían con el patriarca del revisionismo moderno, Jruschov, entonces cambiaron de táctica, fingieron rechazar la primera bandera, se presentaron como «marxista-leninistas puros», y trataron de conquistar de este modo aquellas posiciones que no pudieron lograr con la primera táctica. También esta segunda táctica se revelaría ineficaz y entonces «arrojarían», igualmente, la segunda bandera supuestamente marxista-leninista y saldrían a la arena tal como habían sido toda su vida, unos oportunistas, fieles defensores de una línea conciliadora y capitulacionista ante el capital y la reacción. Todo esto lo íbamos a ver y comprobar en la práctica, a través de una lucha larga, ardua y gloriosa desarrollada por nuestro Partido en defensa del marxismo-leninismo.

Tras la clausura del congreso nos llevaron a visitar varias ciudades y comunas populares, Pekín, Shanghai, Tientsing, Nankín, Puerto-Artur, etc., donde vimos de cerca la vida y el trabajo del gran pueblo chino. Eran hombres sencillos y

laboriosos, sin muchas pretensiones, humildes y obsequiosos con los huéspedes. Por lo que nos dijeron los dirigentes chinos y las personas que nos acompañaban, y por lo que pudimos ver con nuestros propios ojos, parecía que habían logrado una serie de transformaciones y de avances positivos. Pero estos progresos no eran de la amplitud que se les atribuía, sobre todo teniendo en cuenta el extraordinario potencial humano del continente chino, la voluntad y la predisposición en el trabajo de los chinos.

En China se había logrado eliminar el hambre masiva que había sido una plaga permanente para este país, se habían edificado plantas y fábricas, se estaba organizando las comunas populares, pero se veía que el nivel de vida era todavía bajo, muy inferior no sólo al de los países socialistas desarrollados, sino también al de nuestro país. Durante las visitas que realizamos por este gran país, y a través de los contactos que tuvimos también con gente de las masas, hemos observado que el comportamiento de este pueblo era verdaderamente bueno, correcto, pero notábamos también una cierta timidez tanto hacia nosotros como hacia los que nos acompañaban. En sus palabras y en sus actitudes hacia los cuadros se veía que todavía conservaban vestigios del pasado. Era evidente que el pasado multiseccular, el poder absoluto de los emperadores, de los feudales y de los capitalistas chinos, los explotadores

extranjeros, japoneses, norteamericanos, ingleses, etc., el budismo y todas las demás filosofías reaccionarias, desde las más antiguas hasta las más «modernas», habían dejado a este pueblo no sólo en un terrible atraso económico, sino también habían cultivado en su concepción del mundo, en su comportamiento y su modo de expresarse una mentalidad de esclavo, de sumisión, de confianza ciega, de obediencia absoluta a las autoridades de todo nivel. Pero, bien es cierto, todo esto no podía eliminarse de una sola vez y nosotros lo considerábamos como atavismos llamados a desaparecer de la conciencia de este pueblo, que, gracias a sus cualidades positivas y a una dirección sana, podía lograr maravillas.

Además de los encuentros con Mao Tse-tung y otros dirigentes chinos, tuvimos la ocasión, durante nuestra estancia en China, de entrevistarnos también con cierto número de delegaciones de los partidos comunistas y obreros que habían participado en el VIII Congreso del PC de China.

Todos ellos no hacían más que ensalzar con entusiasmo la «nueva línea» del período posterior al XX Congreso.

Los búlgaros la llamaban la «línea de abril», puesto que en abril habían celebrado un pleno del Comité Central, donde habían puesto cruz y raya a las posiciones de Blagoyev y de Dimitrov y adoptado la línea jruschovista.

—Hemos rehabilitado a Traicho Kostov¹, —nos dijo Anton Yugov— porque no encontramos ninguna prueba de su culpabilidad.

Hablaba con cierta apatía. Al parecer sentía que tarde o temprano le iban a poner la zancadilla, para que pudiera saborear a fondo la línea revisionista que se había cocinado en Bulgaria, según las recetas servidas por Jruschov. El kominformista Dej, que algunos años antes había presentado el informe del Kominform condenando la actividad de los revisionistas de Belgrado, se había reconciliado ahora con Tito en Bucarest y se aprestaba a saborear también sus besos en Belgrado.

— Me voy a Belgrado a ver a Tito —nos dijo apenas nos encontramos en Pekín donde también había venido invitado al Congreso—. Tito —continuó— es un buen camarada, positivo, no es como Kardelj y Popovich. (¡Teníamos que escuchar ahora en rumano estas consideraciones, que hace tres meses habíamos escuchado en ruso!). —Cuando Tito partió en junio hacia Moscú —prosiguió Dej—, lo invitamos a que se detuviese en Bucarest para conversar con nosotros, pero no aceptó. ¿Qué hicimos entonces? Nos hemos reunido toda la dirección del partido y del Estado y hemos salido a esperarle a la esta-

1 Este agente de los titistas, condenado en diciembre de 1949, fue rehabilitado en el pleno del CC del PC de Bulgaria, celebrado en septiembre de 1956.

ción de ferrocarril. ¡Qué iba a hacer Tito, no tenía por dónde salir! ¡Y lo hemos obligado a descansar no sólo 45 minutos, como era su plan, sino dos buenas horas! (Bonita «obligación» que le han impuesto a Tito, me dije.) Cuando estaba por regresar de la Unión Soviética —continuó Dej— el camarada Tito nos avisó que quería hacer escala en Bucarest para tener conversaciones con nosotros. Aceptamos con placer su petición, tuvimos un encuentro, conversamos..., y Dej nos fue narrando de manera detallada cómo, Tito y él, se habían llegado a encandilar.

—Ahora que voy a Belgrado ¿quieren que le hable de ustedes? —me preguntó.

—Si tiene el deseo de hablarle de nosotros —le dije a Gheorghiu Dej—, dígame que hagan cesar sus actividades subversivas y sus complots contra la República Popular de Albania y el Partido del Trabajo de Albania. Dígame también que antes, durante y después de la Conferencia de Tirana, los diplomáticos yugoslavos han desplegado una actividad infame... —y en pocas palabras le puse al corriente de lo que había pasado en nuestro país después del XX Congreso.

—¡Sí, sí! —decía, y pude ver su gesto de desagrado. No le gustaba verme desenmascararle a Tito. Este mismo sentimiento manifestó también más tarde, cuando me entrevisté con él después de que había realizado su deseado viaje

de reconciliación a Belgrado y se había avenido con Tito. Unos meses después de esta visita, de paso por Bucarest, encontré a Dej y Bodnaras y me entrevisté con ellos.

En el curso de la conversación, Bodnaras (el mayor, Emilio), sacó a colación a Tito y me dijo que en la conversación que tuvieron con él se había hablado también de Albania. «Tito —dijo Bodnaras— habló bien y con simpatía de su país, de su pueblo heroico, expresó el deseo de tener buenas relaciones con ustedes», etc. En otras palabras, este «portavoz» titista se hacía intermediario para propiciar nuestra reconciliación con Tito, tratando de triunfar en lo que Jruschov había fracasado.

Puse en su sitio a Bodnaras, diciéndole que con Tito y el titismo estaremos en lucha hasta el fin, porque Tito es un renegado del marxismo-leninismo.

—Por nuestra parte no habrá reconciliación con Tito —dije tajantemente a Bodnaras.

Al tiempo que lanzaba a Bodnaras estas flechas, que iban dirigidas a Tito, observaba que Dej, evidentemente nervioso, garabateaba con su lápiz sobre una hoja de papel blanco, pero no dijo ni una palabra; mis palabras debían saberle a vinagre.

Pero volvamos a China y a los encuentros que tuvimos allí en aquellos días con otros camaradas de partidos hermanos.

Cosa curiosa: todos los que encontrábamos, no tenían en boca más que rehabilitaciones, y Tito. Incluso Chou En-lai, quien, en una entrevista que tuvimos con él, nos dijo:

—Me ha invitado Tito a ir a Yugoslavia y he aceptado su invitación. Con esta ocasión, si ustedes están de acuerdo, puedo pasar también por Albania.

—Que venga usted a Albania estamos completamente de acuerdo, —le dijimos y le agradecemos su deseo de venir a nuestro país, a pesar de que nos sonó bastante mal que el primer ministro de China relacionara su venida a Albania con la «ocasión» de su ida a Yugoslavia.

Pero, como ya he dicho anteriormente, era el tiempo en que las fiebres del revisionismo habían contagiado a todos, y cada uno trataba de dirigirse cuanto antes a Belgrado para recibir la bendición y la «experiencia» del veterano del revisionismo moderno. Un día, Scocimaro vino a quejarse ante mí de que Togliatti había ido a Belgrado y no se había entendido bien con Tito.

—¿Cómo? —le pregunté no sin ironía—
¿Han tenido disputas?

—No —me dijo—, pero no se han puesto de acuerdo en todo. A pesar de esto —prosiguió—, vamos a enviar una delegación a Belgrado a conocer su experiencia.

—¿En qué terreno? —le pregunté.

—Los camaradas yugoslavos —me respon-

dió— han combatido eficazmente la burocracia y actualmente ya no existe burocracia en Yugoslavia.

—¿Cómo saben que allá no hay burocracia?
—le pregunté.

—Porque en Yugoslavia también los obreros obtienen ganancias —fue su respuesta. Le hablé de la actitud de nuestro Partido hacia este problema, pero el italiano estaba obsesionado con Tito. Le preguntamos:

—¿Por qué solamente a Yugoslavia quieren enviar gente a «adquirir experiencia»? ¿¿Por qué no han enviado delegaciones de este género también a los países de democracia popular, como a Albania por ejemplo?!

Quedó turbado, pero al cabo de un momento halló respuesta:

—Las enviaremos — dijo—. Mire, por ejemplo, la experiencia de China, en lo que se refiere a la colaboración de la clase obrera con la burguesía y del Partido Comunista con los demás partidos democráticos, es de mucho valor para nosotros. La estudiaremos...

Tenía verdaderamente dónde aferrarse. Los revisionistas italianos podían desde entonces dirigirse no solamente a Yugoslavia y a China, sino a todas partes, para adquirir o transmitir la experiencia de la traición a la causa del proletariado, de la revolución y del socialismo. Nuestro país fue el único a donde no vinieron, y a donde no

podían venir, pues en él no se aplicaba más que el marxismo-leninismo. Pero esta experiencia, ellos no la necesitaban.

El 3 de octubre de 1956 emprendimos el camino de regreso a nuestra patria. Durante ese viaje pudimos convencernos todavía más de las grandes y peligrosísimas proporciones que había tomado el revisionismo moderno jruschovista.

En Budapest íbamos a ver uno de los productos más horribles de la «nueva línea» jruschovista-titista, la contrarrevolución. Hacía tiempo que se había incubado, ahora estallaba.

9. LOS «DEMONIOS» FUERA DE CONTROL

La contrarrevolución en acción en Hungría y en Polonia. Matyas Rakosi. ¿Quién ha preparado la «ensalada» de Budapest? Entrevista con dirigentes húngaros. Debate con Suslov en Moscú. La «autocrítica» de Imre Nagy. El derrocamiento de Rakosi. La reacción toma ímpetu. Jruschov, Tito y Gerö en Crimea. Andropov: «no podemos calificar a los insurgentes de contrarrevolucionarios». La dirección soviética vacila. El Partido de los Trabajadores Húngaros es liquidado. Nagy declara la retirada del Tratado de Varsovia. Una parte de los entre bastidores: las cartas Tito-Jruschov. Polonia 1956, Gomulka en el trono. Una retrospectiva: Bierut. El programa contrarrevolucionario de Gomulka. Las enseñanzas que hemos obtenido de los acontecimientos de 1956. Conversaciones en Moscú, diciembre de 1956.

El espíritu infecto del XX Congreso enardeció a todos los elementos contrarrevolucionarios de los países socialistas y los partidos comunistas y obreros, y estimuló a los que, enmascarados,

acechaban la ocasión para derrocar el socialismo allí donde había triunfado.

Los contrarrevolucionarios, en Hungría, Polonia, Bulgaria, Checoslovaquia y otros países, los traidores al marxismo-leninismo en el seno de los partidos de Italia y Francia y los titistas yugoslavos recibieron con júbilo las mal afamadas tesis de Jruschov sobre la «democratización», sobre el «culto a Stalin», sobre la rehabilitación de los enemigos condenados, sobre la «coexistencia pacífica», sobre la «transición pacífica» del capitalismo al socialismo, etc. Los revisionistas, en el Poder o derrocados, la socialdemocracia y los intelectuales burgueses reaccionarios abrazaron estas tesis y consignas con entusiasmo y esperanza.

Los acontecimientos de Hungría y de Polonia fueron el prólogo palpable de la contrarrevolución que se desarrollaría con más amplitud y profundidad no sólo allí, sino también en Bulgaria, Alemania del Este, Checoslovaquia, China, y especialmente en la Unión Soviética.

Después de haber asegurado en cierto modo sus propias posiciones en Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia, etc., la camarilla jruschovista acometió hacia Hungría, cuya dirección no se mostraba muy dócil en la aplicación de la línea soviética. Pero hacia Hungría convergían también las miras de Tito y de los norteamericanos.

Hungría, como se estaba viendo, tenía bas-

tantes puntos débiles. Habíase creado el partido que encabezaba Rakosi, el cual estaba rodeado de algunos viejos comunistas, como Gerö y Munnich, pero también de jóvenes, incorporados en fecha reciente, que encontraron la mesa puesta gracias al Ejército Rojo y Stalin. Se empezó a «construir el socialismo» en Hungría, pero las reformas no eran radicales. Se procuraba satisfacer al proletariado, pero sin contrariar demasiado a la pequeña burguesía. El partido húngaro era una unión del supuesto partido comunista en la clandestinidad (presos de guerra húngaros capturados en la Unión Soviética), de los viejos comunistas de Bela Kun y del partido socialdemócrata. Esta unión era pues un injerto enfermo que nunca se recobró, hasta que la contrarrevolución y Kadar, de concierto con Jruschov y Mikoyan, declararon por decreto la completa liquidación del Partido de los Trabajadores Húngaros.

He conocido a Rakosi de cerca y le he tenido en gran estima. He conversado a menudo con él, pues ya fuera por asuntos de trabajo, ya en viajes familiares con Nexhmije, hemos ido varias veces a visitarle. Rakosi era una persona honrada, un viejo comunista, un dirigente del Komintern. Estaba armado de buenas intenciones, pero su trabajo era saboteado por dentro y por fuera. En vida de Stalin, todo parecía andar bien, pero después de su muerte, las debilidades en Hungría comenzaron a aflorar.

Una vez, en el transcurso de una conversación, Rakosi me habló del ejército húngaro y me preguntó sobre el nuestro.

—Nuestro ejército es débil —me dijo—, carecemos de cuadros, nuestros oficiales son viejos, han pertenecido al ejército de Horthy, por eso nos vemos obligados a incorporar simples obreros de las fábricas de Chepelin y vestirlos de oficiales.

—Sin un ejército fuerte —le dije a Rakosi—, no se puede defender el socialismo. Es preciso depurar a los horthystas. Han actuado bien al alistar obreros, ahora, es importante darles una educación como se debe.

Cuando estábamos conversando en la residencia de Rakosi, llegó Kadar, de regreso de Moscú, a donde había ido a curarse la vista. Rakosi me lo presentó, le preguntó por su salud y le permitió que se retirase a su casa a descansar. Cuando nos quedamos solos, Rakosi me dijo:

—He aquí a Kadar, por ejemplo, es un cuadro nuevo y lo hemos nombrado ministro del Interior.

A decir verdad, no me pareció que éste tuviera la talla de un ministro del Interior.

En otra ocasión hemos discutido de la economía. Me habló sobre la situación económica de Hungría, sobre todo de la agricultura que, según decía, marchaba tan bien que ¡el pueblo comía copiosamente, los mercados rebosaban de carne

de cerdo, embutidos, cerveza, vinos! Abría los ojos de asombro, pues sabía que no sólo en nuestro país, sino en ninguno de los países socialistas, incluida la misma Hungría, existía tal situación. Rakosi tenía un defecto, era expansivo y exageraba los resultados del trabajo. No obstante esta debilidad, Matyas, en mi opinión, tenía un buen corazón de comunista y su visión de la línea de desarrollo del socialismo no era errónea. Hay que reconocer, ésta es mi opinión, que Hungría y la dirección de Rakosi fueron el blanco de los manejos saboteadores de la reacción internacional secundada por el clero y la poderosa capa de los kulaks y los fascistas horthystas disfrazados, el blanco del titismo yugoslavo y sus agentes con Rajk a la cabeza, de Kadar (enmascarado) y otros, y por último, de Jruschov y los jruschovistas, los cuales, lejos de apreciar a Rakosi y los que le apoyaban, lo detestaban, pues había permanecido fiel a Stalin y al marxismo-leninismo, y con el peso de su personalidad, no se privaba de hacer objeciones en las reuniones conjuntas. Rakosi pertenecía a la vieja guardia del Komintern, y el Komintern era la «bestia terrible» para los revisionistas modernos.

Así, Hungría se convirtió en el terreno de las intrigas y combinaciones entre Jruschov, Tito y los contrarrevolucionarios (detrás de los cuales estaba el imperialismo norteamericano), que carcomían desde dentro al partido húngaro y las po-

siciones de Rakosi y de los elementos sanos de su dirección. Rakosi constituía un obstáculo tanto para Jruschov, quien trataba de hacer entrar a Hungría en su redil, como para Tito, que buscaba destruir al campo socialista y odiaba doblemente a Rakosi, como uno de los «stalinistas» que le habían desenmascarado en 1948.

En abril de 1957, cuando el «grupo antipartido» de Malenkov, Molotov, etc., no había sido todavía liquidado, me encontraba en Moscú con la delegación de nuestro Partido y de nuestro Gobierno. Después de participar en una cena no oficial en la *Ekaterinski Zall* del Kremlin, nos sentamos en un ángulo de la sala para tomar café con Jruschov, Molotov, Mikoyan, Bulganin y otros. No sé cómo Molotov, dirigiéndose a mí, me dijo como en son de broma:

—Mañana Mikoyan parte para Viena. Seguro que allí va a hacer una ensalada como la que hizo en Budapest.

A fin de dar largas a la conversación, le pregunté:

—¿Cómo, Mikoyan hizo esa ensalada?

—¿Y quién podría hacerla? —respondió Molotov.

—Pero entonces —añadí—, Mikoyan no puede volver a Budapest.

—Si vuelve allá Mikoyan —prosiguió Molotov—, lo ahorcarán.

Jruschov había bajado la cabeza y revolvía

su café. Mikoyan estaba negro, refunfuñaba, y, sonriendo de un modo cínico, dijo:

—Cómo no, claro que puedo ir a Budapest. Si me ahorcan a mí, ahorcarán también a Kadar, porque los dos juntos hicimos la ensalada.

El papel de los jruschovistas en la tragedia húngara para mí estaba claro.

Los esfuerzos de Jruschov y de Tito para liquidar lo que de sano había en Hungría iban en el mismo sentido y es por esto que ambos coordinaron sus acciones. Con el viaje de Jruschov a Belgrado, estos esfuerzos apuntaban a la rehabilitación de los conspiradores titistas, Koçi Xoxe, Rajk, Kostov, etc. Si nuestro Partido no se movió en lo más mínimo de sus posiciones justas y de principio, el partido húngaro no hizo lo propio, fue vencido, Tito y Jruschov salieron triunfantes. La traición, con Rajk, fue rehabilitada. Las posiciones de Rakosi se debilitaron considerablemente.

La dirección del partido húngaro, con Rakosi y Gerö, tal vez cometió también algunos errores en el terreno económico, pero no fueron estos errores los que motivaron la contrarrevolución. El principal error de Rakosi y sus compañeros fue el no mantenerse firmes, el haber vacilado ante la presión de los enemigos del exterior y del interior. No movilizaron al partido, al pueblo, a la clase obrera, para aplastar en embrión los esfuerzos de la reacción, al contrario, le hicieron concesiones a ésta, rehabilitaron a enemigos como Rajk,

y dejaron que la situación se debilitara a tal punto que la contrarrevolución estalló.

En junio de 1956, cuando me dirigía hacia Moscú para asistir a una reunión del COMECON, mantuve en Budapest una entrevista con los camaradas del Buró Político del Partido de los Trabajadores Húngaros. No encontré allí ni a Rakosi, ni a Hegedus, el primer ministro, ni a Gerö, porque también ellos habían tomado el tren hacia Moscú. (De hecho, en Moscú no encontré ni noté a Rakosi ni en la reunión consultiva, ni en ninguna otra parte. Seguramente estaría de «reposo» en alguna «clínica», donde los soviéticos le «estarían convenciendo para que dimitiera». Efectivamente, dos o tres semanas después, era destituido de sus funciones.) Los camaradas húngaros me explicaron que tenían algunas dificultades en su partido y en su Comité Central.

—En el Comité Central —me dijeron—, se ha creado una situación en contra de Rakosi. Farkas, que había sido miembro del Buró Político, ha tomado la bandera contra él.

—Es hora ya de expulsar a Farkas no sólo del Comité Central, sino también del partido —me dijo Bata, ministro de Defensa. Su actitud —continuó— es antipartido y hostil. Su tesis es la siguiente: «Yo he cometido errores, Beria es un traidor. Pero ¿quién me ha ordenado cometer esos errores? Rakosi».

—Esta cuestión —me dijeron los camaradas:

húngaros— también ha sido planteada por Revai, que ha propuesto «formar una comisión encargada de analizar los errores de cada uno, los errores de Rakosi y otros».

Fui aquí que intervine para preguntar:

—¿Pero entonces el Comité Central no tiene confianza en el Buró Político?

—Así es —me dijeron—. Nos vimos obligados a aceptar la comisión, pero decidimos que su informe se sometiera previamente al Buró Político.

—¿Qué es esa comisión? —les dije—. El Comité Central debe encargarse al Buró Político que analice estos asuntos y luego discutir el informe que le será presentado. El Comité Central puede derribar al Buró Político si lo juzga necesario.

Los camaradas húngaros me explicaron entre otras cosas que Imre Nagy, quien había sido expulsado del partido como contrarrevolucionario, había afreído el día de su cumpleaños una gran cena a unas 150 personas, invitando entre otros a miembros del Comité Central y del gobierno. Muchos de ellos habían aceptado la invitación del traidor y habían acudido a la cena. Cuando un miembro del Comité Central había consultado a los camaradas de la dirección si debía ir o no a esa cena, estos le respondieron: «Decide tú mismo». Naturalmente, esta respuesta me pareció extraña y pregunté a los camaradas húngaros:

—Pero, ¿por qué no le dijeron claramente que no fuera, siendo que Imre Nagy es un enemigo?

—Bueno, dejamos que juzgara y dicitiera por sí mismo, a su conciencia —me respondieron.

En el curso de esta conversación los dirigentes húngaros me confesaron que tenían una difícil situación en el partido. A todos estos problemas, había venido a sumarse el XX Congreso.

—Hay grupos en el partido, escritores, etc. —me dijeron—, que no están en un buen camino, que buscan hacer suyo el XX Congreso. Estos elementos nos dicen que «el XX Congreso confirma nuestras tesis, que en la dirección hay errores. Por eso, nosotros tenemos razón».

—También la entrevista de Togliatti nos ha creado muchos problemas —me dijo uno de los presentes. Hay miembros del CC que me preguntan: «Pero, ¿qué estamos haciendo? Es mejor que pasemos a actuar, que también nosotros adoptemos en Hungría una política diferente, independiente, al igual que Yugoslavia».

Realmente las cosas allá habían ido de mal en peor. Otro miembro del Comité Central les había dicho con despecho: «¿Todavía el Buró Político nos sigue ocultando cuestiones como las del XX Congreso? ¿Por qué no se publica la entrevista de Togliatti?»

—Y la hemos publicado —me dijeron los camaradas del Buró—, ¡porque había que informar al partido!...

Les dije a los camaradas húngaros que nosotros teníamos una buena situación y les expli-

qué cómo habíamos actuado en la Conferencia de Tirana.

—En nuestro Partido existe —les subrayé— una justa democracia, una democracia que refuerza la situación y la unidad y no que las destruye. Por eso, continué, hemos golpeado a los que querían aprovecharse de la democracia en detrimento del Partido. No hemos permitido que entre nosotros sucedan semejantes cosas.

Como se estaba hablando de la entrevista de Togliatti, ellos quisieron saber mi opinión.

—Togliatti —respondí—, por lo que ha dicho, no marcha por un justo camino. Por supuesto que no hemos planteado públicamente nuestra posición hacia él, pero sí hemos convocado a los primeros secretarios de los regionales del Partido y les hemos explicado la cuestión a fin de que se mantengan vigilantes y dispuestos para toda eventualidad.

Sallai, miembro del Buró Político, interviene entonces y me dice:

—He leído la entrevista de Togliatti y no me ha parecido tan mala. El comienzo está bien, sólo al final se echa a perder.

—Nosotros no la hemos publicado y nos hemos sorprendido al oírla transmitir por Radio Praga —repuse.

Esta conversación me convenció de que su línea era vacilante. Además, se notaba que incluso los elementos más sanos del Buró estaban bajo la

presión de los elementos contrarrevolucionarios, por eso sus actitudes eran vacilantes. El Buró Político parecía solidario, pero de hecho lo habían aislado por completo.

Por la noche nos ofrecieron un banquete en el edificio del Parlamento, en una sala donde llamaba la atención un gran retrato de Atila, colgado en la pared. Hablamos de nuevo de la grave situación que bullía en Hungría. Era visible que los camaradas húngaros habían perdido su aplomo.

—¿Qué están haciendo? ¿Cómo es que se cruzan de brazos ante esta contrarrevolución en ascenso? ¿Por qué hacen de espectadores y no toman medidas? —les dije.

—¿Qué medidas deberíamos tomar? —preguntó uno de ellos.

—Cerrar inmediatamente el club *Petöfi*, detener a los cabecillas turbulentos, sacar a la clase obrera armada a las avenidas y cercar a Esztergom. Si no pueden encarcelar a Mindszenty, ¿acaso no pueden detener a Nagy? Hagan fusilar algunos de los cabecillas de estos contrarrevolucionarios para que comprendan qué es la dictadura del proletariado.

Los camaradas húngaros abrían los ojos y me miraban asombrados como si quisieran decirme: «¿Acaso estás en tus cabales?». Uno de ellos objetó:

—No podemos actuar como usted dice, camarada Enver, porque no juzgamos la situación

tan alarmante. Tenemos la situación en nuestras manos. Los gritos del club *Petöfi* son cosas de niños y si algunos miembros del Comité Central fueron a felicitar a Imre Nagy, lo hicieron porque eran viejos compañeros suyos y no porque estén en desacuerdo con el Comité Central que excluyó a Imre de sus filas.

—Me parece que consideran la cuestión a la ligera y no valoran debidamente el gran peligro que se les viene encima —les dije—. Confíen en nosotros, pues conocemos bien a los titistas y sabemos qué persiguen como anticomunistas y agentes del imperialismo que son.

Estaba predicando en el desierto. Comimos nuestro amargo bocado y en el curso de las conversaciones que duraron algunas horas, los camaradas húngaros se pusieron a tratar de convencerme de que «dominaban la situación» y a contarme otras pamplinas.

Al día siguiente por la mañana tomé el avión para Moscú. Me entrevisté con Suslov en su oficina en el Kremlin. Como de costumbre me recibió con sus modales característicos, caminando como una bailarina de *Bolchoi* y, una vez que estuvimos sentados, comenzó a preguntarme sobre Albania. Tras un intercambio de opiniones sobre nuestros problemas, me referí a la cuestión de Hungría. Le hice saber mis impresiones y mis opiniones, tal como les había expresado a los camaradas húngaros. Suslov me miraba con esos ojos pe-

netrantes a través de sus gafas de hueso oscuro, y, al hablar, notaba que en sus ojos asomaban signos de descontento, de molestia, de cólera. Acompañaba su desaprobación y estos sentimientos con los garabatos que hacía con su lápiz en un papel blanco que tenía sobre la mesa. Seguí hablando y para concluir le dije que me había extrañado la calma y la serenidad de los camaradas húngaros.

Suslov, con esa vocecita de pífano, empezó a hablar, y en esencia me dijo:

—No podemos estar de acuerdo con su modo de enjuiciar la cuestión húngara. Usted presenta la situación como muy alarmante, pero no es como usted la cree. Puede que usted no tenga información suficiente,—y continuó hablándome extensamente, tratando de «tranquilizarme» y convencerme de que la situación en Hungría no tenía nada de alarmante. No me convencieron en absoluto sus «argumentos», y los acontecimientos que se produjeron posteriormente vinieron a confirmar toda la justeza de nuestras opiniones y observaciones sobre la gravedad de la situación existente en Hungría. Unos dos meses después, a finales de agosto de 1956, tuve de nuevo un reñido debate con Suslov sobre la cuestión húngara. Cuando viajábamos a China para asistir al congreso del partido chino, hicimos escala en Budapest. La conversación que mantuvimos en el aeropuerto con algunos dirigentes húngaros de entonces reforzó aún más nuestra convicción de que

la situación en Hungría se precipitaba, la reacción actuaba, mientras que la dirección húngara favorecía con sus actos la contrarrevolución. En la escala que hicimos en Moscú, tuvimos un encuentro con Suslov, al que hicimos saber nuestras inquietudes a fin de que las transmitiera a la dirección soviética. Suslov observó la misma actitud que en el encuentro que mantuve con él en el mes de junio.

—No tenemos —nos dijo Suslov— ni por nuestras fuentes de información ni por otras fuentes, señales que nos indiquen que allá, como ustedes dicen, la contrarrevolución está en eferescencia. Los enemigos arman mucho ruido sobre Hungría, pero la situación allí tiende a normalizarse. Es verdad que hay algunos movimientos de estudiantes, mas éstos no presentan peligro, están bajo control. Los yugoslavos no actúan allí, como ustedes afirman. Deben saber que no sólo Rakosi, sino también Gerö han cometido errores. . .

—Sí, es verdad que han cometido errores —interrumpí a Suslov—, pues han rehabilitado a los traidores titistas húngaros que complotaron para socavar las bases del socialismo. Contrajo sus delicados labios, luego prosiguió:

—Por lo que se refiere al camarada Imre Nagy no podemos estar de acuerdo con usted, camarada Enver.

—Me extraña mucho —le dije— oírles ca-

lificar a Imre Nagy de «camarada», cuando el Partido de los Trabajadores Húngaros le ha arrojado de su seno.

—Poco importa que lo hayan arrojado —dijo Suslov—. El hecho es que se ha arrepentido y ha hecho su autocritica.

—Las palabras se las lleva el viento —repliqué—, no se fíen de las palabras...

—No —dijo Suslov contrariado—, aquí tenemos su autocritica por escrito, y procedió a abrir su gaveta, de donde sacó un escrito firmado por Imre Nagy y dirigido al Partido Comunista de la Unión Soviética, en el que aquél reconocía haber cometido errores de «pensamiento y acción» y solicitaba el respaldo de los soviéticos.

—¿Se fían de eso? —pregunté a Suslov.

—¡Sí, por qué no! —me respondió—. Los camaradas —prosiguió— pueden equivocarse, pero cuando reconocen sus errores, debemos tenderles la mano.

—Este es un traidor —le dije a Suslov— y nosotros pensamos que cometen un gran error al tender la mano a un traidor.

Con esto se cerró la conversación con Suslov y nos despedimos sin habernos llegado a entender. Este encuentro nos dejó la impresión de que los soviéticos, después que habían condenado definitivamente a Rakosi, estaban alarmados y atemorizados ante la situación en Hungría; no sabían qué hacer y buscaban una salida ante la tormen-

ta que se avecinaba. Ciertamente habían entrado en conversaciones con Tito para llegar en común a un arreglo. Estaban preparando a Imre Nagy, pensando que a través de éste dominarían la situación en Hungría. En efecto así sucedió.

El círculo de Rakosi era muy débil. Ni el Comité Central, ni el Buró Político estaban al nivel requerido. Personas como Hegedus, Kadar, viejos como Munnich y algunos mozalbetes sin experiencia de partido y de lucha fueron debilitando cada día más la dirección de los asuntos y cayeron en las redes de la telaraña titista-jruschovista.

Toda esta aventura fue preparada febrilmente. La reacción se reanimó, cobró ímpetu, se expresaba y actuaba abiertamente. El seudocomunista, el kulak y traidor Imre Nagy, bajo la máscara del comunismo, se convirtió en bandera del titismo y de lucha contra Rakosi. Este último había visto el peligro que se cernía sobre el partido y el país y había tomado sanciones contra Imre Nagy, expulsándolo del partido a finales de 1955. Pero era demasiado tarde. La telaraña de la contrarrevolución había atrapado a Hungría en sus redes y ésta estaba a punto de sucumbir. Rakosi era atacado a la vez por Jruschov, por Tito, por el centro de Esztergom y por la reacción exterior. Ana Ketli, Mindszenty, los condes y los barones al servicio de la reacción mundial, que se habían juntado en Hungría, Austria y otros lugares, organi-

zaban la contrarrevolución e introducían armas con vistas al caos que estaban preparando.

El club *Petöfi* se convirtió en centro de la reacción. Este era supuestamente un club cultural de la Unión de la Juventud, pero de hecho actuaba en las mismas narices del partido húngaro, como un nido donde los intelectuales reaccionarios no sólo chachareaban contra el socialismo y la dictadura del proletariado, sino también se preparaban y se organizaban, hasta que llegaron a presentar con arrogancia y bajo formas de ultimátum sus exigencias al partido y al gobierno. En un principio, mientras Rakosi estuvo a la cabeza, se intentó tomar algunas medidas: fue golpeado el club *Petöfi* mediante una resolución del Comité Central, fueron expulsados un par de escritores del partido, pero se trataba más bien de pinchazos que de medidas radicales. El nido de la contrarrevolución continuaba existiendo y, poco tiempo después, también aquellos que habían sido golpeados fueron casi todos rehabilitados.

Imre Nagy, derrocado, vivía como un bajá en su casa, que había convertido en un lugar de recepciones para sus adeptos. Entre éstos había funcionarios del Comité Central del Partido de los Trabajadores Húngaros. Los dirigentes húngaros iban y venían aturdidos de Moscú, mientras que sus compañeros del Comité Central, en vez de tomar medidas contra el elemento reaccionario que se levantaba, iban de visita a casa de Imre

Nagy a felicitarle su cumpleaños. Los cortesanos de Rakosi se convirtieron en cortesanos de Nagy y prepararon a este último el terreno para tomar el Poder.

La decisión de derrocar a Rakosi fue tomada en Moscú y en Belgrado. Aquel cedió, no habiendo podido resistir a las presiones de los jruschovistas y los titistas, así como a las intrigas de los agentes de éstos en la dirección húngara. Rakosi fue obligado a presentar su dimisión supuestamente «por razones de salud» (¡padecía hipertensión!), y a la vez reconocía sus «faltas en la violación de las leyes». Inicialmente se habló de los méritos del «camarada Matyas Rakosi» (de esta forma lo «enterraban» con honores), luego se habló de sus errores y al final fue calificado de «banda criminal de Rakosi». Suslov, que precisamente en aquellos momentos se fue a Hungría de vacaciones (!), jugó un importante papel en los manejos que se llevaron a cabo entre bastidores previamente a la destitución de Rakosi.

Por lo que se vio, Rakosi era la última piedra que impedía que la carroza revisionista fuera al galope. Ciertamente es que, al contrario de lo que querían los soviéticos y yugoslavos, no fue Kadar, sino Gerö, elegido primer secretario, pero también este último tenía sus días contados. A su vez Kadar, que había sido encarcelado y hacía poco le habían rehabilitado, fue elegido inicialmente al

Buró Político y, como hombre de Jruschov y de Tito, era de hecho el «primer violín».

Después del pleno de julio de 1956 (en el que Gerö reemplazó a Rakosi y Kadar entró a formar parte del Buró), la reacción cobró ímpetu, la autoridad del partido y del gobierno casi no existía. Los elementos contrarrevolucionarios exigían insistentemente la rehabilitación de Nagy y la destitución de aquellos pocos dirigentes sanos que había en la dirección. Gerö, Hegedus y otros corrían de ciudad en ciudad y de fábrica en fábrica para calmar los ánimos, prometiendo «democracia», «legalidad socialista», aumentos salariales. Se comprende que todo esto no se hacía en un justo camino marxista-leninista, sino bajo la presión de la potente ola de la pequeña burguesía y la reacción.

La destitución de Rakosi de la dirección del partido húngaro fue considerada por nosotros como un error que perjudicaba y debilitaba considerablemente la situación en Hungría, y esta opinión se la expresamos a los dirigentes soviéticos, en diciembre, cuando viajamos a Moscú. Los propios acontecimientos vendrían a confirmar toda la razón que existía de nuestra parte.

Comenzó el «feliz» período de la liberalización, el período de los excarcelamientos y de la exhumación de los que la dictadura del proletariado había condenado con justa razón. El trai-

dor Rajk y sus compañeros fueron inhumados de nuevo tras una ceremonia pomposa en la que participaron miles de personas encabezadas por los dirigentes húngaros, ceremonia que finalizó con el himno de la Internacional. Así el traidor Rajk pasó a ser el «camarada Rajk» y un héroe nacional de Hungría, casi al mismo nivel que Kossuth.

Después de dirigir una carta formal al Comité Central, Nagy fue admitido de nuevo en el Partido, en donde esperaba seguro la evolución de los acontecimientos que lo llevarían al Poder. Y estos acontecimientos no tardaron en producirse.

Después de Rajk salieron a escena muchos otros, condenados anteriormente, oficiales y curas, presos políticos y ladrones, a los que se les venía a dar una satisfacción moral y material. La viuda de Rajk recibió una recompensa, por la traición de su esposo, de 200.000 forints, y los periódicos de Budapest daban la noticia sobre la generosidad de la «señora Rajk», que había donado esta suma a los colegios populares. Aquellos que los tribunales habían condenado, fueron declarados víctimas de Rakosi, de Gabor Peter y de Mijal Farkas, que en aquellos días había sido detenido. Los altos funcionarios se disculpaban ante la reacción por sus «crímenes». «¿Pero qué íbamos a hacer —decía el ministro de Justicia—, si fue el mismo camarada Rajk que admitió las acusaciones formuladas contra él?»

Bajo las presiones de Jruschov, Hegedus, cuando todavía estaba en el puesto de primer ministro, declaraba: «Lamentamos profundamente que nuestro partido y nuestro gobierno hayan calumniado a los yugoslavos», y Gerö, por su parte, en su primer discurso después de su elección a la cabeza del partido, dijo: «nuestro Partido debe todavía saldar sus deudas con la Liga de los Comunistas y los dirigentes de Yugoslavia, condenar las calumnias que hemos propagado a costa de la República Federativa Yugoslava».

Gerö, que era uno de los más viejos dirigentes del partido, en todos esos acontecimientos, se mostró un oportunista y un cobarde, que daba repentinos bandazos y gesticulaba como una marioneta cuyos hilos manejaban los verdaderos actores de la tragedia húngara. Cuando Tito se encontraba de «vacaciones» en Crimea, Gerö acudió a visitarle al chalet de Jruschov y los tres, acompañados de sus respectivos séquitos, «se pasearon a orillas del mar, conversaron y se hicieron fotografiar». Una fotografía «histórica» si se escribiera la historia de las intrigas y tejemanejes a costa de los pueblos. Allá, en el chalet de Jruschov en Yalta, se llevó a cabo la primera reconciliación, y unos días después, Gerö y Hegedus, acompañados de Kadar, viajaron a Belgrado, donde mantuvieron conversaciones con Rancovich. No pasó mucho tiempo para que, de-

sencadenados los disturbios, Gerö fuera arrojado al basurero y Kadar, con la bendición de Jruschov y gracias a los manejos de Mikoyan y del ideólogo revisionista Suslov, fuera inflado y promovido a primer secretario.

Entretanto Imre Nagy, salido de su agujero, tomó el Poder, lanzó el grito de triunfo, proclamó la «democracia», y Tito estaba en el paroxismo de la victoria. La reacción llegó al Poder, el banditismo afluyó desde fuera, los partidos de la burguesía, fascistas, horthystas, clericales, fueron reconstituidos. El imperialismo infestó el país de espías, a la vez que introducía grandes cantidades de armas desde Austria. La Radio *Europa Libre* azuzaba día y noche la contrarrevolución, hacía llamamientos al derrocamiento y la total liquidación del régimen socialista. Hungría tenía ya anteriormente sus puertas abiertas para los espías disfrazados de turistas.

Cuando a nuestro regreso de China pasamos por Budapest en octubre de 1956, los mismos miembros del Buró del Partido de los Trabajadores Húngaros, nos dijeron que «estos últimos tiempos Hungría ha sido visitada por 20.000 turistas». Como les advertiera que esto era peligroso, me respondieron: «bien, pero obtenemos nuestros ingresos en divisas». Después de la caída de Rakosi, sobre todo en los tristemente famosos días de octubre, se abrieron las puertas a los horthystas, a los barones y condes, a los ex seño-

res y opresores de Hungría. Esterhazy se instalaba en pleno Budapest y telefoneaba a las embajadas para comunicarles su intención de ponerse a la cabeza del gobierno. Mindszenty, que ya había sido excarcelado, entraba en su palacio acompañado de la «guardia nacional» y bendecía a la población. Los viejos partidos, partidos de propietarios, de campesinos, de socialdemócratas, de católicos, que se reinstalaron en sus antiguas sedes y sacaron sus periódicos, se reanimaron como los gusanos en las llagas pestilentes. Nagy y Kadar entraron a formar parte en el gobierno. La contrarrevolución englobó a toda la capital y se propagaba por toda Hungría.

Como nos contó más tarde nuestro embajador en Budapest, enfurecidas multitudes de contrarrevolucionarios se dirigieron inicialmente a un monumento de bronce erigido a Stalin, en una plaza de Budapest, que todavía no había sido abatido. Tal como antaño los escuadrones de Hitler, que arremetían contra todo lo que era progresista, los horthystas y demás escoria de Hungría se lanzaron furiosamente sobre el monumento de Stalin y trataron de arrancarlo. No pudiendo derribarlo ni siquiera con la ayuda de sirgas de acero que tiraba un potente tractor, los bandidos acabaron su trabajo haciendo uso de sopletes. Su primer acto era simbólico: abatiendo el monumento de Stalin pretendían decir que iban a destruir todo lo que de socialismo, de dic-

tadura del proletariado, de marxismo-leninismo había quedado en Hungría. Las destrucciones, los asesinatos, la confusión invadieron toda la ciudad.

Jruschov y Suslov vieron que el «pájaro sarnoso Imre Nagy se les escapó de las manos. Este traidor, en el que Moscú cifraba sus esperanzas cual ahogado que para salvarse se agarra a sus cabellos, dejó ver, cuando se desbordaba la ola de furor contrarrevolucionario, su verdadera catadura, dio a conocer su programa reaccionario e hizo declaraciones públicas sobre la retirada de Hungría del Tratado de Varsovia. Embajador soviético en Hungría era un tal Andropov, un hombre del KGB, que posteriormente ocupó un alto cargo y jugó un papel infame también contra nosotros. Este agente, que se hacía pasar por embajador, se vio cercado por la contrarrevolución desencadenada. Sin embargo, aún cuando los acontecimientos contrarrevolucionarios se sucedían abiertamente, aún cuando Nagy llegó a la cabeza del gobierno, los soviéticos todavía le daban su respaldo, esperando, por lo visto, mantenerlo bajo control. En aquellos días, después de una primera intervención truncada del ejército soviético, Andropov le decía a nuestro embajador en Budapest:

—No podemos calificar de contrarrevolucionarios a los insurrectos, porque entre ellos hay también personas honradas. El nuevo gobierno

es bueno y es necesario mantenerlo para estabilizar la situación.

—¿Cómo te parecen los discursos de Nagy?
—le preguntó nuestro embajador.

—No son malos —respondió Andropov, y cuando nuestro camarada le indicó que lo que se decía de la Unión Soviética no le parecía correcto, aquél le replicó:

— Hay antisovietismo, sin embargo el último discurso de Nagy no era malo ni tampoco era anti-soviético. Nagy busca mantener contactos con las masas. El Buró Político es bueno y goza de crédito.

Los contrarrevolucionarios actuaban con tanta arrogancia que llegaron a arrojar de la embajada al propio Andropov y su personal, dejándoles en la calle durante varias horas. Por nuestra parte orientamos a nuestro embajador en Budapest a tomar medidas para defender la embajada y el personal y emplazar una ametralladora en el rellano superior de la escalera. Si los contrarrevolucionarios se atrevían a atentar contra nuestra embajada, debía abrirse fuego sin vacilación. Pero cuando nuestro embajador pidió armas a Andropov para asegurar la defensa de nuestra embajada, este se negó:

—Tenemos inmunidad diplomática, y nadie les va a tocar.

—¿De qué inmunidad diplomática me hablas?! —le dijo nuestro embajador—. Si a ustedes les han puesto en la calle.

—No, no —le dijo Andropov—, si les diéramos armas podría producirse algún incidente.

—Bien, entonces —le expresó nuestro representante —te lo pido oficialmente en nombre del Gobierno albanés.

—Voy a consultar a Moscú —dijo Andropov, y cuando la petición fue rechazada, nuestro embajador le declaró:

—Muy bien, pero deben saber que nos defenderemos con la pistola y escopetas de caza que tenemos.

El embajador soviético se había encerrado en la embajada y no se atrevía a asomar la cabeza. Un funcionario que desempeñaba un puesto de responsabilidad en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Hungría y era perseguido por los bandidos, solicitó asilo en nuestra embajada y se lo dimos. Este les dijo a nuestros camaradas que había ido antes a la embajada soviética, pero no le habían permitido entrar.

En un principio las tropas soviéticas acantonadas en Hungría intervinieron, luego, bajo la presión de Nagy y Kadar, se retiraron, y el gobierno soviético se declaró dispuesto a entablar conversaciones para su retirada de Hungría. Y mientras los contrarrevolucionarios hacían estragos, Moscú estaba atemorizado. Jruschov temblaba, dudaba en intervenir. Tito dominaba por completo la situación y apoyaba totalmente a Imre Nagy, incluso había concentrado sus tropas

y se disponía a intervenir. Entonces Moscú envió a Budapest a la persona adecuada, al traficante Mikoyan, acompañado del gallito Suslov.

Nosotros, aquí en Tirana, no dejamos de pronunciarnos. Convoqué al embajador soviético y le dije indignado:

—No se nos informa en absoluto de lo que está sucediendo en algunos países socialistas. Tito y sus compinches están implicados en la organización de la contrarrevolución en Hungría. Ustedes están cediendo este país al imperialismo y a Tito. Deben intervenir militarmente en Hungría y *fare piazza pulita** antes de que sea demasiado tarde.

Hice referencia a los objetivos de Tito, denuncié la confianza que Jruschov tenía en él y el que Suslov se hubiera fiado de la «autocrítica» de Imre Nagy.

— Ya pueden ver quién era Imre Nagy, —le dije—. Ahora en Hungría está corriendo sangre y es preciso encontrar a los culpables.

Me contestó:

—La situación es grave, pero no permitiremos que Hungría pase a manos del enemigo. Las opiniones que me acaba de manifestar las transmitiré a Moscú.

Es sabido lo que ocurrió en Hungría y en particular en Budapest. Fueron asesinadas miles

* Italiano en el original — despejar un lugar.

de personas. La reacción armada desde el exterior hizo una carnicería ejecutando en plena calle a comunistas y demócratas, a mujeres y niños; incendiando casas, oficinas y todo lo que encontraba a su paso. El bandidaje reinó durante días enteros. La única resistencia, pequeña, que surgió, fue la de los destacamentos de la seguridad de Budapest, mientras que el ejército húngaro y el Partido de los Trabajadores Húngaros fueron neutralizados y liquidados. Kadar promulgó el decreto de liquidar el Partido de los Trabajadores Húngaros, acto con el que mostró su verdadera catadura, y proclamó la formación del nuevo partido, el Partido Socialista Obrero, que él mismo edificaría junto con Nagy y otros.

La embajada soviética estaba rodeada de tanques y en su interior, Mikoyan, Suslov, Andropov, y quizás también otros, estaban urdiendo intrigas.

La reacción con Kadar e Imre Nagy a la cabeza, encerrados en el Parlamento, donde «tenían consejo», continuaban lanzando llamamientos a los Estados capitalistas occidentales a intervenir militarmente contra los soviéticos. Finalmente, el timorato Nikita Jruschov se vio obligado a dar la orden. Las fuerzas soviéticas blindadas marcharon sobre Budapest y comenzaron los combates en las calles. El intrigante Mikoyan hizo entrar a Andropov en un tanque y lo envió al parlamento a recoger a Kadar a fin de poder manipular con

él. Y así ocurrió. Kadar cambió nuevamente de amo, cambió nuevamente de camisa, viró hacia los soviéticos y, defendido por sus tanques, exhortó al pueblo a poner fin a los disturbios, y a los contrarrevolucionarios a deponer las armas.

El gobierno de Nagy había llegado a su fin. La contrarrevolución fue aplastada, y aquél encontró asilo en la embajada de Tito. Era evidente que se trataba de un agente de Tito y de la reacción mundial. También contaba con el apoyo de Jruschov, pero a éste se le escapó de las manos, porque Nagy quería ir y fue más lejos. Durante meses enteros Jruschov peleó con Tito para que le entregara a Nagy, cosa que Tito rehusó, hasta que llegaron al compromiso de hacer que Nagy pasara a los rumanos. En los momentos en que tenían lugar las negociaciones con Tito sobre este asunto, Krilov, el embajador soviético en Tirana, nos consultó si estábamos o no de acuerdo en que Nagy fuera a Rumania.

—Imre Nagy, tal como lo hemos declarado ya anteriormente, —le respondí a Krilov—, es un traidor que abrió las puertas al fascismo en Hungría. Ahora se propone que este traidor, asesino de comunistas y de hombres progresistas, que este traidor que ha dado muerte a soldados soviéticos y les ha hecho a los imperialistas el llamamiento de intervenir, vaya a un país amigo. Ésta es una gran concesión con la que no podemos estar de acuerdo.

Después que se calmaron los ánimos y se enterraron las víctimas de la contrarrevolución húngara, obra en particular de Tito y de Jruschov, Nagy fue ejecutado. Tampoco esta actuación fue correcta, no porque Nagy no mereciera ser ejecutado, sino porque se hizo a escondidas, sin hacerlo comparecer ante el tribunal, sin desenmascararlo públicamente. Debía ser juzgado y castigado públicamente, sobre la base de las leyes del país cuyo súbdito era. Pero, desde luego, ni a Jruschov, ni a Kadar, ni a Tito les interesaba que Nagy fuera juzgado, ya que éste podría sacar los trapos sucios de los que manejaron los hilos del complot contrarrevolucionario.

Posteriormente, cuando la contrarrevolución húngara fue aplastada, salieron a la luz muchos hechos que probaban la complicidad de los dirigentes soviéticos en los acontecimientos húngaros. Nosotros teníamos, por supuesto, nuestras sospechas sobre el papel que jugaron los soviéticos, sobre todo en lo que atañe a la destitución de Rakosi, al respaldo que se concedía a Nagy, etc. Sin embargo, en aquel tiempo no conocíamos con exactitud cómo se desarrolló la colaboración Jruschov-Tito, asimismo desconocíamos las entrevistas secretas de Jruschov y Malenkov con Tito en Brioni. Esto fue descubierto más tarde y ante esta manera de obrar de los soviéticos, adoptamos nuestra actitud de oposición.

Algunos días después del restablecimiento

del orden en Hungría, la dirección soviética nos dio a conocer la correspondencia que había intercambiado con la dirección yugoslava acerca de la cuestión húngara. Los hechos que eran revelados en esas cartas suscitaron en nosotros una viva inquietud, pues se trataba de problemas serios y críticos. Los intereses del socialismo y del movimiento comunista exigían en aquel momento que la Unión Soviética fuese defendida frente a los ataques del imperialismo y la reacción, que nuestra unidad fuese preservada. Por otra parte, nuestro Partido no podía dejar de pronunciarse sobre esta actuación antimarxista de la dirección soviética. Todo debía ser juzgado y sopesado bien, profundamente, velando por los intereses del Partido, de nuestro país, de la revolución y del socialismo. Es así como juzgamos estos problemas, y comunicamos a los dirigentes soviéticos nuestras opiniones en un tono camaraderil, de modo que todo quedara y se corrigiera entre nosotros. En esos días, después de haber recibido las cartas, convoqué a Krilov.

—Le he llamado —le dije— para aclarar algunas cuestiones que surgen de estas cartas. Primero quiero decirle que nos parecen inadmisibles las alusiones que hace Tito a «ciertas personas maliciosas», sobreentendiéndolo con ello abiertamente la dirección de nuestro Partido. Tal expresión en boca de Tito no nos sorprende porque estamos habituados a sus ataques. Pero sí nos

sorprende que en la respuesta del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética no se observa una actitud categórica en relación a estas insinuaciones de Tito. ¿Puede usted decirme algo acerca de esto?

—¡Nada puedo decirle al respecto! —me contestó Krilov, fiel a su mutismo.

Entonces proseguí:

—A Tito habría que decirle sin ambages que no somos personas maliciosas ni enemigos del socialismo, como él afirma. Somos marxista-leninistas, personas decididas a combatir hasta el fin por la causa del socialismo. Por el contrario, Tito es enemigo de la revolución y del socialismo. Y hay muchos hechos que lo confirman:

Krilov continuó en su mutismo y yo, prosiguiendo la conversación, me detuve particularmente en otro problema que nos llamaba la atención en estas cartas: «Usted, escribía Jruschov a Tito, estaba plenamente satisfecho de que el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética viniera haciendo esfuerzos, desde el verano pasado, para que Kadar pasara a ser primer secretario después de la retirada de Rakosi».

Por otra parte, esta carta hacía patente su colaboración no sólo antes de los acontecimientos de octubre, sino también en el curso de los mismos, colaboración que se concretó en el plan urdido durante las conversaciones secretas de Brioni. Nosotros considerábamos inadmisibles es-

tos actos de los dirigentes soviéticos. En nuestra opinión los titistas seguían desarrollando su actividad subversiva y escisionista y, de manera particular, en Hungría esto se veía claramente. Esta convicción a que habíamos llegado se la transmitimos a la dirección de la Unión Soviética.

Pregunté a Krilov también sobre esta cuestión:

—No tenemos claro dónde se ha formado el Comité Central del Partido de los Trabajadores Húngaros, ¿en Budapest o en Crimea?

Evidentemente, a Krilov no le gustó esta pregunta y, mascullando la respuesta, me dijo:

—La cuestión vendría a ser así: los camaradas húngaros han ido a Crimea y han conversado con nuestros camaradas. Allí se ha planteado la cuestión de quién debía llevarse a la dirección. El Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética ha opinado que «sería conveniente elegir a Kadar».

—Es decir —proseguí—, ¿la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética no estaba por Gerö, sino por Kadar?

—Es lo que resulta de la carta —respondió Krilov.

—Además —le dije—, también el gobierno de Kadar ha sido formado en estrecha colaboración entre la dirección soviética y Tito, ¿o no es así?

—Sí, así parece, —se vio obligado a confesar Krilov.

Prosiguiendo la conversación, después de informarle de la preocupación que los acontecimientos húngaros habían suscitado en nuestro Partido, le recalqué al embajador soviético:

—La opinión unánime de nuestro Buró Político es que estos actos de los camaradas del Presidium del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, que tratan con Tito sobre la composición de la dirección del partido y del gobierno húngaros, no son correctos. La dirección soviética conoce perfectamente nuestros puntos de vista sobre todas estas cuestiones porque se los hemos manifestado. ¿O no es así?

—Sí —dijo Krilov—, así es.

—¿Ha transmitido usted a Moscú todas nuestras opiniones?

—Si —respondió—, las he transmitido.

Al final de la conversación, como por casualidad, el embajador soviético me pregunto:

—¿Tendrá lugar el juicio de Dali Ndreu?

Esta pregunta, desde luego, no venía casualmente. Al parecer el juicio y desenmascaramiento de los agentes de los revisionistas yugoslavos, Liri Gega y Dali Ndreu, no era del agrado de los soviéticos.

—El juicio está dispuesto y se va a llevar a cabo —le dije a Krilov —, pues estos individuos

son traidores y agentes. Dali Ndreu y Liri Gega, una vez que fracasaron en sus intentos de materializar el complot contra nuestro Partido y nuestro Estado y comprendiendo que tendrían que dar cuenta de su actividad subversiva, intentaron huir del país y fueron capturados en las proximidades de nuestra frontera estatal. Su actividad hostil ha sido plenamente comprobada y ellos mismos la han confesado. Si Tito se obstina en seguir su actividad hostil, vamos a hacer pública la verdad en torno a estos agentes, corroborándola con hechos y grabaciones magnetofónicas. Estimamos que ya no podemos soportar por más tiempo a los titistas, que quieren asesarnos puñaladas y a la vez acusarnos.

—Comprendo su situación —murmuró Krilov—, y se retiró con el rabo entre las piernas.

Fenómenos tales como los que se dieron en Hungría, se desarrollaron también en Polonia casi en la misma época, pero los acontecimientos de este último país no cobraron las mismas proporciones y el mismo carácter dramático que en Hungría. También en Polonia se había instaurado la dictadura del proletariado, bajo la dirección del Partido Obrero Unificado, pero allí, a pesar de la ayuda que era concedida por la Unión Soviética, el socialismo no se desarrolló con los ritmos requeridos. Mientras Bierut estuvo a la

cabeza y el partido polaco mantuvo correctas posiciones, se lograron éxitos en el desarrollo socialista del país. Pero las primeras reformas y medidas que se adoptaron no fueron llevadas hasta las últimas consecuencias, y la lucha de clases tampoco se desarrolló como era debido. El proletariado creció, la industria se desarrolló, se desplegaron algunos esfuerzos para propagar las ideas marxistas entre las masas, pero los elementos de la burguesía conservaron *de facto* muchas de sus posiciones dominantes. En el campo no se realizó la reforma agraria y la colectivización quedó a mitad de camino, hasta que Gomulka declaró no rentables las cooperativas y granjas estatales y favoreció el ascenso de la capa de los kulaks en el campo polaco.

Al igual que en Hungría, Alemania del Este, Rumania y otros lugares, el partido polaco se formó mediante una unión mecánica del partido existente con partidos burgueses,¹ denominados obreros. Quizá una cosa así fuese necesaria para

1 Este partido se formó en 1942. Entraron a formar parte de él elementos de izquierda del Partido Socialista Polaco y principalmente elementos del antiguo Partido Comunista Obrero de Polonia. Este último había sido creado también como resultado de la fusión de dos partidos obreros polacos: La Socialdemocracia del Reino Polaco y de Lituania y el Partido Socialista Polaco — de izquierda, en diciembre 1918. En 1925, tomó el nombre de Partido Comunista de Polonia. Se disolvió en 1938.

unir al proletariado bajo la dirección de un partido único, pero esta unión debía realizarse a través de un gran trabajo ideológico, político y organizativo para que los ex miembros de los demás partidos no sólo fuesen asimilados, sino, lo que es más importante, fuesen educados profundamente en las normas ideológicas y organizativas marxista-leninistas. Pero esto no se produjo ni en Polonia, ni en Hungría ni en otros países, y de hecho lo único que pasó fue que los miembros de los partidos burgueses cambiaron de nombre, se hicieron «comunistas», conservando sus viejos puntos de vista, su vieja concepción del mundo. Así, los partidos del proletariado no sólo no se reforzaron, sino que por el contrario se debilitaron, pues ahí arraigaron con sus puntos de vista los socialdemócratas y los oportunistas, caso de Cyrankiewicz, Marosan, Grotewohl, etc.

En Polonia, además, existía otro factor que influyó en las manifestaciones contrarrevolucionarias; el viejo odio del pueblo polaco a la Rusia zarista. Con el trabajo que desplegabla reacción dentro y fuera del partido, el viejo odio, que en el pasado era totalmente justificado, se volvió ahora contra la Unión Soviética, contra el pueblo soviético que, a decir verdad, derramó su sangre para liberar a Polonia. La burguesía polaca, que no había sido golpeada debidamente, hacía todo lo posible para excitar los sentimientos nacionalistas y chovinistas contra la Unión Soviética.

Después de la muerte de Bierut, estos sentimientos se manifestaron en Polonia de forma más abierta y al mismo tiempo las debilidades del partido y de la dictadura del proletariado se hicieron más patentes. Así, debido tanto a las deficiencias del trabajo, como a los esfuerzos de la reacción, de la iglesia, de Gomulka y Cyran-kiewicz, y a las ingerencias de los jruschovistas, se produjeron los disturbios de junio de 1956 y los acontecimientos que tuvieron lugar posteriormente. Es cierto que la muerte de Bierut favoreció los planes de la contrarrevolución. Conocía a Bierut desde hacía tiempo, cuando he viajado a Varsovia. Era un camarada maduro, experimentado, afectuoso, apacible. A pesar de ser más joven que él, se comportó conmigo de manera tan correcta y camaraderil que jamás podré olvidar su presencia. Incluso en Moscú, cuando le encontraba en las reuniones, sentía una gran satisfacción de conversar con él. Me escuchaba solícitamente cuando le hablaba sobre nuestro pueblo, sobre su situación. Era sincero, ecuánime, un hombre de principios.

La última vez que le he encontrado ha sido en Moscú, cuando se celebraba el XX Congreso del PCUS.

Poco tiempo antes de su muerte, Bierut, su esposa, Nexhmije y yo asistimos juntos, en un palco del *Teatro Mali*, a una pieza dedicada a la marina revolucionaria de Leningrado.

En el entreacto, en una pequeña salita detrás del escenario tuvimos una cordial conversación. Sacamos, entre otros, el tema del Komin-tern, pues el búlgaro Ganev había venido a reunirse con nosotros en aquel momento y ambos me hablaron de los recuerdos de su encuentro en Sofía, a donde Bierut había sido enviado en misión clandestina.

Poco tiempo después de este encuentro, vino la desgracia: Bierut había muerto... y al igual que Gottwald... «de un catarro». ¡Consternación y sorpresa!

Fuimos a Varsovia para asistir a su entierro. Era a comienzos de marzo de 1956. Ante el féretro de Bierut fueron pronunciados una serie de discursos, por Jruschov, Cyrankiewicz, Ochab, Chu Te, etc. Vukmanovich Tempo, que había llegado a los funerales, como enviado de Belgrado, hizo también uso de la palabra. El representante de los titistas aprovechó incluso esta ocasión para lanzar las consignas revisionistas y expresar su satisfacción por las nuevas «posibilidades y perspectivas» que acababa de abrir el XX Congreso.

«Bierut —dijo Tempo— nos deja en un momento en que se abren nuevas posibilidades y perspectivas a la colaboración y amistad entre todos los movimientos socialistas, para realizar las ideas de Octubre por vías diversas», y llamó a avanzar en el camino abierto «a través de incesantes acciones». Mientras se sucedían los dis-

cursos, no lejos de mí veía apoyado en un árbol a Nikita Jruschov que discutía apasionadamente con Wanda Wassilewska. A buen seguro, se había entregado a regateos ante el cadáver de Bierut que estaban depositando en la tumba.

Algunos meses después de estos tristes acontecimientos de principios de 1956, Polonia fue sumida en una confusión y un caos que oían a contrarrevolución.

Los acontecimientos que se produjeron en Polonia se parecían como dos gotas de agua a los que ocurrieron en Hungría. Las revueltas de los obreros de Poznan precedieron al estallido de la contrarrevolución húngara, pero de hecho estos dos movimientos contrarrevolucionarios maduraron al mismo tiempo, en situaciones idénticas y con idénticas inspiraciones. No voy a hacer una descripción detallada de los acontecimientos, pues éstos son conocidos, pero es interesante señalar la analogía de los hechos en estos dos países, el asombroso paralelismo en el desarrollo de la contrarrevolución en Polonia y en Hungría.

Tanto en Polonia como en Hungría fueron reemplazados los dirigentes: en el primer país murió Bierut (en Moscú), en el segundo Rakosi fue destituido (obra de Moscú); en Hungría fueron rehabilitados Rajk, Nagy, Kadar; en Polonia, Gomulka, Spihalski, Moravski, Loga-Sovinski y toda una recua de traidores; allá apareció en escena Mindszenty, aquí Vishinski.

Más significativa, si cabe, es la identidad ideológica y espiritual de estos acontecimientos. Tanto en Polonia como en Hungría los acontecimientos se desarrollaron bajo la égida del XX Congreso, con las consignas de la «democratización», la liberalización y la rehabilitación. Los jruschovistas jugaron un papel activo en la evolución de los acontecimientos en estos dos países, un papel infame y contrarrevolucionario. A su vez, también los titistas tenían su influencia en Polonia, acaso no tan directamente como en Hungría, pero las ideas de la autogestión y de las «vías nacionales al socialismo», los «consejos obreros» que tuvieron cabida en Polonia, ciertamente, se inspiraban en el «socialismo específico» yugoslavo.

Los acontecimientos de junio en Poznan eran movimientos contrarrevolucionarios incitados por la reacción, que se aprovechaba de las dificultades económicas y de los errores cometidos por el partido polaco en el desarrollo de la economía. Estas revueltas fueron reprimidas y no adquirieron las proporciones de Hungría, pero tuvieron grandes consecuencias en el desarrollo ulterior de los acontecimientos. La reacción encontró en Polonia a su Nagy; éste fue Vladislav Gomulka, un enemigo que apenas salido de la cárcel se convirtió en primer secretario del partido. Gomulka, que había sido por un cierto tiempo secretario general del Partido Obrero Polaco, fue con-

denado por sus puntos de vista oportunistas de-
rechistas y nacionalistas, bastante parecidos con
la línea que seguía el grupo de Tito, desenmasca-
rado en aquel entonces por el Kominform. Cuan-
do se desarrolló el congreso de unificación del
Partido Obrero y el partido socialista en 1948,
Bierut y los demás dirigentes y delegados desen-
mascararon y golpearon los puntos de vista de
Gomulka. Nuestro Partido había enviado un re-
presentante a este congreso, quien, de regreso a
Albania, nos habló de la actitud arrogante y por-
fiada que allí adoptó Gomulka. Gomulka fue de-
senmascarado, pero sin embargo, como se vino
a decir, «se le tendió una vez más la mano» y
fue elegido miembro del Comité Central. Según
palabras de un polaco que acompañaba a nuestro
camarada, Gomulka había mantenido durante
aquellos días un largo *tête-à-tête* con Ponomar-
renko, secretario del Comité Central del Partido
Comunista de la Unión Soviética, que asistía al
congreso, y, por lo visto, Ponomarenko había
persuadido a Gomulka a hacerse su autocrítica.
Pero el tiempo confirmó claramente que éste no
había renunciado a sus puntos de vista, y más
tarde fue condenado también por su actividad
contra el Estado.

Cuando empezó la campaña de las rehabili-
taciones, los partidarios de Gomulka presiona-
ban a la dirección del Partido para sacar a aquél
limpio de toda culpa. Pero estaba demasiado

desacreditado política e ideológicamente, por eso se presentaron muchos obstáculos en este sentido. Meses antes de que Gomulka se pusiera a la cabeza del partido polaco, Ochab declaraba «solemnemente» que el hecho de que Vladislav Gomulka había sido liberado de la cárcel «no variaba en absoluto la esencia de la justa lucha política e ideológica que el partido había librado contra los puntos de vista de Gomulka».

Jruschov, después de haber liquidado a Bierut, apoyó a Ochab, Zawadski, Zambrowski y a otros elementos como Cyrankiewicz, pero la semilla de la discordia y la escisión había penetrado profundamente y hacía lo suyo. Gomulka y sus partidarios se mostraron activos, y lograron acceder al Poder. Los jruschovistas estaban muy inquietos: Polonia debía quedar bajo su férula, *manu militari*, y su política e ideología se adaptaban a este imperativo. Jruschov abandonó a sus viejos amigos y viró hacia Gomulka, que no parecía muy inclinado a someterse al dictado de Jruschov.

El acceso de Gomulka al Poder nos convenció de que los acontecimientos en Polonia habían tomado un curso desfavorable al socialismo. No sólo conocíamos el pasado sombrío de Gomulka, sino que, además, estábamos en condiciones de enjuiciar a éste por los slogans que lanzaba y los discursos que pronunciaba. Llegó al Poder agitando consignas determinadas: «por la inde-

pendencia verdadera de Polonia» y «por la ulterior democratización del país». En el discurso que pronunció antes de ser elegido primer secretario, llegó incluso a amenazar a los soviéticos diciendo: «nosotros nos defenderemos»; y, por lo que hemos llegado a saber, en Polonia tuvieron lugar enfrentamientos entre unidades polacas y soviéticas. En general los acontecimientos de Polonia, al igual que los de Hungría, fueron desarrollándose bajo consignas antisoviéticas. Gomulka era también un antisoviético, cierto es, opuesto a la Unión Soviética de la época de Stalin, mas en el presente también deseaba verse libre del yugo que los jruschovistas se preparaban a imponer a los países del campo socialista. Como quiera que sea, no dejaba de hablar por pura fórmula de la amistad con la Unión Soviética y de «condenar» las consignas antisoviéticas. En lo que se refería a la permanencia del ejército soviético en Polonia se expresaba positivamente y esto lo hacía en nombre de los intereses nacionales inmediatos, pues temía un ataque eventual de Alemania Occidental, que no reconocía de ningún modo la frontera Oder-Neisse.

El revisionista Gomulka se movía con una arrogancia tan insólita que algunos de sus actos se los puse de relieve a Jruschov cuando lo encontré en Yalta. Estábamos sentados bajo un toldo levantado sobre los guijarros, a la orilla del mar, y Jruschov, después de escucharme y darme

la razón, me dijo textualmente: «Gomulka es un auténtico fascista». Ahora bien, posteriormente los dos contrarrevolucionarios acabaron poniéndose de acuerdo y todo era melindres y dulzuras entre ellos. Los desacuerdos y las contradicciones se atenuaron.

El discurso que pronunció Gomulka en el pleno del Comité Central que le eligió primer secretario, era el discurso «programático» de un revisionista. Criticó la línea seguida hasta entonces en el terreno de la industria, de la agricultura, presentó la situación con tintes sombríos y declaró que el sistema cooperativista en el campo y las granjas estatales no eran rentables. Nosotros juzgábamos que estos puntos de vista eran antimarxista-leninistas. En Polonia podían haberse cometido errores en el terreno de la colectivización y del desarrollo de las cooperativas agrícolas, pero la culpa de ello no era de imputar al sistema cooperativista, que había demostrado su vitalidad en la Unión Soviética, en los otros países socialistas y en nuestro país, como la única vía de construcción del socialismo en el campo. Gomulka blandió la espada a diestro y siniestro contra las «violaciones de la legalidad», contra el «culto a la personalidad», contra Stalin, contra Bierut (aunque no mencionó su nombre), contra los dirigentes de los países socialistas, que calificaba de satélites de Stalin. Gomulka tomó bajo su defensa las acciones contrarrevolucionarias de

Poznan. «Los obreros de Poznan —declaró Gómulka en el VIII pleno, en octubre de 1956—; no protestaban contra el socialismo, sino contra los males que se habían propagado en nuestro sistema social. La tentativa de presentar la dolorosa tragedia de Poznan como obra de agentes y de provocadores imperialistas ha sido políticamente muy ingenua. Las causas es preciso buscarlas en la dirección del Partido y del Gobierno».

Los soviéticos se inquietaron ante los acontecimientos que tenían lugar en Polonia, se atemorizaron, pues veían que la «nueva orientación», que ellos mismos habían proclamado, estaba llevando a los dirigentes polacos más lejos de lo que aquéllos deseaban y Polonia corría el peligro de escapar a su influencia. En los días en que se desarrollaba el pleno que restablecería a Gómulka en el Poder, Jruschov, Molotov, Kaganovich y Mikoyan acudieron urgentemente a Polonia. Jruschov, a su llegada al aeropuerto, reprendió con arrogancia a los dirigentes polacos: «Nosotros hemos derramado sangre para liberar este país, mientras que ustedes quieren entregarlo a los norteamericanos». La inquietud de los rusos aumentaba también debido a que el mariscal soviético de origen polaco, Rokossovsky, y otros miembros del Buró Político, que eran considerados prosoviéticos, como Mintsy y otros, estaban a punto de ser excluidos de aquél como de hecho lo fueron. Pero los polacos no se sometie-

ron ni a las presiones de los rusos ni a los movimientos de sus tanques, no les permitieron asistir siquiera a los trabajos del pleno. Se entablaron conversaciones, en las que también participó Gomulka, sin embargo Jruschov y consortes volvieron de momento con las manos vacías. Los soviéticos recurrieron a las presiones, publicaron un artículo en *Pravda* al que los polacos respondieron arrogantemente, pero, al final, Jruschov acabó por dar la bendición a Gomulka y éste, después de hacer un peregrinaje a Moscú, obtuvo créditos y habló de la «amistad leninista» soviético-polaca.

Gomulka puso en obra su «programa», creó los «consejos obreros», las «cooperativas autogestionadas» y los «comités de rehabilitación»; estimuló el comercio privado, introdujo la religión en la escuela y en el ejército, abrió las puertas a la propaganda extranjera, pronunciándose él también por la «vía nacional» al socialismo.

Los puntos de vista y las acciones de Gomulka eran tan descarados y resultaban tan patentes, que muchas personas no podían adherirse a ellos o por lo menos de una manera abierta. También Jruschov se veía obligado a tirarle de vez en cuando alguna piedrecita a su jardín. De la misma forma los checos, los franceses, los búlgaros, los alemanes del Este, que mantenían un ojo y una oreja dirigidos hacia Moscú, adoptaron en aquella época actitudes de reserva o incluso de

oposición. En cuanto a nosotros, como es de suponer, mostrábamos posiciones en contra de Gomułka y de sus acciones, y esto lo hemos puesto en conocimiento de la dirección soviética con la cual habíamos mantenido conversaciones al respecto. Esta actitud no era del agrado de los polacos, que se quejaban abiertamente en su prensa de que los otros partidos no comprendían los cambios que se operaban en Polonia. Uno de sus artículos publicados en esos días citaba nuestra prensa y la de algunos otros países como ejemplo de esta «incompresión», a diferencia de los partidos italiano, chino, yugoslavo y otros, que «habían comprendido correctamente el carácter profundamente socialista de los cambios habidos en Polonia».

Los yugoslavos acogieron con entusiasmo estos cambios «socialistas» y voceaban que en Polonia «habían triunfado las fuerzas que luchaban por la democratización política, la descentralización económica y el sistema de autogestión».

En cuanto a los acontecimientos de Polonia, los soviéticos tampoco nos dieron ninguna información, se limitaron a enviarnos una carta en la que nos decían que la situación era muy grave y nos anunciaban que una delegación soviética iría a ese país. Fuera de esto, nada, ninguna noticia, ninguna información. En la prensa soviética encontrábamos algún artículo que estigmatizaba los acontecimientos polacos, pero también encontrá-

bamos escritos a su favor. De las conversaciones con Krilov, embajador soviético en Tirana, como ya he dicho, no se sacaba nada en limpio. En un encuentro que tuve, le hablé del problema de Polonia, de nuestra preocupación acerca de lo que allí ocurría.

—¿Cómo es posible —le pregunté— que no se nos mantenga al corriente de lo que ocurre? ¿Cómo es posible que se nos deje en la oscuridad en estas cuestiones que nos incumben a todos? Esto no es justo.

—Su exigencia —me respondió Krilov— es justificada.

Al final le dije:

—Transmita nuestro punto de vista a su Comité Central.

En el marco de los acontecimientos que estaban sucediendo, las diferencias de opinión entre nosotros y los soviéticos se hacían cada vez más claras. La actitud de nuestro Partido al respecto consistía en no hacer públicas estas diferencias, pues esto perjudicaría a la Unión Soviética y al campo socialista, y, por otra parte, en no hacer ninguna concesión en los principios, en mantener nuestras posiciones y expresar abiertamente nuestros puntos de vista a los dirigentes soviéticos.

Cuando viajé a Moscú, en diciembre de ese mismo año, hablé con los dirigentes soviéticos también de la cuestión polaca. Me detendré en particular en las conversaciones de diciembre de

1956, mas no quiero dejar de mencionar aquí el respaldo que Jruschov y consortes prestaron a Gomulka para consolidar su Poder. Cuando expusimos a Jruschov y Suslov nuestros puntos de vista y nuestras sospechas acerca de Gomulka, ellos intentaron persuadirnos de que se trataba de un buen hombre y era necesario apoyarlo, mientras, por nuestra parte, estábamos convencidos de que los trastornos que se produjeron en Polonia y que se parecían a la contrarrevolución húngara, eran obra de Gomulka y habían servido para llevar al Poder a este fascista, que permaneció a la cabeza hasta el día en que fue liquidado por los jruschovistas y Gierek. Este último es un feroz enemigo del Partido del Trabajo de Albania. En Polonia, todos, uno tras otro, han sido derrocados.¹ Cyrankiewicz, este viejo agente de la burguesía, permaneció más tiempo y manejaba los hilos apoyándose en el ejército soviético que había ocupado Polonia.

Los acontecimientos de Hungría y Polonia suscitaron una justa inquietud en nuestro Partido y su dirección, pues veían que aquéllos dañaban

¹ Gomulka, junto con un grupo de sus colaboradores, entre ellos los tristemente famosos Spsychalski y Klizko, fueron destituidos de sus funciones en 1970, mientras que Gierek, quien ocupó el lugar de Gomulka, fue destituido del cargo de primer secretario del POUP en 1980.

la causa de la revolución, debilitaban las posiciones del socialismo en Europa y en el mundo.

Después que estos acontecimientos se dieron por terminados, o más exacto, perdieron su carácter abierto y agudo, pues ahora se desarrollaban de una forma latente, llegó el momento de los análisis y de las conclusiones a extraer. También Jruschov y Tito hicieron sus «análisis», según sus intereses y sus cálculos, según las concepciones antimarxistas que sostenían. En esencia, titistas y jruschovistas coincidían en sus «análisis», imputando todo lo que había ocurrido a los errores de la dirección del partido húngaro y, sobre todo, a Rakosi. Kadar, a su vez, como servidor de dos amos, les hacía coro declarando que «la revuelta de las masas se justificaba debido a los errores de la camarilla criminal de Rakosi y Gerö».

Nuestro Partido, a medida que podía estar al corriente del desarrollo de los acontecimientos y basándose en los hechos que se habían filtrado de la oscuridad que envolvía el complot, había analizado estos acontecimientos y sacado sus propias conclusiones. En nuestra opinión, la contrarrevolución fue provocada y organizada por el capitalismo mundial y su agencia titista en el eslabón más débil del campo socialista, en unos momentos en que la camarilla de Jruschov todavía no había consolidado sus posiciones. El Partido de los Trabajadores Húngaros y la dictadura del proletariado en Hungría se derritieron como

la nieve en la primera confrontación violenta con la reacción. En todo lo ocurrido, nos llamaron la atención algunos hechos:

En primer lugar, los acontecimientos revelaron el trabajo débil y superficial del partido húngaro en la educación y la dirección de la clase obrera. La clase obrera de Hungría, no obstante sus tradiciones revolucionarias, no supo defender su Poder en el curso de la contrarrevolución. Por el contrario, una parte de ella se convirtió en reserva de la reacción. El mismo partido no reaccionó como vanguardia consciente y organizada de la clase, fue liquidado en pocos días, lo que dio la posibilidad al contrarrevolucionario Kadar de enterrarlo definitivamente.

Los acontecimientos de octubre-noviembre de 1956 pusieron de relieve una vez más el carácter inestable de los intelectuales y de la juventud estudiantil húngara. Estos se transformaron en instrumentos de la reacción, en escuadrones de ataque de la burguesía. Los escritores contrarrevolucionarios, encabezados por el reaccionario y anticomunista Lukacs, que incluso pasó a ser miembro del gobierno de Nagy, jugaron en este medio un papel particularmente infame.

El caso de Hungría demostró que la burguesía, lejos de haber perdido sus esperanzas de restaurar su régimen, se había preparado en la clandestinidad, preservando incluso sus viejas formas de organización, hecho que quedó confirmado,

entre otras cosas, por la inmediata creación de los partidos burgueses, clericales y fascistas.

Lo ocurrido en Hungría reforzó la convicción de nuestro Partido de la justa actitud que había observado hacia los revisionistas yugoslavos. Los titistas fueron los principales inspiradores y sostenedores de la contrarrevolución húngara. Las personalidades oficiales y la prensa yugoslavas saludaron con entusiasmo estos acontecimientos. Toda la palabrería que se vertía en el club *Petőfi* era publicada en Belgrado, y esta palabrería tenía de bandera las «teorías» de Tito, Kardelj, así como las tesis del XX Congreso.

Mas todo esto no era para nosotros ni nuevo ni inesperado. Lo que más nos inquietó fue el papel que jugó la dirección soviética en estos acontecimientos, la coordinación de los planes con Tito, los manejos que se urdieron entre bastidores a costa del pueblo húngaro, y que tuvieron para él profundas y amargas repercusiones.

La contrarrevolución húngara fue aplastada por los tanques soviéticos, pues Jruschov no podía dejar de intervenir (esto, aparte de otras cosas, le desenmascararía definitivamente), y aquí los imperialistas y Tito no hicieron bien sus cálculos. Pero la experiencia demostró que esta contrarrevolución fue aplastada por los contrarrevolucionarios, que restauraron el capitalismo, aunque bajo formas más latentes, conservando

ciertos colores y ciertas máscaras, tal como procedieron los jruschovistas soviéticos en su país.

Los acontecimientos de Hungría aumentaban nuestras dudas sobre la dirección del PCUS, nos inquietaban y nos causaban una gran pena. Siempre habíamos tenido una gran confianza en el Partido Bolchevique de Lenin y Stalin y esta confianza la habíamos manifestado, al mismo tiempo que nuestro sincero cariño por él y por el país de los soviets.

Con este sentimiento de duda y de inquietud viajé a Moscú en diciembre de 1956 con Hysni, que fue una gran ayuda para mí en las arduas conversaciones y discusiones que mantuvimos con los jruschovistas, donde el veneno se mezclaba con la hipocresía.

Ibamos a la Unión Soviética, como habíamos decidido previamente en el Buró Político, para discutir con la dirección soviética cuestiones espinosas de la situación, de los acontecimientos húngaros y polacos, y también de las relaciones con Yugoslavia.

Cabe decir que en aquel período Jruschov y compañía no estaban ya en muy buenos términos con Tito, la amistad entre ellos se había enfriado un poco. Tito había pronunciado entretanto su tristemente célebre discurso de Pula, el cual había suscitado bastantes reacciones en muchos partidos del campo socialista. En este discurso el cabecilla de Belgrado atacaba el sistema

soviético, atacaba el socialismo y los partidos que no seguían el curso «original marxista-leninista» de Tito, condenaba la intervención soviética en Hungría. Estas tesis evidentemente no convenían a Jruschov y compañía, o bien eran tesis bastante abiertas, que los llevaban a tomar posición a los ojos de la opinión pública.

Por eso, los jruschovistas habían lanzado un par de ataques en sus diarios, aunque no muy fuertes (¡para no irritar al camarada Tito!), combinados incluso con algún elogio, y, según su costumbre, se habían puesto a ejercer presiones económicas sobre Yugoslavia, como el propio Jruschov me lo confirmó en el curso de las conversaciones que mantuve con él. *Pravda* había publicado en aquel tiempo también uno de mis artículos, donde, en términos duros, se atacaba al «socialismo específico» yugoslavo y a sus pregoneros.

Si me refiero a esto es para explicar por qué los dirigentes soviéticos nos reservaron en aquel entonces una acogida más «cordial» y no contradijeron, incluso en apariencia aprobaron nuestros puntos de vista, especialmente sobre los yugoslavos.

Nada más desembarcar en Odesa, notamos esta nueva atmósfera, en la conversación que entablamos con los que habían salido a recibirnos, con dirigentes de los órganos del partido y del Poder en Ucrania.

De Odesa partimos en tren hacia Moscú.

No nos habíamos repuesto todavía del viaje cuando se nos comunicó que el Presidium del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética ofrecía una cena en honor a nuestra delegación. Como ya lo he señalado en otra parte, los dirigentes soviéticos eran únicos para ofrecer comidas que duraban horas y horas. Estábamos realmente fatigados de nuestro viaje, pero desde luego fuimos a esta «cena» que comenzó a la hora del almuerzo, a eso de las cuatro de la tarde. Estaban presentes, si mal no recuerdo, todos los miembros del Presidium, a excepción de Brezhnev, Furtseva y algún otro. La comida se prolongó por algunas horas y Jruschov y los demás se esforzaron por crear una atmósfera que pareciera lo más amistosa posible. Casi todos los presentes hicieron su brindis (Jruschov por su parte haría cinco o seis), y siempre adornados de expresiones halagadoras hacia nuestro Partido, hacia Albania y de elogios especialmente para mí. Pospelov, que había asistido en mayo al III Congreso de nuestro Partido, mostraba un particular esmero en dedicarnos estas lisonjas.

Los brindis se transformaban a menudo en discursos políticos, sobre todo los de Jruschov, para quien era normal hablar una hora entera sin bajar la copa. Como quiera que sea, estos discursos nos daban la primera señal de la actitud que iban a adoptar hacia nosotros en las próximas conversaciones.

Aquella noche Jruschov no escatimó sus ataques en lo que a la dirección yugoslava se refiere.

—Ellos —dijo entre otras cosas Jruschov— mantienen posiciones antileninistas y oportunistas. Su política es una verdadera ensalada. No les haremos concesiones. Ellos —prosiguió— sufren delirio de grandeza. Cuando Tito estuvo en Moscú, interpretó la grandiosa acogida que le reservaba nuestro pueblo como una aprobación de su política y una condena de la nuestra. De hecho, nos hubiera bastado susurrar una palabra a nuestro pueblo para que hiciera trizas a Tito y compañía.

Hablando de nuestra actitud hacia los titistas, dijo que «los camaradas albaneses están en lo cierto, sólo que es necesario saber conservar la sangre fría y el dominio de sí mismo».

—Es cierto que ustedes han encanecido —dijo Jruschov terminando su brindis—, pero nosotros estamos quedándonos calvos.

Mientras el festín continuaba, el «calvo» nos dijo que Albania, a pesar de ser un país pequeño, ocupa una importante posición estratégica. «Si construimos allí una base de submarinos y cohetes, podríamos controlar todo el Mediterráneo». Jruschov y Malinovski expresaron de nuevo esta idea en 1959, cuando visitaron nuestro país. Fue la idea que se materializó con la base de Vlora, que los jruschovistas llegarían a utilizar posteriormente para ejercer presiones sobre nosotros.

Como ya he señalado, Jruschov y los demás dirigentes soviéticos, se mostraron muy «cordiales», no ahorraron sus lisonjas y todo era con el fin de atenuar la justa revuelta de nuestro Partido ante sus actitudes erróneas. Recuerdo que esa noche se discutió sobre el viaje de Jruschov a nuestro país, ya que éste, que no había dejado país por visitar, jamás había venido al nuestro, ni oficialmente ni de incógnito. Ahora bien, esa noche existía la predisposición por su parte de responder positivamente a nuestras demandas. No sólo Jruschov, sino muchos miembros del Presidium manifestaron el deseo de venir a Albania, y no recuerdo quién de los presentes propuso, en tono de broma, ¡convocar una reunión de su Presidium, e incluso de su Comité Central, en Albania! Se habló también del «cariño» que Jruschov sustentaba por nuestro país (¡que más tarde vendría a mostrar!) y se bautizó a Jruschov con el nombre de *albañets**.

Entre muchos otros brindis recuerdo uno que hizo Molotov:

— Yo —dijo— pertenezco a esa categoría de personas que no han dado importancia a Albania y no la he conocido. Ahora nuestro pueblo se enorgullece de contar con un amigo tan leal, resuelto y combativo. La Unión Soviética tiene muchos amigos, pero no todos son iguales. Alba-

* Ruso en el original — albanés.

nia es nuestro mejor amigo. ¡Brindemos por que la Unión Soviética tenga amigos tan leales como Albania!

En general, todos los dirigentes soviéticos elogiaron esa noche nuestra justa línea y denunciaron a los revisionistas yugoslavos. El mariscal Yukov nos dijo incluso que ellos disponían de datos según los cuales los dirigentes de Belgrado habían apoyado la contrarrevolución en Hungría no sólo ideológicamente, sino también en el plano organizativo, y que los yugoslavos actuaban como agentes del imperialismo norteamericano.

En suma, esta fue la atmósfera en que prosiguió y finalizó la cena. Dos o tres días después tuvimos un encuentro preliminar con Suslov, secretario del Comité Central, que era considerado como especialista en cuestiones ideológicas y, si no me equivoco, estaba encargado también de las relaciones internacionales.

Suslov era uno de los mayores demagogos de la dirección soviética. Como hombre inteligente y astuto, sabía eludir las situaciones difíciles y, tal vez, por eso sea uno de los pocos que se han salvado de las sucesivas purgas que han tenido lugar en la dirección revisionista soviética. He tenido la ocasión de hablar con él en varias oportunidades y en cada uno de estos encuentros me dejaba un sentimiento de fastidio y malestar. Mucho menos deseo de conversar con este Suslov tenía ahora, después de los acontecimientos de

Hungría, después de aquel debate que había sostenido con él acerca de Nagy, de la situación en este país, etc., y además conociendo su papel en estos acontecimientos y sobre todo en la destitución de Rakosi. Sin embargo, como las circunstancias lo requerían, tuve el encuentro con Suslov.

Brezhnev también participó en el curso de este encuentro, pero de hecho sólo hacía acto de presencia, ya que Suslov fue el único en hablar. Leonidas fruncía de vez en cuando sus gruesas cejas y adoptaba un aire tan rígido que era difícil adivinar lo que pensaba. Le había conocido por primera vez en el XX Congreso, en uno de los intervalos entre las sesiones (luego en noviembre de 1957 con motivo del 40.^o aniversario de la Revolución de Octubre), y desde aquel encuentro ocasional y espontáneo tuve la impresión de que era una persona presuntuosa y poseída de sí misma. Apenas acabó de saludarnos, hizo llevar la conversación en torno a su persona y nos dijo «en confidencia» que se ocupaba de las «armas especiales». Por el tono de sus palabras y por la expresión de su cara nos dio a entender que él era el hombre que en el Comité Central se ocupaba de los problemas de las armas atómicas.

El XX Congreso eligió a Brezhnev miembro suplente del Presidium del Comité Central y casi un año después, el pleno de junio de 1957 del Comité Central del PCUS, a la vez que condena-

ba y purgaba al «grupo antipartido Molotov-Malenkov», promovía a Brezhnev a miembro del Presidium. Al parecer fueron recompensados sus «méritos» que obraban en la liquidación de Molotov, Malenkov y otros dirigentes del Partido.

Después de estos acontecimientos, hasta 1960, he tenido que ir en muchas ocasiones a Moscú, donde me he entrevistado con los principales dirigentes del partido soviético, mas a Brezhnev, al igual que antes del XX Congreso, no lo he hallado ni le he oído hablar en ninguna parte. Permanecía o era mantenido continuamente a la sombra, es decir como «en reserva». Precisamente esta persona hosca y de aspecto grave, tras el fin poco glorioso de Jruschov fue sacado de la sombra para reemplazar a este renegado y llevar más adelante la sucia obra de la mafia jruschovista, pero ahora sin Jruschov.

Por lo visto Brezhnev fue llevado a la cabeza del Partido y del Estado socialimperialista soviético, no tanto por su capacidad cuanto con miras a lograr un *modus vivendi* para balancear y equilibrar los grupos de adversarios que rivalizaban y tenían sus riñas en la alta dirección soviética. A decir verdad, es un individuo que sólo las cejas tiene de comediante, pues su obra es totalmente trágica. Desde que este jruschovista tomó el Poder, nuestro Partido no ha cesado de denunciar tanto a él como su obra antimarxista, hostil y agresiva. Mas no siendo éste el lugar para

extendernos sobre Brezhnev, volvamos al encuentro de diciembre de 1956.

Al comienzo Suslov nos sugirió que habláramos brevemente de los problemas que íbamos a discutir, especialmente de su aspecto histórico, y él por su parte nos hizo una exposición acerca de los acontecimientos de Hungría. Criticó a Rakosi y Gerö, que con sus errores «habían provocado un gran descontento en el pueblo», y dejado a Nagy fuera de control.

—Nagy y los yugoslavos —prosiguió— han combatido el socialismo.

—Pero ¿por qué admitieron a Nagy de nuevo en el partido? —pregunté.

—Había sido expulsado injustamente, pues sus errores no merecían tan severa condena. Y ahora Kadar, por su parte, está siguiendo un correcto camino. En su prensa han aparecido algunas notas críticas sobre Kadar, pero hay que tener en cuenta que precisa apoyo, pues los yugoslavos lo combaten.

—No conocemos bien a Kadar. Sólo sabemos que ha estado en la cárcel y era partidario de Imre Nagy.

Cuando le hicimos la observación de que no nos habían tenido al corriente del desarrollo de los acontecimientos de Hungría, Suslov nos respondió que la precipitación con que se habían desarrollado los hechos no les había dejado tiempo para entablar consultas.

—No hemos consultado tampoco con los otros partidos. Sólo después de la segunda intervención hemos consultado con los chinos, en tanto que Jruschov, Malenkov y Molotov se dirigieron a Rumania y Checoslovaquia.

—¿Cómo han encontrado tiempo para consultar a Tito hasta del nombramiento de Kadar, y a nosotros nos mantienen sin informarnos de nada? —le pregunté.

—No consultamos a Tito acerca de Kadar —dijo—. Sólo le hemos hecho saber que el gobierno de Nagy no tenía ya cabida.

—Todo esto —subrayé— son cuestiones de principio. Las consultas son indispensables, pero no se realizan. El Consejo Político Consultivo del Tratado de Varsovia, por ejemplo, hace un año que no se ha convocado.

—La reunión está prevista para el mes de enero. En aquellos días la menor demora habría significado que corriera mucha sangre.

Entre otras observaciones, le hice saber que el término que se está utilizando ahora de «banda criminal de Rakosi-Gerö» nos sorprendía, y pensábamos que dicha fórmula no contribuía a la unión de todos los comunistas húngaros.

—Los errores de Rakosi —dijo Suslov— crearon una grave situación y descontento en el pueblo y en los comunistas.

Pedimos que nos hablaran concretamente de los errores de Rakosi y Gerö, y Suslov nos

enumeró una serie de generalidades mediante las cuales trataba de atribuir a éstos toda la responsabilidad de los hechos. Le pedimos algún ejemplo concreto al respecto y nos dijo:

—Tenemos el asunto Rajk, quien ha sido calificado de espía sin documentos que lo probasen.

—¿Se ha discutido con Rakosi acerca de estas cosas, ha sido aconsejado a tal efecto? —le pregunté.

—Rakosi no admitía consejos —fue su respuesta.

En lo que concierne igualmente a la actitud hacia Gomulka y sus concepciones, nuestros puntos de vista eran totalmente opuestos a los de Suslov.

—Gomulka —le dije a Suslov— ha apartado a los viejos y fieles comunistas, dirigentes y oficiales, y los ha reemplazado por otros que habían sido condenados por la dictadura del proletariado.

—Se ha apoyado en la gente que conocía —dijo Suslov—. Hay que dar tiempo a Gomulka para poder enjuiciarlo.

—Pero sus puntos de vista y sus acciones se pueden juzgar desde ahora con toda perfección —le repliqué—. ¿Y cómo pueden explicarse las consignas antisoviéticas con las que llegó al Poder?!

Suslov se picó y saltó al instante:

—Estas no son obra de Gomulka y de hecho ahora las está frenando.

—¿Y sus actitudes y declaraciones, concierne a la Iglesia, por ejemplo?

Suslov tejió toda una perorata, «argumentándome» que se trataba de «tácticas preelectorales», que Gomulka «está observando una correcta actitud» hacia la Unión Soviética y el campo socialista, y así otras cosas por el estilo. Nos despedimos sin habernos entendido.

El mismo día tuvieron lugar nuestras conversaciones oficiales con Jruschov, Suslov y Ponomariov. Fui el primero en tomar la palabra y expuse los puntos de vista de nuestro Partido sobre los acontecimientos de Hungría y de Polonia y sobre las relaciones con Yugoslavia. Al comienzo de mi exposición declaré:

—Nuestra delegación expresará abiertamente los puntos de vista del Comité Central de nuestro Partido sobre estas cuestiones, no obstante las divergencias que tenemos con la dirección soviética acerca de algunos puntos. Nuestras opiniones, sean dulces o amargas —proseguí—, las expresaremos francamente, como marxista-leninistas, y discutiremos en espíritu de camaradería si tenemos o no razón, y, si se nos dice que no tenemos razón, queremos que se nos explique por qué.

En lo referente a Hungría, recalqué una vez más la falta de información y la ausencia de

consultas en torno a este problema crucial del campo socialista.

En tales situaciones —señalé—, estimamos que habría sido necesario convocar el Consejo Político Consultivo del Tratado de Varsovia. Las consultas en tales momentos son indispensables para coordinar nuestras acciones y posturas. Eso hubiera demostrado nuestra fuerza y nuestra unión.

Prosiguiendo mi exposición sobre el problema húngaro, les hice saber nuestras impresiones acerca del partido húngaro, Rakosi y Gerö. Subrayé en particular que la apreciación de Kadar al calificarlos de «banda criminal» nos parecía extraña. A nuestro juicio los errores de Rakosi y Gerö no eran de tal gravedad como para merecer ese apelativo. «En cuanto a los errores constatados en el desarrollo económico de Hungría —señalé—, no sabíamos que este país atravesara una situación tan seria como para motivar la «revuelta de las masas»». Sobre este punto los soviéticos aceptaron nuestra opinión y reconocieron que la situación económica no había sido grave.

Más adelante hablé de la actitud hacia Nagy, Kadar, etc. Expresé la desconfianza de nuestro Partido hacia Kadar y añadí que, a pesar de esto, nuestra actitud hacia él había sido bastante prudente.

En lo que se refiere a los acontecimientos de Hungría, subrayé el papel de los revisionistas

yugoslavos y puntualicé que el Partido del Trabajo de Albania desaprobaba que se había dado a Tito el papel de árbitro en estos acontecimientos.

Respecto a nuestras relaciones con Yugoslavia, y en conformidad con lo que habíamos decidido en el Buró Político, después de hacer una exposición del problema en el plano histórico, declaré en substancia:

—Hace tiempo que los yugoslavos desarrollan una actividad hostil contra nuestro Partido y nuestro país, y todavía hoy siguen con ella. Opinamos que los dirigentes yugoslavos son antimarxistas y junto con las agencias de espionaje de los imperialistas norteamericanos son unos de los principales instigadores de los acontecimientos de Hungría. Las relaciones con Yugoslavia no deben normalizarse más que en la vía marxista-leninista, sin hacerles ninguna concesión, lo cual no ha sido el caso hasta el presente. El Partido del Trabajo de Albania piensa que la Unión Soviética no debe satisfacer la demanda de armas que le ha presentado Yugoslavia por mediación de Goshñak. Por nuestra parte, con este país sólo mantendremos relaciones estatales y comerciales, y de ningún modo lazos de partido.

En particular, expresé una vez más, en nombre del Comité Central de nuestro Partido, la opinión de que el viaje de Jruschov a Belgrado en 1955 no debía haberse realizado sin una consulta previa con los partidos hermanos, sin una

reunión del Kominform, que había condenado a Tito como antimarxista.

Después que acabé de hablar, tomó la palabra Nikita Jruschov, que comenzó su intervención mostrando como él había criticado a los dirigentes yugoslavos por su actitud hacia nuestro Partido y nuestro país. Jruschov hizo como que aprobaba y apoyaba nuestros puntos de vista y nuestras posturas, sin embargo, no dejaba de hacernos sus observaciones y de darnos sus «consejos». Así, refiriéndose a mi artículo publicado en *Pravda*, dijo:

—Este artículo ha puesto furioso a Tito. Nosotros consideramos en el Presidium que se podían suprimir algunas partes, pero usted había advertido que no se hiciera ningún cambio, y lo publicamos íntegro. Sea como fuere, este artículo bien habría podido redactarse de otra forma.

En cuanto a los acontecimientos húngaros y polacos, Jruschov siguió con su cantinela y, además, nos dio la «orientación» de que debía respaldarse a Kadar y a Gomulka. Sobre éste último nos dijo:

—Gomulka se encuentra en una situación difícil ya que la reacción se está movilizándolo. Lo que aparece en la prensa, no son los puntos de vista del Comité Central, sino de unas cuantas personas que se oponen a Gomulka. Allí la situación se estabiliza poco a poco. Lo que importa

ahora son las elecciones que se llevarán a cabo en Polonia. Por eso debemos respaldar a Gomulka. A tal efecto va a viajar Chou En-lai a este país y eso ayudará considerablemente a reforzar las posiciones de Gomulka. Estimamos que es mejor que sean los chinos los que hablen y no nosotros, porque la reacción está movilizada en contra nuestra.

Y Chou En-lai, de acuerdo con Jruschov y en ayuda de éste, se dirigió a Polonia.¹

Luego, Jruschov nos «aconsejó» que nos mostrásemos serenos con los yugoslavos e hizo gala de su «gran política» indicándonos las diferencias específicas entre los dirigentes yugoslavos.

Al final de su intervención, Jruschov se puso a dar «incienso» prometiéndonos que estudiarían nuestras demandas económicas y nos ayudarían.

Así finalizaron estas conversaciones, en las que nosotros hemos expresado nuestras opiniones a los dirigentes soviéticos y ellos han intentado rehuir toda responsabilidad en los acontecimientos que habían ocurrido. Así se dio por terminada la discusión sobre esta página trágica de la historia del pueblo húngaro y del pueblo polaco. La contrarrevolución fue aplastada, bien con los tanques soviéticos, bien con los tanques polacos, pero lo cierto es que fue aplastada por los enemigos

1 En enero de 1957.

de la revolución. Ahora bien, el mal y la tragedia no habían terminado, sólo se había bajado el telón y, en los entre bastidores, Kadar, Gomulka y Jruschov reanudaban sus crímenes, hasta que llegaron a consumir su traición restaurando el capitalismo.

10. RETIRADA TEMPORAL CON FINES DE REVANCHA

Los soviéticos exigen la «unidad». La Conferencia de Moscú de 1957. Las negociaciones de Jruschov para llevar a Tito a la Conferencia. La «cólera» momentánea de Jruschov. Debate sobre la fórmula: «con la Unión Soviética a la cabeza». Gomulka: «no dependemos de la Unión Soviética». Mao Tse-tung: «nuestro campo debe tener una cabeza, porque también la serpiente tiene una cabeza». Togliatti: «abramos nuevas vías», «estamos en contra de un solo centro dirigente», «no queremos emplear la tesis de Lenin «partido de nuevo tipo»». Sofismas de Mao: «marxistas» al 80, 70 y 10 por ciento. La declaración de Moscú y la reacción de los yugoslavos. Jruschov enmascara su traición bajo el nombre de Lenin.

Los jruschovistas, que iban restaurando el capitalismo en la Unión Soviética, pretendían convertir a éste en una gran potencia socialimpe-

rialista, a la cual debían armar cuanto más, ya que la tempestad que habían levantado no sólo iba a destruir la unidad del campo socialista, sino también a exacerbar las contradicciones con el imperialismo norteamericano. Los jruschovistas sabían que los Estados Unidos de América eran una potencia que superaba a la Unión Soviética tanto en la economía como en el armamento.

La política demagógica de los jruschovistas sobre la «nueva época de paz», sobre el «desarme», era una política para los *gogos**. Los Estados Unidos de América y el capitalismo mundial se aprovechaban para profundizar la crisis del comunismo, evitar la rápida aparición de la crisis económica y política que amenazaba a la propia Norteamérica, consolidar sus mercados y sus alianzas, y de un modo particular la OTAN. Los jruschovistas, por su parte, luchaban por afianzar el Tratado de Varsovia y convertirlo en una sólida cadena soviética destinada a nuestros países. Ellos consiguieron convertir el establecimiento de las tropas soviéticas bajo la máscara de la «defensa contra la OTAN», en una ocupación militar de muchos países del Tratado de Varsovia.

Es cierto que la amenaza imperialista había sido y sigue siendo un hecho, mas, con la llegada de los jruschovistas al Poder, nuestros países eran considerados como campo de batalla frente

* Francés en el original — ingenuos.

a las fronteras soviéticas y nuestros pueblos como carne de cañon de los revisionistas soviéticos. Todo, ejército, economía, cultura, etc., trataron de ponerlo bajo su control y dirección. Todos los partidos de los países socialistas cayeron en esta celada jruschovista, a excepción del Partido del Trabajo de Albania.

Pero, inevitablemente, también entre los que siguieron y se sometieron a la línea de Jruschov surgirían fricciones, desacuerdos, querellas, que tendrían su origen en los designios de una política carente de principios. La burguesía y la reacción internacional atizaban estos desacuerdos para profundizar las brechas en el seno del «bloque comunista».

Jruschov y sus compinches veían este proceso y por eso recurrían a todos los medios y maneras para limitarlo y aislarlo.

Para conseguir sus objetivos estratégicos, los jruschovistas necesitaban de la «amistad» de todos, particularmente de los partidos y los países del campo socialista, por ello empleaban diversas tácticas a fin de «consolidar los lazos», allanar los desacuerdos y someter a los demás a su propia dirección.

Su método de actuación para poner en obra sus objetivos consistía en organizar reuniones, encuentros, casi siempre en Moscú, para convertir esta capital, si no *de jure* por lo menos *de facto*, en centro del comunismo internacional, y

tener así siempre la ventaja de poder trabajar y tener bajo control a uno o a otro tanto por medio de contactos directos como a través de sus aparatos de escucha. Era patente que a los jruschovistas no les iban las cosas sobre ruedas. La Unión Soviética tenía discrepancias de todo tipo con Albania, China, y también con los demás países de democracia popular. La vía de la «libertad» y de la «democracia», proclamada a bombo y platillos en el XX Congreso, se convertía ahora para la propia dirección Soviética en un boomerang. Sus filas habían comenzado a disgregarse. Pero los jruschovistas necesitaban a cualquier precio conservar, al menos en apariencia, la «unidad» político-ideológica del campo del socialismo y del movimiento comunista internacional. En este sentido y por este objetivo fue organizada la Conferencia de Moscú de 1957.

Jruschov y consortes hicieron febriles esfuerzos no sólo para que en esta conferencia participase la Liga de los Comunistas de Yugoslavia como «partido de un país socialista», sino posiblemente para que Tito se pusiera de acuerdo con aquél en cuanto a la plataforma, el desarrollo y las conclusiones de la Conferencia. De este modo, la «unidad» soñada y buscada impacientemente por los jruschovistas aparecería más completa que nunca. Pero Tito no era de los que se metían fácilmente en el redil de Jruschov. Se intercambiaron muchas cartas y se organizaron varios en-

cuentros bilaterales entre la gente de Jruschov y de Tito en vísperas de la Conferencia, pero apenas parecía que se llegaba a una buena comprensión, todo se desmoronaba y el abismo entre ellos se hacía más profundo. Cada una de las partes pretendía explotar la Conferencia para sus propios fines: Jruschov para declarar la «unidad», aunque fuese con dolorosas concesiones, a fin de satisfacer y de ganarse a Tito; éste para impulsar a los demás a renunciar abierta y definitivamente al marxismo-leninismo, a la lucha contra el revisionismo moderno, a toda posición de principios. Viajaron a Belgrado Ponomariov y Andropov, montaron sus trapicheos con los representantes de Tito, se mostraron dispuestos a retirarse de muchas de sus anteriores posiciones, aparentemente de principio, pero Tito desde lejos ordenaba:

—Iremos a la Conferencia a condición de que no se publique ninguna declaración, pues en caso contrario se pone tenso el clima internacional y se indignan los imperialistas, que luego pueden tacharnos de «amenaza comunista».

—Nosotros, los yugoslavos, no podemos aceptar ningún tipo de declaración, porque nuestros aliados occidentales van a creer que nos unimos con el campo socialista y en consecuencia pueden cortar las estrechas relaciones que tienen con Yugoslavia.

—Iremos a la Conferencia a condición de

que allí no se emplee en absoluto los términos oportunismo y revisionismo, pues eso sería un ataque directo contra nosotros.

—Iremos a la Conferencia a condición de que no se fustigue la política de las potencias imperialistas, pues ello no obraría en beneficio de la política de distensión, etc., etc.

En pocas palabras, Tito quería que los comunistas del mundo entero se reuniesen en Moscú para tomar el té y narrar historietas.

Pero Jruschov tenía precisamente necesidad de la declaración, de una declaración donde se confirmase la «unidad» y se estampasen a su pie el mayor número de firmas. Las discusiones llegaron a su fin. Tito decidió no acudir a Moscú. La indignación de Jruschov estalló, los términos se «endurecieron», las sonrisas y lisonjas hacia el «camarada» y el «marxista Tito» cedieron por un momento el lugar al epíteto «oportunista», y se dijo que «él nada tiene que ver con el leninismo», etc., etc.

Pero incluso estos «términos duros» dirigidos al cabecilla de Belgrado, Jruschov sólo los utilizaba en los pasillos y en encuentros casuales, ya que en el transcurso de la Conferencia no dijo una sola palabra en contra del «camarada Tito». Más aún, cuando era el momento de hablar «contra» los revisionistas y todos aquellos que se pronunciaban contra la Unión Soviética, mencionó dos cadáveres arrojados al basurero: Nagy y Gilas.

Todavía abrigaba esperanzas de que Tito podía llegar a Moscú para confirmar la «unidad de los trece», como le había prometido poco antes en Bucarest. ¡Pero Tito inesperadamente se puso «enfermo»!

—¡Una enfermedad diplomática! —dijo indignado Jruschov, y nos preguntó a nosotros y a los demás cómo había que proceder en una situación en que los yugoslavos no aceptaban ya no sólo suscribir la declaración, sino tampoco participar en la primera Conferencia, en la de los partidos comunistas de los países socialistas.

—Nosotros hace tiempo que hemos expresado nuestra opinión sobre ellos —les dijimos—, y cada día se confirma que teníamos y tenemos razón. Nosotros no nos vamos a retirar porque los yugoslavos no quieran venir.

—Así pensamos también nosotros —nos dijo Suslov. Y la Conferencia se celebró sin el trece, que no hacía falta en la mesa.

Pero si los revisionistas yugoslavos no acudieron a la primera Conferencia, la de los partidos de los países socialistas, no dejaban de estar presentes en sus labores. Estaban representados por sus hermanos ideológicos como Gomulka y compañía. Estos se pusieron abiertamente a favor de las tesis de Tito y exigieron que Jruschov y los demás dieran pasos en dirección a una disgregación y una confusión mayores.

—Nosotros no estamos de acuerdo con la

denominación de «campo socialista con la Unión Soviética a la cabeza» —declaró Gomulka—. También en la práctica hemos abandonado esta fórmula, para demostrar que no somos dependientes de la Unión Soviética como en la época de Stalin.

Por su parte, los dirigentes soviéticos jugaron una diabólica maniobra en torno a este problema. Para demostrar supuestamente su espíritu de principios en las relaciones con los otros partidos hermanos, hicieron la «propuesta» de suprimir la fórmula «con la Unión Soviética a la cabeza», ya que supuestamente todos éramos «iguales». Pero esta proposición la hacían entre dientes y sólo para tomar el pulso a los demás, pues en esencia estaban no simplemente por la fórmula «con... a la cabeza», sino de ser posible por la fórmula «bajo la presidencia de la Unión Soviética», es decir «bajo la dependencia de la Unión Soviética». A esto tendían y por esto luchaban, y el tiempo confirmó sobradamente los objetivos de los jruschovistas.

Cuando Gomulka hizo su propuesta en la Conferencia, los representantes soviéticos montaron en cólera y, sin ser ellos mismos los primeros en salir a escena, azuzaron a los demás a lanzarse sobre Gomulka.

Un largo debate estalló en torno a este problema. Por nuestra parte, aunque cada día cristalizaba más en nosotros la idea de que la dirección

de la Unión Soviética se iba desviando del camino del socialismo, continuábamos defendiendo la tesis «con la Unión Soviética a la cabeza» por razones de principio y tácticas. Sabíamos perfectamente que Gomulka y sus sostenedores, al pronunciarse contra esta fórmula, buscaban de hecho echar por tierra de manera abierta y sin vacilar todo lo que había de bueno y valioso en la experiencia de decenas de años de la Unión Soviética dirigida por Lenin y Stalin, echar por tierra la experiencia de la Revolución de Octubre y de la edificación socialista en la Unión Soviética del tiempo de Stalin, negar el papel que le correspondía jugar a la Unión Soviética por el triunfo y al avance del socialismo en muchos países.

De esta manera los revisionistas Gomulka, Togliatti y otros, unían su voz al rabioso ataque que habían desatado en aquellos años el imperia- lismo y la reacción contra la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional.

La defensa de estos importantes logros marxista-leninistas era para nosotros un deber internacionalista, y es por eso que nos opusimos enérgicamente a Gomulka y a los demás. Esto era una cuestión de principios. Por otra parte, defendiendo la Unión Soviética y la tesis «con la Unión Soviética a la cabeza» tanto en 1957 como dos o tres años después, nuestro Partido aplicaba una táctica que tendía a golpear al propio revisionismo moderno jruschovista.

Aunque Jruschov y los otros conocían nuestros puntos de vista y nuestras posiciones, todavía en aquel tiempo no habíamos salido abiertamente ante todos los partidos contra la línea revisionista que aquéllos iban cristalizando, por eso, oponiéndonos con vigor, a los ojos de todos, a las tesis revisionistas de Tito, Gomulka, Togliatti y otros, al mismo tiempo encontrábamos indirectamente la ocasión para golpear las tesis, actitudes y actos de Jruschov, que, en esencia, eran idénticos a los de Tito y consortes.

Con unos objetivos y por razones totalmente diferentes, ajenos al marxismo-leninismo, algunos otros, como Ulbricht, Novotny, Yivkov evidentemente, Dej, etc., se lanzaron también contra Gomulka. Estos hicieron la corte a la Unión Soviética y a Jruschov, y respecto a este problema dejaron a su hermano ideológico en minoría.

Mao Tse-tung, desde su asiento, iba soltando «argumentos».

— Nuestro campo —dijo— debe tener una cabeza porque también la serpiente tiene una cabeza, también el imperialismo tiene una cabeza. Yo no aprobaría —continuó Mao— que China fuese considerada como cabeza del campo, porque nosotros no merecemos este honor, no podemos desempeñar este papel, somos todavía pobres. No poseemos ni un cuarto de satélite, mientras que la Unión Soviética tiene dos. Luego, la Unión Soviética merece ser esta cabeza, ya que nos

trata bien. Vean con qué libertad estamos hablando. Si hubiera sido con Stalin hubiéramos tenido dificultades para hablar de este modo. Cuando me he encontrado con Stalin, me sentía ante él como el alumno ante el maestro, mientras que con el camarada Jruschov hablamos libremente, como entre iguales.

Y como si esto no fuera suficiente, añadió en su estilo peculiar:

—Con la crítica del culto a la personalidad, tenemos la impresión de habernos liberado de un pesado techo, que nos oprimía y nos impedía comprender correctamente muchas cuestiones. ¿¿Quién nos ha librado de este techo, quién nos ha ayudado a todos nosotros a comprender de manera correcta el culto a la personalidad?! —preguntó el filósofo, y haciendo una pequeña pausa, se dio enseguida la respuesta: El camarada Jruschov, y nosotros se lo agradecemos.

Así defendió el «marxista» Mao la tesis «con la Unión Soviética a la cabeza», así defendió también a Jruschov. Pero al mismo tiempo, como buen equilibrista, para no indignar a Gomulka que era opuesto a esta tesis, Mao añadió:

—¡Gomulka es un buen camarada, debemos apoyarle y confiar en él!

Vivos debates fueron desarrollados asimismo en relación a la actitud a tomar hacia el revisionismo moderno.

Particularmente Gomulka, apoyado por

Ochab y Zambrowsky, en la primera Conferencia de los doce partidos de los países socialistas, luego Togliatti, en la segunda Conferencia de los 68 partidos, en la que participaron también los enviados de Tito, se lanzaron con fuerza contra la condena del revisionismo moderno, contra su definición de peligro principal en el movimiento comunista y obrero internacional, pues como dijo Ochab, «con estas formulaciones hemos apartado a los valientes y maravillosos camaradas yugoslavos y ahora nos apartan también a nosotros, los polacos».

Palmiro Togliatti se levantó y proclamó en la Conferencia sus tesis ultrarrevisionistas.

—Profundicemos aún más la línea del XX Congreso —vino a decir en esencia— para transformar los partidos comunistas en amplios partidos de masas, abramos nuevas vías, formulemos nuevas consignas. Ahora —prosiguió—, se requiere una gran independencia en la definición de las consignas y en la determinación de las formas de cooperación, por eso nosotros estamos en contra de un centro único dirigente. Este centro no sería eficaz para el desarrollo de la propia personalidad de cada partido ni para acercar a las amplias masas, de católicos, etc., en torno a nosotros.

Jacques Duclos, que estaba a mi lado, se mostraba muy inquieto.

—Voy a levantarme —me dijo— y le voy

a cantar las cosas claras. ¡¿Escuchas, camarada Enver, qué está saliendo de su boca?!

—Sí, —le dije a Duclos—. El expresa aquí lo que piensa y lo que viene haciendo desde hace tiempo.

—En 1945 —continuaba Togliatti imperturbable— hemos declarado que queríamos crear un partido nuevo. Decimos «partido nuevo» y no queremos utilizar la tesis de Lenin «partido de nuevo tipo», porque si lo hacemos, esto constituiría un grave error político y teórico, significaría crear un partido comunista tal que rompería las tradiciones de la socialdemocracia. Si hubiéramos construido un partido de nuevo tipo —proseguía Togliatti—, habríamos alejado el partido de las masas del pueblo y no habríamos creado esta situación de hoy, en que nuestro partido se ha convertido en un gran partido de masas.¹

Después de éstas y de otras tesis de Togliatti, los ánimos se enardecieron. Jacques Duclos tomó la palabra.

—Hemos seguido con atención el discurso

1 Desde su regreso a Nápoles proveniente de la Unión Soviética, en marzo de 1944, Palmiro Togliatti impuso al partido la línea de colaboración de clase con la burguesía y sus partidos. Fue también en Nápoles cuando Togliatti planteó asimismo por primera vez la idea, incluso la plataforma, de lo que llamó «nuevo partido de masas», diferente en la composición de clase, en la ideología y en la forma organizativa del partido comunista de tipo leninista.

de Togliatti —dijo entre otras cosas—, pero declaramos que no estamos en absoluto de acuerdo con lo que ha dicho. Sus puntos de vista abren el camino al oportunismo y al revisionismo.

—Nuestros partidos —replicaba Togliatti— se han visto y se ven obstaculizados por el sectarismo y el dogmatismo.

Mao Tse-tung, a su vez, con su estilo cargado de alegorías y sobreentendidos, se levantó en cierto momento para apaciguar los ánimos:

—En todo problema... humano —dijo— es preciso presentar batalla, pero también hay que ir hacia la conciliación. Tengo en cuenta las relaciones entre camaradas: cuando tengamos divergencias invitémonos mutuamente al diálogo. Nosotros, en Pan Mun yon, hemos llevado a cabo negociaciones con los norteamericanos, en Viet Nam lo hemos hecho con los franceses.

Después de haber soltado algunas frases de este tipo, vino a parar ahí donde quería:

—Hay personas —dijo— que son marxistas al cien por cien, las hay al ochenta por ciento, al setenta por ciento, al cincuenta por ciento, incluso hay de aquéllas que sólo pueden ser marxistas al diez por ciento. También con los que sólo son un diez por ciento marxistas debemos conversar, pues siempre vamos a obtener algo de positivo.

Hizo una pausa, lanzó una mirada perdida sobre la sala y prosiguió:

—¿Por qué no nos reunimos, pues, en una

pequeña habitación dos o tres personas e iniciamos el diálogo? ¿Por qué no conversamos partiendo de deseos de unidad? Debemos luchar con las dos manos, con una para combatir a los que yerran, con la otra para hacer concesiones.

Después se levantó Suslov, el cual se vio obligado a adoptar una actitud de «principios», a acentuar que es importante la lucha contra el oportunismo y el revisionismo, así como también la lucha contra el dogmatismo, aunque «el revisionismo constituye el peligro principal, pues fomenta la división, rompe la unidad», etc., etc.

Toda la preocupación de los jruschovistas soviéticos era «preservar la unidad», mantener bajo sus riendas a los países socialistas y los partidos comunistas de los diversos países, por eso si esta vez «aceptaron» y «defendieron» una serie de tesis correctas, lo hicieron ante todo obligados por la resuelta lucha de los verdaderos marxista-leninistas que participaban en la Conferencia, pero también lo hicieron en aras de su plan estratégico. Se replegaron, frenaron temporalmente su avance a fin de acumular fuerzas y tomar su revancha revisionista en el futuro.

Nuestra delegación expresó su palabra marxista-leninista sobre todos los problemas suscitados en la Conferencia, particularmente sobre los problemas de la lucha contra el revisionismo moderno, contra el imperialismo norteamericano, como peligro principal para la paz y los pueblos, los

problemas de las vías de transición al socialismo, de la salvaguardia de la unidad marxista-leninista en el movimiento comunista y obrero, de la defensa de la experiencia de la Revolución de Octubre y del orden socialista, etc.

Ante la lucha que se desató en la Conferencia contra los puntos de vista oportunistas sobre los problemas discutidos, los revisionistas retrocedieron. Se consiguió que la Declaración de Moscú de 1957 fuese en su conjunto un buen documento.

El revisionismo, el oportunismo de derecha, fue definido en la Conferencia como el peligro principal para el movimiento comunista y obrero internacional.

Esto enfureció a los yugoslavos. Desde hacía tiempo, particularmente en torno a esta tesis, venían desarrollando largos debates con la gente de Jruschov.

—¿Por qué se inquietan? —les tranquilizaban los jruschovistas—. En ninguna parte se ha mencionado su nombre. Nosotros hablaremos del revisionismo en general, sin ninguna concreción.

—Sí, sí —le respondían los yugoslavos—, pero ¡vean los artículos de Enver Hoxha que ustedes publican hasta en *Pravda!* Cuando habla contra el revisionismo, Enver Hoxha se refiere a nosotros y menciona también nuestro nombre. Y aun cuando no lo menciona, todo el mundo piensa que somos nosotros, por tanto no partici-

paremos en la Conferencia ni firmaremos la declaración de los partidos de los países socialistas.

Y en efecto no la firmaron.

Mao Tse-tung expresó un profundo pesar:

—Ellos —dijo —no firmarán la declaración de los doce partidos. Según la regla deben ser trece países, pero los camaradas yugoslavos la eludieron. No tenemos porque imponernos. Ellos no la firman ahora. Pero digo que dentro de 10 años la van a firmar¹.

La declaración que se elaboró conjuntamente y se aprobó en la Conferencia, sintetizaba la experiencia del movimiento comunista internacional, sostenía las leyes generales de la revolución socialista y la edificación socialista, definía una serie de tareas comunes de los partidos comunistas y obreros, así como las normas que deberían regir las relaciones entre ellos.

De este modo, la aprobación de la declaración era un triunfo de las fuerzas revolucionarias marxista-leninistas. Esta declaración constituía, en general, un correcto programa de lucha común para las futuras batallas contra el imperialismo y el revisionismo.

Con todo esto, los revisionistas modernos, a pesar de su frenazo y su repliegue temporal, no

¹ Mao falló sólo en el plazo. No fue a los 10 años, sino después de veinte años cuando en Pekín se firmó verdaderamente una «declaración» con los yugoslavos. Los maoístas firmaron su claudicación ante Tito. (Nota del autor).

cesaron ni cesarían su nefasta actividad. Jruschov utilizaría la Conferencia de Moscú de 1957 como un medio para preparar el terreno a la aplicación del pérfido plan anticomunista que iba a desarrollar más tarde.

Hacia lo imposible por enmascarar su traición bajo el nombre de Lenin, utilizaba con este fin una fraseologíaseudoleninista, movilizaba a todos losseudofilósofos liberales que esperaban el momento de adaptar a las líneas revisionistas (que extraían del viejo arsenal socialdemócrata) máscaras leninistas adecuadas a las situaciones modernas del desarrollo económico, de «nuestra época marcada por la superioridad del socialismo» y del «acceso, sobre todo de la Unión Soviética, al estadio de la edificación del comunismo».

El jruschovismo deformó el marxismo-leninismo, lo consideró superado y, en virtud de esto, consideraría también superada la fase de la dictadura del proletariado y proclamaría su sustitución por el «Estado de todo el pueblo». Asimismo, consecuente en su camino de traición, Jruschov sustituiría igualmente el partido del proletariado por «el partido de todo el pueblo». Como resultado de ello, según Jruschov, la Unión Soviética pasaba al «estadio elevado del comunismo», en unos momentos en que ciertamente este país estaba todavía rezagado en la industria y la agricultura, y sus mercados estaban vacíos. Es úni-

camente en las declaraciones de los jruschovistas que «la Unión Soviética pasaba al estadio del comunismo», pues la realidad demostraba lo contrario. Por encima de todo, este país tenía necesidad de un fuerte partido marxista-leninista que emprendiese la educación del hombre y de la sociedad soviética que estaba en proceso de degeneración.

Este bluf liberal era pregonado con gran ruido por Jruschov y sus teóricos durante todo el día. En la prensa, la radio y todos los demás medios de la propaganda soviética se armaba un gran alboroto en este sentido; incluso en las calles, en las fachadas de los edificios y de los centros industriales se veía por todas partes pancartas e inscripciones con letras muy grandes donde se leía *Dagnat i pieregnat S.SH.A.**. Desde las tribunas de las reuniones, el traidor se desgañitaba gritando: Hemos superado a Norteamérica en este o aquel sector, la superaremos en la agricultura (incluso fijaba fechas), enterraremos al capitalismo, etc. Las teorías revisionistas eran desarrolladas, hilvanadas, difundidas por los dirigentes traidores de los partidos seudomarxistas y por una mezcolanza de filósofos seudomarxistas, trotskistas, tales como Serven, Garaudy, Krivin, Fischer y otros en todos los países capitalistas,

* Ruso en el original — Alcancemos y superemos a los EE. UU.

que permanecían agazapados en las filas de los partidos comunistas y surgieron, cual revisionistas jruschovistas, como hongos tras la lluvia.

Los verdaderos comunistas fueron cogidos por sorpresa. El enfermizo sentimentalismo antimarxista que les impedía alzar su voz contra sus partidos que estaban degenerando, contra sus viejos dirigentes que traicionaban, contra la Unión Soviética que tanto querían, sin llegar a comprender la catástrofe que se cernía sobre la patria de Lenin y de Stalin, jugó un papel negativo en este sentido.

La burguesía capitalista, con todas sus fuerzas y medios económicos y propagandísticos, ayudaba a acentuar lo más posible este proceso de degeneración.

De esta forma el pérfido plan de Jruschov fue llevado a cabo minuciosamente a través de intrigas, presiones, demagogia, chantajes, acusaciones falsas, con la violación de tratados, convenios y acuerdos que existían entre la Unión Soviética y China, así como entre la Unión Soviética y Albania, hasta que los jruschovistas llegaron a la «famosa» Reunión de Bucarest.

11. LA «ZANAHORIA» Y EL «GARROTE»

Una delegación de nuestro Partido y de nuestro Gobierno viaja a la Unión Soviética. Las maniobras de Jruschov: en la mesa nos presentan la «zanahoria», el gobierno soviético nos exime del reembolso de los créditos. Leningrado: Pospelov y Koslov censuran nuestros discursos. «No debemos mencionar a los yugoslavos». Nuestra conversación oficial con Jruschov y otros. Jruschov se pone nervioso: «ustedes buscan hacernos retroceder al camino de Stalin», «Tito y Rancovich son mejores que Kardelj y Popovich, Tempo es un asno... inestable». Un encuentro de pasada con el embajador yugoslavo en Moscú, Michunovich. La visita de Jruschov a Albania, mayo de 1959. Jruschov y Malinovski nos piden bases militares: «tendremos en nuestras manos todo el Mediterráneo, desde el Bósforo hasta Gibraltar». El consejero para la exterminación de los perros. La embajada soviética en Tirana, sede del KGB.

Nuestro Partido y su Comité Central veían el curso trágico que los jruschovistas marcaban a

la Unión Soviética y a los demás países socialistas, así como la orientación que tomaban los acontecimientos, por eso se encontraban en un gran dilema. Nos era necesario medir bien los pasos: no apresurarnos, pero tampoco echarnos a dormir. Teníamos un gran interés por vigorizar la situación interna del país, por levantar y desarrollar cada vez más nuestra economía, por reforzar el ejército, previendo momentos difíciles. Ante todo y sobre todo debíamos mantener el Partido sobre los rieles del marxismo-leninismo, combatir la penetración del revisionismo y llevar este combate defendiendo resueltamente las normas leninistas, defendiendo la unidad en la dirección y en el Partido. Esto era primordial para que no fuéramos afectados por el titismo y el jruschovismo. Los jruschovistas conservaban sus máscaras y no podían atacarnos abiertamente en este campo. Nosotros, juiciosamente, defendíamos la Unión Soviética cuando todos la atacaban. Esto, como ya lo expliqué anteriormente, era otra importante cuestión de principios y al mismo tiempo nuestra táctica frente a los jruschovistas, que no encontraban fisuras en nuestras posiciones.

Ellos no podían o no querían agudizar las contradicciones con nosotros. Quizás, viéndonos pequeños y subestimando la fuerza de nuestro Partido y la vitalidad del pueblo albanés, pensaban paralizarnos o tomar la fortaleza desde den-

tro, preparando sus agentes (como el tiempo llegó a mostrar, habían actuado en esta dirección con Panajot Plaku, Beqir Balluku, Petrit Dume, Hito Çako y otros colaboradores complotistas que hemos descubierto más tarde)¹. Pero a pesar de sus esfuerzos de «estar a bien» con nosotros y de no exacerbar los ánimos, tanto ellos, como nosotros veíamos que el abismo no cesaba de profundizarse.

La cuestión yugoslava, al igual que antes, era una de las principales causas que nos separaba de los jruschovistas, que hacían todo lo posible por reconciliarnos con los revisionistas yugoslavos. Jruschov deseaba nuestra reconciliación con ellos porque ésta, pensaba, podría llevarnos a abandonar nuestra resuelta vía marxista-leninista, a renunciar a toda posición justa y de principios en el plano interno e internacional, es decir, a someternos a la línea jruschovista.

Esto lo habíamos comprendido desde hacía tiempo, y no hemos cedido ni ante la demagogia, ni ante los chantajes y amenazas de Jruschov. Además de los casos que he mencionado anterior-

1 Como se comprobó más tarde, estos complotistas tenían a su cabeza al poliagente Mehmet Shehu, que, actuando entre bastidores, les puso en movimiento cumpliendo las órdenes de sus patrones, la CIA americana y la UDB yugoslava, para cambiar la situación en Albania en favor de la contrarrevolución. (Véase: Enver Hoxha. *Los titistas* (Apuntes históricos), Casa Editora «8 Nëntori», Tírana, 1982, ed. en español, págs. 626-632.

mente, nuestro encuentro de Moscú en abril de 1957 con la dirección soviética es típico en este sentido. Era la época posterior a los acontecimientos de Hungría y de Polonia y al Pleno de febrero de 1957 del Comité Central de nuestro Partido.¹

En este Pleno analizamos en profundidad una vez más los tristes acontecimientos ocurridos en Hungría y en Polonia. Manifestamos abiertamente nuestros puntos de vista acerca de la tensa situación internacional de este período, repasamos las causas reales de las conmociones que conocía el campo socialista, golpeamos con fuerza las maniobras del imperialismo con el norteamericano a la cabeza, desenmascaramos el revisionismo moderno, reafirmamos y defendimos los principios básicos del marxismo-leninismo. El informe que presenté a este Pleno en nombre del Buró Político se opuso en su totalidad a muchas de las tesis del XX Congreso sin citar éste por su nombre. Nada más terminar el Pleno dimos a conocer el informe, lo publicamos en *Zëri i popullit*, y lo transmitimos por la radio. Ciertamente, esto enfureció a los jruschovistas. No podían salir contra nuestras tesis y posiciones de principio de una forma abierta, pues trataban de conservar las máscaras. Pero en su interior les hervía la sangre. Necesitaban «entenderse»

1 Véase la nota de la página 161 del presente volumen.

con nosotros, sujetarnos. Solicitaron que enviáramos a Moscú una delegación de alto nivel en el marco del «fortalecimiento de la amistad».

En abril de 1957 partimos hacia la Unión Soviética. Iba acompañado de Mehmet Shehu, Gogo Nushi, Rita Marko, Ramiz Alia, Spiro Koleka, Xhafer Spahiu, Behar Shtylla y otros. Cuál no sería nuestra sorpresa: apenas el barco en que viajábamos hubo penetrado en las aguas territoriales de la Unión Soviética, apareció un grupo de buques de guerra soviéticos, nos rodeó, nos saludó con sus banderas y nos escoltó hasta Odesa. Al puerto habían salido a recibirnos el viceprimer ministro de Ucrania, el viceministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, Patolichev, dirigentes del partido y del Poder de Odesa, así como cientos de personas portando banderolas y ramos de flores. Nos quedamos un día en Odesa, visitamos la ciudad, fuimos invitados a un espectáculo de ballet y por la noche partimos en tren hacia Moscú. En la estación de Kiev fuimos recibidos por Kirichenko, Kalchenko (primer ministro de Ucrania) y otros dirigentes; conversamos cordialmente, nos desearon un buen viaje y continuamos el trayecto. Una atmósfera todavía más cálida fue la que nos rodeó en la estación *Kievski* de Moscú. Miles y miles de moscovitas portando flores y banderolas habían salido a saludar la llegada de la delegación albanesa de alto nivel y expresaban su cariño y respeto

sinceros por nuestro pueblo, nuestro Partido y nuestro país. Este cariño y respeto particulares del pueblo soviético hacia nosotros, forjado en vida de Stalin, lo he sentido cuantas veces he tenido ocasión de entablar contactos con la gente sencilla del pueblo soviético, en las empresas industriales, koljoses, centros culturales, artísticos y científicos que he visitado. La gente sencilla soviética veía en nuestro Partido y en nuestro pueblo sus verdaderos y sinceros amigos, veía un partido y un pueblo que apreciaban de todo corazón y defendían con todas sus fuerzas a la Unión Soviética, que amaban y mantenían en alto los nombres de Lenin y Stalin.

—Camarada Enver —me dijo Patolichev—, en esta estación han sido recibidos también otros altos representantes de los países de democracia popular, pero un recibimiento como el que hoy les está reservando el pueblo soviético, jamás lo había visto.

Sobre el andén estaban esperándonos Jruschov, Bulganin, miembros del Presidium del Comité Central del Partido, miembros del Gobierno de la URSS, etc. Nos dimos un apretón de manos y nos abrazamos, y, aunque la expresión de su alegría estaba lejos de ser comparable con la de aquel pueblo que continuaba aclamándonos, pudimos observar que la recepción de los dirigentes soviéticos era esta vez algunos grados más cálida que en las veces anteriores. Tanto en la estación

como en las recepciones de bienvenida sus palabras y consideraciones no tenían límites.

—Nos sentimos orgullosos de la amistad que nos une; su Partido es un partido joven, pero ha mostrado una gran madurez; están desempeñando un importante papel. . . — se apresuraban a declarar, a cual primero, Jruschov, Bulganin, Pospie-
lov y los que les seguían.

Muy pronto pudimos ver que esto era la «zanahoria». El garrote vendría poco después.

—Debemos prestarles ayudas de manera más organizada. Les hemos dado alguna cosa, pero no lo hemos hecho de una manera bien pensada, —trataba de embelesarnos Jruschov en el primer *primom*, sin dejar de repetir tampoco aquí su gran «deseo» de que Albania se convirtiese en un «ejemplo para los países de Asia y Africa, para Grecia e Italia».

Después de recalcar varias veces lo de «vamos a ayudarles más», «mejor», consideró oportuno poner a prueba desde este momento el efecto de sus promesas.

—Hemos reído a carcajadas en el Presidium —dijo Jruschov— cuando hemos leído el discurso de Tito en Pula. Allí injuriaba al camarada Enver, pero Tito tiene la vista ofuscada.

—Nosotros le hemos dado al instante la respuesta que merecía —le dije.

—Claro, claro —dijo Jruschov y su sonrisa se desvaneció—, pero debemos contener nuestra

legítima indignación y mostrarnos generosos con ellos, en aras de los pueblos de Yugoslavia, en aras de la unidad del campo.

Nosotros iremos al pueblo —continuó Jruschov— y le hablaremos. Debemos mostrarnos razonables. No hay por qué mencionar a los yugoslavos por su nombre, hablaremos del revisionismo en general, como fenómeno...

Era el *priom* de bienvenida y no le repliqué. Mas el problema yugoslavo debía seguirnos por todas partes.

Pasados dos días fuimos a Leningrado. Nos recibió Koslov con palabras muy cordiales.

—Me fascina Albania —nos dijo—. ¡Me he hecho gran patriota de su país! (Dos o tres años después, este mismo Koslov mostraría en los inolvidables acontecimientos de Bucarest y Moscú lo «patriota» que era de nuestro país, llegando al punto de amenazarle con la pérdida de su libertad y de su independencia cuando dijo: «Basta una bomba atómica lanzada por los norteamericanos para que desaparezcan Albania y su pueblo».)

Entre otros lugares hicimos una visita a la fábrica de construcciones mecánicas *Lenin*, una gran fábrica que había hecho historia. Era aquí donde Lenin, en las difíciles condiciones de zarismo, había organizado los primeros grupos comunistas y pronunciado numerosos discursos ante los obreros.

—Ninguna delegación extranjera ha visi-

tado esta fábrica, —nos dijo Pospelov, que nos acompañaba.

Los obreros, no estaban preparados porque nuestra llegada era espontánea, pero verdaderamente nos prestaron un caluroso recibimiento. Un obrero, que trabajaba en una turbina para nuestra central hidroeléctrica del río Mat, nos regaló algunos instrumentos, para que se los lleváramos de recuerdo a un obrero albanés. Los obreros de la fábrica con quienes hemos conversado nos dijeron que conocían Albania, que sentían un cariño particular por el pueblo albanés, que calificaron de pueblo heroico, etc.

Rápidamente organizaron un mitin con una asistencia de cuatro o cinco mil personas y me pidieron que hablara. Tomé la palabra y les expresé el cariño y profundo reconocimiento que sentían el pueblo albanés y el Partido del Trabajo de Albania hacia ellos y todo el pueblo soviético. Llegó el momento de hablarles de la lucha de nuestro pueblo y de nuestro Partido contra los enemigos imperialistas y revisionistas. Estos enemigos eran concretos, tenían nombres, tenían una actividad concreta contra nosotros. Debía hablar abiertamente ante los obreros, aunque esto no fuera del agrado de Jruschov. Ya en el primer encuentro nos había dado «orientaciones» acerca de la cuestión yugoslava. Pero ni yo ni mis camaradas hubiéramos quedado con la conciencia tranquila si no hubiésemos hablado de ello, por

eso en mi discurso dije a los obreros que los dirigentes yugoslavos eran antimarxistas, chovinistas, que habían llevado a cabo una actividad hostil, etc.

Los obreros me escuchaban con atención y me aplaudían con gran entusiasmo. Ahora bien, al acabar el mitin Pospelov me señaló:

—Quizás podíamos arreglar un poco la parte de su discurso referente a Yugoslavia pues me parece un poco dura.

—No veo en él nada de más —le dije.

—Su discurso saldrá mañana en los periódicos —me dijo Pospelov—, y los yugoslavos se indignarán contra nosotros.

—Es mi discurso. Ustedes están en regla —le dije.

—Camarada Enver, debe comprender nuestra situación —continuó Pospelov—. Tito dice que somos nosotros quienes le movemos a hablar de esta forma, abiertamente, contra ellos. Es preciso que suavicemos esta parte.

Todo este diálogo transcurría en una sala del Teatro de la Opera *Kirov* de Leningrado. La hora de iniciarse la representación había pasado, la gente esperaba nuestra entrada en la sala.

—Dejemos la discusión para después de la función —le dije—. Está pasando la hora.

—Podemos aplazar el comienzo de la representación —persistió él—, ahora voy a avisar a los camaradas.

Tuvimos una pequeña disputa y al final llegamos a un «compromiso»: la palabra «hostil» sería substituida por «antimarxista».

Los revisionistas saltaron de alegría como si hubieran conquistado los cielos. Pero Koslov, después de pensarlo un poco, quiso una nueva «concesión»:

—Antimarxista —dijo—, suena un poco mal, podríamos arreglarlo poniendo «no marxista».

—¡Bien! —le dije con ironía—, no le quiero contrariar.

—Salgamos al vestíbulo —nos dijo entonces Koslov, y dimos una o dos vueltas entre los espectadores para que Koslov pudiera distribuir saludos a derecha e izquierda. Entre tanto los otros fueron a hacer la «corrección» y con ellos se fue también Ramiz. Ahora bien, cuando Ramiz volvió me dijo que nos habían suprimido todo lo que habíamos dicho sobre los yugoslavos. Le encargué que dijese que persistíamos en nuestras opiniones, pero la respuesta de la gente de Jruschov fue:

—¡Ahora es imposible toda corrección, pues esto supondría tener que informar de nuevo a los camaradas de arriba!

En uno de los intervalos de la representación, le expresé a Pospelov nuestro descontento.

—Es cierto que ellos son como ustedes los califican —me señaló—, pero no nos apresuremos, ya vendrá el momento oportuno...

Así, todo lo que yo dije en el mitin referente a Yugoslavia salió deformado en *Pravda*.

Aunque los dirigentes soviéticos conocían bien nuestras posturas hacia los revisionistas yugoslavos, habíamos decidido con antelación plantear este problema una vez más y con calma, en Moscú, decirles abiertamente a Jruschov y compañía el por qué no estábamos de acuerdo con ellos. El 15 de abril tuvimos el encuentro. Por nuestra parte asistían conmigo a las conversaciones, Mehmet Shehu, Gogo Nushi, Ramiz Alia, Spiro Koleka y Rita Marko; por parte soviética asistían Jruschov, Bulganin, Suslov, Ponomariov y también Andropov. Este último, después de los disturbios de Hungría, dejó de ser embajador y fue designado alto funcionario del aparato del Comité Central del Partido, director o subdirector, si mal no recuerdo, del sector de relaciones con los partidos de los países socialistas.

Hice saber desde un principio a Jruschov y sus compañeros que iba a hablar principalmente del problema yugoslavo.

—Nosotros —acentué entre otras cosas— hemos discutido continuamente este problema en nuestro Partido y hemos tratado de ser lo más comedidos, serenos y cuidadosos en nuestros juicios y en nuestros actos hacia la dirección yugoslava.

Por su parte los dirigentes yugoslavos han continuado siempre con su vieja cantinela. No

voy a hablar de toda la amarga historia de catorce años de nuestras relaciones con ellos, ya que ustedes están al corriente, pero quiero puntualizar que la dirección yugoslava también hoy en día continúa su actividad hostil y subversiva contra nosotros, mantiene las actitudes provocadoras de siempre.

—Por nuestra parte —proseguí— consideramos que estas actitudes ininterrumpidas de la dirección yugoslava y sobre todo de su legación en Tirana, tienen como fin romper totalmente las relaciones con nosotros para colocarnos en una difícil posición hacia nuestros amigos, pretendiendo: «miren, con todos los demás partidos hemos logrado tener buenas relaciones, mientras que con los albaneses no es posible entendernos».

Continuando mi intervención les señalé también nuevos hechos en relación con una serie de actividades del ministro y del secretario de la legación yugoslava en Tirana, les hablé de la actividad de espionaje que llevaban a cabo para organizar a los elementos antipartido y ponerlos en acción contra nuestro Partido y nuestro pueblo, les hablé de nuestros esfuerzos para hacer que interrumpieran su actividad antialbanesa.

—Estos actos —le dije a Jruschov— no pueden hacerse bajo su iniciativa individual, sino a instancias de la alta dirección yugoslava. Esta es la conclusión que nosotros hemos sacado de sus actos.

Más adelante planteé el problema de la nefasta actividad que continuaban desplegando los dirigentes yugoslavos en Kosova.

—Esta es una cuestión delicada e importante para nosotros —les dije—, ya que a partir de Kosova no sólo organizan una intensa actividad contra nuestro país, sino que, además, tratan de liquidar la población albanesa de esta región trasladándola en masa hacia Turquía y otros países.¹

Después de hablar minuciosamente de las tentativas de los funcionarios de la representación yugoslava en Tirana para organizar a los enemigos internos de nuestro Partido y de nuestro pueblo, del complot que querían organizar en la Conferencia de Tirana de abril de 1956, de su posterior actividad hostil a través de Tuk Jakova, Dali Ndreu, Liri Gega, etc., acentué:

—Todas estas y otras pruebas, de las cuales disponemos en abundancia, nos han convencido de que la dirección yugoslava jamás ha renunciado hasta hoy a su objetivo de derribar el Poder popular en Albania. Por ello los revisionistas yugoslavos son un peligro, y no sólo para nuestro país, sino para todos los demás países socialistas,

1 Tras la Segunda Guerra Mundial, los titistas obligaron a emigrar a Turquía a más de 400 mil albaneses. (Véase: Enver Hoxha. *Los titistas* (Apuntes históricos), Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1982, ed. en español, págs. 3-20, 76-124, 289-291).

pues como ellos mismos han declarado y como lo confirma también su actividad hacia nosotros, no pueden aceptar nuestro sistema socialista, están contra la dictadura del proletariado, han renunciado definitivamente al marxismo-leninismo.

—Nosotros —continué—, hemos deseado y deseamos tener buenas relaciones con Yugoslavia, pero a decir verdad, no tenemos confianza en los dirigentes yugoslavos, pues éstos se pronuncian contra el sistema social de nuestros países, están contra los fundamentos del marxismo-leninismo. En toda su propaganda, no dicen una palabra contra el imperialismo, por el contrario, han unido su voz a la de las potencias occidentales contra nosotros. Durante estos 14 años no hemos visto a la dirección yugoslava emprender siquiera un pequeño viraje que nos llevara a pensar que había comprendido algo de sus graves errores y desviaciones, condenados desde hace tiempo. Por eso, no podemos tener confianza en una dirección tal.

—¿Y qué actitud debemos mantener hacia ellos? —pregunté continuando mi exposición—. Mantendremos serenidad, seremos pacientes y vigilantes, pero también la paciencia tiene un límite. No daremos ningún paso que pueda perjudicar los intereses del socialismo y del marxismo-leninismo, no entraremos en guerra con ellos ni tampoco intervendremos en los asuntos internos

de Yugoslavia. No hemos estado jamás ni estamos por tales acciones, pero siempre hemos considerado y consideramos como un deber permanente defender nuestra justa línea ideológica y política y desenmascarar el oportunismo y el revisionismo.

—Esto es lo que tenía que señalar respecto a esta cuestión —les dije finalizando—. En lo que se refiere a nuestra situación política, podemos decir que es excelente. El pueblo permanece firmemente unido en torno al Partido y está movilizado en el trabajo para la aplicación de su línea. No tenemos nada más que añadir.

Jruschov tomó la palabra. Hasta ahora había escuchado en silencio todos mis planteamientos, sonrojándose unas veces y palideciendo otras, aunque trataba de conservar la «serenidad». Como parece, quería mostrarnos «cómo se puede callar» incluso cuando no se está de acuerdo con el interlocutor.

—Querría señalar cuál es nuestra manera de ver las cosas —comenzó—. Estamos plenamente de acuerdo con ustedes y les apoyamos.

Pero tan pronto acabó la frase, Jruschov vino a mostrarnos cómo nos «apoyaban»:

—Creíamos que este encuentro de partido se terminaría más rápidamente y no preveíamos que iban a plantear las cosas de este modo.

—Ustedes —prosiguió—, miran las relaciones con Yugoslavia con un cierto nerviosismo.

Cuando hablan, presentan la cuestión de las relaciones con Yugoslavia como si no tuvieran perspectiva. El modo cómo usted ha hablado de la dirección yugoslava, te lleva a pensar que ésta ha traicionado, que no está en sus cabales, que nada se puede hacer con ella, y por tanto sólo nos queda romper las relaciones. Que haya traicionado, no lo creo, pero que se haya desviado gravemente del camino marxista-leninista, eso es cierto. Según ustedes debemos volver a lo que hizo Stalin, que todos sabemos lo que significó. Si se admite que las cosas son tal como ustedes las han expuesto, resulta que Yugoslavia está en primer lugar contra la Unión Soviética, aunque también contra ustedes y los demás. ¡Cuando les oigo hablar veo que bullen de cólera contra ellos! Los italianos, los griegos y los turcos no son mejores que los yugoslavos. Desearía saber: ¿Con quién tienen mejores relaciones?

—Con los griegos y los turcos no tenemos relaciones —le respondí.

—Veamos cómo se portan los yugoslavos con nosotros —continuó—. ¡Nos atacan más que los griegos, los turcos y los italianos! Pero Yugoslavia tiene algo de particular, de proletario. ¿Podemos, pues, romper nuestras relaciones con Yugoslavia?

—No decimos esto —le respondí.

—No lo dicen, pero es lo que se desprende de sus palabras. Yugoslavia, ciertamente, no se

convertirá en una Alemania, en una Italia ni en ningún otro país causante de una guerra contra nuestro campo. ¿Ustedes consideran a Yugoslavia como el enemigo número uno?! —me preguntó.

—Nosotros no hablamos de Yugoslavia. Hablamos de la actividad revisionista de los dirigentes yugoslavos —le dije—. ¿Y qué podríamos hacer después de lo que han montado contra nosotros?

—Traten de neutralizar su actividad. ¿Qué más podrían hacer? ¿Declararles la guerra? —me preguntó de nuevo.

—No, eso no lo hemos hecho ni lo haremos. Pero si mañana el ministro yugoslavo va a fotografiar instalaciones militares de nuestro país, entonces ¿qué debemos hacer?

—¡Retírenle la película! —me respondió Jruschov.

—Esto les serviría de pretexto para romper las relaciones y achacarnos a nosotros la responsabilidad —le dije.

—Entonces ¿qué buscan de nosotros camarada Enver? —dijo lleno de indignación—. ¡Nuestros puntos de vista son diferentes y nada tenemos que aconsejarles! ¡No le comprendo, camarada Hoxha! Adenauer y Kishi no son mejores que Tito y sin embargo hacemos todo lo posible por aproximarnos a ellos. ¿Qué piensan ustedes, que incurrimos en error?

—No es precisamente el mismo caso —le respondí—. Cuando se habla de Tito, se entiende que debemos mejorar las relaciones de partido a partido, y él es antimarxista. Pero la dirección yugoslava no es correcta ni en las relaciones estatales. ¿Qué postura debemos mantener en caso de que los yugoslavos continúen organizando complots contra nosotros?

—¡Camarada Hoxha —gritó encolerizado Jruschov—, usted me está interrumpiendo continuamente con sus réplicas. Yo le he escuchado durante una hora sin interrumpirle una sola vez, mientras que usted no me ha dejado hablar siquiera unos minutos, sólo ha hecho interrumpirme constantemente! Por mi parte no tengo nada más que decir —cortó, y se puso en pie.

—Hemos venido a intercambiar opiniones —le dije—. Usted, después que expresa una opinión, me hace preguntas. ¿¿Por qué se molesta entonces si yo le doy la respuesta?!

—Se lo dije y se lo voy a repetir de nuevo: ¡yo le he escuchado durante una hora, camarada Hoxha, mientras que usted no ha podido escucharme ni siquiera un cuarto de hora, y me ha interrumpido tantas y tantas veces! Ustedes quieren edificar la política basándose en los sentimientos. ¡Dicen que entre Tito, Kardelj, Rancovich, Popovich, etc., no hay ninguna diferencia! Les hemos dicho antes que estos son hombres y como tales difieren entre sí. Los yugoslavos dicen

que entre ellos existe una perfecta unidad de puntos de vista, pero nosotros no somos de esta opinión: Tito y Rancovich observan una actitud más razonable, más conciliadora hacia nosotros; Kardelj y Popovich mantienen una actitud totalmente hostil. Tempo es un asno... inestable. Tomemos Eisenhower y Dulles. Ambos son reaccionarios, pero no se deben medir por un mismo rasero. Dulles es cruel, belicista, mientras que Eisenhower es más humano.

Ya se lo hemos dicho desde el primer encuentro: nosotros no atacaremos a nadie ni provocaremos ningún ataque. Nuestros ataques y contraataques deben tener tal cariz que obren en favor del acercamiento y no del distanciamiento.

Le hemos rogado a Chou En-lai que haga de mediador para un encuentro entre nuestros partidos, donde también estén presentes los yugoslavos¹, y ha aceptado de buen grado. Este encuentro es muy factible. Los yugoslavos lo han aceptado. Pero no debemos pensar que de ahí pueda salir todo. Entonces, ¿por qué ir a una reunión así con ideas como las suyas?! No com-

¹ Se trata de los intentos de Jruschov, en colaboración con la dirección china, de organizar una reunión de todos los partidos comunistas de los países socialistas, en la que también participase Tito. Esta reunión fue organizada en Moscú en noviembre de 1957, pero los yugoslavos, a pesar de todos los esfuerzos de Jruschov y de Mao Tse-tung no acudieron a ella. Para más detalles ver en este mismo volumen, págs. 354-357

prendo ¡a dónde quieren llegar, camarada Enver!
¡¿Es que quieren convencernos de que no tenemos razón?! ¡Acaso han venido aquí a persuadirnos para que mantengamos hacia Yugoslavia la misma actitud que ustedes? ¡No, nosotros sabemos lo que hacemos! ¡¿Es que quieren convencernos de su justa línea?! Esta línea no nos conduciría a una solución correcta y no va en interés de nuestro campo. Hemos considerado justas las posiciones del Partido del Trabajo de Albania en relación a la contrarrevolución en Hungría. Pero su táctica con respecto a Yugoslavia es errada. Pienso que debería tener un encuentro con Michunovich (embajador de Yugoslavia en Moscú) y esto no para poner más tensas las relaciones, sino para mejorarlas. Pero por el modo como ustedes plantean el problema dudo que pueda llegarse a algo. Ha hablado de las provocaciones del ministro yugoslavo en Tirana. También en nuestro país el ministro yugoslavo ha ido de manera ostensible fotografiando instalaciones militares. ¡Un policía le retiro el aparato y punto final!

Yo le repito: nosotros seguiremos la línea tendente a mejorar sea las relaciones estatales, sea las relaciones de partido con Yugoslavia. Llegaremos a puerto o tal vez no, esto es otra cuestión, pero el hecho es que tendremos la conciencia tranquila, rendiremos un servicio a nues-

tro partido y a todos los demás partidos. No hay por qué agravar las cosas. Los camaradas rumanos tienen razón en calificarles en *Scânteia* de «pendencieros».

—Nosotros —le respondí a Jruschov—, no sólo estamos en contra de este duro epíteto, sino también en contra del espíritu en que un partido hermano, como el de Rumania, trata este problema en su órgano central. Ser pendenciero significa lanzar ataques carentes de principio. Nosotros jamás hemos actuado así con nadie. Es la misma *Scânteia* y los que han escrito este artículo que se convierten en animadores de acciones injustas y contrarias a los principios. También nosotros tenemos nuestras observaciones y nuestras reservas sobre muchas actitudes de los camaradas polacos, pero no las hemos criticado en nuestra prensa porque no queremos provocar riñas y divisiones. Hemos tenido y tenemos nuestras observaciones respecto a los italianos, y también hacia algunas actitudes de los propios camaradas rumanos. Sin embargo nos hemos mostrado y nos mostramos prudentes, no les hemos criticado en nuestra prensa porque no entendemos que los problemas se resuelvan fuera de las reglas y las normas que rigen las relaciones entre partidos hermanos.

Jruschov, habiendo recibido con esto la respuesta a su «aprobación» a la *Scânteia*, reanudó la conversación, pero bajando un poco de tono:

—Tranquilos, tranquilos camaradas, siempre tranquilos y triunfaremos. ¿Saben qué nos decía Stalin? —continuó—. «Antes de adoptar una decisión tomemos una ducha fría, como hacían los romanos». Así nos aconsejaba Stalin, pero él no tomaba esa ducha. ¡Hagamos nosotros lo que no hacía Stalin!

Dicho esto, hizo una pausa, y acto seguido se lanzó de nuevo en acusaciones:

— Tampoco ustedes pasan por la ducha antes de tomar decisiones —dijo—. Condenaron a Dali Ndreu y Liri Gega. Hemos considerado esto un grave error, un acto muy grave por su parte.

—Nosotros —les dije— hemos conversado en otras ocasiones acerca de la cuestión de estos agentes, pero si lo quieren puedo dar toda una serie interminable de detalles sobre su actividad antipartido y antialbanesa. Han estado continuamente actuando en detrimento de nuestro país.

—¡De todos modos, de todos modos! —gritó Jruschov—, no debían haber sido condenados tan severamente. Los yugoslavos están furiosos.

—Por supuesto, eran sus fieles agentes —le dije—, y observaba que Jruschov estaba tan furioso por la decisión de nuestro tribunal como los propios yugoslavos.

—Cuando supimos lo que iban hacer, pusimos un radiograma urgente a Krilov, nuestro embajador en Tirana. Le decíamos que se anulase sin falta el fallo que había emitido su tribunal.

Ustedes como parece no lo han escuchado. La orden era nuestra.

—Es la primera vez que oigo, y me sorprende, que hayan impartido una orden semejante —le dije tratando de contener mi indignación—. Pero deben saber que durante el proceso se confirmó sobradamente la actividad criminal de esos peligrosos agentes. Nuestro pueblo no nos perdonaría una actitud clemente hacia ellos. No es con palmaditas como tratamos a los enemigos, sino como merecen, de acuerdo con las leyes que el pueblo ha votado.

Pero Jruschov no cabía en su asiento.

—Tras el discurso de Tito en Pula —intervino Ponomariov—, le hemos enviado un radiograma a Krilov para que les comunicase que conservaran la serenidad en su respuesta, ya que nosotros, por nuestra parte, íbamos a escribir un artículo, y no debía parecer que se trataba de una acción organizada. También les decíamos en este despacho lo que debían hacer en cuanto a Dali Ndreu y Liri Gega.

—Nos habló del artículo —le respondí—, pero nosotros no podíamos permanecer sin dar la respuesta a Tito, por eso escribimos nuestro artículo¹. Sé que su embajador Krilov nos preguntó

1 Se trata del artículo: «En relación con el discurso pronunciado recientemente por José Broz Tito» publicado en *Zëri i popullit* el 23 de noviembre 1956.

por Dali Ndreu y Liri Gega después que fueron arrestados y nosotros le hablamos de la actividad de estos agentes. No nos mencionó ningún tipo de orden e hizo bien. Pues aún en caso de habernos dicho algo en este sentido, no podíamos en absoluto actuar en contra de la sentencia de nuestro tribunal popular.

—Nuestro embajador —dijo Jruschov dirigiéndose a sus camaradas—, no ha cumplido su tarea. Aquella acción debía impedirse.

Este individuo siempre se ponía abiertamente en defensa de nuestros enemigos considerando a Albania como un país donde se debían aplicar sus órdenes y no las leyes de nuestro Estado. Recuerdo que en otra ocasión me dijo:

—He recibido una carta de un tal Panajot Plaku, en la que me pide que le ayude.

—¿Conoce a este individuo? —le pregunté. (Yo sabía que Jruschov conocía bien al traidor y agente de los yugoslavos, Panajot Plaku, que había huido a Yugoslavia y buscaba pasar a la Unión Soviética.)

—No —me respondió Jruschov—, no lo conozco.

Mentía.

—Este individuo es un traidor, —le dije—, y si lo aceptan en su país romperemos nuestra amistad. En caso de que llegue a su país, deben entregárnoslo para ahorcarlo en medio de la plaza.

—Usted es como Stalin, que mataba a la gente, —dijo Jruschov.

—Stalin mataba a los traidores, y es a ellos que también nosotros matamos, —añadí.

Como no alcanzó sus fines, retrocedió. Esperaba todavía someternos por otros medios y por otras vías. Después que hubo vertido toda su bilis, calló, puso las manos sobre la mesa, suavizó su tono severo y comenzó de nuevo con los «consejos».

La táctica del «garrote» había llegado a su fin: sobre la mesa de conversaciones Jruschov sacó de nuevo la «zanahoria».

—Compréndannos camaradas —dijo—, no hablamos así más que con ustedes pues les tenemos mucho cariño, los llevamos en el corazón, etc., etc. Y tras esto mostró un gesto de «generosidad»: nos eximió del reembolso de los créditos que la Unión Soviética había concedido hasta finales del año 1955 a nuestro país para su desarrollo económico y cultural. Por supuesto, se lo agradecemos, agradecemos ante todo a la clase obrera y al hermano pueblo soviético esta ayuda que le daban a un país pequeño, pero valiente, trabajador e indoblegable. Como quiera que fuera, todos comprendimos claramente cuáles eran los «motivos» de esta «generosidad» de Jruschov. Quería «complacernos», suavizar en algo la tensa atmósfera que se creó durante las conversacio-

nes, quería hacernos cambiar de opinión con estas «ayudas» que para Jruschov no eran ayudas sino limosnas, eran un cebo que nos lanzaba para cazarnos y someternos. Pero muy pronto se convencería de que éramos de aquellos que incluso comíamos hierba si hacía falta, pero que ante él o ante cualquier otro traidor no nos íbamos a arrodillar.

Algunos días después de este gesto de «generosidad», en una gran cena ofrecida en honor a nuestra delegación, Jruschov había invitado a Michunovich. Lo vio que estaba apartado en un extremo de la sala, y lo llamó:

—¡Anda, ven aquí! ¡¿Por qué te has quedado tan lejos?!

Hizo las presentaciones y añadió riendo:

—¡Entiéndanse entre ustedes! — y con su copa en la mano se alejó para que nos «entendiésemos». Lo que hicimos fue pelearnos.

Enumeré a Michunovich todo lo que le había dicho en el encuentro a Jruschov y le señalé:

—Hemos estado y estamos dispuestos a mejorar nuestras relaciones estatales, y hemos hecho nuestros esfuerzos en este sentido, pero ustedes deben renunciar definitivamente a su actividad antialbanesa.

—Ustedes nos llaman revisionistas —dijo Michunovich—. ¿Cómo pueden tener relaciones con los revisionistas?

—No —le dije—, con los revisionistas jamás tendremos relaciones, pero estoy hablando de relaciones estatales. Estas relaciones, sí podemos y debemos tenerlas. En lo que se refiere a las contradicciones ideológicas que existen entre nosotros, deben tener claro que por nuestra parte jamás renunciaremos a la lucha contra el oportunismo y la revisión del marxismo-leninismo.

—Cuando ustedes denuncian el revisionismo se refieren a nosotros, —dijo Michunovich.

—Eso es cierto —le dije—. Mencionemos o no a Yugoslavia, la realidad es que nuestras palabras van dirigidas también a ustedes.

Michunovich continuó en lo suyo. El debate se acaloraba. Jruschov, que nos seguía de lejos, percibió esta atmósfera y se acercó.

Michunovich volvió a repetir ante éste lo que ya me había dicho y continuó con sus acusaciones hacia nosotros. Pero en esta cena, teníamos a Jruschov de «nuestro lado».

—Cuando Tito estaba en Corfú —le señaló a Michunovich—, el rey de Grecia le dijo: «Qué, ¿procedemos a una repartición de Albania?». Tito no le respondió, mientras que la reina les llamó la atención para que no hicieran semejantes comentarios.

Michunovich quedó desconcertado y dijo:

—Se trataba de una broma.

—Tales bromas, sobre todo con los monar-

cofascistas, que llevan toda la vida reivindicando el Sur de Albania, no se deben hacer. Y «bromas» de este tipo —le dije— ustedes las han hecho también anteriormente. Tenemos un documento de Boris Kidrich, en el que Albania figura como la séptima República de Yugoslavia.

—Esto es algo que ha hecho un individuo —me respondió Michunovich.

—Sí, un individuo, pero miembro del Buró Político de su partido y presidente de la comisión estatal de planificación —le dijimos.

Michunovich quedó al extremo desconcertado y se marchó. Jruschov me cogió del brazo y me preguntó:

—¿Cómo han llegado a esto? ¿De nuevo han peleado?

—Con los revisionistas no puede ser de otra manera —le dije.

—Es asombroso —dijo él— lo testarudos que son ustedes los albaneses.

—No —le dije—, somos marxistas.

Uno y otro nos separamos malhumorados. Pero Jruschov era una persona versátil en sus actos diabólicos. Como he dicho, unas veces suavizaba la situación con Tito y otras la endurecía. Cuando se enconaba con Tito, se dulcificaba con nosotros. Recuerdo que cuando Jruschov tomó la palabra en el VII Congreso del Partido Comunista Búlgaro atacó duramente a Tito y fue aplaudi-

do por todos. En el curso de un intervalo, todos los responsables de las delegaciones se dirigieron a una sala a tomar café. Allí Jruschov dijo:

—Incluso con todo lo que he hablado de Tito, el camarada Enver Hoxha no está todavía satisfecho.

—Tiene razón —le dije—, Tito debe ser desenmascarado más vigorosamente y sin tregua.

Pero no era siempre así. Antes de la visita de Jruschov a Albania, en mayo de 1959, la dirección soviética nos envió un radiograma haciéndonos saber que él, «por razones comprensibles, en sus discursos no tocaría la cuestión yugoslava, y esperaba que los amigos albaneses en sus discursos tendrían debidamente en cuenta este detalle».

Era una condición que nos imponían y esperaban nuestra respuesta. Discutimos ampliamente este problema en el Buró Político, todos expresamos nuestra insatisfacción e indignación por esta visita condicionada, sopesamos las ventajas y los inconvenientes que podría tener el aceptar o no la condición que nos imponía Jruschov. Sabíamos que los yugoslavos y toda la reacción se frotarían las manos y declararían:

—Vaya, ha ido Jruschov y les ha cerrado la boca a los albaneses. ¿Y dónde? ¡En su propia casa!

Ahora bien, la llegada a Albania del Presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética y Primer Secretario del Comité Central

del Partido Comunista de la Unión Soviética tenía una particular importancia para el reforzamiento de las posiciones internacionales de nuestro país.

Por eso, unánimemente, decidimos aceptar la condición de Jruschov sólo durante los días que iba a permanecer en Albania y, tan pronto saliera de nuestro país, continuaríamos como antes nuestra lucha incommovible, contra los revisionistas yugoslavos. Temeroso de ver repetirse lo que sucedió en Leningrado en abril de 1957, Jruschov, apenas llegó a nuestro país, a fines de mayo de 1959, incluso antes de rendirle los honores de bienvenida, nos advirtió:

—Deben saber que no voy a hablar contra Tito.

—Nosotros respetamos a nuestros huéspedes y no les imponemos nada —le respondí.

Luego tomé la palabra y dije lo que teníamos que decir, naturalmente en un tono amistoso, aunque él no dejó de comprender las alusiones:

Como quiera que fuere, nos comportamos amistosamente con él y tratamos de que se llevara una impresión lo más favorable de nuestro país y de nuestro pueblo. En cuanto a él se comportó en todo momento como tenía por costumbre: a veces en un tono de broma, a veces en un tono grave, descargó todo lo que tenía en mente.

Conversábamos sobre nuestros problemas económicos. Además de informarle de los logros

que habíamos alcanzado hasta entonces, le hablé de nuestras perspectivas para el futuro. Le cité el petróleo como una de las principales ramas de nuestra economía, anunciándole que en los últimos días había surgido un nuevo pozo.

—¿Ah, sí? —me dijo—. ¿De qué calidad es? Sé que su petróleo es malo, pesado. ¿Han calculado lo que les va a costar su elaboración? Y después, ¿dónde lo venderán, quién tiene necesidad de su petróleo?

Más adelante le hablé de nuestra industria minera, de sus excelentes perspectivas, y le cité el ferróníquel, el cromo, el cobre.

—Estos minerales los tenemos en abundancia y creemos que debemos caminar en dirección a su elaboración en el país. Hemos planteado —le dije—, tanto a ustedes el año pasado como varias veces en las reuniones del COMECON, la necesidad de levantar una industria metalúrgica en Albania. Hasta el presente no se nos ha dado una respuesta positiva, pero nosotros insistimos.

—¿Industria metalúrgica? —me interrumpió—. Bueno, ¿pero lo han pensado bien? ¿Han calculado lo que les va a costar una tonelada de metal fundido? Si les va a resultar caro ¿para qué la quieren? Lo repito: la producción de un día en nuestro país, puede cubrir sus necesidades por varios años.

De este modo respondía a todas nuestras peticiones y problemas.

Cuando acabé de hablar, tomó la palabra Jruschov:

—La exposición del camarada Enver —dijo—, nos ha hecho ver más claro la situación en su país. Mas en lo referente a sus necesidades, quiero decirles que no hemos venido para examinarlas. No estamos autorizados por nuestro gobierno a conversar sobre esta cuestión. Hemos venido a conocernos e intercambiar opiniones.

Luego, como riendo, soltó una broma, que no era una simple broma:

—Nosotros —dijo— pensamos que sus asuntos marchan bien. Albania ha ido hacia adelante y si ustedes nos concediesen un préstamo lo recibiríamos con mucho gusto.

—Rocas, agua de mar y aire, tenemos en abundancia, —le dijimos.

—De eso, nosotros tenemos mucho más que ustedes. ¿Tienen dólares? —preguntó Jruschov, y luego le dio otro tono a su voz:

—Dejemos esto, —dijo—. La verdad es que han avanzado, pero no están satisfechos. Les concedimos un crédito el año pasado, ahora piden otro. Pero nosotros tenemos una expresión popular: «Extiende la pierna hasta donde llegue la sábana».

—También nosotros tenemos esa expresión —le dije—, la conocemos y la aplicamos bastante bien.

—Sí —replicó—, pero nos piden de nuevo

un crédito. Encogió los hombros, calló un instante y reanudó la conversación riendo:

—Nos han dado un banquete y han encontrado el momento propicio para presentarnos nuevas demandas. De haberlo sabido nos hubiéramos traído la comida.

—Los albaneses —le dije— tienen un particular respeto por sus huéspedes: y tanto si tienen mucho, como si tienen poco, no escatiman nada por ellos. Cuando les acogen en su casa les hacen todos los honores, incluso si algo no les cae bien también se lo tragan.

—Era una broma —dijo—, y rió ruidosamente. Pero era más bien una mueca de desagrado. A todas partes donde fue nos criticó. Del gran viñado de Shtoj nos dijo:

—Por qué malgastan el dinero. De esta tierra no pueden sacar nada.

Pero nosotros, no obstante las observaciones del «especialista en agricultura», continuamos nuestro trabajo y hoy el viñado de Shtoj es una maravilla.

Criticó nuestros trabajos de avenamiento del pantano de Tërbuf. En Vlora hizo llamar al principal de los especialistas soviéticos del petróleo en nuestro país y éste, sin duda «preparado» bien por la embajada soviética en Tirana, dio en nuestra presencia una información extraordinariamente pesimista, diciendo que en Albania no había petróleo. Pero también un grupo de alba-

neses especialistas en esta materia se presentó allí y con numerosos argumentos y pruebas echó abajo las afirmaciones de los soviéticos. Hablaron en detalle de la historia de la industria petrolera en nuestro país, del gran interés que las compañías imperialistas extranjeras mostraron en el pasado por el petróleo albanés, de los importantes y alentadores resultados que se habían logrado en los 15 años de Poder popular. Por nuestra parte, le hablamos detalladamente de las grandes perspectivas de la extracción del petróleo en Albania y pusimos a Jruschov al corriente de los últimos descubrimientos en este terreno.

—Bien, bien, —repitió Jruschov—, pero su petróleo es pesado, contiene azufre. ¿Es que no hacen cálculos? Lo elaborarán, pero les costará más caro un litro de gasolina que un kilo de caviar. Deben mirar bien el aspecto comercial, no es cuestión de que todo se lo produzcan ustedes. ¡¿Para qué tienen los amigos?!

En Saranda nos aconsejó que nos limitásemos a plantar naranjos y limoneros, de cuya producción tenía mucha necesidad la Unión Soviética.

—Trigo les damos nosotros. El trigo que ustedes necesitan nos lo devoran a nosotros las ratas, —dijo, repitiendo aquella misma expresión que ya habíamos oído en Moscú en 1957. Y soltó toda una sarta de «consejos».

—No malgasten su tierra y su maravilloso

clima con maíz y trigo. Estos cultivos no les van a proporcionar ingresos. En su país crece el laurel, ¿saben lo que es esto? El laurel es oro. Cultiven miles de hectáreas de laureles y nosotros se lo compraremos.

Luego continuó con los cacahuets, el té y los cítricos.

—Esto es lo que deben plantar —dijo—. ¡De esta forma Albania se convertirá en un jardín florido!

En otras palabras, quería que Albania se convirtiera en una colonia con una agricultura frutera, que le sirviese a la Unión Soviética revisionista tal como le sirven a los Estados Unidos de América las colonias de plantaciones de bananas y de frutas en América Latina.

Pero nosotros jamás íbamos a permitir ni permitimos este suicidio que nos aconsejaba Jruschov. También nos criticó nuestros trabajos arqueológicos, que los calificó de «cosas muertas». Cuando visitó Butrint, nos dijo:

—¡Por qué malgastan todas esas fuerzas y fondos en estas cosas muertas! Dejen a los helenos y a los romanos en su antigüedad.

—Además de la cultura helena y romana —le dije—, en estas zonas se ha desarrollado y ha florecido otra antigua cultura, la cultura iliria. Los albaneses proceden del tronco ilirio y nuestros estudios arqueológicos confirman y evidencian nuestra historia plurisecular, la antigua

y rica cultura de un pueblo valiente, trabajador, indoblegable.

Pero Jruschov era un verdadero ignorante en estas materias. Sólo veía la «rentabilidad»:

—¿Y para qué les va a servir todo esto? ¿Es que así mejoran el bienestar del pueblo? —me preguntó. Y llamó a Malinovski, entonces ministro de Defensa, que llevaba consigo a todas partes:

—Mira —escuché que susurraban—, ¡qué maravilla tenemos aquí! Se puede construir una base ideal para nuestros submarinos. Desenterremos y lancemos al mar estas antiguallas (se referían a los objetos arqueológicos de Butrint), perforemos esta montaña y salgamos al otro lado —y señalaron con la mano Ksamil—. Tendremos entonces la base ideal y más segura del Mediterráneo. Desde aquí podemos paralizarlo todo y atacarlo todo.

Después de un par de días volverían a repetir lo mismo en Vlora. Habíamos salido a la veranda de la villa, en *Uji i Ftohtë*.

—¡Maravilloso, maravilloso! —exclamó Jruschov dirigiéndose a Malinovski. Creí que se refería al paisaje realmente admirable de nuestra *Riviera*. Pero su mente estaba en otra parte:

—¡Qué golfo tan seguro al pie de estas montañas! —dijeron—. ¡Desde aquí, con una poderosa flota tenemos en nuestras manos todo el Mediterráneo, desde el Bósforo hasta Gibraltar! Po-

demos ponerlo todo bajo nuestro entero control.

Todo mi ser se estremeció al oírles hablar así, como dueños de mares, de países, de pueblos. No, Nikita Jruschov, me dije para mis adentros, jamás te permitiremos que desde nuestra tierra hagas partir la esclavitud y el derramamiento de sangre de los demás países y pueblos. Jamás dispondrás para tus siniestros designios ni de Butrint, ni de Vlora, ni de una pulgada de tierra albanesa.

La «paz» ficticia era cada vez más estremecida desde sus cimientos. Jruschov y sus secuaces veían cada vez más claramente nuestra resistencia y trataban de romperla por medio de presiones económicas, orquestando con sordina una discriminación hacia nuestra dirección a través de sus especialistas que trabajaban en nuestro país en todos los sectores, como el del petróleo, en las empresas económicas, donde no teníamos suficiente experiencia en el trabajo, en el ejército, donde teníamos sus consejeros, etc. La embajada soviética con sus innumerables «consejeros», que de diplomáticos sólo tenían el nombre, pues de hecho eran oficiales de la seguridad, mantenía relaciones con todos estos «especialistas» y les daba las instrucciones necesarias. Lo primero que hicieron fue recomendar a los especialistas soviéticos de la economía que relajaran su trabajo en Albania. Estos especialistas, quien más quien menos, comenzaron a interesarse más

bien en comprar telas de confección y otros objetos, los cuales enviaban a la Unión Soviética para su venta en el mercado negro, que trabajar con nuestros camaradas.

Los especialistas que seguían mostrándose sinceros con nosotros, eran enviados a su país uno tras otro, con justificaciones absurdas y en contra de su voluntad, por la propia embajada. Estos especialistas al separarse de nuestra gente expresaban un patente disgusto. Los que se quedaban en Albania, naturalmente, habían recibido la orden de sabotear los puntos neurálgicos y esenciales de nuestra economía, especialmente la industria del petróleo y la geología. Los «especialistas» soviéticos del petróleo, como se pudo ver más tarde, habían llegado a reclutar varios agentes en las filas de nuestros geólogos y, como éstos mismos han afirmado, les habían encargado la misión de no proporcionar a nuestro Partido y a nuestro Gobierno datos exactos sobre sus descubrimientos, de ocultar los resultados de estos descubrimientos, de utilizar todos los métodos de sabotaje para dar puntos de perforación errados, de violar todas las reglas técnicas de prospección y extracción para derrochar cientos de millones de leks, etc. Los revisionistas jruschovistas enseñaban a los agentes que reclutaban en nuestro país los diversos métodos de sabotaje. Y los agentes aplicaron las instrucciones de sus patronos. Estos «especialistas» del petróleo y

«geólogos» hacían dos informes: uno exacto, con datos exactos y positivos sobre los descubrimientos de diversos minerales y otro falso, donde se hacía constar que las investigaciones habían dado supuestamente resultados negativos, los minerales que se buscaba no se hallaban. El primer informe iba a Moscú y a Leningrado a través del nido del KGB, que era la embajada soviética en Tirana, y el segundo informe, era enviado a nuestro ministerio de Industria y Minas. Toda esta vil actividad fue descubierta y comprobada cuando nuestro país quedó limpio de soviéticos. Teniendo la certeza de que había sabotaje de por medio, nuestro Comité Central dio la orden de que se examinasen los informes, de que nuestros equipos geológicos fueran a todos aquellos lugares que los saboteadores soviéticos consideraban puntos negativos y comenzasen las prospecciones. Así se hizo. Precisamente en aquellos lugares donde ellos habían declarado que «no hay nada», nosotros encontramos petróleo, cromo, cobre ferróníquel, carbones, etc.

Se trataba de una presión económica que nos hacían para obligarnos a aceptar sus puntos de vista. Pero se dieron de narices. La resistencia de nuestro Partido iba en aumento, aunque sin cortar todavía los puentes. Los revisionistas soviéticos actuaban, igualmente, con prudencia para no cortar los puentes con nosotros. El embajador soviético venía de vez en cuando a tomar-

nos el pulso sobre cualquier problema internacional, acerca del cual yo le expresaba mi opinión sin ambages, o bien venía a informarse sobre nuestros problemas internos, y yo le atiborraba de noticias sobre el tiempo, las siembras, las cosechas y sobre alguna decisión de orden general del Partido acerca de cuestiones económicas y culturales.

Tales eran los embajadores soviéticos después que Jruschov subió al trono. Creían que nosotros estábamos ciegos. A nuestras preguntas jamás daban una opinión. Se limitaban a respondernos: «Avisaré a Moscú, o preguntaré a Moscú». Su misión era la de informadores. Raras veces se mostraban comprensivos con los problemas de nuestra industria y de nuestra agricultura.

El embajador soviético, Krilov, que estuvo en Albania antes de Ivanov, visitó algunas comarcas del sur de Albania. De regreso me hizo una visita.

—¿Quedó satisfecho de lo que vio? —le pregunté.

No dijo nada en concreto, ya que había ido ahí para ver cosas que no me podía decir. Sólo me refirió un hecho... «colosal».

—He observado que tienen muchos perros en los pueblos y en las ciudades y he calculado que en Albania puede haber tantos perros, y estos deben consumir tanto pan, que si lo calcu-

lamos en cereales, equivale a tantos miles de quintales.

Pensé: ¡Vaya tipo de embajador que nos han enviado! y le contesté:

—Puede ser cierto, aunque peluquerías y restaurantes para perros, como en París, no tenemos. ¿Qué medidas nos aconseja, camarada embajador?

—¡Mátenlos!

—Protestarían las sociedades protectoras de animales; ya bastante nos acusan de matar a los traidores y los agentes de la reacción, —le dije.

Este mismo embajador me dijo una vez que no me expresara duramente contra Tito en una reunión de la Asamblea Popular. Le respondí:

—Camarada embajador, yo no recibo órdenes más que de mi Partido.

—Esto lo sabemos muy bien; pero si se va a atacar a Tito en la reunión de la Asamblea yo no asistiré, —protestó.

—Tito será desenmascarado todavía más de lo que yo he escrito, y la sesión de la Asamblea Popular se abrirá aunque usted no asista, —le dije.

Y el «famoso» embajador soviético acudió a la Asamblea, se colocó en un rincón de un palco, detrás de otros embajadores, donde no era su lugar.

Está claro que este gesto amenazador del embajador soviético, al que le habíamos dado una buena bofetada, venía ordenado desde Moscú.

Poco tiempo después el «consejero» de la exterminación de perros en Albania fue retirado de Tirana y convertido en ¡director en el Comité Central del Partido Comunista de Jruschov!

Jruschov y su banda aumentaban cada día sus presiones sobre nosotros en el terreno económico. No sólo no nos concedían todas las ayudas que les pedíamos, sino que las que nos prestaban eran totalmente insuficientes. Las piezas de recambio de tractores quedaban reducidas a algunas cajas que nos enviaban en avión. Con esto querían someternos, pero fue en vano. Jruschov, para presionarnos a aceptar sus condiciones, en una ocasión (mientras conversábamos sobre nuestros problemas económicos) nos dijo: «En nuestras relaciones con los yugoslavos, siempre hemos tenido como principio concederles la mitad de lo que nos pedían. Así actuamos con todos aquellos que se comportan mal con nosotros. Cuando se portan bien, nosotros actuamos generosamente». La indirecta estaba más que clara, nos estaban sometiendo a una presión abierta. Tan grande fue nuestra disputa en aquel entonces, que estuvimos a punto de suspender las conversaciones.

Por todo el país comenzaban a verse numerosas provocaciones por parte de los soviéticos hacia nuestra gente. Una vez, una persona se quejó al jefe de su oficina de que un «especialista» soviético le había propuesto reclutarlo como

agente, propuesta que nuestro camarada rechazó indignado. Nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores protestó a la embajada soviética por el hecho. Naturalmente, la embajada negó que existieran tales personas entre los especialistas soviéticos, pero pocas semanas después este agente ya quemado fue sacado del país. Era la primera vez que nos llegaba una delación semejante, por eso nuestro Partido y Gobierno recomendaron extrema vigilancia, prudencia y serenidad. Era evidente que con el transcurso del tiempo, la situación se iba agudizando, a pesar de que la dirección de Moscú conservase sus formas externas de «amistad».

Para nosotros, la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética había terminado, Jruschov y los jruschovistas eran revisionistas, traidores. La guerra sería declarada. En cuanto al tiempo era cuestión de meses, mientras tanto las relaciones continuaban en su tira y afloja.

12. DE BUCAREST A MOSCU

Febrero de 1960: Mikoyan y las divergencias soviético-chinas. Agravación de la situación entre Moscú y Pekín. El complot de Bucarest. Hysni Kapo no se deja intimidar por las presiones de Jruschov. Los soviéticos ponen en acción sus agentes secretos y recurren al bloqueo del hambre. Lucha en la comisión preparatoria de la Conferencia de Moscú. Nuestra delegación en Moscú, atmósfera glacial. Los gargantúas soviéticos. Nuevas presiones, lisonjas, provocaciones. Los mariscales del Kremlin. Breve encuentro con Andropov. La táctica de Jruschov: «no a la polémica». Los mercenarios reaccionan con respecto a nuestro discurso. Las últimas conversaciones con los renegados jruschovistas.

Son conocidas por todos los representantes de los partidos comunistas y obreros que se encontraban en el congreso del Partido Obrero Rumano, las posiciones que adoptó nuestro Partido

frente al complot diabólico que allí había sido tramado por parte de los jruschovistas. No voy a entrar en detalles, pues ya he expuesto, sobre todo en el tomo XIX de mis obras, la lucha de nuestro Partido, que abrió fuego contra los jruschovistas y se lanzó al combate con audacia revolucionaria marxista-leninista.

La Reunión de Bucarest, a juzgar por los objetivos que trataban de alcanzar los jruschovistas tanto en el plano político, ideológico como organizativo, era un putsch revisionista, trotskista, antimarxista. Desde el punto de vista de la forma de organización, igualmente, esta reunión era todo un complot.

Los renegados revisionistas debían hacer aprobar su viejo plan de legalización definitiva del revisionismo moderno, que había fracasado en la Conferencia de Moscú del año 1957, en una nueva conferencia del comunismo internacional; por eso plantearon la necesidad de organizar una nueva reunión de los partidos comunistas y obreros para que supuestamente tratáramos los «problemas del movimiento» que habían surgido desde la anterior Conferencia de 1957. A este respecto, el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética nos envió a comienzos de junio de 1960 una carta en la que nos proponía aprovechar la celebración del III Congreso del Partido Obrero Rumano para realizar la Reunión de los partidos comunistas y

obreros de los países del campo socialista. Respondimos positivamente a esta propuesta y decidimos enviar una delegación que yo mismo encabezaría.

Entretanto habíamos sido informados de los desacuerdos que habían surgido entre los soviéticos y los chinos. En febrero de este mismo año, Mehmet Shehu y yo habíamos viajado a Moscú para asistir a una reunión consultiva de los representantes de los partidos de los países socialistas sobre el desarrollo de la agricultura, así como a una reunión del comité político consultivo del Tratado de Varsovia. Apenas llegamos al aeropuerto de Moscú, se me presentó un funcionario del aparato del Comité Central del partido soviético.

—Vengo enviado por el camarada Mikoyan —me dijo—, el cual desea tener un encuentro con usted, mañana por la mañana, para tratar un asunto muy importante.

Me pareció extraña esta urgencia, pues Mikoyan podía muy bien entrevistarse conmigo más tarde. Ibamos a permanecer varios días en Moscú. A pesar de todo le respondí:

—De acuerdo. Pero vendrá conmigo también Mehmet Shehu.

—Me han dicho sólo con usted —me respondió el *chinovnik* de Mikoyan, pero le repetí:

—No. Mehmet Shehu me acompañará.

Insistí en no ir solo, porque comprendí que en este encuentro urgente, por un «problema

muy importante», Mikoyan me hablaría de cuestiones complicadas y delicadas. Y esto tanto más conociendo como conocía a Mikoyan y sus posiciones antimarxistas y antialbanesas.

Al día siguiente tuvimos la entrevista con Mikoyan en su villa en *Leninskie Gori*. Después de los saludos de ocasión, Anastas entró directamente en el tema de la conversación.

—Les pondré al corriente de los desacuerdos que tenemos con el Partido Comunista de China, lo recalco, con el Partido Comunista de China. Habíamos decidido comunicar estas cuestiones solamente a los primeros secretarios de los partidos hermanos. Por eso le rogamos al camarada Mehmet que no nos lo tome a mal; pues se trata de una decisión ya adoptada y no que no tengamos confianza en él.

—En absoluto, —le respondió Mehmet Shehu—. Incluso, aún puedo marcharme.

—¡No! —dijo Mikoyan—. ¡Quédese!

Después, Mikoyan nos habló extensamente de las divergencias con el partido chino.

Mikoyan hilvanó su exposición de tal manera que pudiéramos creer que se mantenían en posiciones de principio leninistas y combatían las desviaciones de la dirección china. Mikoyan utilizó entre otros argumentos algunas tesis de los chinos que, a decir verdad, tampoco nos parecían exactas desde el punto de vista de la ideología marxista-leninista. Así, Mikoyan mencionó la

teoría pluralista de las «cien flores», la cuestión del culto a Mao, del «gran salto adelante», etc.

Ciertamente, también nosotros teníamos nuestras reservas al respecto, en la medida en que podíamos conocer en aquel entonces la actividad y la práctica concretas del Partido Comunista de China.

—Nosotros —le dije a Mikoyan—, tenemos el marxismo-leninismo y no necesitamos ninguna otra teoría, y en cuanto a las «cien flores», ni hemos aceptado este punto de vista ni lo hemos mencionado jamás.

Entre otros temas, Mikoyan habló de Mao y lo comparó con Stalin, diciendo:

—La única diferencia entre Mao Tse-tung y Stalin, es que Mao no decapita a sus adversarios, mientras Stalin sí lo hacía. Por eso —continuó este revisionista— no podíamos oponernos a Stalin. Una vez, con Jruschov, hemos pensado organizar contra él un *pokushenie**, pero hemos renunciado temiendo que el pueblo y el Partido no nos comprendiesen.

Nos abstuvimos de pronunciarnos sobre los problemas que había planteado y, después de haberle escuchado hasta el final, le dije:

—Los grandes desacuerdos surgidos entre ustedes y el Partido Comunista de China son cosas muy serias y no comprendemos por qué se

* Ruso en el original — atentado.

han dejado agravar. No es este el momento ni el lugar para discutirlos. Pensamos que deben ser solucionados entre sus partidos.

—Es lo que haremos —me dijo Mikoyan, y al final, en el momento en que íbamos a separarnos, nos rogó:

—Estas cuestiones que acabo de plantearles no las comenten con nadie, ni siquiera con los miembros de su Buró Político.

En este encuentro pudimos comprender que sus desacuerdos y contradicciones estaban a saltar y eran bastantes serios. Conociendo ya tanto a Jruschov como a Mikoyan, estábamos plenamente convencidos de que éstos, en sus acusaciones contra el partido chino, no partían de posiciones de principio.

Sus divergencias, como después se pudo ver más claro, eran por una serie de cuestiones de principio, sobre las cuales, en aquella época, los chinos parecían mantener correctas posiciones. Tanto en los discursos oficiales de los dirigentes chinos, como en sus artículos publicados, especialmente en uno que llevaba el título *Viva el leninismo*, el partido chino trataba los problemas correctamente sobre el plano teórico, y se oponía a los jruschovistas. Era precisamente lo que a éstos les picaba y de aquí que quisieran prevenir el mal.

Lo que nos dijo Mikoyan, lo hablamos únicamente con camaradas del Buró, pues era una

cuestión muy delicada y debía procederse con prudencia y ponderación. Y luego, la propia dirección soviética nos había pedido que guardásemos este problema en secreto.

Así, pues, en vísperas de la Reunión de Bucarest estábamos al corriente de las divergencias chino-soviéticas.

En aquel tiempo, creo que era hacia finales de mayo o comienzos de junio, Gogo Nushi, que se hallaba en Pekín en una reunión del Consejo General de la Federación Sindical Mundial, nos informó a través de un radiograma de las contradicciones que habían surgido en Pekín entre la delegación china y la soviética. La delegación china se opuso en aquella reunión a muchas tesis del informe que se iba a presentar, ya que, en esencia, aquéllas no eran sino las tesis revisionistas de Jruschov sobre la «coexistencia pacífica», la guerra y la paz, la toma del Poder de «manera pacífica», etc.

Los chinos invitaron a los jefes de algunas delegaciones (a los que eran miembros de las direcciones de los partidos comunistas y obreros) a una cena, que quisieron transformar en una reunión donde pudiesen manifestar una vez más sus puntos de vista en torno a las tesis erróneas del proyecto de informe a la reunión. Intervino en un comienzo Liu Shao-chi y Teng Siao-ping, y después tomó la palabra Chou En-lai.

La postura que mantuvo Gogo Nushi fue de

que tales cuestiones no se discutiesen en esta reunión, sino que se solucionasen por vía de partido, ya que las delegaciones allí presentes habían ido a la reunión del Consejo General de los Sindicatos y no a tratar estos asuntos. De esta opinión eran también muchas de las otras delegaciones. Como conclusión Chou En-lai se retiró y expresó: «Bien, encontraremos otra ocasión».

Todo esto, unido a lo que nos había dicho Mikoyan en Moscú en el mes de febrero, así como los ataques indirectos que se cruzaban en la prensa soviética y china mostraban que las cosas se exacerbaban tomando un camino de ningún modo marxista-leninista. Todos los signos indicaban que la Reunión conjunta que se iba a celebrar en Bucarest, a la que nosotros habíamos acordado asistir, podía meterse en un callejón sin salida o fracasar por completo.

En esta situación, pocos días después de la primera carta del Comité Central del Partido soviético, nos llegaba una segunda, donde se decía que algunos partidos proponían que la reunión de los partidos comunistas y obreros fuese aplazada y que en Bucarest se reuniesen los partidos de los países del campo socialista para fijar únicamente la fecha y el lugar de la futura Conferencia de todos los partidos. En esta reunión, decían los soviéticos, además de fijar la fecha y el lugar, «podemos intercambiar también opiniones, sin tomar ninguna decisión». Quedamos de

acuerdo en esta propuesta y decidimos enviar a Bucarest una delegación de partido con el camarada Hysni Kapo, que participaría a la vez en el Congreso del partido rumano y en la reunión conjunta para fijar la fecha y el lugar de la futura conferencia.

¿Por qué no fui yo a Bucarest? Yo personalmente y los demás camaradas del Buró Político que estaban al corriente, sospechábamos que en Bucarest se discutiría el problema de las divergencias que habían surgido entre China y la Unión Soviética. No estábamos de acuerdo con esta cuestión, primero, porque en torno a ella sólo habíamos escuchado a una de las partes, la soviética, y no conocíamos los contraargumentos de los chinos; segundo, porque las divergencias tenían que ver con problemas cardinales de la teoría y la práctica del movimiento comunista internacional y no podíamos acudir a una reunión de tal responsabilidad ni pronunciarnos sin haber discutido ni decidido nuestra postura en el pleno del Comité Central. Asimismo, no podíamos proceder en torno a esto, porque problemas de esta índole no se podían plantear en el Comité Central rápidamente, de pasada. Estos problemas debían debatirse a fondo, debían estudiarse con cuidado y esto necesitaba tiempo.

Por tanto, nuestro Partido envió a Bucarest al camarada Hysni Kapo para tratar únicamente la fecha de la futura conferencia y para partici-

par, tal como habían convenido nuestros partidos, en un libre intercambio de opiniones sobre problemas de la situación internacional después del fracaso de la Conferencia de París.¹

Como se pudo ver más tarde, Bucarest se convertiría en un complot, que los jruschovistas habían tramado previamente. También hacia nosotros se intensificaron los esfuerzos, ora velados, ora abiertos (ya que los jruschovistas conocían la firmeza de principios de nuestro Partido), para enredarnos en este complot.

Cuando el camarada Gogo Nushi regresaba de Pekín, a su paso por Moscú fue llamado a un encuentro por Brezhnev, que había sido nombrado en aquel entonces presidente del Presidium del Soviet Supremo. Gogo tuvo el encuentro con Brezhnev, quien le habló extensamente de las divergencias con los chinos.

Cuatro o cinco días antes de iniciarse la Reunión de Bucarest, estando discutiendo con Hysni de la postura que éste habría de adoptar en el congreso del partido rumano, nos llegó un radiograma de Mehmet Shehu, que llevaba muchos

1 Esta conferencia, en la que participarían los jefes de gobierno de la Unión Soviética, Francia, EE. UU. y la Gran Bretaña, había sido prevista para el 16 de mayo de 1960. Fue sabotada como resultado de la provocación del avión espía norteamericano «U-2» que violó el espacio aéreo soviético y fue derribado por las fuerzas soviéticas el 1 de mayo de 1960.

días en Moscú para un tratamiento médico. En su radiograma, nos informaba de una «visita» inesperada que le había hecho Kosiguin.

Le había hablado durante hora y media de las contradicciones que tenían con el Partido Comunista de China. Mehmet Shehu le escuchó largo rato y después le dijo:

—Todo lo que me acaba de exponer es muy grave. Nos sorprendemos de que las cosas se hayan dejado llegar a tal punto.

Kosiguin había remarcado:

—Nosotros no permitiremos ninguna concesión, ninguna —y había añadido: apreciamos mucho la actitud valiente, heroica, de la camarada Belishova en Pekín en sus conversaciones con los chinos. El consejero de nuestra embajada en Pekín, nos informó de lo que ella le había hablado, después de sus conversaciones con los chinos.

Mehmet Shehu no estaba todavía al corriente de estas actividades e intrigas de Liri Belishova, pero a pesar de ello, le dijo fría y secamente a Kosiguin:

—Yo no sé qué les ha dicho Liri Belishova. Sólo sé que cuando conversamos con Mikoyan, nos encargó no tratar con nadie estas cuestiones.

Para nosotros ya todo estaba claro: Jruschov preparaba el complot de Bucarest y quería moldearnos, obligarnos a toda costa a adherirnos a sus puntos de vista y posiciones revisionistas.

También aquí, en Tirana, el embajador so-

viético Ivanov venía entonces a verme aproximadamente cada dos días, a veces para traerme cualquier catálogo de libros, otras veces con alguna información sin importancia, pero de hecho venía a tomarnos el pulso, quería saber si yo iría a Bucarest, qué postura mantendríamos, etc., etc. Y por mi parte lo despachaba con charlas corrientes sin mencionarle nada que no se hubiese hecho público oficialmente.

Recuerdo que hacia mediados de junio, Ivanov vino a mi oficina a «comunicarme» una noticia que hacía dos o tres horas yo había oído por la radio. Comprendí que, como de costumbre, el martillo pegaba en otra parte. Era el período en que los soviéticos y Jruschov pregonaban a bombo y platillos la Conferencia de Alto Nivel de París, que iba a traer la «paz» a la humanidad. Si mal no recuerdo, Jruschov había viajado a París, a pesar de que el incidente con el avión espía norteamericano U-2, abatido por un misil soviético, había tenido ya lugar.

—¿Qué piensa usted de la Conferencia de París? —me preguntó Ivanov.

—Puesto que han ido allí —le dije—, sólo les queda reunirse, pero en nuestra opinión nada puede salir de esa conferencia. Los imperialistas, son lo que han sido, agresivos y peligrosos para los pueblos y los países socialistas. Por tanto, en mi opinión, la Conferencia de París no aportará ningún resultado.

Después de un par de días, la Conferencia estalló como una pompa de jabón, ya que los norteamericanos no sólo no se excusaron, sino que declararon que iban a continuar el espionaje. Así Jruschov, se vio obligado a partir, no sin antes lanzar algunas «bombas» de humo contra los imperialistas. Ivanov vino de nuevo y me dijo:

—¡Camarada Enver, resultó lo que usted decía! ¿Leyó las declaraciones de Jruschov?

—Las he leído —le respondí—. Pero así es como debería hablar siempre de los imperialistas, pues éstos no han sido, ni serán jamás «razonables» y «amantes de la paz».

Tal era la situación en vísperas de la Reunión de Bucarest, la cual comenzaría y terminaría para quedar como una mancha negra en la historia del movimiento comunista y obrero internacional. Los jruschovistas organizaban esta reunión supuestamente para fijar la fecha de la futura Conferencia, mas esto era una cuestión puramente formal, el objetivo de los jruschovistas era otro. Lo que importaba para ellos era que allí se tomaran una serie de decisiones para ir «como un bloque» a la futura Conferencia de todos los partidos. «Como un bloque», según ellos, quería decir ir agrupados como un solo hombre en torno a los revisionistas jruschovistas, para apoyar sin discusión su traición a la teoría marxista-leninista y a la justa práctica revolucionaria marxista-leninista en todos los

problemas internacionales y nacionales. En una palabra, Jruschov creía que había llegado el momento de establecer la ley de hierro en el redil que pretendía dominar.

Mas en este redil que pretendían poner bajo su bota, los jruschovistas veían y estaban convencidos de que había dos partidos en particular que no entraban: el Partido del Trabajo de Albania y el Partido Comunista de China. Y no sólo de esto. Nuestras posiciones resueltas y de principio eran a sus ojos un peligro que amenazaba con desenmascarar y destruir sus velados planes contrarrevolucionarios. Por eso, Jruschov había hecho el cálculo siguiente: para que la Conferencia de todos los partidos fuera una conferencia de «unidad», de «solidaridad», es decir de sumisión total, era necesario ante todo ajustar las cuentas a Albania y a China. Como revisionista obstinado que era, Jruschov llevaba su lógica todavía más lejos: «En cuanto al Partido del Trabajo de Albania, decíase ilusoriamente, dejémoslo de lado, no vamos a atacarlo directamente, pues, a fin de cuentas se trata de un partido pequeño de un país pequeño. Los albaneses, pensaba, son testarudos, van a indignarse, van a echar las muelas, pero acabarán por ceder, no tienen dónde ir; hagan lo que hagan los tengo en el bolsillo». Lógica revisionista de superpotencia. Problema urgente para Jruschov continuaba siendo China. Aquí su razonamiento venía a ser éste: «O China

se somete y se mete en el redil dulcemente, o la condeno y la arrojo del campo desde este momento. De esta forma, condeno a China como escisionista y a la vez neutralizo al Partido del Trabajo de Albania, y si algún otro hijo pródigo lanza alguna coz, le aprieto las clavijas». En una palabra, Jruschov necesitaba sin duda una reunión previa para golpear duramente a los «insubordinados», a fin de coronar en la futura reunión la «unidad» sin fisuras. Con este fin necesitaba y organizó la Reunión de Bucarest.

Todos los partidos de los países de democracia popular de Europa enviaron sus primeros secretarios a Bucarest, por eso Jruschov, contrariado de que yo no fuese, preguntó:

—¿Por qué no ha venido el camarada Enver?
¿No podrían avisarle?

Hysni le dijo:

—El camarada Enver no viene esta vez. Vendrá a la próxima Conferencia de partidos, cuya fecha y lugar vamos a fijar.

Al principio no sabíamos qué era lo que Jruschov y consortes tramaban en Bucarest. Pero muy pronto nos llegaron los primeros radiogramas de Hysni. Y todos nuestros pronósticos se confirmaban. La Reunión de Bucarest había comenzado para fijar una fecha y terminaba en una cruzada. Jruschov persistía que en ella se plantearan los desacuerdos entre la Unión Soviética y China y se discutiera, naturalmente, en el

sentido y en la forma que le convenía. En esta reunión, decía Jruschov, se pueden «tomar también decisiones» y pedía a los demás partidos que hablaran de los «grandes errores de China», se solidarizaran con los soviéticos y «se saliera con una postura única». Me convencí totalmente de que nos hallábamos ante el más vil y feroz de los complots, y de inmediato planteé la cuestión al Buró Político.

Eran días y noches de un trabajo intenso, ininterrumpido, meticulado, bien reflexionado y donde sopesábamos las cuestiones en todos sus aspectos. La suerte estaba echada, la «paz» con los jruschovistas había llegado a su fin. Ellos habían abierto el fuego, nosotros debíamos replicarles con todas nuestras fuerzas. Conciliación y «entendimiento» táctico con los jruschovistas ya no podía haber ni lo habría más. La gran contienda había comenzado. Sería una lucha difícil al extremo, ardua, llena de sacrificios y de repercusiones, pero nosotros la íbamos a llevar hasta el fin con confianza y optimismo, pues sabíamos que la razón estaba con nosotros, con el marxismo-leninismo.

Es conocido el desarrollo de la Reunión: Fue distribuido rápidamente un material voluminoso de los soviéticos contra China, se decidió que algunas horas más tarde tuviese lugar la reunión de los partidos del campo y después se reuniesen todos los jefes de las delegaciones de los partidos

comunistas y obreros que participaban en el congreso del partido rumano, a los que Jruschov impondría su deseo de «condenar al Partido Comunista de China, como antimarxista, como partido trotskista», etc., etc.

En la primera reunión organizada por Jruschov, el camarada Hysni Kapo, en nombre del Partido y en base a las minuciosas directrices que le enviábamos a diario y con frecuencia dos veces al día, atacó a Jruschov y a los demás denunciando sus objetivos antimarxistas y sus métodos complotadores, defendió al Partido Comunista de China y se opuso a la continuación de tal reunión.

Jruschov no esperaba esto. En las reuniones que tenían lugar hablaba sin descanso agitando pies y manos, se exitaba, echaba espuma de rabia. Pero el camarada Hysni Kapo armado con la correcta línea de nuestro Partido, con las instrucciones especiales que le eran enviadas continuamente y con su serenidad y coraje bien conocidos, lejos de dejarse intimidar, replicó golpe por golpe a Jruschov con sus agudas respuestas.

En sus numerosos discursos Jruschov se dirigía, en apariencia, contra Peng Cheng, que era el jefe de la delegación china, pero siempre encontraba ocasión para atacar nuestro Partido y a su representante. Su objetivo no sólo era fustigar nuestra resuelta postura, sino también decirles a los representantes de los demás partidos

que los albaneses «hacen el juego a los chinos».

—Usted, camarada Peng Cheng —le acusaba Nikita Jruschov—, no dijo anoche una sola palabra de la coexistencia pacífica, la pasó totalmente en silencio. ¿Es cierto o no, camarada Kapo?

—Yo soy del Partido del Trabajo de Albania —le respondió Hysni—. Aquí tiene a Peng Cheng. ¡Pregunte a él!

—No podemos entendernos con Mao Tse-tung y los chinos, y ellos tampoco pueden entenderse con nosotros. ¿Quiere usted camarada Kapo que le enviemos a ver si puede entenderse con ellos? —se dirigió Jruschov en otra ocasión al camarada Hysni.

—Yo no recibo órdenes de usted —le respondió Hysni—. Sólo recibo órdenes de mi Partido.

Nada le movió de la actitud de principios, audaz y revolucionaria del Partido. Ni siquiera pestañeó ante los gritos y presiones del charlatán Nikita Jruschov. Tranquilo, sereno y ateniéndose a los principios, el camarada Hysni Kapo declaró en nombre de Partido del Trabajo de Albania que consideraba un error la discusión de estas cuestiones en la Reunión de Bucarest al igual que los esfuerzos que habían hecho en un principio los chinos para discutir las con las delegaciones de los sindicatos. «El PTA —dijo él—, estima que la polémica abierta o enmascarada en la prensa es perjudicial. En cuanto a quien lleva la razón de-

jemos que se juzgue en la próxima Conferencia de partidos».

Los jruschovistas se alarmaron al ver que el complot les estallaba en las manos. Comenzaron las idas y venidas, los «consejos», las «consultas y conversaciones amistosas», las presiones encubiertas con bromas y sonrisas. Andropov, hombre de las maniobras entre bastidores y de las intrigas (por eso lo han hecho jefe del KGB), era de los más activos en sus esfuerzos por obligar a nuestro Partido a adherirse al complot.

No quedaron los soviéticos sin enrolar en este sucio juego a sus lacayos de los otros partidos. Andropov se escudaba en un tal Mogyoros en sus «visitas» al camarada Hysni. Andropov callaba para dar a entender que «no soy yo quien habla» y Mogyoros discurseaba sobre la «justeza de la línea marxista-leninista del partido soviético».

—¿Qué pasa con Albania? —preguntaba a su vez Yivkov—. Sólo ustedes están en desacuerdo.

—¿Qué quieres decir con esto? —le replicó Hysni.

—No, no —decía Yivko cambiando de tono—, era una broma.

—¿Qué tipo de broma es esta? Algo tendrás en mente cuando dices que «Albania no está de acuerdo».

Mientras en Bucarest proseguía la reunión,

nosotros aquí, reunidos casi a diario en el Buró Político, manteníamos contactos permanentes con Hysni Kapo, le orientábamos y seguíamos con atención e inquietud los acontecimientos que se precipitaban. Ya habíamos llegado unánimemente a la siguiente conclusión:

La Reunión de Bucarest es un complot organizado contra el marxismo-leninismo; Jruschov y consortes descubren su faz de revisionistas furibundos, por eso no haremos ninguna concesión a los revisionistas, aunque nos quedemos solos frente a todos.

Nuestra actitud era correcta, marxista-leninista; la actividad siniestra organizada por Jruschov debía ser desbaratada.

Es un hecho conocido públicamente que nuestro Partido defendió a China en Bucarest, con coraje y firmeza de principios marxista-leninistas, teniendo en cuenta todas las consecuencias de esta actitud. Hoy, tantos años después del complot de Bucarest, cuando, por desgracia, también el partido chino se está introduciendo definitivamente en la vía de la traición, del revisionismo, de la contrarrevolución, quiero acen-
tuar una vez más que la actitud de nuestro Partido en Bucarest y en Moscú ha sido absolutamente correcta y la única actitud correcta.

Como ya he señalado anteriormente, habíamos tenido nuestras reservas en torno a algunos puntos de vista expresados ya fuese por Mao Tse-

tung o por otros dirigentes chinos, teníamos reservas hacia el VIII Congreso del Partido Comunista de China, pero después de 1957 parecía que en este partido se había dado un viraje positivo y superado los anteriores errores oportunistas. Todo partido puede cometer errores, mas éstos pueden ser corregidos, y cuando lo son, el partido se refuerza y su labor marcha adelante. En China ya no se hablaba del VIII Congreso, se había denunciado los puntos de vista de derecha de Ping Teng-jua, se había abandonado las «cien flores». En las declaraciones oficiales y en los artículos publicados, los chinos atacaban abiertamente al revisionismo yugoslavo, defendían a Stalin, mantenían posiciones teóricamente correctas sobre la guerra y la paz, sobre la coexistencia pacífica, sobre la revolución, sobre la dictadura del proletariado.

No es este el momento de analizar los móviles de los dirigentes chinos ni de explicar si sus actitudes en esa época tenían o no un carácter de principios (sobre esto he escrito en mi diario)¹, mas una cosa estaba clara: en aquel período el Partido Comunista de China aparecía como defensor del marxismo-leninismo.

Los jruschovistas nos acusaron de «separarnos de 200 millones para unirnos a 600 millones». En la defensa que hacíamos de China no partía-

1 Véase: Enver Hoxha. *Reflexiones sobre China*, I, II, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1979, ed. en español.

inos de ningún móvil financiero, económico, militar o demográfico. Si hubiésemos partido de tales móviles antimarxistas y pragmáticos, más nos hubiera «interesado» alinearnos con los jruschovistas, ya que la Unión Soviética era más poderosa y Jruschov no hubiera dejado de darnos, inmediatamente, créditos y «ayudas» (naturalmente para exigirnos de inmediato como contrapartida la libertad y la independencia del pueblo, de la Patria y del Partido).

Así, pues, tanto en Bucarest como en Moscú, si defendimos a China no fue porque era un gran país de donde esperábamos obtener ayudas. Lo que hicimos fue defender las normas leninistas, el marxismo-leninismo. Apoyamos al Partido Comunista de China no como un partido grande, sino por salvaguardar los principios, salvaguardar la justeza marxista-leninista. En Bucarest y Moscú habríamos defendido a cualquier partido y país, fuesen grandes o pequeños numéricamente, con tal que se atuviesen al marxismo-leninismo. Esto lo proclamamos en voz alta en aquel entonces y el tiempo lo ha verificado por completo.

La lucha por la salvaguardia del marxismo-leninismo contra el revisionismo era la única base que nos colocó en una misma trinchera con el Partido Comunista de China.

Tales eran los motivos que nos llevaron a mantener las posiciones que adoptamos en Bucarest y más tarde en Moscú. Nuestro Partido tem-

plado en luchas y batallas, claro y decidido en su camino marxista-leninista, le dijo entonces «¡alto!» al ataque jruschovista, resistió este ataque con heroísmo y no vaciló ni ante las presiones, ni ante los chantajes de todo tipo.

Jruschov no podía perdonarnos lo que habíamos hecho al revisionismo, pero tampoco nosotros le íbamos a perdonar lo que había hecho contra el marxismo-leninismo, contra la revolución, contra la Unión Soviética, Albania y el movimiento comunista y obrero internacional.

La lucha comenzó abiertamente. La embajada soviética en Tirana, a través de sus agentes del KGB, intensificó las presiones, intervenciones y sabotajes en las formas más rastreras. Los militares y civiles soviéticos que trabajaban en Albania hacían provocaciones a nuestra gente, atacando a la dirección, diciendo que habíamos adoptado posiciones erróneas, que «atacamos a la Unión Soviética», que «faltábamos a nuestra palabra», y otras vilezas. Los funcionarios de la embajada soviética en Tirana, con el embajador Ivanov a la cabeza, trataban de reclutar agentes, provocaban a nuestros militares preguntándoles «¿con quién está el ejército?», y trataban de manipular a algunos elementos para oponerlos a la línea del Partido, etc.¹

1 Véase: Enver Hoxha. *Albania frente a los revisionistas jruschovistas*, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1977, ed. en español, págs. 109-114.

Esta actividad perseguía dos objetivos: por una parte instigar a nuestro Partido y nuestro pueblo contra su dirección, invocando los «numerosos beneficios» de los que la Unión Soviética había supuestamente colmado a Albania, y, por otra parte, intentar en lo posible sembrar la confusión, explotando el sincero cariño que nuestro Partido y nuestro pueblo alimentaban hacia la Unión Soviética.

En estos difíciles momentos brilló una vez más la unidad de acero en las filas de nuestro Partido, la fidelidad de los miembros y cuadros del Partido hacia nuestro Comité Central y nuestro Buró Político. Las provocaciones de los revisionistas soviéticos encontraron en los comunistas albaneses una barrera inaccesible, una roca incommovible. Los únicos elementos traidores que se opusieron a la unidad monolítica de nuestras filas fueron Liri Belishova y Koço Tashko, que se doblegaron ante las presiones de los soviéticos y mostraron, en aquellos momentos tempestuosos y de duras pruebas, su verdadera faz de capituladores, provocadores y antimarxistas. Como quedó confirmado por los acontecimientos, estos dos elementos se habían puesto desde hace tiempo al servicio de Jruschov, se habían convertido en sus agentes y luchaban para golpear a nuestro Partido y su dirección desde dentro. Nuestro Partido y nuestro pueblo los desenmascaró y los condenó con odio y desprecio.

Las provocaciones que organizaba ininterrumpidamente la embajada soviética en Tirana eran coordinadas con las presiones externas que la dirección revisionista soviética y sus aliados ejercían sobre nuestro Partido y nuestro país, y estas presiones eran de todo tipo: económicas, políticas, militares.

Los jruschovistas, en sus esfuerzos por aplastar la resistencia del PTA y del pueblo albanés, actuaron sin el menor escrúpulo, llegando hasta amenazar a nuestro país con el bloqueo del hambre. Estos rabiosos enemigos del socialismo y, en particular del pueblo albanés, rehusaron abastecernos en cereales en unos momentos en que nuestras reservas de pan sólo alcanzaban para 15 días. Entonces nos vimos obligados a recurrir a nuestras divisas y a comprar trigo a Francia. El comerciante francés que vino a Tirana nos sondeaba, quería ver cuál era la causa de que Albania comprase trigo a los países de Occidente cuando tenía su «gran amiga», la Unión Soviética. Nosotros, por supuesto, no le dimos ninguna información al comerciante burgués, más aún, le dijimos que la Unión Soviética nos abastecía de cereales, de maíz, pero que «lo utilizábamos para nuestro ganado».

«Por qué se preocupan por el pan —nos había dicho Jruschov—. Planten cítricos, las ratas devoran en nuestros depósitos tanto grano cuanto Albania necesita». Y cuando el pueblo

albanés se veía amenazado con quedarse sin pan, Jruschov prefería alimentar a las ratas, con tal que los albaneses no comiesen. Según él, sólo teníamos dos caminos: arrodillarnos o morir. Esta era la lógica cínica de este traidor.

Pero la gran brecha en nuestras relaciones con la dirección soviética no podía disimularse por mucho tiempo, con mayor motivo si los propios jruschovistas la descubrían cada día más.

Los embajadores soviético y búlgaro en Yugoslavia aplaudían aquellos días al verdugo Rankovich cuando éste, en un mitin en Sremska Mitrovica, denominaba a Albania «un infierno de alambradas»; los búlgaros reproducían el mapa de los Balcanes y, «erróneamente», incluían a nuestro país dentro de las fronteras de Yugoslavia; en Varsovia la gente de Gomulka irrumpían en la embajada de la RP de Albania e intentaban asesinar al embajador albanés; Jruschov toleraba y apoyaba los apetitos de los monarcofascistas griegos, como Venizelos,¹ que volvían a reanimar la cuestión de la anexión del llamado Epiro del Norte, etc., etc. Estos y muchos otros casos estallaron en aquellos días por todas direcciones contra nuestro país y contra nuestro Partido. En toda esta actividad antialbanesa se veía, directa o indirectamente, la mano de Jruschov, que a toda costa trataba de vencernos y doblegarnos.

1 Sófocles Venizelos — político reaccionario griego.

Sin embargo nuestro Partido y nuestro pueblo permanecieron firmes como una roca en su correcta línea marxista-leninista. Les hablamos a los comunistas y a los cuadros de lo que ocurría en el movimiento comunista y obrero, les hablamos de la traición de los jruschovistas, y las masas del Partido cerraron filas en torno al Comité Central ante el huracán que levantaban los jruschovistas. Estos no hallaron la menor fisura en este bloque monolítico y la bandera del Partido ondeó y ondearía siempre orgullosa e inflexible ante las marejadas y las tempestades.

El Comité Central llamó al Partido y al pueblo a cerrar filas, a conservar y templar la unidad, el patriotismo, a conservar la serenidad, a no dejarse atrapar por las provocaciones, a mantenerse vigilantes e impertérritos. Le dijimos al Partido que éstas eran las condiciones para asegurar la victoria, garantizada por la justa línea marxista-leninista que seguíamos. Le dijimos al Partido que, a pesar de que los enemigos eran potentes y numerosos, nosotros triunfaríamos.

Mediante las provocaciones que urdían desde Moscú o desde las otras capitales de los países vasallos, así como a través de la embajada soviética en Tirana y de la gente a su servicio, los jruschovistas perseguían además otro objetivo: fabricar y reunir hechos falsos para apuntalar su acusación de que supuestamente éramos nosotros los albaneses que rompíamos las relaciones, y

contrabalancear así nuestros argumentos fundados teórica y políticamente. Moscú temía una confrontación de este género y sobre todo que ésta pudiera tener lugar en la Conferencia de los partidos comunistas y obreros del mundo. Esto sería una grave pérdida para el revisionismo moderno con Jruschov y los jruschovistas a la cabeza; por eso éstos no querían que las cosas llegasen hasta allí. Necesitaban a toda costa nuestro sometimiento, o en último extremo la «reconciliación» con nosotros.

Por eso, en unos momentos en que la embajada soviética en Tirana actuaba valiéndose de las provocaciones, Moscú, a través de Koslov, no cesaba de enviar cartas al «Comité Central y al camarada Enver Hoxha». En estas cartas se pedía que yo fuese a Moscú, que conversáramos, nos entendiésemos «como amigos y camaradas que somos»; «eliminemos este malentendido y estos pequeños desacuerdos que han surgido en Bucarest», «no debemos permitir, ninguna de las dos partes, que una chispa pequeña encienda un gran fuego», etc.¹

Su objetivo era evidente: obligar a nuestro Partido a callar, a reconciliarse con ellos, a convertirse en cómplice de su traición. Querían atraernos a Moscú y allí, en los «talleres» del Comité

1 Véase: Enver Hoxha. *Albania frente a los revisionistas jruschovistas*, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1977, ed. en español, págs. 132-135.

Central trabajar para «convencernos». Pero nosotros sabíamos con quién nos la veíamos y la respuesta era taxativa: «El camarada Enver Hoxha no puede ir a Moscú más que por la Conferencia de los partidos comunistas y obreros. Lo que teníamos que decirles en Bucarest, se lo hemos dicho; nuestros puntos de vista y nuestra posición las expresaremos en la futura Conferencia de partidos».

Los jruschovistas se convencieron más aún de que con el Partido del Trabajo de Albania no valían las lisonjas, ni los créditos, ni las sonrisas forzadas, ni los chantajes, ni las amenazas.

Los otros cómplices no dejaron tampoco de unírseles en sus esfuerzos, por persuadir al PTA a renunciar a la lucha contra la traición revisionista. Una serie de partidos de los países del campo socialista, nos enviaron copias de las cartas que habían dirigido al Partido Comunista de China. Con estas cartas los jruschovistas pretendían amenazarnos. «Nosotros estamos todos unidos, por eso, piénsenlo bien antes de separarse».

A todos estos que bailaban al compás que les marcaba Jruschov, les dimos igualmente la merecida respuesta: «En Bucarest son ustedes y no nosotros los que se han equivocado, nuestra actitud ha sido correcta, marxista-leninista. No nos hemos unido a ustedes y nuestra opinión la daremos en Moscú».

Estas cartas nos llegaron al mismo tiempo y

esto era sin duda algo sugerido y urdido por los soviéticos. Es curioso observar que cuando se hablaba sobre la supuesta «plena unidad de todos los partidos comunistas y obreros» en la Reunión de Bucarest, no se definía claramente en torno a qué problema giraba esta «unidad». Incluso en la carta de los soviéticos, esta expresión no existía (!). Ciertamente, los soviéticos no querían salir ellos mismos con esta maniobra, sino que la instrumentalizaban en manos de otros. Mas el Partido del Trabajo de Albania no se dejaba deslumbrar por estas tácticas, tan viles como vulgares. En una carta dimos la respuesta tajante a estas tergiversaciones de la verdad y esta respuesta se la dimos a conocer a todos, con el fin de que todos los partidos que se apresuraron a «hacer entrar en razón» al Partido del Trabajo de Albania, comprendieran y tuvieran en claro que el PTA no era de los que entraba en componendas con los traidores.

El PTA no adoptaba esta actitud, por simple rencor o capricho. No. La carta en cuestión al igual que todos los otros documentos de este período, con su elevado espíritu de principios, su sano espíritu marxista-leninista, su profundidad de juicio y de argumentación científica, constituían no sólo un golpe a los intentos de meter a nuestro Partido en un camino errado, sino también una contribución y una ayuda que pres-tábamos a los partidos hermanos, incluyendo el

partido soviético, para juzgar correctamente las cuestiones, para hacerles comprender cuál era la verdad y la necesidad de defender esta verdad con coraje y firmeza de principios.

Nos preparábamos ya para la Conferencia de Moscú, donde preveíamos que se libraría una enconada batalla. Nuestro Partido había determinado que en la futura Conferencia de partidos atacaríamos abiertamente la traición de los revisionistas jruschovistas, contrarios a la teoría marxista-leninista. Combatiríamos su práctica y su política traidora, defenderíamos la Unión Soviética, el leninismo y Stalin, atacaríamos el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y denunciaríamos todas las bajezas de los jruschovistas y de Jruschov en persona, hostiles a Albania.

La batalla comenzó ya en la comisión encargada de preparar el proyecto de declaración de la Conferencia. Los soviéticos habían enviado a ella a Suslov, Pospelov, Koslov, Ponomariov, Andropov y algún otro. Una delegación «sólida» como puede verse, saturada de «grandes» cabezas para impresionarnos. Casi todas las otras delegaciones, a excepción de la nuestra y la de los chinos, estaban compuestas por personas de rango inferior, de tercero o cuarto orden. Estaba claro que todo había sido coordinado y que se había llegado a un acuerdo, así que nada les quedaba por discutir.

Eramos conscientes de que la batalla en la comisión sólo era el prólogo del drama. Preveíamos que los soviéticos y sus apéndices harían concesiones, cierto que apenas perceptibles, y se esforzarían por que de la reunión saliese una declaración «ni carne ni pescado», con formulaciones ambiguas, limada cualquier aspereza, con alguna pequeña retirada y con formulaciones relativas a «fracciones y camarillas», entre las cuales sería clasificado también nuestro Partido. Por eso, el Buró Político orientó a nuestra delegación compuesta por los camaradas Hysni Kapo y Ramiz Alia a luchar por que la declaración saliese pura dinamita.

Mas esto no era todo. Asimismo, preveíamos la otra variante, el que los jruschovistas pudieran aceptar también una declaración con formulaciones correctas y exactas, a condición de que la reunión fuese una balsa de aceite, de que no hubiera lucha, desenmascaramiento, de que no se descubriera el pastel. Preveíamos esto, porque sabíamos que ellos temían las discusiones como el diablo teme la cruz. Estarían listos a hacer concesiones cuando se vieran en cualquier apuro, ante lo cual vendrían a decir «¿no les gusta ésta?! Hagámosla más fuerte. Ahora, de lucha nada, hagamos la declaración, firmémosla, sin condenar a Bucarest, sin lucha de principios», y entonces... ¿que adelantábamos! Después, cuando todo se acabara, llegaría el turno de sus prego-

neros. «Bucarest fue *paliezno**, nuestra línea *pravilna*, los chinos y los albaneses fueron condenados por dogmatismo, pero han rectificado», en tanto la declaración quedaría para ellos en papel mojado, como de hecho ocurrió.

Esto, era algo que no queríamos. La declaración no debía ser una cobertura para las inmundicias revisionistas, sino el resultado del debate, de la lucha y del desenmascaramiento. En la correspondencia que manteníamos con nuestra delegación en Moscú transmitíamos: «Nuestro objetivo y nuestra tarea no son coleccionar declaraciones, sino fustigar los errores, desenmascararlos. No sufrimos por declaraciones».

En la comisión preparatoria se desarrollaba una dura lucha. Suslov encaminaba todos sus esfuerzos a lograr que en el proyecto de declaración se insertasen las tesis revisionistas del XX Congreso y se aprobara la línea seguida por la dirección soviética. Nuestros camaradas combatieron enérgicamente y desenmascararon estos puntos de vista, insistiendo en que las formulaciones del proyecto fuesen precisas, sin equívocos, marxista-leninistas. «Nada de vago, ningún supuesto, ninguna expresión que pueda dar mañana lugar a interpretaciones, debe permitirse», declararon los representantes de nuestro Partido, los camaradas Hysni y Ramiz.

* Ruso en el original — útil.

Fueron golpeadas las tesis de los jruschovistas sobre el apaciguamiento del imperialismo y se les dijo sin ambages que «la tendencia a embellecer el imperialismo, que se ha observado, es peligrosa»; fue defendida la tesis staliniana de que la paz sólo puede alcanzarse cuando los pueblos tomen este problema en sus manos. «Decir hoy, cuando existe el imperialismo, que puede edificarse un mundo sin guerras (tesis de Jruschov) —acentuó el camarada Hysni—, está en oposición con las enseñanzas de Lenin».

Contrariamente a los deseos de los jruschovistas, nuestra delegación a la comisión hizo hincapié en que el proyecto de declaración subrayara que el «revisionismo es el peligro principal en el movimiento comunista» y se hablase en especial del revisionismo yugoslavo, como agencia subversiva imperialista. Nuestros camaradas mostraron enérgicamente el carácter peligroso de la tesis que Jruschov y compinches querían imponer a todos los demás partidos, según la cual, «el revisionismo está desbaratado ideológicamente». «El revisionismo —dijo el camarada Hysni Kapo— no sólo existe, sino que hoy le están creciendo los cuernos».

Los representantes de nuestro Partido se encontraron ante un frente casi único de revisionistas. Los marionetas jruschovistas, dirigidos por Suslov y otros, se abalanzaron contra ellos para obligarles a renunciar a la justa línea que defen-

dían. Pero «nuestro Partido —dijo Hysni Kapo—, jamás aceptará hablar según el deseo de uno o de otro, ni tampoco bajo el efecto de las presiones de que es objeto». Dio un golpe demoledor a las acusaciones y provocaciones de los lacayos de Jruschov y denunció una vez más el complot de Bucarest y los intentos de materializarlo en Moscú.

Cuando Suslov, este revisionista sin escrúpulos, osó cubrir de barro a nuestro Partido y comparar sus puntos de vista con los del contrarrevolucionario Kerenski, el camarada Hysni le lanzó a la cara:

—Se ha equivocado de dirección, camarada Suslov al mencionarme a Kerenski. Quiero declarar que el Partido del Trabajo de Albania no ha sido formado por Kerenski. Kerenski les pertenece a ustedes. Nosotros hemos reconocido y reconocemos a Lenin y al Partido de Lenin. Nuestro Partido, fundado por Enver Hoxha sobre la base de las enseñanzas del marxismo-leninismo, lucha y luchará por defender con fidelidad el marxismo-leninismo —y, finalizando, añadió:

—Los que han sostenido al traidor contrarrevolucionario Imre Nagy, no pueden acusar al Partido del Trabajo de Albania de partido burgués ni tratar a los comunistas albaneses de Kerenskis.

—¡Aquí hay un malentendido! —dijo Suslov tratando de atenuar en algo el efecto demoledor de la respuesta que recibió.

—Para nosotros todo está claro, para ustedes tal vez no, —le respondió el camarada Hysni.

Hallándose ante argumentos irrefutables, los soviéticos, en el curso de las sesiones, se veían obligados a marcar una retirada, pero al día siguiente la lucha comenzaba de nuevo en torno a cuestiones ya superadas, pues Jruschov había tirado de la oreja a Suslov y compañía.

El sirio Bagdash, el muy dócil lacayo de Jruschov, se levantó y tomó la palabra para acusar a nuestro Partido de intentar, mediante su crítica a la dirección soviética, imponer supuestamente un «nuevo comunismo». Hysni Kapo se preparó a dar la respuesta a esta vil acusación por parte de Bagdash. En un segundo discurso, que Hysni solicitó pronunciar en la reunión de la Comisión, entre otras cosas señalaba:

—Nuestro Partido nos ha enviado aquí a expresar sus puntos de vista. No le ha pasado ni le pasa por la mente formular algún nuevo manual de marxismo-leninismo, no pide tampoco que haya otro movimiento comunista, según ha expresado el camarada Bagdash. Nuestro Partido ha luchado y lucha con audacia por el comunismo de Marx, Engels, Lenin y Stalin, y gracias a esto, está en el Poder y construye con éxito el socialismo. Usted, camarada Bagdash, parece que se ha equivocado de dirección. Dirija, por favor, sus observaciones sobre el «nuevo comunismo» a

aquéllos que lo pretenden, a los revisionistas, pero no a nosotros.

Sin embargo, el presidium de la reunión de la Comisión, manipulado por los jruschovistas, a pesar de la insistencia del camarada Hysni, no le permitió pronunciar su segundo discurso, cuyo texto se conserva en los archivos de nuestro Partido.

Como era habitual, además de los ataques y acusaciones, tampoco faltaron las manifestaciones de «amistad» hipócrita hacia nuestros camaradas. Koslov invitó un día a comer al camarada Hysni, pero éste, tras agradecersele, rehusó la invitación.

La lucha de los delegados del Partido del Trabajo de Albania, de los representantes del Partido Comunista de China y de algún otro partido, hizo que se eliminasen bastantes de las tesis revisionistas y se adoptasen formulaciones marxista-leninistas acerca de muchas cuestiones. Pero de nuevo habían quedado problemas sin resolver y en torno a éstos Koslov trataba de traernos «comunicados internos». Los jruschovistas, temerosos de perder la batalla, trataban de conservar lo que podían conservar. Mas esto fue el prólogo de la lucha. La verdadera lucha estaba por librar.

Sabíamos que esta lucha sería difícil, enconada y que nos encontraríamos también en minoría, mas esto no nos amilanaba. Nos preparamos cuidadosamente para la reunión, de manera

que los juicios y análisis de nuestro Partido fueran maduros y mesurados, audaces y de principio. El discurso que debía pronunciar en la Conferencia de Moscú lo discutimos en una reunión especial del pleno del Comité Central de nuestro Partido, que lo aprobó unánimemente, pues era un análisis que hacía el Partido del Trabajo de Albania de los problemas de nuestra doctrina y de la actividad antimarxista de los jruschovistas. En Moscú expondríamos la línea incommovible de nuestro Partido, su madurez ideológica y política, la singular audacia revolucionaria que nuestro Partido ha demostrado a lo largo de toda su existencia heroica.

Los documentos del Partido hablan ampliamente de los asuntos que trató la Conferencia de los 81 partidos, de los discursos y conversaciones de nuestra delegación en aquellos momentos decisivos e históricos que atravesaba el mundo comunista, en particular nuestro país y nuestro Partido, por tanto, no creo necesario extenderme en esto.

Partimos, pues, hacia Moscú con Mehmet Shehu, Hysni Kapo y Ramiz Alia y con algunos camaradas que cumplían la función de auxiliares de la delegación para participar en la Conferencia de los 81 partidos comunistas y obreros. Estábamos convencidos de que íbamos a un país donde los enemigos habían tomado el Poder y donde había que mostrarse muy atentos, ya que

aquéllos nos iban a tratar como enemigos y cada palabra, cada paso nuestro lo iban a registrar. Debíamos mostrarnos vigilantes y prudentes. Estábamos seguros de que tratarían incluso de descifrar nuestros radiogramas, a fin de descubrir nuestros objetivos y hasta el menor detalle de nuestra táctica.

De paso por Budapest, fuimos recibidos por algunos «camaradas» principales del partido húngaro, los cuales se mostraron correctos. Ni ellos ni nosotros hicimos alusión a los problemas. Subimos al tren en dirección a Ucrania. El personal de servicio nos miraba con frialdad y nos atendía sin despegar palabra, al tiempo que por los pasillos pasaban hombres que sin duda alguna debían ser oficiales de la seguridad. Por lo que a nosotros respecta, no deseábamos entablar la más mínima conversación, pues sabíamos quiénes eran y qué representaban.

A la estación de Kiev habían salido dos o tres miembros del Comité Central de Ucrania, que nos recibieron fríamente. Por nuestra parte, permanecemos como el hielo, ni siquiera tomamos el café que nos ofrecieron. Luego, subimos al tren y continuamos nuestro viaje hacia Moscú, donde vinieron a recibirnos Koslov, Yefremov, miembro del Comité Central, y el subjefe del protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores. A la estación de Moscú habían hecho salir también una tropa de honor, banda, se entonaron himnos,

hubo desfile de soldados con ritmo marcial, justo para observar la costumbre, como para todas las delegaciones. No vimos ni pioneros, ni flores. La mano fría de Koslov, acompañada de una preparada sonrisa de oreja a oreja y su voz grave, nos dio la bienvenida. Pero el hielo siguió hielo.

Nada más terminar los himnos y la parada, escuchamos ovaciones, aplausos y calurosos vitores: «¡Viva el Partido del Trabajo!». Vimos que eran varios cientos de estudiantes albaneses que estudiaban en Moscú. No se les había permitido entrar en la estación, pero al fin los dejaron para no provocar un escándalo. Nosotros, haciendo caso omiso de Koslov y Yefremov, que no se despegaban de nosotros, saludamos a nuestros estudiantes que estallaban en alegría y con ellos aclamamos a nuestro Partido. Esta era una buena lección para hacer ver a los soviéticos la unidad de nuestro Partido y de nuestro pueblo con su dirección. Los estudiantes no se separaron de nosotros hasta que subimos a los ZIL. En el automóvil, Koslov no encontró nada mejor que decirme:

—Sus estudiantes son irrefrenables.

—No —le dije—, son grandes patriotas y quieren con toda su alma al Partido y a su dirección.

Koslov y Yefremov nos acompañaron hasta la residencia que nos habían asignado, a unos 20 ó 25 kilómetros de Moscú, en Zarechie. Esta era

la villa que había ocupado muchas veces con mis camaradas y con Nexhmije cuando iba de vacaciones: «Esta villa, me habían dicho en una ocasión, la tenemos reservada para Chou En-lai y para tí, no la ocupan otros». Hasta en esto nos unían con los chinos. La villa, como pudimos comprobar posteriormente con un aparato de verificación y detección que llevamos consigo, estaba llena de aparatos de escucha.

En lo que concierne a Koslov, era para mí bien conocido, pues había tenido muchas conversaciones con él. Era de los que hablan mucho, pero que no dicen nada. Independientemente de la opinión que teníamos ahora de ellos, este Koslov, desde mi primer encuentro me había dado la impresión de que no tenía nada en la cabeza, fingía que sabía mucho, adoptaba sus poses, pero su «calabaza» estaba vacía. Contrariamente a los otros, no bebía y, hay que decir que era considerado como el segundo en la dirección, después de Jruschov.

Me he referido anteriormente a la disputa que tuve con Koslov y Pospielov en 1957, en el Teatro Académico de la Opera y Ballet *Kirov* de Leningrado, a causa de mi discurso que había pronunciado en la fábrica de construcciones mecánicas *Lenin*.

Recuerdo aquella tarde cuando regresábamos del teatro, sentados los tres en un *ZIL*. A mí me colocaron en medio. Koslov le dijo a Pospielov

empleando diminutivos, como tienen por costumbre los rusos:

—Tu eres un gran hombre, uno de los teóricos más grandes que tenemos.

—*Nu ñet, nu ñet** —le respondía «modestamente» Pospelov.

No podía comprender por qué se gastaban estos piropos, pero más tarde supimos que este Pospelov era uno de los formuladores del informe secreto contra Stalin. Koslov continuaba:

— Así es, como yo te digo, pero tu eres modesto, muy modesto.

Esta fue toda la conversación del camino, fueron haciéndose cumplidos mutuamente hasta que llegamos a la residencia. Me sentí molesto en este clima, pues nosotros no teníamos este hábito.

En cuanto a Yefremov, le conocía menos.

Hallándonos en Moscú, con motivo de la celebración del XXI Congreso, un domingo, Polianski, entonces miembro del Presidium del CC del Partido soviético y hoy embajador en Tokio, nos invitó a mí y a Mehmet Shehu, a comer a su *dacha* fuera de Moscú. Nos dirigimos allá. Todo estaba cubierto de blanco, había nevado bien. El frío era intenso. También la villa era blanca como la nieve, bella, Polianski nos dijo:

—Esta es la *dacha* donde descansaba Lenin.

* Ruso en el original — ¡Qué va, qué va!

Con esto quería decirnos: «soy una persona importante». Aquí encontramos a Yefremov y otro secretario, de Krimea, si mal no recuerdo. Nos presentaron. Eran las 10 de la mañana. La mesa estaba puesta como en los cuentos de los zares rusos.

—Pasemos a desayunar, —dijo Polianski.

—Hemos desayunado —le dijimos.

—No —dijo él—, vamos a sentarnos y a desayunar de nuevo. (Naturalmente quería decir «vamos a beber».)

Nosotros no bebíamos, pero mirábamos como bebían y conversaban. Como bebían y comían: ¡¡colosal!! Quedábamos sorprendidos cuando veíamos que vaciaban vasos de agua llenos de vodka y de vinos diversos. Polianski, con su cara de intrigante, se envanecía descaradamente, en tanto que Yefremov y el otro secretario, así como una persona que llegó más tarde, bebían y, sin sentir la menor vergüenza ante nosotros, lanzaban repugnantes alabanzas a Polianski. «No hay otro que te iguale, eres el gran hombre y el pilar del Partido, eres el Khan de Krimea, etc., etc.». Así continuó el «desayuno» hasta la una. Estábamos extremadamente aburridos. No sabíamos qué hacer. Se me ocurrió lo del billar y, para poder abandonar esta sala de borrachos, pregunté a Polianski:

—¿Hay algún billar en la casa?

—Sí, como no —me respondió—. ¿Quieren que vayamos?

—¡Con mucho gusto! —le dijimos y nos levantamos al instante.

Subimos a la sala donde estaba el billar y allí permanecimos de hora y media a dos horas. El vodka, el *pertsofka** y las *zakuska*** siguieron tras ellos.

Entonces pedimos permiso para marcharnos.

—¿Dónde quieren ir? —dijo Polianski.

—A Moscú —le respondimos.

—¿Cómo es posible? —dijo—. Si ahora vamos a comer.

Abrimos los ojos de asombro y dijimos:

—¿Pero qué hemos hecho hasta ahora, no hemos comido y bebido para dos días?

—Ah, no —dijo Yefremov—, esto ha sido una ligera refacción, la verdadera comida comienza ahora.

Nos cogieron del brazo y de nuevo nos condujeron al comedor. ¡Qué veían nuestros ojos! La mesa estaba de nuevo repleta. ¡Todas estas comidas y bebidas eran pagadas por el Estado soviético de los proletarios para sus dirigentes, a fin de que estos «reposaran» y se divirtieran a gusto! «No podemos comer más», — les dijimos. No obstante nuestras negativas, no cesaban de

* Ruso en el original — un tipo de vodka con guindilla.

** Ruso en el original — entremeses.

incitarnos a comer; ellos, por su parte, comían y bebían sin parar.

—¿Tienen sala de cine? Podríamos ver alguna película? —le preguntamos.

— Sí, ¡cómo no! —dijo Polianski, al tiempo que pulsaba un timbre y daba la orden de que el operador preparase la proyección de una película.

Una media hora después, todo estaba listo. Fuimos al cine y nos acomodamos. Recuerdo que era una película mejicana en color. Nos libramos de la *stalovaya**. No pasaron 10 minutos de proyección, cuando a través de la oscuridad de la sala vimos salir de uno en uno, como ladrones, a Polianski y los demás, para ir a la sala de vodka. Cuando terminó la película, los encontramos todavía en la mesa acompañando a la bebida.

—Vengan —dijeron—, después del cine viene bien comer algo.

—No —respondimos—, no podemos comer ni beber más; les rogamos que nos permitan regresar a Moscú.

Con mil penas pudimos levantarnos.

—Deberían saborear también la bella noche del invierno ruso —nos dijeron.

—Estamos dispuestos a saborear también el invierno —dije en albanés—, con tal de abandonar esta taverna y estos borrachos.

* Ruso en el original — comedor.

Nos pusimos los abrigos y salimos a la nieve. Dimos unos pasos y vimos cómo de pronto un ZIM se detuvo ante nosotros: otros dos amigos de Polianski; uno de ellos, un tal Popov, lo conocía de Leningrado, era el factotum de Koslov y ahora éste lo había «teledirigido» a ministro de Cultura de la República Rusa. Abrazos en la nieve.

—Regresen, por favor —nos dijeron—, quédense aunque sólo sea una hora... etc., etc. No aceptamos y nos fuimos. Pero yo lo pagué. Me resfrié, cogí un fuerte catarro con alta temperatura, y no pude asistir a las sesiones del congreso. (He narrado esto para descubrir un rincón de la vida de los dirigentes soviéticos, de los que socavaron el régimen soviético y la autoridad de Stalin.)

Ahora volvamos de nuevo a nuestra llegada a Moscú antes de la Conferencia de partidos.

Koslov nos acompañó, pues, hasta la villa. Habitualmente, nos conducían hasta la casa y se alejaban, pero esta vez Koslov quería mostrarse un «camarada cordial». Se quitó el abrigo y acto seguido se dirigió a la *stalovaya*, que estaba repleto de botellas, entremeses y caviar negro.

—¡Pasen, vamos a beber y a comer alguna cosa! —dijo Koslov, aunque su móvil no era éste. Quería conversar con nosotros para saber con qué intenciones y disposiciones habíamos venido.

Inició la conversación diciendo:

—La comisión ya ha acabado su proyecto y

casi todos estamos de acuerdo. Los camaradas chinos también están de acuerdo. Hay cuatro o cinco cuestiones en las cuales no se ha llegado a una opinión unánime, mas sobre esto podemos sacar un comunicado interno.

Y, dirigiéndose a Hysni para obtener su aprobación, le dijo:

—¿No es así?

Hysni les respondió:

—No, no es así. El trabajo no ha terminado. Nosotros tenemos observaciones y reservas que nuestro Partido ha presentado por escrito en la declaración que entregó a la comisión.

Koslov quedó cortado: no había recibido la aprobación que deseaba. Intervine entonces y le dije:

—La Conferencia será algo muy serio, allí todos los problemas deben plantearse correctamente. Muchas cuestiones han sido tergiversadas no sólo en el proyecto, sino sobre todo en la realidad, en la teoría y en la práctica. Todo debe figurar en la declaración. Nosotros no aceptaremos ni hojas ni anexos que circulen internamente. Nada debe quedar obscuro, todo debe salir a la luz del día. Este es el fin de esta conferencia.

—Los discursos no deben ser largos —dijo Koslov.

Uno de los nuestros le dijo en un tono de mofa:

—Incluso en la ONU se habla cuanto se

quiere. Ahí Castro habló cuatro horas, ¡mientras que aquí ustedes piensan ponernos límites!

Hysni le dijo:

—Ustedes nos han interrumpido dos veces en la comisión y no nos han dejado hablar.

—Estas cosas no deben suceder —añadí—. Deben saber que no aceptamos tales métodos.

—Debemos conservar la unidad, de lo contrario sería trágico —dijo Koslov.

—La unidad se conserva hablando abiertamente, de acuerdo con la línea y con las normas marxista-leninistas —le respondimos.

Koslov había recibido la respuesta, me dirigió un brindis, probó algunos entremeses y se marchó.

Hasta que llegó la Conferencia de partidos, todo el tiempo estuvo lleno de ataques y de contraataques entre nosotros y los revisionistas de todos los grados. Los revisionistas nos habían declarado la guerra, una guerra en amplia escala y también nosotros por nuestra parte respondíamos golpe por golpe a sus ataques.

Su táctica consistía en tratar de evitar que hablásemos en la Conferencia y denunciásemos abiertamente sus crímenes. Teniendo la seguridad de que no nos moveríamos de nuestras ideas y justas decisiones, utilizaban también las calumnias, pretendiendo que lo que íbamos a plantear era infundado, «escisionista», que nos equivocábamos «trágicamente», que éramos «culpables»

y debíamos cambiar de camino, etc., etc. Los soviéticos se lanzaron con todas sus fuerzas a manipular en esta dirección a todas las delegaciones de los partidos comunistas y obreros hermanos que iban a participar en la Conferencia. En cuanto a ellos se daban aires de «infallibles», de «inocentes», «de hombres de principios», se hacían pasar como quien tiene en sus manos el destino de la verdad marxista-leninista.

Las presiones y las provocaciones contra nosotros pasaron a ser abiertas. En la cena que ofrecieron en el Kremlin con motivo del 7 de Noviembre, Kosiguin pálido como la cera, se acercó a mi y comenzó a soltarme un *sermon** acerca de la amistad.

—Nosotros —le dije— conservaremos y defenderemos la amistad con la Unión Soviética por la vía marxista-leninista.

—Hay enemigos en su partido, que luchan contra esta amistad —dijo Kosiguin.

—Pregúntale a éste —le dije a Mehmet Shehu que conocía bien el ruso— quiénes son estos enemigos en nuestro Partido.

Kosiguin puesto en un aprieto, comenzó a balbucear y dijo:

—No me han comprendido bien.

—Vaya hombre —le dijo Mehmet Shehu—, le hemos comprendido perfectamente, lo que

* Francés en el original.

pasa es que ustedes no tienen el valor de hablar claro.

Nos fuimos y dejamos plantada a la momia revisionista.

(Durante toda la cena, los soviéticos se las arreglaron para no dejarnos a solas, tranquilos un solo instante, más aún, trataban de separarnos y nos rodeaban como en un plan preparado de antemano.)

Poco después fuimos cercados por los mariscales Chuikov, Zajarov, Koniev, etc. Estos, según las recomendaciones recibidas, venían con otra canción: «Ustedes albaneses son luchadores, han combatido bien, han resistido valerosamente hasta triunfar sobre la Alemania hitleriana» y Zajarov continuó lanzando invectivas contra el pueblo alemán. En ese momento se añadió a nuestro grupo Chelepin. Este se puso a contradecir a Zajarov en lo que decía respecto a los alemanes. Zajarov, contrariado y sin reparar en que Chelepin era miembro del Presidium y jefe del KGB le dijo: «Deja hombre, por qué te metes en la conversación, ¿es que me quieres enseñar quiénes son los alemanes? Cuando yo les combatía, tu todavía eras un niño de pecho», etc.

En medio de estas réplicas de los altivos mariscales, beodos por el vodka, Zajarov, que había sido director de la Academia Militar «Vorochilov», comenzó a hacer cumplidos a Mehmet Shehu, quien, junto con otros camaradas, había

sido enviado para aprender el arte militar staliniano. Mehmet Shehu le interrumpió y le dijo: «Le agradezco los cumplidos, pero ¿no querrá decirme que también hoy, aquí en *Georgivski Zal*, «estamos como el superior y el inferior, el comandante y el alumno?»»

El mariscal Chuikov, que no estaba menos ebrio, intervino: «Queremos decir que el ejército albanés debe permanecer siempre con nosotros...». Nosotros, le replicamos sin paliativos: «¡Nuestro ejército permanece y permanecerá fiel a su pueblo y defenderá con fidelidad, por la vía del marxismo-leninismo, la construcción del socialismo; permanece y permanecerá únicamente bajo la dirección del Partido del Trabajo de Albania, como arma de la dictadura del proletariado en Albania. Si todavía no está convencido de esto camarada mariscal Chuikov, tanto peor para usted!»

Los mariscales recibieron la respuesta que merecían. Alguien de ellos, no se si Koniev u otro, viendo que la conversación no marchaba según sus deseos, intervino diciendo: «Dejemos esto y vayamos a tomar una copa por la amistad entre nuestros dos pueblos y nuestros dos ejércitos».

Pero a la par de esta febril actividad anti-albanesa y antimarxista, Jruschov y los jruschovistas nos atacaron abiertamente en el documento que le enviaron a los chinos, en el que

también a estos últimos les iban sus ataques. Este documento fue distribuido a todas las delegaciones, incluida la nuestra. En este material, como se sabe, los jruschovistas no incluían a Albania entre los países socialistas. Por otro lado, Jruschov le había dicho en el curso de una conversación a Liu Shao-chi: «Nosotros hemos perdido a Albania, pero no hemos perdido una gran cosa; ustedes la han ganado, pero no han ganado gran cosa. El Partido del Trabajo ha sido y es un eslabón débil en el movimiento comunista internacional».

La táctica de los jruschovistas, para nosotros estaba clara. Ellos pretendían en primer lugar amenazarnos, diciéndonos: «Depende de nosotros que sean o no un país socialista y por tanto en el documento que les entregamos, Albania ya no figura entre los países socialistas», y en segundo lugar, amenazar a los demás señalándoles que «el Partido del Trabajo de Albania no es un partido marxista-leninista y quien lo defienda como tal cometerá un error y será condenado de igual modo». En otras palabras, esto quería decir: «Ustedes, partidos comunistas y obreros que asistirán a la Conferencia, deben tener claro desde ahora, que lo que en ella va a decir Enver Hoxha son calumnias, palabras de un antisoviético».

En la Conferencia se vio claramente cómo Ibarruri, Gomulka, Dej, etc., habían sido preparados desde hace tiempo.

Algunos días antes de pronunciar mi discurso en la Conferencia, Jruschov me pidió un encuentro, se comprende que era para convencernos de que debíamos modificar nuestra actitud. Decidimos acudir a este encuentro, para hacerles saber una vez más a los jruschovistas que no nos moveríamos de nuestras posiciones. Pero, entre tanto, habíamos leído el documento que he mencionado anteriormente. Me reuní con Andropov, que en aquellos días andaba muy ajetreado como correo de Jruschov.

—He leído hoy su documento, donde Albania no figura como país socialista —le dije.

—¿Qué tiene que ver esto con Albania? —tuvo la desvergüenza de preguntarme Andropov, que era uno de los autores de este rastrero documento.

—Este documento hace imposible mi encuentro con Jruschov —le respondí.

Andropov quedó cortado y susurró:

—Esta es una declaración muy seria, camarada Enver.

—¡Sí —le dije—, muy seria! Dígale a Jruschov que no es él quien decide si Albania es o no un país socialista. Esto lo ha decidido con su sangre el pueblo albanés y su Partido marxista-leninista.

Andropov volvió a hablar una vez más como un papagayo:

—Pero si el material va dirigido a China ca-

marada Enver, y no tiene ninguna relación con Albania.

—Nuestra opinión —concluí la conversación—, la daremos en la reunión de los partidos. ¡Adios!

La carta de acusación que fue difundida contra China era un vil documento antimarxista. Con ella los jruschovistas habían decidido continuar en Moscú lo que no pudieron hacer en Bucarest. Nuevamente recurrieron a una táctica páfida, trotskista. Este voluminoso material contra China lo difundieron antes de la Conferencia para preparar el terreno y manipular a las delegaciones de los otros partidos, para atemorizar a los chinos, para obligarles a mostrarse moderados, si no se sometían. Este material antichino no nos sorprendió, sino que aumentó la confianza que teníamos en la justeza de la línea y de las posiciones marxista-leninistas de nuestro Partido en defensa del Partido Comunista de China. Este documento suscitó un gran embarazo entre los participantes de la Conferencia y no sería recibido tal como pensaban los jruschovistas. Surgirían fisuras en la Conferencia y esto obraba en favor del marxismo-leninismo. Podíamos calcular que de 7 a 10 partidos se iban a mantener más bien de nuestro lado, si no abiertamente, al menos no aprobando la empresa hostil de los jruschovistas.

La delegación china, como se vio, había lle-

gado a la Conferencia de Moscú con la idea de que se podía calmar los ánimos e, inicialmente, habían preparado un documento en un tono conciliador y tolerante hacia las posiciones y actos de los jruschovistas. El discurso sería pronunciado por Teng Siao-ping. Como se veía, habían preparado una actitud de «dos o tres variantes». Esto nos pareció extraño después de los feroces ataques que se habían lanzado en Bucarest contra el Partido Comunista de China y Mao Tse-tung. Pero cuando los jruschovistas actuaron incluso recurriendo a los duros ataques, como los que contenía el documento que distribuyeron antes de la Conferencia, entonces los chinos se vieron obligados a cambiar totalmente el documento que habían preparado, a dejar a un lado su espíritu conciliador y a mantener una actitud que respondiese a los ataques de Jruschov.

La Conferencia se abrió en un ambiente de expectación. No sin objetivo, nos habían colocado cerca de la tribuna de los oradores para estar bajo el dedo acusador de los «procuradores» antimarxistas jruschovistas. Pero, opuestamente a sus deseos, nos convertimos nosotros en procuradores y en los acusadores de los renegados y traidores. Ellos estaban en el banquillo de los acusados. Nosotros mantuvimos la cabeza alta porque estábamos con el marxismo-leninismo. Jruschov apoyaba la cabeza en sus dos manos cuando recibía la artillería de nuestro Partido.

La táctica de Jruschov en la Conferencia era una táctica diabólica. Fue el primero en levantarse y hablar, pronunció un discurso aparentemente moderado, pacífico, sin ataques abiertos, con frases hilvanadas a fin de dar el tono a la Conferencia y crear la impresión de que ésta debía desarrollarse en calma, sin ataques mutuos (los ataques los comenzaron ellos), una reunión para conservar la unidad (socialdemócrata), etc. Con esto quería decir: «Nosotros no queremos peleas, no queremos divisiones, no ha ocurrido nada, todo marcha bien».

Jruschov, en su discurso, expresó totalmente sus puntos de vista revisionistas y atacó al Partido Comunista de China y al Partido del Trabajo de Albania, así como también a todos los que seguirían a estos partidos, aunque no mencionó ningún nombre. Al emplear esta táctica en su discurso quería advertirnos: «Pueden escoger, o bien ataques en general, sin dirección, pero que todos saben a quien van dirigidos, o bien, si no les agrada esto, podemos también atacarles abiertamente». De hecho de los 20 delegados marionetas que hablaron, sólo 5 ó 6 atacaron a China, basándose en el documento de los soviéticos.

Jruschov y sus marionetas sabían que nosotros íbamos a presentar batalla al revisionismo moderno jruschovista y mundial, por eso insistieron, tanto en la comisión, como en sus discursos por que se incluyese en el proyecto la cuestión

de las fracciones y de las camarillas en el movimiento comunista internacional, así como las valoraciones de los XX y XXI Congresos del Partido Comunista de la Unión Soviética y algunos otros puntos en que nuestras posiciones divergían. Estaba claro que Jruschov, que había abandonado el leninismo y las normas leninistas y pretendía tener «la herencia y el monopolio del leninismo», quería mantener bajo su batuta de director, bajo su dictado a todos los partidos comunistas y obreros del mundo. Quien salía en contra de su línea definida en el XX y XXI Congresos era fraccionalista, antimarxista, era acusado de espíritu de grupo. Se comprende que con ello preparaba su garrote para el Partido Comunista de China y el Partido del Trabajo de Albania a la vez que trataba de tomar las medidas para excluirnos del movimiento comunista internacional, que pensaba poner bajo el dominio de las ideas antimarxistas.

Tras él, preparados y adiestrados, se fueron levantando uno tras otro de 15 a 20 delegados, los cuales hablaron en la línea de Jruschov: «No ha ocurrido nada, no ha sucedido nada entre nosotros, la tranquilidad es total, todo marcha bien». ¡Qué bluf vergonzoso para los jruschovistas, que manipularon a estos vendidos para que pasasen a nuestros ojos como gente de principios! Este era el tono general de la Conferencia. «Habían sincronizado sus relojes», como había dicho

en otro tiempo Yivkov en un discurso, que Jruschov citó en Bucarest como una declaración «histórica».

Mientras continuaba la Conferencia, los soviéticos y Jruschov temían mucho nuestro discurso y querían a toda costa convencernos si no de renunciar a nuestras opiniones, por lo menos de suavizar nuestra actitud. Pusieron a Thorez de mediador al ver que rehusábamos el encuentro con Jruschov. Thorez nos invitó a cenar y nos impartió una lección de «unidad» aconsejándonos que debíamos ser «prudentes y serenos». Maurice Thorez, estaba por supuesto al corriente del problema, antes habíamos conversado con él, mas era evidente que ahora actuaba como emisario de Jruschov. Todos sus esfuerzos fueron en vano. Le rechazamos toda propuesta y nos amenazó:

—La Conferencia se pondrá contra ustedes.

—No tenemos miedo de nadie, pues estamos en una correcta vía —le respondimos.

Al ver que habían fracasado con Thorez, los soviéticos trataron insistentemente de que tuviéramos un encuentro con Mikoyan, Koslov, Suslov, Pospielov, Andropov. Aceptamos. En este encuentro, que tuvo lugar en la villa de Zarechie, los soviéticos presentaron las cosas como si nada hubiese ocurrido, como si ellos no fueran culpables de nada, por el contrario, la falta según ellos ¡recaía sobre el Partido del Trabajo de Albania! ¡Eramos, pues, nosotros los que agravábamos las rela-

ciones con la Unión Soviética y nos pidieron que les dijéramos abiertamente por qué hacíamos esto!

Rechazamos estas acusaciones y pretensiones, y con hechos irrefutables les mostramos que eran ellos, y no nosotros, quienes habían agudizado, con sus actitudes y sus actos, las relaciones entre nuestros partidos y nuestros países.

Por su parte, la gente de Jruschov con una impudencia extrema, negaban todo, renegaban incluso de su embajador en Tirana, a quien tacharon de *durak**, y trataron de imputarle sus propias faltas. Querían a toda costa tratarnos por las buenas para que cerrásemos la boca. Nos ofrecieron hasta créditos y tractores. Pero nosotros, después de desenmascararlos les dijimos: «Se esfuerzan inútilmente, si no reconocen y no reparan sus graves errores». Al día siguiente se presentaron de nuevo Koslov y Mikoyan, pero no obtuvieron nada.

Se acercaba el momento de nuestra intervención y ellos hicieron la última tentativa, nos pidieron que tuviéramos un encuentro en el Kremlin con Jruschov. Al parecer, Jruschov todavía abrigaba ilusiones de que podía «convencernos» y nosotros aceptamos, pero rechazamos la hora que él fijó. Con esto queríamos hacerle comprender que «ni siquiera la hora de la cita, por no hablar ya

* Ruso en el original — tonto.

de las otras cuestiones, era él quien podía fijarla, sino nosotros». Por otra parte, antes de tener el encuentro, deseábamos enviarle un «mensaje verbal». Habíamos verificado a través de nuestro aparato que por todas partes de la residencia que nos habían fijado existían micrófonos para espiarnos. Sólo en un cuarto de baño no los habían instalado. Cuando hacía frío y no podíamos hablar fuera, nos veíamos obligados a conversar en el baño. Los soviéticos estaban intrigados por saber dónde hablábamos y después de caer en la cuenta ordenaron colocar estos aparatos también en el baño. Uno de nuestros oficiales sorprendió al técnico soviético cuando realizaba la «operación», supuestamente reparaba el baño, y le dijo: «No hay necesidad porque el baño funciona bien».

También nuestra embajada estaba repleta de aparatos de escucha y nosotros, sabiendo esto, después de fijar la hora del encuentro, dejamos el Kremlin y nos fuimos a la embajada. Montamos nuestro aparato y este nos emitió las señales de que éramos espiados por todas partes. Entonces Mehmet Shehu le envió a Jruschov y a los demás «un mensaje» en ruso, de unos 10 ó 15 minutos, calificándoles de «traidores» que «nos están espiando», etc., etc. Así, cuando fuimos al Kremlin, los revisionistas habían recibido nuestro «saludo».

Tuvimos el encuentro en el despacho de Jruschov y éste comenzó con su fórmula habitual:
—Hablen, les escuchamos.

—Ustedes han pedido el encuentro, —le dije—. Hablen ustedes primero.

Jruschov se vio obligado a aceptar. Desde un principio pudimos ver que realmente éste había venido con la esperanza de que, si no lograba eliminar nuestra crítica que le haríamos en la Conferencia, al menos la suavizaría. Luego, como de costumbre, utilizaría este encuentro, incluso si no daba ningún resultado, como «argumento» ante los representantes de los otros partidos para decirles: «miren, hemos tendido una vez más la mano a los albaneses, pero ellos persisten en su actitud».

Jruschov y los demás trataron de cargar la culpa sobre nuestro Partido y se hacían los sorprendidos cuando les expusimos en su evolución histórica cómo habían surgido los desacuerdos entre nuestros partidos.

—Yo no recuerdo haber tenido conflicto alguno con el camarada Kapo en Bucarest —decía descaradamente Jruschov.

—El Comité Central de nuestro Partido —le dije—, no está ni ha estado de acuerdo con Bucarest.

—Esto no tiene importancia. La cuestión es que tampoco antes de Bucarest estaban de acuerdo con nosotros y esto no nos lo habían dicho.

Estaba claro que el charlatán mentía y mentía intencionadamente. ¿Acaso no era este Jruschov que en abril del año 1957 quiso interrumpir con arrogancia las conversaciones, acaso no les había-

mos hecho saber incluso antes, en 1955 y en 1956, a Jruschov y Suslov nuestra oposición en lo que respecta a Tito, Nagy, Kadar y Gomulka?

Les mencionamos, algunos de estos hechos y Mikoyan se vio obligado a admitirlos a regañadientes.

Pero Jruschov, cuando se veía entre la espada y la pared, se iba por las ramas, pasaba de un tema a otro, y no se podía discutir con él las grandes cuestiones de principio, en las que estaba, en el fondo, el origen de las divergencias. Además a él no le interesaba que se abordasen estas cuestiones. Quería someter al Partido del Trabajo de Albania, al pueblo albanés. Era su enemigo.

—Ustedes no están por la normalización de las relaciones —lanzó Jruschov.

—Nosotros queremos normalizarlas, pero antes es preciso que ustedes admitan sus errores —le dijimos.

A Jruschov le irritaba tener que discutir con nosotros. Seguramente, no estaba acostumbrado a que un partido y un país pequeños se opusiesen con decisión a sus actitudes y a sus actos. Tal era la lógica chovinista de patronos de estos antimarxistas que, al igual que la burguesía imperialista, consideraban a los pueblos y países pequeños como vasallos y sus derechos como producto de mercado. Cuando le hablamos abiertamente de sus errores y de los de su gente, saltó con rabia:

—Usted me está escupiendo —gritó—. Con

usted no se puede conversar. Sólo Macmillan ha querido hablarme de esta manera.

—El camarada Enver no es Macmillan, así que retire lo que acaba de decir — le respondió indignado Hysni.

Nos levantamos los cuatro y les dejamos allí, sin darles ni la mano, sin caer en sus trampas urdidas con amenazas y con promesas hipócritas.

Esta era nuestra última conversación con estos renegados que todavía trataban de presentarse como marxistas. Pero la lucha de nuestro Partido, de los auténticos partidos marxista-leninistas, así como los propios manejos contrarrevolucionarios de aquéllos, les rasgarían cada vez más sus máscaras demagógicas.

Estas presiones no tuvieron pues ningún resultado. No cedimos ni un ápice en nuestras posiciones y no cambiamos ni suavizamos nada en nuestro discurso.

No voy a extenderme acerca del contenido del discurso que pronuncié en nombre de nuestro Comité Central en Moscú, pues está publicado y los puntos de vista de nuestro Partido acerca de los problemas que planteamos ya son notoriamente conocidos.¹ Sólo quiero subrayar la manera cómo reaccionaron los seguidores de Jruschov al escuchar nuestros ataques contra su patrón. Go-

1 Véase: Enver Hoxha. *Obras Escogidas III*, Casa Editora, «8 Nëntori», Tirana, 1980, ed. en español, págs. 98-173.

mulka, Dej, Ibarruri, Ali Yata, Bagdash y no sé cuántos otros subían a la tribuna y rivalizaban en su afán por vengarse de los que «habían levantado la mano contra el partido padre». Era trágico y a la vez cómico ver a esta gente, que pasaban como políticos y dirigentes «sesudos», actuar de esta manera, como mercenarios, como *hommes de paille**, como títeres montados y manejados desde los bastidores.

En un intervalo entre las sesiones se me acercó Todor Yivkov. Los labios y el mentón le temblaban.

—Discutamos un poco *brat*** —me dijo.

—Discutamos, ¿con quién? —le respondí—. Yo ya he hablado, creo me habrás escuchado; y a tí ¿quién te ha enviado a conversar, Jruschov? No tengo por qué conversar contigo, sube a la tribuna y habla.

Se puso pálido como la cera y dijo:

—Sin duda que voy a subir y te daré la respuesta.

Cuando salimos de *Georgievski Zal* para ir a la residencia, Anton Jugov, al pie de la escalera, nos dijo conmovido:

—¿A dónde les conduce este camino, *bratia*?**

—Y a ustedes a dónde les conduce el camino de Jruschov?, nosotros marchamos y siempre mar-

* Francés en el original — testafierros.

** Ruso en el original — singular y plural de hermano.

charemos por el camino de Lenin —le dijimos. Bajó la cabeza y nos separamos sin darle la mano.

Después que pronuncié el discurso, Mehmet Shehu y yo dejamos la residencia donde nos habían instalado los soviéticos y nos trasladamos a la embajada, donde permanecemos el resto de nuestra estancia en Moscú. Cuando abandonamos la residencia, un oficial soviético de la seguridad le dijo al camarada Hysni confidencialmente: «Ha hecho bien en marcharse el camarada Enver, pues su vida aquí corría un gran riesgo». Los jruschovistas estaban dispuestos a todo y nosotros tomamos nuestras medidas. Enviamos a los camaradas de la embajada y colaboradores de la delegación a las tiendas y nos aprovisionamos de alimentos. Cuando llegó el momento de decidir nuestra marcha, no aceptamos viajar en avión, ya que el «accidente» podía ocurrir más fácilmente. Hysni y Ramiz se quedaron todavía en Moscú, pues faltaba por firmar la declaración, mientras que Mehmet Shehu y yo tomamos el tren y nos alejamos de la Unión Soviética, no probando bocado que viniera de sus manos. Salimos hacia Austria y de allí atravesamos en tren Italia, hasta Bari donde tomamos nuestro avión con el que regresamos sanos y salvos a Tirana para luego dirigirnos directamente a la recepción que se organizaba con ocasión de las fiestas del 28 y 29 de Noviembre. Nuestra alegría fue grande, pues

la tarea que nos encomendó el Partido la realizamos con éxito, con resolución marxista-leninista. Pero también los invitados a la recepción, compañeros de lucha, obreros, oficiales, cooperativistas, hombres y mujeres, viejos y jóvenes estaban desbordantes de entusiasmo y unidos como un puño, como siempre lo habían estado y más aún en estos días difíciles.

Jruschov y todos sus secuaces hicieron múltiples esfuerzos para hacer figurar en el documento de carácter internacional aprobado toda la línea de los revisionistas jruschovistas, que deformaba las tesis fundamentales del marxismo-leninismo sobre la naturaleza del imperialismo, sobre la revolución, sobre la coexistencia pacífica, etc. Mas, en las comisiones, las delegaciones de nuestro Partido y del Partido Comunista de China se opusieron enérgicamente y desenmascararon tales deformaciones. Conseguimos que se corrigiesen muchas cosas, muchas tesis de los revisionistas fueron rechazadas y muchas otras rectificadas, hasta que salió el documento definitivo, que fue aceptado por todos los participantes de la conferencia.

Los jruschovistas se vieron obligados a aceptar este documento, pero Jruschov ya había declarado que éste era «un documento de compromiso y los compromisos tienen vida corta». Estaba claro que Jruschov violaría la Declaración de la Conferencia de Moscú y nos acusaría de que éramos

nosotros los que violábamos las directrices y las decisiones de esta conferencia.

Incluso después de la Conferencia de Moscú siguió el proceso de empeoramiento de nuestras relaciones con la Unión Soviética y los revisionistas de Moscú, hasta que éstos, de manera unilateral, rompieron totalmente dichas relaciones.

En Moscú, en el curso de un último encuentro que tuvieron el 25 de noviembre Hysni y otros camaradas de nuestra delegación con Mikoyan, Kosiguin y Koslov, éstos amenazaron abiertamente. Mikoyan les dijo: «No podrán vivir ni un día sin nuestra ayuda económica y la de los demás países del campo del socialismo». «Nos apretaremos el cinturón, comeremos hierba, les dijeron Hysni y los demás camaradas, pero a ustedes no nos sometemos, ustedes no podrán doblegarnos». Los revisionistas creían que el cariño sincero de nuestro Partido y de nuestro pueblo por la Unión Soviética jugaría un papel en favor de los revisionistas de Moscú, esperaban que nuestros numerosos cuadros, que habían estudiado en la Unión Soviética, regresarían unidos como un bloque escisionista en el Partido contra su dirección. Así lo expresó Mikoyan, diciendo: «Cuando el Partido del Trabajo se entere de su actitud, se alzarán contra ustedes». «Venga, asista si quiere a una reunión de nuestro Partido cuando planteemos estas cuestiones —les dijeron los camaradas de nuestra delegación—, y verán la

unidad que existe en nuestro Partido y en torno a su dirección».

Los revisionistas no se limitaron a simples amenazas. Pasaron a la acción. El sabotaje económico por parte de Moscú y sus especialistas fue *in crescendo*.

13. EL ULTIMO ACTO

Unidad de acero en nuestro Partido y en nuestro pueblo. Los soviéticos quieren ocupar la Base de Vlora. Situación tensa en la base. El almirante Kasatonov sale con el rabo entre las piernas. Los enemigos sueñan con cambios en nuestra dirección. El IV Congreso del PTA. Pospelov y Andropov en Tirana. Respuesta merecida a los delegados provocadores griego y checoslovaco. Fracasa la misión de los enviados de Jruschov a Tirana. ¿Por qué «nos invitan» a ir de nuevo a Moscú?! El ataque público de Jruschov contra el PTA en el XXII Congreso del PCUS. La ruptura definitiva: en diciembre de 1961 Jruschov rompe las relaciones diplomáticas con la República Popular de Albania.

Todo nuestro Partido y nuestro pueblo fueron puestos al corriente de los acontecimientos y de la situación creada en particular después de la Conferencia de Moscú. Sabíamos que los ataques, provocaciones y chantajes irían en aumento

y se intensificarían como nunca antes, éramos conscientes de que la indignación de Jruschov recaería sobre nosotros, sobre nuestro Partido y nuestro pueblo, con el fin de hacernos doblar la rodilla por medios duros. Le hablamos al Partido y al pueblo con el corazón abierto, les explicamos todo lo que había ocurrido, les hicimos ver claro la peligrosa actividad de los revisionistas jruschovistas. Como siempre, el Partido y el pueblo dieron muestras de su elevada madurez, de su brillante patriotismo revolucionario, de su cariño y fidelidad al Comité Central del Partido, a la correcta línea que habíamos seguido y seguíamos. Comprendieron en profundidad las difíciles situaciones que atravesábamos, por eso tensaron sus nervios y sus energías al máximo, se movilizaron totalmente, se templó más la unidad y los revisionistas soviéticos se encontraron ante un muro de granito. 1961 se convirtió en un año de gloriosa prueba. Con sangre fría y decisión, se hicieron retroceder por todas partes, en cada sector, las provocaciones, las insinuaciones y los sabotajes de los jruschovistas. No se dejó pasar nada. Moscú y tras él de inmediato, las capitales de sus satélites, comenzaron las presiones económicas hacia nosotros. En un principio los revisionistas procedieron, como medio de presión seria, a suspender los contratos en vigor y los acuerdos de todo tipo, después harían trizas de ellos como los hitlerianos. Se pusieron a retirar sus especialistas haciéndose la idea de que todo se

iba a paralizar en nuestro país. Pero se equivocaron de medio a medio.

La cuestión de la Base de Vlora era la manzana de la discordia. No había ninguna duda de que la base nos pertenecía. Jamás podíamos aceptar que un palmo de nuestra tierra estuviese bajo la bota extranjera. Por un acuerdo oficial, claramente concebido y firmado por los dos gobiernos, y que no dejaba surgir el menor equívoco, la Base de Vlora era de Albania y debía al mismo tiempo servir para la defensa del campo. La Unión Soviética, estaba estipulado en el acuerdo, entregaría 12 submarinos y un cierto número de buques auxiliares. Nosotros debíamos formar y formamos efectivamente cuadros que deberían tomar posesión, y así lo hicieron, de los navíos, así como de 4 submarinos. Nuestras tripulaciones, preparadas debidamente, estaban dispuestas a hacerse cargo también de los ocho restantes.

Pero habían comenzado los desacuerdos ideológicos entre nuestros dos partidos y Jruschov no podía dejar de reflejarlos en un punto tan neurálgico como era la Base Naval de Vlora. El y su gente deformarían el acuerdo oficial en vigor, y esto con dos objetivos: primero, a fin de someternos a través de presiones y, segundo, en caso de que no dobláramos la cerviz, tratarían de hacerse con la base para tenerla como un poderoso punto de partida hacia la ocupación de toda Albania.

Los especialistas, consejeros y demás perso-

nal militar soviético de la Base de Vlora, sobre todo a partir de la Reunión de Bucarest aumentaron las tensiones, las peleas y los incidentes con nuestros marineros. Fueron suspendidos por parte de los soviéticos todos los abastecimientos que debían asegurar a la base conforme a los acuerdos concluidos, suspendieron de manera unilateral todos los trabajos iniciados, incrementaron las provocaciones y los chantajes. El personal de la embajada soviética en Tirana, al igual que el principal representante del mando general de las fuerzas armadas del Tratado de Varsovia, general Andreyev, se pusieron al frente de toda esta brutal actividad antialbanesa y antisocialista. Un sinfín de actos propios de gamberros, de actos degradantes, eran realizados por los soviéticos de la base por orden de arriba, aunque, «para estar en regla», trataban de acusar a nuestra gente de estos actos odiosos que ellos mismos realizaban. Su desvergüenza y su cinismo llegaron a tal extremo que el propio «representante en jefe» Andreyev dirigió una nota al Presidente del Consejo de Ministros de la República Popular de Albania, en la que se quejaba «de los lamentables actos que ocurrían en la base» por culpa de los albaneses. Y ¿en qué consistían estos «actos»? «Un marinero albanés había arrojado una colilla sobre la cubierta de un navío soviético», «los niños de la aldea de Dukat les habían dicho a los niños soviéticos: márchense a su casa», «en un club, un camarero albanés le di-

jo a uno de los oficiales: aquí soy yo el dueño y no tú », etc. ¡Incluso el que un niño desconocido había hecho sus necesidades a hurtadillas cerca del edificio soviético, era para el general Andreyev motivo de queja a presentar al Presidente del Consejo de Ministros del Estado albanés!

Indignado y con justa razón uno de nuestros oficiales le replicó a Andreyev:

—¿Por qué, camarada general —le dijo—, no se ocupa de los problemas fundamentales, sino de estas pequeñeces, que no competen siquiera a los comandantes de los buques, sino al alferz de navío y a los responsables del Frente en los bloques de barrio?!

Seguíamos con vigilancia y serenidad el desarrollo de la situación y continuamente recomendábamos a nuestros camaradas se mostrasen prudentes, pacientes, pero que jamás se sometiesen ni cayesen en las provocaciones de los agentes de Jruschov.

Para que no ocurriesen más desórdenes e incidentes, propusieron los soviéticos, ¡la Base de Vlora debía ser puesta bajo el mando exclusivo de la parte soviética!

Ni por un momento íbamos a aceptar una solución semejante. Esto sería firmar nuestra esclavitud. Nos opusimos enérgicamente y les mencionamos el acuerdo según el cual la base era nuestra y sólo nuestra.

Para dar a su proposición el tinte de una

decisión conjunta, en marzo de 1961 aprovecharon una reunión del Tratado de Varsovia, donde Grechko insistió en que la Base de Vlora debía pasar totalmente a manos de los soviéticos y ser puesta «bajo el mando directo» del Comandante General del Tratado de Varsovia, es decir, del propio Grechko.

Nos opusimos con firmeza e indignación a tal propuesta y a pesar de que la decisión fue aprobada por los demás, nosotros declaramos:

—La única solución consiste en que la Base de Vlora permanezca en manos del ejército albanés. No permitiremos ninguna otra solución.

Entonces los jruschovistas decidieron no entregarnos los ocho submarinos y los demás barcos que, según el acuerdo, pertenecían a Albania. Insistimos en que éstos eran nuestros y exigimos que las tripulaciones soviéticas se retirasen y entregasen todo a nuestros marineros, tal como se había procedido con los cuatro primeros submarinos. Los revisionistas soviéticos enviaron a Tirana, además del «representante en jefe» Andreyev, a una especie de contraalmirante. Todo este equipo se componía de oficiales de la seguridad soviética enviados para organizar disturbios, sabotajes y actos de subversión en la base de Vlora.

—No les entregamos los buques —dijeron—, porque son nuestros.

Nosotros les pusimos ante el acuerdo estatal y ellos encontraron entonces otro pretexto:

—Sus tripulaciones no están dispuestas a hacerse cargo de los barcos. No están preparadas debidamente.

Todo eran pretextos. Nuestros marineros habían cursado los estudios correspondientes, llevaban años de entrenamiento y habían demostrado constantemente que estaban en perfectas condiciones de hacerse cargo de los submarinos y de los otros navíos. Los propios soviéticos, algunos meses antes de hacerse tensa la situación, habían declarado que nuestras tripulaciones estaban preparadas para hacerse cargo de las unidades que les correspondían.

También a este respecto les dimos la respuesta merecida. Nuestros oficiales y marineros de la base cumplieron con determinación, sangre fría y disciplina férrea todas las órdenes que les habíamos dado. Las provocaciones soviéticas en la base se intensificaron particularmente cuando nos encontrábamos en la Conferencia de los 81 partidos, en Moscú. Desde Tirana, nuestros camaradas del Buró Político nos ponían al corriente de todo lo que estaba ocurriendo, y nosotros, desde Moscú, les orientábamos y aconsejábamos que mantuviesen la serenidad, se guardasen de las provocaciones, reforzaran la vigilancia e igualmente les indicábamos las medidas militares necesarias que debían tomar en Vlora y en todo el país a fin de que el ejército estuviera totalmente preparado ante cualquier eventualidad.

Las órdenes sobre el comportamiento que debían observar los oficiales soviéticos en Albania venían de Moscú, donde en aquellos días desarrollábamos duros debates con Jruschov, Mikoyan, Suslov, etc.

Desde nuestro primer encuentro con Mikoyan y sus colegas, el 10 de noviembre en Moscú, aquél, apenas tomó la palabra, quiso atemorizarnos:

—Sus oficiales —dijo— observan un mal comportamiento con nuestros oficiales en la base de Vlora. ¿Acaso quieren salirse del Tratado de Varsovia?

Le dimos al instante la debida respuesta a Mikoyan, quien por años enteros nos había hartado con sus «observaciones» y «consejos», y ahora pasaba a amenazarnos. Le hicimos saber el lamentable comportamiento de los oficiales soviéticos en la base de Vlora, especialmente los actos viles de uno de los «contraalmirantes» soviéticos, el cual «podrá ser cualquier cosa, le dije a Mikoyan, pero contraalmirante, no»; le mencioné las declaraciones de Grechko y de Malinovski, quienes también nos habían amenazado con excluirnos del Tratado de Varsovia, etc.

Quedó remiso y eludió la respuesta, tratando de no aceptar ninguna responsabilidad; esta misma amenaza, dos días más tarde, nos la hizo también Jruschov.

—Si quieren, podemos retirar la base —gritó

éste mientras estábamos conversando de los grandes desacuerdos que habían surgido.

—¿No querrán amenazarnos con esto?! —le dije.

—Camarada Enver, no levante la voz —intervino Jruschov—. Los submarinos son nuestros.

—Suyos y nuestros —le dije—. Nosotros luchamos por el socialismo. El territorio de la base es nuestro. En cuanto a los submarinos tenemos acuerdos firmados que reconocen derechos al pueblo albanés. Yo defiendo los intereses de mi país. Así, sepan bien que la base es nuestra y siempre será nuestra.

Al regresar de Moscú, las provocaciones en la base fueron en aumento, y para presionarnos e impresionarnos llegaron a Tirana el viceministro soviético de Asuntos Exteriores, Firiubin, con otros dos «vice»: el viceprimer jefe del estado mayor general del ejército y de la marina de guerra soviética, Antonov, y el vicejefe del estado mayor de la marina de guerra soviética, Sergeyev.

Llegaron supuestamente para que «nos entendiéramos», pero de hecho nos trajeron un ultimátum:

La Base de Vlora se pondrá exclusivamente bajo el mando soviético, el cual dependerá del comandante en jefe de las fuerzas armadas del Tratado de Varsovia.

—Aquí los dueños somos nosotros—les dijimos tajante y claro—. Vlora ha sido y es nuestra.

—Esta es decisión del mando del Tratado de Varsovia, —nos amenazó Firiubin, ex embajador soviético en Belgrado en la época de la reconciliación Jruschov-Tito.

Le dimos la respuesta que merecía y él, después de tratar de amedrentarnos con lo de «nosotros nos quedaremos con los buques y a ustedes los devorarán los imperialistas», se marchó junto con los dos generales que le acompañaban.

Tras ellos llegó a Tirana el comandante de la flota del Mar Negro, almirante Kasatonov, con la misión de arrebatarnos no sólo los ocho submarinos y la base flotante con tripulación soviética, que también era propiedad del Estado albanés, sino también los submarinos que habíamos recibido en la primera entrega. A éste le dijimos categóricamente: O nos entregan los submarinos conforme al acuerdo, o en un tiempo breve (le fijamos el plazo) van a tener que abandonar de prisa el golfo y sólo con los buques en donde sirve su tripulación. Están violando el acuerdo, nos están saqueando nuestros submarinos y de esta actitud van a tener que responder.

El almirante quedó remiso, trató de suavizarnos, pero fue en vano. No nos entregó los submarinos, sino que fue a Vlora, subió a bordo del submarino de mando e hizo alinear a los otros en formación de combate. Nosotros dimos la orden de bloquear el estrecho de Sazan y de apuntar nuestros cañones en dirección a los buques soviéticos.

El almirante Kasatonov, que quiso amedrentarnos, se aterrorizó. Había caído como ratón en la ratonera y si intentaba poner en marcha su plan, podía ir a parar al fondo del mar. En estas circunstancias el almirante se vio obligado a no retirar más que los submarinos con tripulación soviética y con el rabo entre las piernas salió del golfo y partió por donde había venido. De nuestra tierra fue extirpada de una vez y para siempre una gran calamidad.

Sus actitudes en la base de Vlora, especialmente durante el último año, eran viles, indignantes y tan numerosas que no pueden calcularse. Mas en la base, el grupo de nuestros oficiales defendió con capacidad e inteligencia, en aquellos momentos delicados, al Partido frente a los complotadores, provocadores y chovinistas, que bastardearon los sentimientos de los marineros soviéticos a un nivel de lo más ínfimo. Estos agujerearon los depósitos, rompieron las camas, los cristales de los edificios donde vivían y trabajaban, etc. Trataron de arramblar con todo, hasta con los últimos tornillos, pero no consiguieron su objetivo. Adoptamos una actitud severa, defendimos como debíamos nuestros derechos, respondimos a sus ataques y provocaciones con serenidad en tanto que ellos perdieron la cabeza.

Los revisionistas soviéticos se enfurecieron. Realizaron todo tipo de sabotaje y rompieron los acuerdos. Se vieron obligados a retirar al embaja-

dor Ivanov y enviaron en su lugar a un tal Chikin. Este trataría de preparar el último acto de la obra hostil de los revisionistas soviéticos, el dividir nuestro Partido. Los jruschovistas habían pensado provocar esta escisión en el IV Congreso¹ que estábamos preparando. Abrigaban ilusiones de que en nuestro Congreso podría suceder lo que no habían podido realizar por otros caminos; esperaban que el Congreso denunciase la línea seguida por la dirección de nuestro Partido en Bucarest y Moscú. En aquel período, la burguesía y la reacción, informadas e instigadas directa e indirectamente por los jruschovistas y titistas, así como por sus agentes, habían desatado una campaña de calumnias contra nuestro país y nuestro Partido. Esperaban que ocurriese el cataclismo revisionista también en Albania. Una agencia extranjera occidental, en un comentario cuya fuente venía de Belgrado, en vísperas de la apertura de nuestro IV Congreso anunciaba: «Enver Hoxha, el jefe del Partido Comunista Albanés pronto será retirado de su cargo como resultado de la Conferencia de los dirigentes comunistas del mundo que ha tenido lugar el pasado mes en Moscú».

«Los especialistas de la Europa del Este, decían en aquellos días las agencias de prensa del imperialismo, indican que Moscú utilizará su influencia para hacer cambios en el Partido Comunista de Albania, el cual ha seguido la línea dura

1 Se celebró del 13 al 20 de febrero de 1961.

en la Conferencia de Moscú», y añadían: «Aunque la China Comunista se ha adherido a la línea soviética, los albaneses persisten en sus posiciones».

Nosotros leíamos con desprecio estas noticias de los oráculos del imperialismo y sabíamos bien cuál era la mano que estaba detrás de su elaboración.

El propio Mikoyan, en el encuentro que tuvieron la delegación del PTA y la del PCUS, el 25 de noviembre de 1960, les dijo a los camaradas de nuestra delegación:

—Van a ver qué difíciles situaciones conocerá su Partido y su pueblo con este viraje que ustedes están dando en las relaciones con la Unión Soviética.

Declaraciones amenazadoras de este tipo, ora abiertas, ora veladas, las escuchábamos por todas partes.

Sin embargo continuamos nuestro camino con serenidad: invitamos delegaciones del Partido Comunista de la Unión Soviética y de los otros partidos comunistas y obreros. De la Unión Soviética llegaron Pospielov y Andropov, de Checoslovaquia un tal Barak, que era ministro del Interior y que más tarde iría a la cárcel por ladrón, etc. Dejamos que viniesen a ver con sus propios ojos quién era el Partido del Trabajo de Albania y el pueblo albanés; que probasen realizar también sus velados objetivos. Les íbamos a coger con las manos en la masa.

El Congreso se abrió en una atmósfera de entusiasmo y de unidad indescriptibles de nuestro Partido y de nuestro pueblo. El día de la apertura se convirtió en una verdadera fiesta popular. El pueblo, con flores, con canciones y danzas, acompañó a los delegados hasta la entrada del edificio donde se iban a desarrollar las labores del Congreso y, mientras en el interior comenzaban los trabajos, fuera la fiesta continuaba. Esta era la primera respuesta que recibían los revisionistas jruschovistas, titistas, etc. Los otros golpes demolidores continuarían dentro.

No se imaginaban Pospelov, Andropov y sus lacayos que se iban a encontrar en medio de este fuego, que calentaba y fortalecía nuestros corazones y a ellos les abrasaba y les cegaba. A lo largo de las jornadas del Congreso se vio brillar la unidad de acero de nuestro Partido en torno a su Comité Central, la elevada madurez y profunda clarividencia marxista-leninista de los delegados, la vigilancia, la perspicacia y disposición de cada uno de los delegados para dar la requerida respuesta a cualquier provocación de los «amigos» revisionistas.

La intervención de Pospelov, que los revisionistas esperaban que provocase la escisión en nuestro Congreso, no recibió ningún aplauso, por el contrario, fue recibida en silencio y con desprecio por los delegados del Congreso. Andropov desde su palco daba directrices abiertas a sus

marionetas de cuándo debían aplaudir, cuándo debían sentarse o ponerse de pie. Era un espectáculo verdaderamente ridículo que se nos ofrecía. Quedaron desacreditados totalmente, tanto por la actitud que mantuvieron, como por las acciones rastreras a que se entregaron.

Había llegado también al Congreso el representante del Partido Comunista de China, Li Sien-nien, el cual a lo largo de las sesiones permanecía como petrificado al ver el entusiasmo de los delegados. Este, en la tribuna, expresó algunas palabras amables hacia nuestro Partido, aunque a nosotros nos «aconsejó» que nos mostrásemos prudentes y atentos y que no interrumpiésemos las conversaciones con Jruschov. Nosotros hicimos lo que debíamos hacer.

Los jruschovistas, al ver que nuestras filas permanecían como una roca y no se percibía ninguna señal de escisión, intensificaron sus intervenciones, presiones y chantajes. Por todas partes éramos objeto de sus provocaciones.

—¿Qué significa esto?! —le dijo indignado Andropov a uno de nuestros camaradas, funcionario del aparato del Comité Central del Partido que le acompañaba—. ¿Por qué los delegados aclaman tanto a Enver Hoxha?!

—¡Vaya y pregúnteselo a ellos! —contestó nuestro camarada—. Luego, dígame —añadió—, ¿a quién sino al marxismo-leninismo, a su Partido y a su dirección podrían aclamar?! ¿O acaso

piensa usted proponernos que coloquemos a algún otro a la cabeza del Partido?!

Andropov se tragó la bofetada y bajó la cabeza. El delegado griego y el checoslovaco Rudolf Barak entraron en acción. Entre otras cosas, el delegado griego consideró injusta nuestra respuesta a las conversaciones antialbanesas que Sofocles Venizelos había mantenido con Jruschov acerca de la cuestión del «Epiro del Norte». «Venizelos —le dijo el delegado griego a nuestro camarada que le acompañaba—, no es mal hombre, es un burgués demócrata progresista». Nuestro camarada respondió diciéndole que los puntos de vista del «demócrata» Venizelos sobre el «Epiro del Norte» no variaban de los del chovinista y furibundo antialbanés Eleuterio Venizelos¹. Además de sus otros actos, el discurso que el delegado griego pronunciaría en nuestro Congreso tenía un espíritu claramente provocador, y nuestros camaradas, indignados, dieron en público al griego la respuesta que merecía, calificándolo con su verdadero nombre: provocador.

Aprovechando esta ocasión, el otro agente de Jruschov, Barak, y algunos otros trataban de ver-

1 Eleuterio Venizelos (1864-1936), dirigente reaccionario griego, representante de los intereses de la gran burguesía. Primer ministro de Grecia por varios años consecutivos. En 1919 envió fuerzas militares griegas para participar en la intervención contra la Rusia soviética.

tir su bilis contra nosotros entregándose a acciones de lo más rastreras propias de bribones, pero tanto ellos como los que los habían enviado quedaron todavía más desacreditados. Estos elementos actuaban desde los palcos o aprovechando los intervalos entre las sesiones. Mientras tanto también los periodistas soviéticos se habían lanzado a la «acción».

¡Qué no hicieron éstos y los que los dirigían para «descubrir» cualquier debilidad a la que pudieran aferrarse para poder desatar su ataque! Pero no consiguieron nada. El congreso marchaba como un reloj, los comunistas albaneses con su profundo sentido de la responsabilidad presentaban el balance del pasado y definían las tareas para el futuro. Pero aquéllos no podían salir sin «nada», pues necesitaban rendir cuentas a sus amos. Y encontraron un «fallo»:

—Hay muchas ovaciones y, por consiguiente, las sesiones se prolongan más de hora y media —«protestó» indignado un supuesto periodista de la TASS llegado aquellos días de Moscú para seguir los trabajos del Congreso.

—¿Y que hacer? ¡¿Decirles a los delegados que no aplaudan?! —le preguntó irónicamente nuestro camarada que le acompañaba.

—¡Que se respete el tiempo establecido! Hora y media y *tochka** —dijo el «periodista».

* Ruso en el original — punto.

—Sí, pero no son los periodistas que dirigen las labores del Congreso, sino el presidium elegido —le replicó nuestro camarada—. De todas formas —le señaló—, si lo crees razonable presenta una protesta contra las ovaciones. . .

Después del Congreso, y antes de partir, Pospielov y Andropov nos pidieron un encuentro.

—Queremos conversar de algunas cuestiones que conciernen a nuestras relaciones mutuas camaraderiles —nos dijo Pospielov, que fue el primero en hablar—. Queremos reforzar nuestra amistad, estar unidos por una sólida amistad.

—Es lo que nosotros hemos deseado y deseamos también —le dije—, pero no vayan a imaginarse que esta estrecha amistad se forjará por obra del «espíritu santo». Esta amistad puede lograrse aplicando correcta y consecuentemente los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario.

Continuando mi intervención, le enumeré a Pospielov algunos de sus actos antimarxistas y antialbaneses y le acentué que por este camino que había tomado la dirección soviética, jamás podría haber amistad.

—Ustedes —dijo él— intervienen en los asuntos internos de la dirección soviética.

—Decir que éste o aquél punto de vista o acción de tal o cual dirigente no es correcto —le dije a Pospielov—, no significa en absoluto intervenir en los asuntos internos de una dirección.

No nos ha pasado ni nos pasa por la mente mezclarnos en sus asuntos internos. Pero deben saber bien que tampoco nosotros hemos permitido ni vamos a permitir de ninguna forma, que la dirección soviética intervenga en los asuntos internos de nuestro Partido. Todo partido es dueño en su propia casa.

Es verdad —proseguí—, que entre nuestros dos partidos existen grandes desacuerdos ideológicos. A este respecto les hemos expresado abiertamente y de acuerdo con todas las normas leninistas nuestras opiniones. Por su parte, se han sentido picados y entre otras cosas han extendido estos desacuerdos ideológicos también a otros terrenos. Mikoyan quiso amedrentarnos con lo de las «situaciones difíciles» que nos iban a surgir en el Partido y esto era una amenaza. Ustedes han visto nuestra situación —les dije—, por eso, ¡cuenten también a Mikoyan lo que han visto en el IV Congreso de nuestro Partido y díganle a qué punto nuestro Partido está «escindido»!

Estos miserables trataban de decirnos entre otras cosas, que era preciso reexaminar todos los acuerdos y actas respecto a los créditos que nos habían asignado para el plan quinquenal. Y con este fin pedían que fuera yo a Moscú.

Rechazamos firmemente estas demandas hostiles que disimulaban tenebrosos planes.

—La economía es otro de los campos a donde ustedes han llevado los desacuerdos ideológicos

que existen entre nosotros —les dijimos a Pospie-
lov y Andropov—. Esto no es marxista, no es dig-
no de un partido y de un Estado como el suyo.

—No les comprendemos —intervino Pospie-
lov—. ¿Dónde han visto algo semejante?!

—Existen decenas de casos —le dijimos—. Pero vamos a ver el que concierne a su actitud hacia nuestra delegación económica que llegó en noviembre del año pasado a la Unión Soviética. Durante meses enteros esta delegación estuvo perdiendo el tiempo en Moscú. Nadie la recibía, nadie la escuchaba. Sólo en el tiempo que allí permaneció, entre otros trámites, nuestra delegación económica envió más de veinte cartas y telegramas a sus organismos competentes, pero no recibieron ninguna respuesta, no conversaron con nadie y nada se suscribió. ¿Imaginan acaso que no comprendemos estas actitudes, las cuales huelen a chantaje? Cuando les van los yugoslavos, Uds. concluyen con ellos las conversaciones en 10 días.

—Les llegó a Moscú asimismo el ministro de guerra de Indonesia y enseguida llegaron a un acuerdo, le concedieron grandes créditos para armamento —les dije—, mientras a la pequeña Albania socialista, con la que tienen un acuerdo en vigor, le dan el esquinazo.

—Es preciso que usted venga a Moscú para conversar, —dijeron, reiterando en la continua petición de Jruschov de que yo fuera.

—Les hemos dado la respuesta incluso por escrito —les dije—, no tenemos por qué viajar a Moscú para discutir problemas que se han discutido y decidido hace tiempo. Como ustedes saben bien, hemos discutido y elaborado conjuntamente el acuerdo de créditos para nuestro próximo quinquenio no sólo en principio, sino también detallando la parte correspondiente a cada una de las unidades que en él se incluyen. Es sobre esta base que llegaron aquí los especialistas soviéticos, que se elaboraron los proyectos, etc., ¡mientras que usted nos pide ahora que vayamos de nuevo allí para reexaminar los acuerdos! ¡¿Por qué?! Por nuestra parte, no podemos aceptar cambiar ni una coma de todos los documentos, detallados al extremo, que han sido firmados por las dos partes con representaciones de alto nivel —, le respondí a los revisionistas, y añadí:

No tengo por qué viajar a Moscú y tampoco lo deseo. Ante estos acuerdos, sólo tienen ustedes dos caminos: o bien los respetan, o bien los violan. De ustedes depende el camino que escojan. Y en caso de que violen los acuerdos y continúen su camino hostil y antimarxista, el mundo sabrá juzgarlos y condenarlos. Todo lo que tenemos contra ustedes se lo decimos abiertamente, como marxistas. Ahora escojan: o el camino de la amistad marxista-leninista, o el camino de la hostilidad.

Los jruschovistas, como era de esperar, es-

cogieron el camino de la hostilidad a la República Popular de Albania y al Partido del Trabajo de Albania. Sus actos se hicieron más furibundos y más desvergonzados. Es sabido que en aquel período hemos descubierto y desbaratado el complot de algunas potencias extranjeras imperialista-revisionistas que, en colaboración con sus agentes en nuestras filas, querían desatar una agresión militar contra nuestro país y contra nuestro pueblo. En el IV Congreso del Partido declaramos que el complot había sido descubierto y que los complotadores Teme Sejko y otros rendirían cuentas ante el tribunal popular. Por boca propia los complotadores reconocieron todo.

Precisamente en esta época, nuestros «amigos», miembros del Tratado de Varsovia, con Jruschov al frente, además de las amenazas nos hicieron saber: ¡«Que vaya a Albania una comisión especial del Tratado de Varsovia a verificar qué hay de cierto en lo que ustedes dicen acerca del complot»! A tal extremo llegaba su bajeza. Querían venir a Albania a realizar lo que no habían podido realizar los otros. También en esto, les dimos la respuesta merecida.

A Jruschov no le quedaba nada por intentar. Había probado con nosotros todas las maniobras, astucias, trampas, chantajes y nada le dio resultado. Entonces salió abiertamente contra nosotros. En el XXII Congreso de su partido, en octubre de 1961, Jruschov atacó públicamente al Par-

tido del Trabajo de Albania y lanzó sus calumnias contra él.

Dimos de inmediato una abierta respuesta a sus infames ataques hostiles a Albania y a través de la prensa dimos a conocer a nuestro Partido y a nuestro pueblo tanto las acusaciones que Jruschov nos dirigía como nuestra actitud hacia estas acusaciones y ataques.

Jruschov recibió al instante no sólo nuestra respuesta sino la de todo el pueblo albanés: a través de miles y miles de telegramas y cartas que llegaron aquellos días a nuestro Comité Central procedentes de todas partes del país, de diversas capas de la población, los comunistas y nuestro pueblo, expresando su profunda y legítima indignación hacia los actos traidores de N. Jruschov, apoyaban con todas sus fuerzas la línea del Partido, juraban que defenderían y aplicarían esta justa línea hasta el fin, ante cualquier prueba y a precio de cualquier sacrificio.

Jruschov emprendió hacia nosotros el acto final, —la única cosa que le faltaba por hacer—, cortó de manera unilateral las relaciones diplomáticas con la República Popular de Albania. Este era el último gesto de su desesperada venganza: «que se los traguen los imperialistas, pensó, pues no han querido permanecer bajo mi ala». Pero se equivocó muy gravemente, tal como se había equivocado toda su vida. Respondimos con firmeza a su hostilidad y a la de los lacayos

jruschovistas. El Partido del Trabajo de Albania con heroísmo y madurez marxista-leninista resistió a los ataques del revisionismo moderno dirigido por Jruschov, y contraatacó con gran rigurosidad, con una cohesión ejemplar, con una gran claridad marxista-leninista y con hechos y argumentos incuestionables e irrefutables.

La palabra y opinión revolucionaria del Partido del Trabajo de Albania fue escuchada con respeto en todas partes del mundo. El proletariado vio que un partido pequeño defendía con éxito y con gloria el marxismo-leninismo frente a las camarillas revisionistas que estaban en el Poder. El revisionismo moderno, con el soviético a la cabeza, fue desenmascarado con audacia revolucionaria por nuestro Partido y continúa siéndolo.

La Unión Soviética revisionista ha sufrido fracasos colosales en todos los campos, se le ha rasgado su máscara seudomarxista, ha perdido el prestigio y la autoridad que habían forjado Lenin, Stalin y el Partido de los bolcheviques dirigido por ellos. Los comunistas, los revolucionarios y los combatientes por la liberación de los pueblos no se dejarían engañar por la demagogia de los revisionistas jruschovistas. En esta obra revolucionaria contribuyó, contribuye y contribuirá siempre nuestro Partido.

Así terminaron las relaciones de Albania socialista con la Unión Soviética revisionista. Mas

no cesó ni cesará nuestra lucha contra la actividad traidora, fascista, socialimperialista de los revisionistas jruschovistas y brezhnevistas. Les hemos golpeado y los golpearemos hasta que sean barridos de la faz de la tierra, hasta que la lucha común de los pueblos, de los revolucionarios, de los marxista-leninistas de todo el mundo triunfe en todas partes, triunfe también en la Unión Soviética.

Un día, el pueblo soviético condenará severamente a los jruschovistas y honrará y amará al pueblo albanés y al Partido del Trabajo de Albania como nos amaba en los mejores tiempos, porque nuestro pueblo y nuestro Partido combatieron indoblegablemente contra los jruschovistas, que eran nuestros enemigos comunes.

1976

INDICE

1. Lucha de codos en la alta dirección soviética

13

La muerte de Stalin. Reparto de carteras en la alta dirección soviética en el día de duelo. Jruschov asciende las gradas del Poder. Desilusión del primer encuentro con los «nuevos» dirigentes soviéticos en junio de 1953. Las observaciones malévolas de Mikoyan y Bulganin. El fin del poder efímero de Beria. El encuentro con Jruschov en junio de 1954: «ustedes nos han ayudado a descubrir a Beria». Lección «teórica» de Jruschov sobre el papel del primer secretario y del primer ministro. La mafia revisionista teje su tela de araña dentro y fuera de la Unión Soviética.

2. La estrategia y la táctica de Jruschov a nivel interno de la Unión Soviética

41

Las raíces de la tragedia de la Unión Soviética. Las etapas que atravesó Jruschov para usurpar el poder político e ideológico. La casta jruschovista enmoheció la espada de la revolución. ¿Qué se ocultaba detrás de la «dirección colectiva» de Jruschov? Jruschov y Mikoyan, cabezas del complot contrarrevolucionario. El viento del liberalismo sopla en la Unión Soviética. Jruschov y Vorochilov se expresan abiertamente contra Stalin. Jruschov erige su propio culto. Los enemigos de la revolución son proclamados «héroes» y «víctimas».

3. ¿Marxista-leninistas? No, mercachifles

63

Mikoyan, traficante cosmopolita y anti-albanés de siempre. Conversaciones arduas en junio de 1953 sobre cuestiones económicas: los dirigentes soviéticos regatean las ayudas a Albania. Los «consejos» de Jruschov un año después: «no tienen necesidad de industria pesada», «petróleo y metales les damos nosotros», «por cereales de panificación no se preocupen, les daremos cuanto quieran». Disputas con Mikoyan.

Cabecillas revisionistas manifiestan su descontento ante el COMECON. Ochab, Dej, Ulbricht. La Reunión Consultiva del COMECON en junio de 1956 en Moscú Jruschov: «...debemos proceder tal como lo hizo Hitler». Una nueva entrevista con Jruschov. Sus «consejos»: «Que Albania marche adelante con algodón, ovejas, pesca y cítricos».

4. La piedra de toque

107

Jruschov pone la mira en Yugoslavia. La primera señal del flirteo: carta soviética de junio de 1954; Jruschov atribuye al Kominform la responsabilidad en la traición de la dirección yugoslava. Cordial y nutrida correspondencia Jruschov-Tito. Jruschov decide rehabilitar a los renegados. Nuestra oposición categórica: las cartas de mayo y junio de 1955. Conversación con el embajador Levichkin: «¿cómo se pueden tomar con tanta facilidad y de forma unilateral semejantes decisiones?» ¡Una invitación insistente para «descansar» en la Unión Soviética! Entrevista con Suslov. Mikoyan telefona a medianoche: «Entrevístese con Tempo, allanen los desacuerdos». La entrevista con S. V. Tempo.

Jruschov pretende la hegemonía en el movimiento comunista mundial. Su ataque contra el Komintern y el Kominform. Los jruschovistas extienden sus tentáculos sobre los otros partidos. Súbitas muertes de Gottwald y Bierut. Recuerdos inolvidables del encuentro con Dimitrov y Kolarov. Relaciones correctas, aunque puramente formales con Rumanía. Los zigzags oportunistas de la dirección rumana. Agradables impresiones de Checoslovaquia. Paseos y visitas informales a lugares históricos. Atmósfera asfixiante por todas partes en la Unión Soviética. Los *chinovniks* nos asedian por todas partes. Nuestras relaciones con los alemanes del Este.

6. La proclamación oficial del revisionismo 191

El XX Congreso del PCUS. Las tesis de Jruschov, carta del revisionismo moderno. El informe «secreto» contra Stalin. Togliatti exige que sean reconocidos sus «méritos». Tito en la Unión Soviética. Molotov es destituido de la función de ministro de Asuntos Exteriores. Tentativa fallida del «grupo antipartido». El fin de la carrera del maris-

cal Yukov. Otra víctima de los manejos jruschovistas entre bastidores: Kirichenko. Mayo de 1956: Suslov exige la rehabilitación de Koçi Xoxe y consortes. Junio de 1956: Tito y Jruschov están descontentos de nosotros. Julio de 1957: Jruschov monta una cena en Moscú para que nos veamos con Rancovich y Kardelj.

7. El proyecto de imperio

223

Hacia la conversión de los países socialistas en provincias rusas. Cambios en la dirección búlgara dictados por Moscú. Al «reloj» de Yivkov se le da cuerda en Moscú. El complejo danubiano y la «ruptura» de los rumanos con los soviéticos. La supresión oficial del Kominform. Las ilusiones reformistas de los partidos italiano y francés. Togliatti, padre del «policentrismo». Encuentro inolvidable con dos queridos camaradas franceses, Marcel Cachin y Gaston Monmousseau. Las vacilaciones de Maurice Thorez. La ruptura de la unidad del movimiento comunista, servicio colosal al imperialismo mundial.

Nuestras relaciones con el PCCh y la RPCh hasta 1956. Invitaciones de China, Corea y Mongolia. Un suceso extraño en Corea: ¿dos miembros del Buró Político huyen a... China! Ponomariov defiende a los fugitivos. Mikoyan y Ping Te-jua «templan» las cuerdas de Kim Il Sung. Encuentro con Mao Tse-tung: «ni los yugoslavos ni ustedes han cometido errores», «es Stalin que ha cometido errores», «los errores son útiles». Li Li-san en el VIII Congreso del PCCh: «les invito a que me ayuden, porque puedo cometer nuevos errores». Desilusión e inquietud tras el VIII Congreso del PCCh. Entrevistas en Pekín con Dej, Yugov, Chou En-lai y otros. Bodnaras se entremete para reconciliarnos con Tito.

9. Los «demonios» fuera de control

La contrarrevolución en acción en Hungría y en Polonia. Matyas Rakosi. ¿Quién ha preparado la «ensalada» de Budapest? Entrevista con dirigentes húngaros. Debate con Suslov en Moscú. La «autocrítica» de Imre Nagy. El derrocamiento de Rakosi. La reacción toma ímpetu. Jruschov, Tito y

Gerö en Crimea. Andropov: «no podemos calificar a los insurgentes de contrarrevolucionarios». La dirección soviética vacila. El Partido de los Trabajadores Húngaros es liquidado. Nagy declara la retirada del Tratado de Varsovia. Una parte de los entre bastidores: las cartas Tito-Jruschov. Polonia 1956, Gomulka en el trono. Una retrospectiva: Bierut. El programa contrarrevolucionario de Gomulka. Las enseñanzas que hemos obtenido de los acontecimientos de 1956. Conversaciones en Moscú, diciembre de 1956.

10. Retirada temporal con fines de revancha 351

Los soviéticos exigen la «unidad». La Conferencia de Moscú de 1957. Las negociaciones de Jruschov para llevar a Tito a la Conferencia. La «cólera» momentánea de Jruschov. Debate sobre la fórmula: «con la Unión Soviética a la cabeza». Gomulka: «no dependemos de la Unión Soviética». Mao Tse-tung: «nuestro campo debe tener una cabeza, porque también la serpiente tiene una cabeza». Togliatti: «abramos nuevas vías», «estamos en contra de un solo centro dirigente», «no queremos emplear la tesis de Lenin «partido de nuevo tipo»».

Sofismas de Mao: «marxistas» al 80, 70 y 10 por ciento. La declaración de Moscú y la reacción de los yugoslavos. Jruschov enmascara su traición bajo el nombre de Lenin.

11. La «zanahoria» y el «garrote»

371

Una delegación de nuestro Partido y de nuestro Gobierno viaja a la Unión Soviética. Las maniobras de Jruschov: en la mesa nos presentan la «zanahoria», el gobierno soviético nos exime del reembolso de los créditos. Leningrado: Pospelov y Koslov censuran nuestros discursos. «No debemos mencionar a los yugoslavos». Nuestra conversación oficial con Jruschov y otros. Jruschov se pone nervioso: «ustedes buscan hacernos retroceder al camino de Stalin», «Tito y Rancovich son mejores que Kardelj y Popovich, Tempo es un asno... inestable». Un encuentro de pasada con el embajador yugoslavo en Moscú, Michunovich. La visita de Jruschov a Albania, mayo de 1959. Jruschov y Malinovski nos piden bases militares: «tendremos en nuestras manos todo el Mediterráneo, desde el Bósforo hasta Gibraltar». El consejero para la exterminación de los pe-

rrós. La embajada soviética en Tirana, sede del KGB.

12. De Bucarest a Moscú

415

Febrero de 1960: Mikoyan y las divergencias soviético-chinas. Agravación de la situación entre Moscú y Pekín. El complot de Bucarest. Hysni Kapo no se deja intimidar por las presiones de Jruschov. Los soviéticos ponen en acción sus agentes secretos y recurren al bloqueo del hambre. Lucha en la comisión preparatoria de la Conferencia de Moscú. Nuestra delegación en Moscú, atmósfera glacial. Los gargantúas soviéticos. Nuevas presiones, lisonjas, provocaciones. Los mariscales del Kremlin. Breve encuentro con Andropov. La táctica de Jruschov: «no a la polémica». Los mercenarios reaccionan con respecto a nuestro discurso. Las últimas conversaciones con los renegados jruschovistas.

13. El último acto

483

Unidad de acero en nuestro Partido y en nuestro pueblo. Los soviéticos quieren ocupar la Base de Vlora. Situación tensa en

la base. El almirante Kasatonov sale con el rabo entre las piernas. Los enemigos sueñan con cambios en nuestra dirección. El IV Congreso del PTA. Pospelov y Andropov en Tirana. Respuesta merecida a los delegados provocadores griego y checoslovaco. Fracasa la misión de los enviados de Jruschov a Tirana. ¡¿Por qué «nos invitan» a ir de nuevo a Moscú?! El ataque público de Jruschov contra el PTA en el XXII Congreso del PCUS. La ruptura definitiva: en diciembre de 1961 Jruschov rompe las relaciones diplomáticas con la República Popular de Albania.